

E. M. DE HOSTOS
OBRAS COMPLETAS

VOL. III

PAGINAS INTIMAS

EDICION COMERCIAL

1939

CULTURAL, S. A. • OBISPO Y BERNAZA • HABANA, CUBA



PAGINAS INTIMAS

19198-580

m.d.



BNPHU
DS-RV
PR 868.2
H 8310
1939
V. 3
P. 9

26 ABR. 1979

SANTA ZANEA



PRINTED IN CUBA
BY CULTURAL, S. A.
HABANA, 525 OBISPO ST.



BN
PR 864,208
#8310
V.3 ~~2~~
e.1

INDA

Fase a Coloré

Obsequial

Reg. No. 

031745



175
184
185
186
187

188
189

Día 28 de abril, 1878.

Como Bayoán a Marién, así conocí yo a Inda: De pronto, de repente, sin saber siquiera que existía, sin prever el influjo de su existencia en mi existencia.

Hace ya más de un año. Pocas noches antes, recién llegado aún a Caracas, se me había forzado amistosa y cariñosamente a asistir a un sarao de familia que acabó por convertirse en una fiesta de bienvenida al huésped lisonjeado. En aquellos momentos se me lisonjeaba. Era yo el representante más activo de las Antillas: de Cuba y Borinquen, que aun necesitan de hombres como era yo. Se festejaba a la patria en mi persona, y los puertorriqueños me recibían como la encarnación de su esperanza, y los cubanos me recibían como al que su patria agradecida recordaba.

Aun no había llegado el día de la traición en muchos para quienes fué una gloria y un honor el recibir de mí un apretón de manos.

Entre los que conocí aquella noche estaba el padre de Inda. Por el traje negligente, por las calorosas palabras, por la vehemencia con que acentuaba mis opiniones, conocí en él un emigrado y un patriota. Me gustaba dirigirle la palabra porque la recibía con calor de corazón. Detrás de aquel rostro ovalado con patillas negras, acentuado por una nariz perfectamente regular y a cada segundo movilizado por miradas ardientes, y singularmente expresivas; de larga cabellera negra, matizada por algunas canas que delataban una prematura vejez, me pareció que había un hombre bueno.

Aun lo recuerdo tal cual, al despedirse de mí en aquella noche, se presentó a mí, me estrechó fuertemente la mano, y me dijo: "En tal calle y en tal casa tiene Ud. una familia que lo recibirá con placer". "Viéndola lo tendría yo, señor, si conociera estas calles, pero como ellas hacen necesario un guía, va Ud. a tener la bondad de ir a tal hotel, donde siempre me encontrará a sus órdenes, si quiere procurarme la satisfacción de que conozca a su familia." "Lo haré con mucho gusto." Y mi vista dejó de ver aquel rostro anguloso, aquella cabellera larga y aquella apariencia de tristeza.

29 de abril.

Fué dos noches después. Era domingo y el doctor había ido a buscarme, y estábamos en camino de su casa. Al entrar en ella, me asaltó el temor de que mi traje, aunque nuevo y negro, no era apropiado para primera visita en una casa como aquella. Inmediatamente después pensé que el dueño no daba indicios de la casa: estaba tenida con cuidado.

No había nadie en ella cuando entramos nosotros en la sala. "Deben estar en el vecindario las señoras." Y el doctor me presentó entonces a un amigo que acababa de llegar y que resultó ser un cubano que, por haber combatido en los campos de Cuba libre, a todos nos tenía pendientes de sus palabras.

En eso oímos ruido, pero por costumbre, no levanté la vista ni volví la cara.

Una voz argentina repercutió en mi oído; y el acento, casi en mi corazón. ¡Qué voz! ¡qué acento! Me puse en pie, me volví, la vi, quedé maravillado, incliné profundamente la cabeza, me adelanté hacia la que creí esposa del doctor, y manifestándole admiración y reverencia, saludé.

En el momento, descubriendo tras de ella a una señora, que no pude descubrir desde el principio, reparé

enseguida mi distracción saludando reverentemente a hija y madre: "Señorita, señora".

Muy cerca de mí, se colocó la madre. A mi izquierda, no lejos de mi vista, se sentó la hija.

La madre era una señora voluminosa; la hija parecía transparente, no por palidez sino por delicadeza de toda su persona: la fisonomía física y moral de la hija era la delicadeza, que inmediatamente cautivaba. Esta no habló. Su madre no cesó de hablar.

Aquella inesperada aparición de un ser tan atractivo, fué el objeto de mi reflexión en el insomnio que para mí subsigue siempre a toda emoción inopinada. Soñé con la fisonomía a la vez majestuosa e infantil de la primera criatura que en toda mi vida se me había presentado como realidad viviente de algunas de las perfecciones que yo había soñado.

29 de abril.

Lejos estaba yo de prever el dolor que provocaba al pisar por segunda vez la casa de Inda. Volver a verla era volver a repetirme lo que en la agitación muda de mi corazón me había dicho al verla por primera vez: ¡qué majestuosa personificación de la inocencia! ¡Qué perfecta incorporación de todas las gracias físicas, morales e intelectuales de la infancia en un ser ya adulto! ¡Qué adolescente en aquella niña! ¡Qué mujer en aquella adolescente! ¡Qué esperanza de frutos excelentes en aquella planta tierna! ¡Qué promesa de estatua soberana en aquel mármol no pulido! ¡Qué ambiente de virginidad! ¡Qué albores de un cielo desconocido! Eso me había dicho, eso me repetí al volver a verla.

La vi a solas con su madre. Nos sentamos en el mismo lugar, en la misma disposición de lugares en que habíamos estado la primera vez.

Puse el mayor esmero en hacerme propicio a la señora, y había una como inconfesa adulación en la defe-

rencia buscada, en el silencio estudiado, en los asentimientos a veces contra razón, que prestaba a sus palabras. Tal vez se me había representado como hombre de libre pensamiento, y la buena señora quiso repetir el ensayo de fuerzas intelectuales que en nuestra primera noche había hecho. Probó que tenía entendimiento.

No era ella el objeto de mi corazón ni de mi vista. Mi objeto era la silenciosa adolescente que, de cuando en cuando, admiraban con timidez mis avarientos ojos. Los suyos se encontraban tímidamente con los míos, y aquella iluminación fugaz de mi alma por su mirada, bastaba para calmar el malestar que sentí alguna vez.

No había deliberado mi conducta. Seguía pensando lo que ya había pensado: que acaso un afecto decisivo, ligándome a un deber concreto, moderaría las ansias de acción que inútilmente estaba sintiendo desde que me consagré a la vida activa. Al encontrar en mi camino aquella criatura persuasiva que con la sola majestad de su inocencia persuadía mi indeciso corazón, me dije: Esta es la mujer, esta es la esposa, y sin atreverme a amar ni a ser amado, me dejaba arrastrar por la corriente magnética de aquella alma virgen.

Ella no demostraba en su semblante lo que acaso ya sentía. En toda ella respiraba la conciencia. El sentimiento, como todo, había de ser en ella una larga meditación, y acaso empezaba a meditar. Pero de en medio de aquella noble reserva de las almas concienzudas, sacó la inocencia una revelación llena de luz.

Como su madre pronunciara mal mi apellido, saqué de mi cartera una tarjeta. La entregué a la señora, y sonriéndome la dije: "Aquí tiene Ud. el verdadero apellido del hombre más rebelde a la celebridad". Después de leerlo, la señora pasó a su hija la tarjeta. ¡Qué vi yo! A punto estuve de clamar. Irreflexivamente, como hace la inocencia sus mejores cosas, la reservada adoles-

cente leyó despacio mi apellido, y después resguardó en su seno inmaculado la tarjeta. Yo recuerdo que en aquel momento se me oscurecieron las palabras con que contestaba a no sé qué expresión de la señora.

Quiso ésta tener algo de lo que tienen las madres, e invitó a su hija a que tocara el piano. Nos acercamos a él, y ocupamos asientos cercanos a él. La ejecución de la melodía escogida fué imperfecta; pero, de cuando en cuando, la expresión se acentuaba, como si la inexperta ejecutante presintiera que en el teclado de su corazón iban a hacerse sonoras y expresivas las notas que hasta entonces se mantenían inmóviles y mudas.

Interpretando estaba ella los primeros suspiros de su alma, en el momento en que entró el que más había de empeñarse en sofocarlos. Entró su padre. Hablamos de Cuba. La adolescente, al dejar el piano, se había sentado en una silla baja a mi derecha. Estaba más cerca de mí que sus padres, y a ella iban dirigidas mis palabras, aunque me esmeraba en no mirarla.

Más de una vez me miró ella. Si en sus miradas había algo más que expresión de secreta comunidad de pensamiento, de vivo regocijo al descubrirla, ella misma lo ignoraba. Como poco antes, al pulsar el teclado, se habría probablemente sorprendido de descubrir en las notas una nueva expresión antes no hallada, así se sorprendería entonces de sentir fuera de sí, en un ser desconocido, los movimientos de ánimo que sólo en sí misma y vagamente y por contraste con seres diferentes de ella, habría sentido. Me miró, la miré, y proseguí. Ella no hablaba, pero yo hablaba para ella, y los dos lo sabíamos, y los dos nos gozábamos en aquella muda conversación de nuestras almas.

Después de hablar de Cuba, hablé de Chile. Todo mi afecto hacia esa tierra latinoamericana que estimo tan profundamente, palpité en mi palabra acalorada.

Tal vez dije bien lo bueno que pensaba y que sentía. Sin duda contribuía al calor y al color que animaban mi palabra, el ardiente deseo de complacer el corazón que se me abría. El hecho es que la medita-bunda adolescente estaba meditando, y que, al cortar yo de pronto la palabra para despedirme y retirarme, ella, como si saliera de un íntimo coloquio consigo misma, exclamó: "¡Ya! ¡si no son más que las diez!"

Al oírlo, casi me asusté de ser quien soy. Estaba tendiendo la mano a la señora, y no pude contener un movimiento de sorpresa. Volví la cabeza, miré rápidamente a la que tan dulcemente me había estremecido, y mientras afectaba no rendirme al ruego que acaso involuntariamente había expresado, caracterizaba el estado en que empezaba a sentirme, diciendo para mí: Inocente chiquilla ¡qué peligrosa es la inocencia!

30 de abril.

Más todavía que la inocencia, es peligrosa la apatía. Esta es una verdadera enfermedad. Toda mi vida he adolecido de ella, y en todas mis situaciones me ha hecho ella traición. Unas veces, bajo la forma de sentimiento de la propia dignidad; otras veces, revestida de todas las formas del desprecio; ahora como fuerza de inercia contra el mal; frecuentemente disfrazada en el traje de máscara del ridículo; en momentos muy críticos, como repentino sobrecogimiento de impotencia; en las horas del afecto, como miedo a la responsabilidad de hacer feliz. Crónica como es en mí, conozco la enfermedad. Por eso he podido hacer lo que ella misma propendía a evitar. En mi vida activa de patriota, todo ha sido reacción contra ella. Si no hubiera reaccionado contra mi naturaleza, no hubiera sido, no hubiera podido ser patriota. Si no hubiera vencido mi apatía, Inda

sería el recuerdo más estimulante de mi vida, no el deber más imperioso de mi presente y porvenir.

Harto sabía yo, por muy digno que fuera el designio que me impulsara a constituir una familia, cuán escabroso era para mí ese fin. Sin embargo, me dejaba arrastrar por el deseo, y cada vez que veía a la amable adolescente: Esta es, me decía, esta es la esposa.

Más expresamente que nunca me lo dije la tercera vez que la vi. Si no me engaño —y no quisiera engañarme en estos recuerdos de mi corazón—, la tercera entrevista fué en la noche siguiente del día en que mi primera presentación ante los prohombres del país me valió algo como una concesión pública del mérito que se dignó reconocer ante muchos el Presidente de la República. Yo deseaba dejarme ver de ella, saber si había llegado hasta ella la noticia de mi triunfo, verlo consagrar por ella, verla sonreír a aquella primera victoria de mi inteligencia, íntima y secreta e inconfesamente estimulada por ella.

Tenía el pretexto que siempre ha necesitado mi apatía. El doctor me había rogado que escribiera un artículo en favor de no recuerdo qué proyecto patriótico. Por verla pronto, había satisfecho apresuradamente aquel deseo y me presenté tan tímidamente como el que teme que en todo le descubran su amor, a la puerta del médico patriota.

Me recibió él mismo. Disimulé mi contrariedad, sacando y entregándole el manuscrito. Vencí por cortesía la reserva que encierra en el corazón enamorado el nombre que la voz querría de continuo pronunciar, y pregunté por la señora para tener el pretexto de preguntar por la señorita. El miedo me demudó el semblante: la señorita no saldría. Esta fué la traducción que yo di a la noticia de la enfermedad de la señora. “¡Pobre señora! ¿Y sufre mucho? ¿Y es la primera vez que sufre

así? ¡Y...?" Preguntas de la hipocresía del corazón todas ellas. Lo que yo quería decir era lo que sentía mi corazón; que no vería a la deseada adolescente.

Corazón de poca fe, se equivocaba el mío. La deseada adolescente compartía mi anhelo, y encontró el motivo que necesitaba para dejar la cabecera de la enferma, y presentarse. Llamaron a la puerta de la calle. La adolescente se anticipó a los sirvientes, salió, tuvo que presentarse en la sala para decir a su padre que un enfermo lo reclamaba; y como hubiera sido una falta de urbanidad el dejarme solo, se sentó a mi lado.

Primera revelación del afecto naciente, ¡qué deleitosa institución de la naturaleza eres! Por ti me abandoné yo a aquella infantil expresión de regocijo que manifesté al verme tan cerca de ella, al verla tan dulce en su mirada, tan blanda en su sonrisa, tan pura en la alegría que no ocultaba, tan pudorosa, tan inocente, tan ingenua, iluminando la noche que ya creía yo perdida para la felicidad.

Estaba a mi lado. La agradecí su traje de casa, sus trenzas sueltas, el aire aun más infantil, la atracción aun más encantadora, que la daban aquel tocado de confianza y aquella confianza generosa en mi carácter. No me atreví a decirla lo que pensaba y sentía; pero sentí tanto y pensé tanto con los ojos, que ella sonrió plácidamente.

La sociedad es necia en casi todas sus exigencias, porque casi todas ellas son falsificación de la naturaleza. Exige que un amante declare con palabras, con juramentos y compromisos, su afecto. Se tarda para hacerlo. En tanto, la naturaleza lo hace, y el lazo con que une es muy más poderoso que la palabra con frecuencia vana.

Desde el momento en que yo paseé mi vista encantada por aquellos intensos ojos negros, por aquella na-

riz perfecta, por aquel rostro infantil, por aquel abundantísimo cabello, que no me cansaba de mirar, por lo mismo que el encanto participaba de las fruiciones tranquilas del afecto paternal, no era posible ocultar en todas aquellas revelaciones espontáneas de mi alma, el nacimiento de un afecto. Ya estaba declarado. Aun más explícita fué la declaración del alma virgen. Se había complacido en la venturosa complacencia que yo manifestaba.

Cuando su padre volvió a sentarse, el mal que temió mucho después estaba hecho. Ya su hija empezaba a amar; ya ella y yo empezábamos a confesarnos nuestro amor.

Hubo otra vez pretextos para volver a presentarse, y otra vez se alejó de la cabecera de su madre postrada la luminosa adolescente. Entonces, por en medio de palabras cada vez más reservadas, de sus ojos y de los míos se escapaban involuntarias confidencias.

Al volver a retirarse, me parece que me dijo con su voz que me suena siempre en el oído y que nunca ha dejado de penetrarme en el corazón: "Ya no volveré a salir". Ya no tenía yo nada que hacer allí, y pretextando la necesidad de vestirme para el baile crítico a que repetidamente me habían invitado, me retiré.

1º de mayo.

En aquel baile se hubiera podido decidir mi fortuna en Venezuela. Por eso lo he llamado crítico. Si no se me había invitado por expresa invitación del omnipotente de Venezuela, a no dudarle se me había invitado por complacerlo. No lo ocultaron la señora y el señor, a quienes, por excusarme de haber faltado al baile, fui a ver al día siguiente. "El General preguntó por Ud." "El General habló de Ud. en términos que emplea para



pocos.” “El Presidente dijo que Ud. es un hombre singularmente digno y que es necesario que se quede en el país.”

¡Pero empezar a amar y empezar a la vez a rendirse ante un tirano! Asociar la que hubiera sido primera defección a mis principios, con el principio de una nueva era en mi vida!

¡Cuánto más digno me pareció de mí, cuánto más digno de ella me parecí, cuando a los pocos días, perdida la ocasión que me había buscado de ser un favorito poderoso del omnipotente, me presenté con mi conciencia victoriosa ante aquella por quien quería ser yo el mejor entre los buenos!

No estaba en su casa al entrar yo. Su madre, ya restablecida, estaba sola. Quiso levantarse para llevarme, de la galería en que la había encontrado sentada, a la sala; pero no lo consentí.

Allí me habló otra vez de cuanto habíamos hablado en las dos conversaciones que habíamos tenido, y allí la dejé hablar, pensando en cómo me atrevería a preguntar por ella. Al fin, lo resolví y lo hice. Entonces supe que estaba de visita en el vecindario, y entonces me convencí de que alguna benevolencia había despertado yo en la señora: “María —llamó—, vete a buscar a la niña!” Y me produjo un verdadero escándalo, una especie de alarma del afecto inconfeso y recatado, cuando agregó: “¡Y dile que aquí está el caballero Hostos!” Casi indignación me produjo el que pudiera creerse que mi apellido había de ser una recomendación de urgencia para ella. Eso equivalía a decir que estábamos descubiertos, que se sabía que nos inclinábamos con igual inclinación uno hacia otro. Creo que si hubiera habido más luz en la galería y yo hubiese temido que se me leyera en el rostro la turbación que tenía en el alma, me hubiera sonrojado.

Lo que no temía, lo manifesté; fué el contento que experimenté al sentirme favorecido por la madre. La acaricié con palabras más vivas, con animación más familiar, con ligeras confianzas más persuasivas.

Así, joviales, departíamos al entrar la adolescente. Es indudable que traía una luz invisible su presencia, porque yo vi mejor de lo que había visto, tan bien como ahora vería si reapareciera su luz secreta en mi horizonte. Estaba linda. Al desceñirse el hoy querido abrigo de lana que entonces le vi por primera vez, se me presentó como me gusta lo que amo; sin adornos, sin préstamos de belleza artificial, sin un lazo, sin una cinta, sin nada que alterara la divina sencillez de su persona. La acogí con alegría bulliciosa y la saludé con transportes de entusiasmo.

Ya la amaba, y todavía no sabía su nombre. Ya, con miradas y varoniles franquezas de corazón, la había dicho que la amaba, y aun no sabía decir su dulce nombre. Es verdad que todavía no la había bautizado mi amor.

Con un motivo cualquiera su madre la nombró. “¿Cómo, señora?” “¿Qué?” “El nombre de la señorita.” “¿Aun no lo sabe? Belinda.” “¡Be... linda! Bien puesto está. Tiene su nombre verdadero.” Y sonriéndola con labios y con ojos, hablándola sin hablarle, añadí en voz más baja: “Linda. Ese es su nombre”.

Ella hizo mal en disimular la expresión de placer que fulguró en sus ojos, e hizo peor encubriéndola en las palabras de la modestia urbana; pero era un encanto averiguar que, además de niña y de ángel, era mujer.

Aquella ha sido la única vez que, entre ella y yo, se han interpuesto la galantería corriente y la modestia que se aprende en los salones. Cuando después, pocas veces, he alabado su belleza, la alabanza ha sido expre-

sión tan fiel de un sentimiento tan intenso, que ella no ha tenido que ampararse en su modestia.

Para felicidad, bastaba. Ser parco en ella es saber ser feliz. Me retiré.

2 de mayo.

Nadie lo hubiere dicho: yo mismo no lo pensaba tanto como lo sentía; pero era un hecho que yo la tenía constantemente ante la vista interior, y que sólo pensaba con delicia en la hora y en el día en que había de ir a contemplarla con la vista exterior.

No había conseguido verla en la tarde de un domingo en que sólo encontré a su madre. Había pasado descontento de todo una semana, al llegar la noche del domingo siguiente en que la vi. Ya estaba tan adelantada la obra del afecto, que, aunque resplandecía con el brillo del elegante tocado que la adornaba, me pareció admirable.

La admiré de reojo. Había extraños. Lo eran para mí, no para la casa. Eran dos miembros de la familia: la hija casada, y su marido: aquella, criatura bellísima y simpática, en nada semejante a su hermana; él, un hombre agradable en la presencia y en los modales, circunspecto, inteligente e instruído. Hablamos él y yo, y con gran pesadumbre de la señora monopolizamos la conversación. La entabló él, y de la manera más lisonjera para mí. Dijo que me había oído pronunciar el discurso que me había sacado de la oscuridad en que vive aquí todo aquel, quienquiera que sea y cualquiera su renombre en otra parte, que no empiece por *darse a conocer*. Por más que me halagara oírme alabar en presencia de la secretamente amada, tuve la fuerza necesaria para acallar los elogios faz a faz, y me esmeré en buscar un tema de conversación que hiciera agradables mi visita y mi presencia. Teniendo un interlocutor

influyente por su inteligencia en la familia, me complacía la idea de brillar por la extensión de inteligencia y por la elevación de ideas ante el único juez que yo deseaba persuadir. Ella estaba pronta a ser mi juez. Me atrevo recordar que no separaba de mí sus dilatados ojos; estoy seguro de que ni una sola vez abandonó su asiento, estoy casi seguro de que muchas veces me estimuló con su mudo asentimiento, y de que más de una vez me enloqueció de alegría al demostrar que tenía más entendimiento, más nobles intuiciones y sentimiento de verdad más espontáneo que las otras personas que me oían.

En realidad, yo hablaba para ella. Bien que, en realidad, y desde que la conozco, siempre que al hablar ha estado ella presente, he hablado para ella. Entonces lo hacía por anhelo de agradarla y por sondear su inteligencia: después lo he hecho por seguir dilatando su inteligencia y por convicción de que, entre todos los que me oían, ella era la que positivamente comprendía.

Es un alma completa. Ni aun la voluntad justiciera le falta; y en eso es, no sólo a los seres de su sexo, sino a la mayor parte de los del mío, superior. Siéndolo en la facultad suprema, tiene que ser superior en las facultades secundarias, y yo no he conocido jamás una creatura de tan temprana y tan extensa capacidad para conocer la verdad y amar lo bello-bueno.

Sin la disgresión, yo no hubiera quedado satisfecho. Necesitaba darme a mí mismo la explicación fundamental del asombroso hecho que noté en la noche de que iba hablando. El hecho es que ella, la querida chiquilla, la adolescente de no más de quince años, la niña por los hábitos infantiles y por los sentimientos inocentes, no sólo demostraba más inteligencia, sino más fácil percepción de la verdad que el mismo interlocutor letrado con quien yo departía.

El tema de la discusión era difícil. Se trataba de hacer brillar esta verdad: Dios es incognoscible, por no otro motivo que por insuficiente cantidad de razón en el hombre para conocerlo. La dificultad del tema se aumentaba con la delicadeza de las preocupaciones arraigadas, que era necesario sacudir sin lastimar, y con el riesgo de ser tenido por ateo, que era preciso eludir.

A todos se escapó, menos a ella, esta variedad de matices en el objeto de la discusión, y la variedad de aptitudes que requería. Para saber que conduje con delicadeza aquella espinosa discusión, he necesitado saber mucho después que el contendiente mío se había manifestado complacido de la noble manera de vencerlo y convencerlo. Para saber que yo había conquistado con mi palabra una noble inteligencia, me bastó el contemplar la expansión intelectual que resplandecía en el rostro brillante de la adolescente.

3 de mayo.

Tan escrupulosamente... Insuficiente palabra; tan religiosamente archivados en mi corazón están todos los hechos de mi amor, que podría, con leves alteraciones quizá en el orden cronológico, relatar, suceso tras suceso, cuantas expresiones tuvo. Ha sido mi único amor, y es natural que todo haya sido para mí trascendental.

Pero esto no es un diario: ese está escrito ya, y lo escribo cada día. Es una narración. La prometí a los dos días del más tremendo de mi vida; la prometí para probar mi reverencia al nobilísimo ser por quien pienso cuanto pienso, hago cuanto hago, siento lo que siento, deseo lo que deseo, y debo cumplir pronto lo prometido. Véase ella misma tal cual es; véala yo en imagen tan pura, tan digna, tan llena de virtudes como la amo, la respeto y la venero.

Si escribo en forma de diario es exclusivamente con el fin de atestiguarle todos los días que no pasa uno solo en que no me ocupe de ella y para ella. Esta, que será obra hecha en su ausencia, debe cesar en su presencia. ¿Cuándo he tenido yo, ella a mi lado, ni tiempo ni placer para escribir, cuando tiempo y placer se consumaban en la dulce tarea de mirarla, en el esfuerzo continuo por perfeccionarla, en el encanto de oírla razonar como matrona y referirme como niña inocente las tristezas muchas y las sencillas alegrías de su vida anterior a nuestra vida?

Apresurémonos, pues, y concréteme a los hechos esenciales.

4 de mayo.

Pero si todo es esencial en nuestro amor... ¿Acaso hubo miradas tuyas, ademán de sus manos bendecidas, expresión de su alma cariñosa, latido de su sincero corazón, queja muda, disgusto reprimido, confianza de ojos inmortalizada en mi alma, reconvencción temida, aprobación codiciada, acción, palabra, manifestación, que no fuera de trascendencia para mí? ¿Acaso he sido yo quien ha vivido durante el tiempo del secreto desarrollo de mi amor? Ella mi vida, sólo al verla me sentía yo vivo, y si en los últimos tiempos viví todos los días, porque todos los días la veía, en los primeros no fué así.

En los primeros tiempos de mi amor, procedía con reserva. Iba una sola vez a la semana, generalmente en la noche de casi todos los domingos, o para darme el pretexto de ir dos veces a verla en una misma semana, adelantaba o atrasaba el día establecido, y entonces, por volver a la costumbre, tenía dos días en una semana, dos momentos de vida completa en aquellos dos días.

En los últimos de enero o primeros de febrero, llegó a Caracas un hombre que había de ser instrumento muy activo en mi pasión. Lo había conocido en los Estados Unidos, durante aquellos días de enajenación patriótica que, como acaece con las virtudes que sólo se defienden con su propia ingenuidad, sólo me ha servido para ser víctima de la conjuración de errores y pasiones e intereses a que por ella he tenido en todas partes que hacer frente. De los enajenados por el bien como de los enajenados por dolencia cerebral, los hombres no hacen más aprecio que el inmediatamente ligado con la utilidad calculada.

Un demente puede dañar, y enfurecido lo respetan. Un fanático del bien puede hacer mal manejando con su palabra o su pluma o sus actos su conciencia, y mientras conviene ponerse bajo el amparo de esa conciencia insobornable, la acatan y la adulan los buenos y los malos, los astutos y los tontos; después, en su propia abnegación se fundan para menospreciarla.

Recién llegado a Caracas era y seguirá siendo de la estirpe de los astutos. Utiliza lo bueno y lo malo de los hombres; alternativamente alaba con los buenos la virtud, y con los malos se burla de lo malo. Conciencia laxa, experiencia escéptica, ingenio vivo, corazón accesible a los efectos que le importa manifestar, no es más ni es menos que la abundante porción de especie humana que, participando por la ilustración vulgar, ignorancia ignorante de sí misma, de las ideas difusas en la atmósfera intelectual de nuestra época, dispone de todos los instrumentos del mal y no vacila en hacerlo, si puede disculparlo con su egoísmo. Cuando yo lo conocí, yendo a la redacción de mi periódico en petición de avisos laudatorios para la congregación episcopalista que dirigía, tenía el aspecto de un mendigo involuntario. Por eso mismo le tendí la mano. Hombre que

no tiene el valor de su pobreza, es poco hombre; aún menos hombre si, indigente por una idea, no sabe aceptar el sacrificio constante que la idea impone. Pero, al fin, era un desheredado de la fortuna: con su ministerio, fuera por interés o por virtud, podía hacer bien a los cubanos, y yo, que bien puedo certificarme que no he encontrado resorte bueno que no haya movido para hacer bien a mis ideas, intenté hacerles el de alentar al que indirectamente podía serles útil.

Nunca fueron íntimas nuestras relaciones, y si en mi último viaje a Nueva York había tenido motivos para ligarme algo más con el Reverendo, esa mayor estrechez de relaciones no sirvió para aumentar mi estimación. Por el contraio. Y baste un hecho. Cuando el mejor de los cubanos que he conocido, el desventurado Aguilera, se resolvió a hacer por instigación apasionada de un ambiciosillo lo bueno que dos años antes le había recomendado yo, entre los que asistimos a la junta convocada por él, estaba el Reverendo. Como siempre, yo hice lo bueno que había que hacer en aquella reunión y conseguí ver aceptado todo el plan de acción que, en principio, echaba por tierra los designios de los que manejaban el patriotismo de Aguilera. En mi plan, que trascendía de la obra de la emigración a la más lenta y más larga de la patria una vez constituida, nos imponíamos la responsabilidad de quedar para siempre sometidos a los principios declarados. Era necesario firmar el compromiso. Uno de los que no se atrevieron a firmar, fué el Reverendo.

No recuerdo si fué él quien me buscó, lo que recuerdo es que una noche nos encontramos en casa de Ina. Gozaba de gran predicamento entre sus padres, y comía con frecuencia en la casa.

Así fué protectora la acogida que me hizo, al llegar yo en la noche en que lo vi allí por primera vez.

Con gran contrariedad de su reverencia, y con visible extrañeza de la gente de la casa, yo pagué su protección con la familiaridad irónica que reservo para los que, explotando situaciones desventajosas para mí, intentan olvidar la distancia a que siempre los he tenido. Sé hoy que su reverencia se quejó de mi familiaridad: la prueba de lo perfectamente colocada que estaba, es que se vió obligado a soportarla. Hay otra prueba mejor, y por ella llegó a hacerse familiar nuestro trato: descubrió mi inclinación a Inda, y la favoreció.

5 de mayo.

Recién llegado yo a la ciudad hospitalaria para Humboldt, solicitó mi amistad y me visitó como amigo muy de su respeto y muy antiguo, un señor a quien solo una vez había visto por acaso en la redacción de un periódico latinoamericano en Nueva York. Allí vivía desde el 1848, y a consecuencia del golpe de Estado de 1846 en Venezuela. De vuelta a su patria, se situó. Eso lo que enseña la experiencia del dolor a muchos hombres; esa es la práctica que aprenden y deducen del noble carácter positivo de los pueblos anglosajones.

El omnipotente de Venezuela miraba de soslayo a un director de colegio: resolvió desembarazarse de él, y lo mandó a Norteamérica. De allí venía Soteldo. Se presentó al omnipotente; éste creyó que, poniendo al frente del colegio al reciénvenido no hacía más que un cambio de productos con los Estados Unidos. Llegué yo poco después, y como Soteldo necesitaba un auxiliar, me brindó la amistad siempre desinteresada que brindan todos los interesados y especialmente a aquellos a quienes necesitan. Algo tardó en probarme su amistad; pero, al cabo, por efecto sin duda de la estimación que por mí despertó en el omnipotente el discurso que pro-

nuncié en su presencia, Soteldo me dió la subdirección de su colegio. A haber podido, la hubiera rechazado; pero no podía.

En esa subdirección, disgustado de ella, descontento de lo que allí veía, vivía yo los días más dulces que viví en Caracas. Fueron muy pocos; pero, durante ellos, tranquilo en mi dignidad, contento del trabajo a que debía mi diario sustento y el tranquilo levantar de mi cabeza, empecé a creerme con el derecho de amar.

Usé de él tan parcamente, que nunca salió de mis labios una expresión que lo afirmara, por más que ojos, ademanes, resplandores de alegría, relámpagos de felicidad lo declararan. Por la tarde del día en que había resuelto hacer mi siempre tímida visita ; con qué efusión me preparaba a ella! Desde el mirador del colegio, se presentaba de un golpe de vista el dulce valle de Caracas. A la izquierda, el macizo más elevado de toda la cordillera de la Costa, el Avila, con su pico en forma de montura, el Naiguatá; encerrando el horizonte opuesto, la cadena de colinas medio amarillentas; hacia el este, los bosques de bucares, cuyas flores parecían arreboles solares; hacia occidente, la colina que erigía la estatua de Guzmán Blanco; al pie, no muy distantes, las tristes alamedas de cipreses que sombrean el Guaire melancólico, y allá en la lejanía, la lindísima vega que el himno de las fábricas de azúcar y las fábricas y las casuchas y las palmeras y los móviles campos de cañas y maíz, animaban con atractiva animación. El sol poniente daba sus colores más vivos a la vega, sus arreboles más encendidos a la atmósfera, sus anaranjados más extraños a las nubes que divagaban por los senos ya sombríos del Avila, y el cuadro era tan bello que todos los días, al contemplarlo, con los indecisos ensueños de mi amor se combinaban las amargas reflexiones que siempre susci-

ta un contraste como el que formaba con aquel amable pedazo de naturaleza, el estado del país.

Así empapada en efluvios de lo bello físico se preparaba gozosamente mi alma a contemplar lo bello moral que la atraía. Todo, entonces, mis preparativos, mi salida del colegio, el íntimo convencimiento de que era o podía ser amado por una de las criaturas más admirables de su sexo, la casi infantil complacencia de sentirme amando, todo me llenaba, me completaba, me daba la noción de una fuerza que jamás había sentido. Y cuando la veía, combinando en una sola naturaleza todas las gracias espontáneas de la adolescencia con todas las majestades de una razón superior, cada mirada aumentaba mi admiración, y cada admiración hacía más incombustible el encanto.

De su lado salía siempre mejor de lo que había ido, porque la atmósfera que la rodeaba era de bien.

6 de mayo.

Es tan subjetivo el amor, que es egoísta. Somos nosotros mismos, es nuestra propia complacencia, son nuestras esperanzas de felicidad, lo que vemos en el desarrollo de nuestro afecto. Del ser que lo anima al compartirlo, casi nunca sabemos ocuparnos. Yo quiero saber. Mi objeto no soy yo; mi objeto, en esta narración, es ella. Por ella la escribo; para ella la escribo; ella lo que quiero representarme tal cual es, ella lo que deseo hacer ver a ella misma.

Después ha sido el ser que más he admirado, y con motivos de razón más elevados. Entonces la admiraba sin saber que la admiraba. Su aspecto dulce y sereno; su sencilla majestad; su modestia nunca desmentida; su perfecto recato, en los modales lo mismo que en las palabras; su sobriedad en los juicios y opiniones; su bené-

vola sonrisa; sus miradas radiosas, cada vez que un rasgo de verdadero talento o una explosión de alma generosa despertaban en ella las facultades que dormían, todo me producía un efecto moral e intelectual que no analizaba: me contentaba con sentirlo.

Junto con todo lo que me la presentaba como una niña excepcional, rasgos continuos de infantil viveza. Las ocurrencias, a veces felices de su madre; las donosuras de palabra que a veces resaltaban en la conversación del Reverendo, ningún comentario tenía tan halagüeño como la argentina carcajada de la adolescente. Ningún niño tan niño como ella, cuando chanceaba con su padre. Con su hermana, si ésta se presentaba, tenía las más delicadas atenciones, y allí, cuando las dos parolaban por adentro, sus dulces risas parecían en mi encantado oído lo que parece el centelleo de un alma nueva. Ninguna afectación. Aquel reposo temprano, obra anticipada del dolor, no provocaba ninguno de los recelos que la melancolía aprendida de oídas, o leída en novelas insensatas, provoca en los cautos. No era reposo postizo, era naturaleza reposada. No era alegre, pero no era melancólica.

Su madre la llamaba indiferente. Todavía recuerdo la noche en que, por primera vez en mi presencia, la acusó de indiferente. Yo la miré, ella esperaba mi mirada, se ruborizó tan rápidamente como yo me estremecí de alegría al verla ruborosa, y ambos supimos que era un error la imputada indiferencia.

Era un error. Lejos de indiferente, era una naturaleza apasionada; pero era pasión dormida. Y ni los halagos de la fortuna, ni los apresuramientos de los galanes, ni sus vanidades de niña mimada de la sociedad que frecuentaba, ni los ofrecimientos de mano y de fortuna, nada consiguió despertar el carácter que dormía.

Era la misma reserva. Apenas si, como en las noches clarísimas sin luna, las estrellas que más fijas nos parecen, se agitan en su luz y centellean como planetas, alguna vez fulguraba una revelación fugaz de su sensibilidad de mujer en el semblante. Como yo, ni más ni menos que como yo, en vez de exponer, encerraba el fuego que guardaba. Nunca vestal más digna: nunca fuego más puro y más continuo. Viéndolo, todavía no podía yo atreverme a creer que ardía. Que me veía con satisfacción; que su mano se detenía en la mía al saludarnos y al despedirnos; que la misma fugacidad de sus miradas me alentaba; que cada día era más recíproca la callada inteligencia de nuestras almas, eso y nada más podía yo decir, eso era lo único que ella me dejaba vislumbrar.

20 de mayo.

En una de aquellas noches, me encontré por primera vez con el Reverendo en casa de mi amada. No me gustó el encuentro. Mucho menos me gustó la familiaridad con que la señora lo trataba. Hubiera querido infundir a la querida adolescente el recelo que me inspiraba aquel hombre; y como vi que el afecto que su madre le mostraba y que después le demostró su padre podían prepararla hasta para dar oídos a las insinuaciones religiosas que el interesado propagandista no dejaría de dirigirle, me alarmé cuando la señora me notició que su hija había empezado a aprender los himnos episcopales.

Pero el egoísmo hace traición. A los dos o tres encuentros con el misionero, observé la disposición de éste en mi favor. Yo sabía que él contaba conmigo para secundar en la prensa sus gestiones oficiales, y ahora comprendo que, queriendo sobornarme por medio del afecto que había sorprendido, lo favorecía a cambio de

servicios. Si hubiera necesitado de él para hacerme amable, me hubiera abstenido de amar. Pero los hombres que no sirven para sobornar una conciencia insobornable, pueden servir de instrumentos mecánicos muy buenos para cosas inocentes. El Reverendo me sirvió para disimular la frecuencia de mis visitas. De una u otra manera le hacía que me comprometiera en voz alta a volver en tal noche a la casa, y así hubo semana en que tres veces tuve la alegría de verla radiante de gozo al verme llegar. Ya entonces no me agradaba conversar. Todo mi objeto era acercarme al piano, para allí mirar más libremente a mi amada, bañarme más a mi solaz en la luz de su mirada y su sonrisa, pronunciar alguna palabra cuyo hondo sentido no alcanzara otro oído que el de su alma. Para eso me servía el Reverendo. Apenas yo me cansaba de no mirarla sino por en medio de los rayos visuales de los otros, invitaba al Reverendo a que tocara el piano, ofrecía a la dulce niña el brazo a que inmediatamente entrelazaba el suyo, y nos íbamos, él a tocar con dedos encogidos, ella y yo a mirarnos con almas dilatadas.

23 de mayo.

Era improbable que yo pudiera soportar a un hombre que, como el director del Colegio de la Paz, tenía todos los defectos recibidos de su raza, con todos los aprendidos entre los hombres de la raza opuesta. Todavía me condolía yo de los cubanos, y había colocado en el colegio a uno de ellos. Era un anciano venerable por su desgracia y por sus años. Tan indignamente lo trató el director que el pobre viejo tuvo que preferir su indigencia a aquella vejaminosa esclavitud. Yo quise salir con él; pero ni aun casa en que albergarme hubiera tenido.

A otro cubano, viejo también, también maltratado por la emigración, di el puesto dejado por su compatriota. Se renovaron las mismas impertinencias, y hubo la misma renuncia. Pero entonces, por delicadeza, y aunque el hombre por quien iba a hacerlo no merecía el sacrificio, me retiré yo también.

Al día siguiente de hacerlo, fuí por la noche a mi visita. Había perdido mi único modo de vivir: conocido mi carácter, no era de esperar que yo consiguiera nada en Venezuela. Lo mejor era partir. Pensando en hacerlo estaba, cuando llegué a presencia de la querida adolescente. Allí estaba el Reverendo, que ya conocía mi retirada del colegio y que, como supuse al verlo, la habría noticiado a la familia. Me acordé del efecto contrario a mí que otra vez, en el ánimo de otra adolescente, había producido otro abandono semejante de posición por libertad y por decoro; y no sin temor de observar efecto igual, examiné y escruté el rostro que siempre querría consultar. Lejos de notar en él lo que temía, lo vi animado por una tímida alegría: aprobaba mi conducta; celebraba que yo prefiriera mi libertad y mi decoro a mi bienestar. Así tácitamente aplaudido, yo expresé mi contento en la forma más vivaz, y durante casi toda la visita tuve con la risa en los labios a mis oyentes. Ella misma se reía, y nunca fué tan franca, tan ingenua, tan resuelta, la mutua expresión de nuestras silenciosas simpatías.

De todos modos, fué una noche encantadora.

Era a fines de enero. Con despedirme de las pocas familias amigas que tenía, quedaba en aptitud de marcharme. ¿De qué familia me despediría primero? Después de discutirlo, mucho conmigo mismo, obedecí a mi deseo más tierno. Había de partir al día siguiente por la tarde: apenas tendría entonces tiempo para dar un apretón de manos. Por lo menos, si había de ser la úl-

tima vez que la viera, quería verla el mayor tiempo posible. La vería, me cansaría de convencerme de que nunca me saciaría de contemplarla, gozaría por última vez del encanto de su presencia, de la dulce virtud de su inocencia, no la hablaría de mi viaje, no me despediría, recogería en mi corazón la última luz que difundiera para mí, y partiría contento de haber conocido lo inefable, sin haber perturbado lo feliz.

¡Con qué ojos la miré! Los ojos que van a dejar de ver el bien que han visto, se convierten en imanes; atraen lo que los atrae; se fijan, y fijan. Cada vez que ella, obedeciendo involuntariamente a la fuerza magnética de mi mirada, se atrevía a mirarme, yo relampagueaba: la felicidad y el dolor se entrechocaban, y del choque se emitía el fuego que me devoraba. Muchas veces, al sentirme mirado por ella, me reconvine: me parecía criminal aquel complacerme en una delicia que acababa en el momento en que empezaba, y aun me parecía más criminal el despertar un alma dormida cuyas esperanzas morirían al despertar.

Muchas veces quise levantarme para retirarme, y muchas me fué imposible sustraerme al encanto que me dominaba. Era la última vez: ¿qué mal había en admirarla y bendecirla largamente? La casa, que estaba llena de los visitantes habituales; el Reverendo, que encontraba modo de detenerme a cada paso; la señora, que estaba aún más locuaz que de costumbre; su yerno, que se mostraba más deferente aún que de ordinario; el curso de la conversación, que me arrastraba; en suma, la porción de circunstancias leves que coadyuvan instantáneamente a situaciones graves, todo se conjuró en favor del cambio de resolución a que, poco a poco, fuí plégándome y acostumbrándome.

Allá, muy tarde para la vida de la ciudad y para mis hábitos, a las diez dadas de la noche, se resolvió

que se cantaran los himnos religiosos. Ella, el Reverendo y yo nos acercamos al piano. Acompañaba él; cantaba ella; interrumpía yo. En el exceso de la ardiente alegría que experimentaba al estar tan a su lado, al recibir tan de cerca la intensísima luz de su mirada, me abandoné a la infancia que siempre está pronta a resucitar en mi sincero corazón, y paroleé y chanceé y loqueé como un niño. Ella se sonreía y se reía; y yo, no ocupándome más que de ella y de mí, hacía y recibía las cien confidencias mudas que millones de palabras no han podido ni podrán traducir, y las mil promesas tácitas que millones de juramentos en voz alta no igualarán jamás.

Ella cantó muy bien, y creo que yo fuí su inspiración, porque nunca cantaba con más expresión, con más fuerza, con más fuego, que cuando, rogándole yo que repitiera, mirándola y mirándola, llevaba el dúo.

El dúo verdadero era el que, sin sonidos ni palabras, cantaban nuestras almas. Lo que cantaban era también un himno; cuánto más fervoroso, cuánto más puro, cuánto más acepto a Dios, que el de palabras y sonidos que se oía!

26 de mayo.

Lo dije ingenuamente al retirarme de la casa: “Mañana debía partir; ya no parto”.

NOTA: Esta amable historia de sus amores fué escrita por Hostos mientras estaba en Puerto Cabello, Venezuela, de donde salió hacia Saint Thomas en junio de 1878. Inda estaba en Mayagüez, con la familia de su esposo.

LIBRO DE MIS HIJOS

Santo Domingo, 5 de septiembre, 1882, 8 de la noche.

Tres años cumplió, en San Cristóbal, a las ocho y veinte de la mañana hermosa del 26 de agosto pasado, mi amable hijito Eugenio Carlos. No pude consagrarle entonces las dulces palabras con que deseo recordar la memoria de esos cumpleaños, que el curso siempre turbio de los años podrá hacer dolorosos algún día. ¡No lo quiera el buen Dios! Hasta hoy, no lo quiere. Cada día que llega, es un nuevo motivo de bendiciones para los padres felices de la encantadora criaturita: cada nuevo cumpleaños, motivo nuevo de complacencia paternal.

Estábamos en San Cristóbal, en la pastoril campiña en donde pasamos tan apacibles días. El niño, más bullicioso y alegre todavía de lo que suelen tenerlo su robusto cuerpo y su robusta almita, parece que instintivamente se empeñaba en aumentar el placer que su buena madre y yo sentíamos al felicitarnos mutuamente por el dichoso cumplimiento del tercer año de vida de nuestro primogénito. Hasta con exceso correspondió él a nuestro alborozo, porque hubo un momento en que tuve que reprimirlo, imponiéndole mi único castigo, el de sentarlo, que, por único y por ser el más opuesto a su mercurial actividad le duele más. Inda, apesarada, culpó a mi mal genio; yo creo que debe culparse a mis severas intenciones. No pueden ser más severas: son las intenciones de un padre que ha pasado toda su vida declarando poco dignos de serlo a la mayor parte de los padres que ha conocido, y que anhela con fervor ser padre digno de sus hijos. Y será difícil la tarea, porque toda tarea está en relación de su objetivo; y si es difícil edu-

car niños cualesquiera, más ha de serlo el dirigir entendimiento y espíritu como los que alborean en los ojos profundos de mi hijo del alma.

13 de mayo de 1883.

Desde el 7 de marzo pasó el segundo cumpleaños de mi Luisa Amelia y, hasta hoy, por motivos o por descuido, no he podido cumplir mi compromiso conmigo mismo.

En el día aniversario, tenía el alma en suspenso: la amada chiquitina estaba enferma. No era nada; pero nada en un hijo de mis entrañas es todo para mí; inquietud, desasosiego, zozobra, horizonte turbio, día nublado, noche negra. Y como ya son dos los cumpleaños de mi Toda-ojos, y en ambos ha estado nublado para nosotros su día por haber estado indisputada en ambos, la cólera ineficaz que ha concluído por ser la omnímota expresión de todas mis contrariedades, se disputaba en mi alma el sentimiento que no había embargado la zozobra.

No fué nada: a los cuatro días, bien contados y bien pesados por el corazón, volvió a la infantil actividad.

Como de seguro el año concluirá con nuevos progresos en el desarrollo de los niños, bien terminado será. Y sin embargo, cada paso adelante que dan en la vida mis hijitos, es motivo de secretas inquietudes para mí. La vida es tan formidable, que le tengo miedo para mis hijos. Casi, a veces, me arrepiento de haberlos condenado a la existencia. Por eso, entre el entrañable regocijo que me sacude las raíces más íntimas del ser, a cada nueva gracia infantil de Luisa Amelia, de los mismos profundos senos de la vida parte un estremecimiento de miedo. Me parece que cada nueva gracia,

cada nuevo encanto, cada nuevo atractivo, de la inefable creaturita, es un nuevo peligro para ella. Y por preservarla de todo peligro ¿qué no haría yo, qué no haré? Ya, ahora mismo ¿no hago los mayores sacrificios? ¿no me privo de sus sonrisas, no cierro los oídos a sus enternecedoras invocaciones, cada vez que deseo corregirla de las faltas deliciosas que ya ha aprendido su inocencia a cometer? Y por seguir los consejos de mi razón y mi conciencia, que tan de continuo me presentan la educación y la dirección de mis hijos como un cuidado de todos los momentos y como el más alto deber a que puedo consagrarme ¿no me privo de mil complacencias paternas?

San Carlos, Santo Domingo, 7 de enero, 1885.

A las dos de la madrugada del día 26 de julio de 1884 lloró ruidosamente su venida al mundo la dulcísima creaturita que tan pronto había de abandonarlo. Era, para ser más querida, muy semejante en el corte del rostro y en el color castaño claro de su pelo y en el indeciso verde-azul de sus ojos, a mi madre. Era tan apacible y tan buena, que casi nunca se la oyó llorar. Era tan angelical en su rostro y en su disposición moral, que con razón temía la vieja negra a quien alguna vez la encomendaba su madre, que "no fuera de este mundo". Desde sus primeros días amaba con tanta ternura a su pobre madre, que nunca dejó de iluminar con celestial sonrisa el dulce rostro, cuando su madre la acariciaba; y cuando ésta, después de ponerla por momentos en otros brazos, volvía a tomarla en los suyos, gorjeaba alegremente como el pajarillo feliz que, abandonado en el nido por la madre, al verla de nuevo, celebra con su vuelta el regreso de su seguridad y de su bien. Fué preciso que la enfermedad nos la rindiera, para que aquella célica

sonrisa y aquellos transportes de alegría cesaran. Y ese fué el síntoma de muerte que no engañó a la pobre madre y que silenciosamente angustió el corazón del padre.

Tenía todas las apariencias de la salud. Era robusta y su delicado organismo funcionaba con tanta regularidad, que muchas veces dije yo a mi noble compañera: "Va a ser más fuerte todavía que el nene".

Una mañana, al emprender mi viaje obligatorio a la ciudad, Eugenio Carlos, que jugaba con la niñita, me llamó, diciéndome: "Papá, Rosa Inda tiene una cosita detrás de esta oreja". Y me señalaba la parte posterior de la orejita derecha de su hermana. Como él mismo había, pequeñuelo, sufrido en órgano igual la misma escoriación, no me alarmé, y me contenté con recordar a su madre el remedio empleado con éxito en el primogénito. Pero un día apareció manchada de puntos rojizos la mejilla izquierda de la tierna creaturita, y fué preciso que su abuela y una madre de familia numerosa nos tranquilizaran, para que cediera nuestra alarma. El médico consultado recetó, y cuando seriamente alarmados lo hicimos examinar a nuestra hijita, ya el mal nos horrorizaba.

¿Qué mal era? Nunca médico alguno ha sabido qué leve mal ha degenerado, por inexacto o negligente diagnóstico, en causa de muerte. Los baños recetados en aquellos horribles días de huracán amenazante pudieron trocar en pulmonía aguda la erupción sin riesgo, y mi pobre hijita, cuando yo no lo temía, empeoró sin que me pareciera que empeoraba y me iba siendo arrebatada sin que yo supiera que me la arrebataban.

Estaba muy inquieto. Di sin saber cómo mis clases de la mañana, sin reposo mi clase de Derecho, y

vine agujoneado por una angustia secreta a esperar la hora de mis nuevas clases.

Estaba en la de 3 a 4, cuando vi entrar a uno de los vecinos de mi casa. Me puse en pie, corrí hacia el reciénllegado, apenas lo oí, busqué al médico, nos fuimos, me arrodillé ante la hijita de mi alma, que estaba en los brazos del doctor su abuelo, la tomé en los míos, me pregunté mil veces por qué anhelaba como anhelaba la mansísima creatura, me quedé solo con ella, la hablé, la acaricié, la estreché contra mi corazón, gemí sin llorar, la imploré para que me mirara, abrió sus hermosos ojos, me miró, parece que quiso sonreírse, cerró de nuevo sus ojos, me pareció la noche, hizo un ligero movimiento, llamé a su madre desolada para no ser yo solo el que tuviera la amarga dicha de dar y hacer sentir el último beso a nuestra hijita, y cuando besos y sollozos se confundieron en la frente de la creatura bienamada, ya no la teníamos en el mundo de las pasiones y de los egoísmos.

Dura prueba, dura prueba.

San Carlos, 26 de abril de 1886.

Dentro de once días, el 8 de mayo, hará ocho meses que nació mi último hijito, Bayoán Lautaro, y aun no he tenido tiempo o solaz para consignarlo en el libro de mis hijos.

Vino de pronto, inopinadamente. Nació tan vigoroso y tan vivaz, que no pude contener un grito de admiración al verlo. Como nació se conserva, aunque en estos mismos días padece de ligeras fluxiones que hasta sus lindos ojos redondos han empañado.

Creatura de carácter, o con exactitud, de disposición más alegre y halagüeña, no la he visto; más simpática no la conoce su madre; más atractiva, no la han visto los mismos indiferentes que se le acercan.

Como es tan maciza su carnación, cuando le paran y afirma su musculoso cuerpecito, parece una estatuita. Y como es tan sano, su salud explica su alegría.

Bayoán, en recuerdo del primer indio borincano que descubrió la mortalidad de los conquistadores, y *Lautaro*, por homenaje al primer araucano que aprendió a combatir con las mismas armas de los conquistadores; quisiera que realizara el propósito de la naturaleza que, al hacerle tan fuerte en cuerpo y alma, habrá querido sin duda proporcionarle el goce pleno de la vida. Si logro enseñarle en qué consiste el goce pleno, no habrá mal en que, como uno de los fines parciales de su existencia, se realice por la patria y para ella, pero haré que conozca temprano que no es un solo fin, sino todos los fines de la existencia individual, los que estamos comprometidos por nuestra razón a realizar. ¡Dios me lo bendiga!

7 de marzo de 1887.

Imposible parece que yo quiera tan profundamente a mis hijos y que escriba tan poco de ellos. Mañana hace dos meses que nació el último, Adolfo José, y todavía no lo es escrito: hoy cumpleaños Toda-ojos, la más querida tal vez y de seguro la más compadecida, por ser mujer, y no vendría a celebrar su aniversario, si no me lastimara en la conciencia la idea de que puedo tener tiempo para alabar en las poesías de mi buen Guillermo Matta las hermosísimas que consagra a su familia y no lo tengo para bendecir todos los días a estos verdaderos y bienamados restauradores de mi vida. Aunque si restaurador es el que devuelve a una ruina las excelencias que tuvo, ni aun mis hijos amados tienen fuerza para restaurar en mí lo que de bueno

tuve, cuando no logran devolverme la pluma cuidadosa con que en mis años de creciente me consagraba a sondear mi alma y a depurarla, sondeando, de las impurezas que en ella recogía. Ya, como ruina descuidada, se forman impunemente en ella cuantas quiéren. Podría con mi mismo amor de esposo y padre argumentar, y reconocerme algunas de aquellas virtudes pasivas del hogar que roban tiempo y son incompatibles con el asiduo mirarse por dentro y corregirse para así ser mejor: hasta podría justificarme con la magna necesidad de decir por escrito lo que incesantemente, de día y de noche, en medio del trabajo y en el pensar del ocio, me digo en la conciencia: que todavía hay más que hacer para ser buen padre: que todavía hay más deber por cumplir, que todavía hay más amor por cultivar: que todavía hay nombre mejor para transmitir a la posteridad de mis hijos. Pero no quiero excusas: mi deber es tanto más intenso cuanto más altamente lo concibo, y yo debo escribir todos los días en esta nueva *Sonda*, para sondear todos los días, disgustarme todos los días de mis imperfecciones, curarme todos los días o todos los días acusarme de mi incapacidad y mi apatía para curarme de defectos, de modos, irreflexiones, exigencias, intolerancias, violencias de palabra o de carácter, impaciencias, cóleras, que dan a mi esposa el dolor y a mis hijos el ejemplo de la debilidad.

Eso, por lo que hace a mí, en cuanto instrumento de bien o mal para mis hijos: en cuanto ellos, como exponentes de las inclinaciones que todos los días muestran para el bien o para el mal, y como indicadores inocentes e inconscientes de los medios necesarios para dirigirlos, grave falta me parece, y como tal me duele, no presentármelos diariamente en el papel como los veo en la vida. Verlos más y verlos mejor ¿no sería quererlos más y aprender a quererlos mejor?

Santiago, Chile, 11 de enero, 1892.

Hoy cumpla treinta o treinta y cinco años más de los que conviene vivir a un hombre que no nació para saber vivir.

Ya tiene Filipo Luis Duarte, el quinto, un año y siete meses, y todavía no he inscrito su nombre en el registro de mis hijos.

¡Ya se ve! Cuando no se los trae a la vida más que para presenciar el espectáculo del desorden universal en las sociedades y en las almas, casi vale más no tenerlos por vivientes, pues si vivir es sentir la complacencia de la vida y no puede tener un solo instante de complacencia quien vive disgustado de la anarquía constitucional del siglo, no es vida lo que se da a los traídos a este mundo.

Por lo menos, ya no puedo resignarme a mirar impasible la lucha a que he condenado a los traídos por mí, si la fatalidad de la herencia carnal e intelectual ha de hacer de ellos lo que la herencia y la conciencia han hecho de mí.

Cuando veo que alguno de mis pobres hijitos muestra en algún momento la falta de conciencia que veo en todos los combates de la vida, me anima la esperanza de que podrá ser un hombre como conviene que los hombres sean. Pero educados por mí, en el espectáculo de mis dolores, de mis congojas, de mis rebeliones contra el mal propio y el ajeno, dudo que ninguno de ellos sirva para vivir.

El mismo pequeñuelo de año y medio parece ya contaminado de sensibilidad concienzuda. En cuanto ve llorar a alguno de sus hermanitos, ya está él llamando la atención de su madre o la mía para que vayamos a consolar al lloroso y ya va él a acariciarlo y dolerse.

Y eso, que desde temprano ha empezado a conocer el mal de la vida. Ha sido el único que hemos confiado a nodriza, porque todos los demás han sido criados por su madre, menos él que ha nacido en este centro en que las mujeres no lactan a sus hijos. La criandera le envenenó la sangre. Cuando se le arrancó y la despedimos, vino el "ama seca", como llaman a esas mujeres de seco seno y corazón que maltratan a los niños. La "seca" lo maltrató. También hubo que lanzarla de casa.

Ahora empieza el chiquitín a vivir de sí mismo, y por sí mismo, libre, contento y satisfecho de poder comer sin pedir alimento a un pecho frío, de poder andar, correr, gritar, llorar, dormir, cuando él quiere, no cuando quiere una mercenaria. Y sin embargo, ya empieza a ver que no son las conocidas por él las únicas tiranías que tiene el niño que soportar en este mundo.

24 de febrero de 1892.

Otro hijo. Ya son seis. Tal vez bastaba con los cinco que teníamos, sobre todo porque la proporción era excelente para las probabilidades de felicidad; cuatro varones para una hembra. Hoy se ha roto la proporción: la recién llegada es otra hembrita. Por serlo ha merecido un recibimiento placentero. ¡Pobrecita! Si la vida, que tan pocos halagos tiene para las mujeres, no la hubiera dado el contento de sus padres y de sus hermanos al llegar ¿cuándo hubiera podido saber por experiencia que la vida es algo más que un dolor continuo?

Es verdad que la pequeñuela va a tener en su antecesora Luisa Amelia, que está loca de contenta con su nueva compañera, un sostén, un consuelo, una maestra y un refugio.

Que el de su hermana y el de las virtudes que aprenda con ella y con su madre, sostengan a la bienvenida.

Así, *Bien-Venida*, debió llamarse para ser la expresión viviente de la exclamación de alegría con que yo la recibí. Pero su madre la ha llamado María Angelina; *María*, por su abuela materna; *Angelina*, en homenaje a la mansedumbre angelical de que la recién-venida dió muestras en su primer día.

Hoy cumple siete. Que cumpla cuantos puedan serla prósperos y venturosos.

CUENTOS A MI HIJO

A madre e hijo

“Antes de ser madre y antes de ser hijo.” (1)

(1) Estos cuentos fueron escritos estando Hostos en Saint Thomas en junio de 1878. Su compañera, con quien apenas hacía un año que se había casado, se hallaba en Mayagüez, en la casa del padre de Hostos. El primer hijo nació en Santo Domingo el 26 de agosto de 1879. De ahí las palabras “Antes de ser madre y antes de ser hijo”.

La primera oración

—¿Que no quieres? ¿Que tienes sueño? ¿Que ya es tarde? ¿Que Inda te ha enseñado ya bastantes oraciones? Bien se conoce, señor Voluntarioso, que es su señora madre—¡bendíganosla Dios!—quien me lo educa... Sí: mírela y cambie sonrisas de angelito con sonrisas de santa; como si yo me dejara ablandar por sonrisas... ¡Pero Inda, no le sonrías! ¿No ves que así me lo atraes y te lo llevas? —Eso es: enmiéndate divinizando más y más el atractivo. ¿Tampoco tú quieres obedecerme? Pues voy a castigaros a uno y otro.

Y afectando despecho para disimular su dicha, el padre y esposo feliz puso en el suelo al hijo bendito de su amor, se levantó de la "mecedora consagrada", se trasladó a la hamaca que todas las noches ocupaban padre y madre para adormecer al hijo, y se cubrió con ella como para ocultar un descontento. Mas no bien se hubo tendido, cuando, como si se hubiera llenado de celestes armonías el aposento, resonaron en él risas de cielo. Eran las carcajadas con que Inda y su hijo celebraban el subterfugio del padre.

—¡Ajá! —clamó palmoteando el chiquitín—: ¡eso era lo que yo quería! ¡Eso! ¡Eso!

Y levantándose sobre sus piecitos, desde los no mucho más grandes de su madre, a que se había cogido, hasta el cuello que inclinaba la madre para verlo y recibirlo, aumentó con los besos que daba y recibía las dulces armonías de aquel hogar. Después, atrayendo la cabeza de su madre como para hablarla al oído, le dijo con la vocecita aprendida de su madre:

—Vámonos, Maílla.

—No voy —le contestó ella, fingiendo enfado.

—Sí —rogó el retrato vivo de Inda, rememorando en el corazón del padre las dulces instancias, la peculiar manera de rogar de su alma-esposa.

—¡Digo a Ud. que no! —contestó ella, bajando la cabeza como para hacer más amenazante la negativa; pero, en realidad, para estar más pronta al beso que estaba codiciando.

—¿Y por qué no?

—Porque yo me llamo *mamá* y no Maílla.

—Pues bueno, mamá Maílla...

El padre soltó una carcajada de aprobación, en tanto que la blanda madre, tomando en sus brazos a su hijo, hacía lo que había estado codiciando.

Habíase acercado a su esposo, que esperaba incorporado en la hamaca la visita, y le presentaba con orgullo la frente casi luminosa de su hijo.

—Pero, ¿has visto? —preguntaba mientras ocupaba al lado de su esposo el espacio que éste le había preparado—; ¿has visto niño igual, precocidad igual, talento y percepción como el de este angelito?

—Pues si es otra maravilla como su madre —se chanceó él, acariciándola enamoradamente en la mejilla.

—¿Y por qué no lo has besado? —murmuró ella con despecho maternal.

—Porque un padre se diferencia de una madre en que sabe, o debe saber, enfrenar a tiempo su afecto. La vida, alma Inda, es temprano y continuo aprendizaje. Aprenda el niño, y apréndalo desde temprano, a no tener estímulo de vanidad en padre y madre, y aprenderá a libertarse del más funesto de los vicios de carácter. Harto soborna el mundo la vanidad de sus víctimas, para que también nosotros nos hagamos sobornadores.

—Pero un beso de padre...

—Besos de padre, y sobre todo, besos de madre, si dados con imprudencia, son sobornos.

Hubo una pausa. Como siempre que habla la conciencia, para moderar y dirigir al corazón, éste se apena. El corazón de la madre venturosa se apenó. Creyendo reconvención lo que era consejo previsor, protestaba en silencio contra aquella austeridad paternal que hasta a los besos maternales parecía opuesta. Los dulces ojos de la madre se anublaron, y las dos lágrimas que de ellos brotaron, cayeron sobre el rostro intranquilo del niño. Este, clamando y llorando, se abalanzó al cuello de su madre, y la llenó de besos.

—Y esto —preguntó entre victoriosa e indecisa la tierna madrecita— ¿es un soborno?

—Sí, señora —dijo tiernamente el esposo, confundiendo en una misma caricia a madre e hijo—. Sí, señora; con tu injusto dolor has sobornado contra mí el corazón de nuestro hijo, que al verte llorar, me culpa de tus lágrimas, y protesta contra mí al enjugarlas con sus besos.

—¡Pero qué cosas ideas tú! Esta creaturita...

—Esta creaturita vive, Inda madre de su alma y de la mía: al vivir, al mismo tiempo que sus órganos físicos, va desarrollando sus órganos intelectuales y morales; y así como la savia de tu seno aumenta cada día su vitalidad animal, así nuestras palabras, nuestras miradas, nuestras sonrisas, nuestras lágrimas, nuestros besos, nuestros actos todos, despiertan cada día en su blando corazón y en su tierno cerebro un afecto y una idea que, poco a poco, van formando su vida invisible, su vida racional.

Inda tiene un modo, de ella misma, peculiar a ella sola, suyo propio, de expresar convencimiento: abre mucho sus ojos luminosos y derrama la pura luz de su alma convencida. Abrió sus ojos, derramó su luz, contempló

con rápido éxtasis a su hijo, que, como siempre, se extasiaba entonces contemplándola, y mirando con profunda ternura a su marido, e inclinando hacia él la frente de su hijo y la suya, dijo sumisamente:

—Siempre tienes razón; pero sujetarlo y sujetarnos desde tan temprano a las reservas y a las austeridades de la educación...

Hizo un mohín de los suyos; delicioso. Después de pagarle su sumisión y su mohín con la doble recompensa que ella había pedido, el educador feliz de madre e hijo recobró su aire jovial, y sonriéndose expansivamente, dijo:

—Conque te parece demasiada sujeción ¿eh? Querrías a cada momento, por todo y para todo, estar dando besos al malcriado, o derramando lágrimas para que, como yo hacía no ha mucho, él las enjague con sus besos ¿no? Sí, míralo y consúltalo... Y en verdad que tiene unos ojos y una frente y una expresión y una manera de sonreír...

—¿No es verdad? —clamó la madre alborozada, al oír en los labios de su amado el elogio del fruto de su amor.

—Tan verdad, como que es tu retrato.

—¿Ello no! Papá Hostos y Rosita dicen que es todo tú, menos los ojos.

—¿Pues! El centro mismo de la vida interior. Por eso se parece tanto a ti, que eres, como él, una luz resguardada por un cuerpo transparente.

—Pero la boca y la nariz y la manera de sonreírse y el pelo...

—Tomó lo malo mío. En cambio, de todo lo bueno que tú tienes, tomó lo mejor: esa alma que hay en esos ojos.

—Eso es justamente lo que yo deseaba que sacara tuyo.

—¿El qué? ¿Alma u ojos?

—Alma y ojos.

—Si su alma es la tuya, es el alma mía, puesto que tú eres mi alma.

—Sí, empieza ya con las miradas. Tú sí que eres sobornador. Vamos, no me mires así, y enséñale la oración que ibas a enseñarle.

—Ya no es posible.

—¿Por qué? —preguntó Inda, acomodando a su ángel para que jugara mejor con sus hermosas trenzas.

—Porque tú has negado a Dios.

—¡Por Dios, Hostitos de mi alma! ¡No digas eso!

—Tú eres quien lo has dicho.

—¿Cuándo?

—Cuando negaste con tus lágrimas la influencia de los padres sobre el niño.

—¡Pero si yo no lloré por eso!

—¿Pues por qué?

—Porque yo creí que no iba a poder besarlo más.

Y como si conjurara aquel peligro, a fuerza de besar al niño soñoliento, lo hizo llorar. Pero como jamás madre alguna tuvo magia igual para el hijo de su alma, bastaba que Inda se inclinara, lo mirara y se sonriera, para que el niño enamorado de su madre cesara de llorar y sonriera.

—Y después de eso dirás —argumentó el padre feliz, sacando partido de la mágica influencia de la madre sobre el hijo—, después dirás que no hay Dios.

—¡Pero por Dios! ¡No repitas eso! ¿Cuándo he dicho yo eso?

—Cuando te apenaste porque yo te decía que, en el alma como en el cuerpo de los niños, cada momento es una influencia, y cada influencia es una decisión del destino futuro de esas tiernas vidas.

—No creo haberlo negado; pero aunque lo hubiera negado, no veo por qué el negarlo había de ser la negación de Dios.

—¿No lo ves? ¿Y para qué tienes ojos tan hermosos?

—Vamos, mira que me interesa mucho eso.

—¡Si tú lo sabes!

—Vamos...

—Tú misma vas a decirlo. ¿Quién me enseñó a mí a amar a Dios?

—Esa es mi gloria y mi dicha —clamó mirando con ojos radiosos a su hijo la madre enamorada.

—Esa es tu gloria y tu dicha. ¿Y por qué me lo enseñaste?

—Porque te insté y te rogué y te amé tanto y te di tantas pruebas...

—Y tan absolutas, que jamás hombre alguno recibió pruebas de amor tan absolutas. Todo eso es verdad, Inda de mi alma; pero no fué tanto tu amor como tu fe y tu virtud lo que me reveló tu Dios. Al ver la influencia sacrosanta que ejercía a mi vista tu creencia en Dios, al ver el ascendiente decisivo que su santificado nombre tenía en ti, al verte tan pura, tan limpia, tan sencilla de corazón, tan inocente, tan llena de las gracias de la virtud, creí en tu Dios. Hice bien y siento bien. Pero ¿por qué crees tú que amé a tu Dios?

—Porque él es amable y yo lo amo.

—Dos razones, a cual más poderosa, para mí; pero había otra más decisiva. Cuando yo vi que una creatura tan delicada como tú, de cuerpo, de alma, de gustos, de afectos, en sus ideas, en sus opiniones, en sus juicios, en todas las formas y manifestaciones de su vida, pudo resistir con su sola idea de un ser perfecto a la educación doméstica, que era desastrosa; a la educación de la sociedad, que era desoladora; a los impulsos de los su-

yos, que eran malos; a los estímulos de una sociedad tan corrompida; a los halagos de una vanidad tan adulada; cuando te vi amarme con pureza tan angelical; cuando te vi defender tan heroicamente tu amor contra las atrocidades de los tuyos; cuando te vi triunfar; cuando, en medio de los pronósticos horribles que acompañaron nuestras bodas, te vi feliz; cuando después hiciste lo que jamás hizo mujer alguna en este mundo, que tiene tan pocas mujeres como tú; cuando más tarde aprendiste a soportarme y me enseñaste a corregirme; cuando te vi pasar ilesa por aquella noche de horror que debimos a tus padres; cuando vi aumentarse, acrisolarse, divinizarse tu amor con la miseria, el aislamiento, la persecución, la calumnia, la impostura, que caían sobre mí como aludes desplomados desde el punto más lejano del espacio; cuando te vi arrostrar sola por mí los rigores de una navegación, llorar por mí las mismas dulzuras de que empezaste a gozar al santo lado de los míos, pensé que era imposible que para un ser como tú no hubiera una providencia digna de ti, y que era igualmente imposible que no existiera el Dios digno, con cuya sola creencia y solo nombre habías fortalecido tú el alma delicada y el cuerpo delicado que no comprendo, en verdad absoluta no comprendo, cómo han podido resistir.

—¿Y no te amaba? ¿Y no te amo? ¿Y no te amaré? ¿Y no amaba la esperanza ya realizada de nuestro hijo? ¿Y no amaba a Dios?

—Sí, el amor contribuyó al prodigio; pero dime: ¿No vivirías desesperada, si vivieras, a no haber sido por la constante acción de tu creencia?

—A no dudarlo.

—¿De modo que la simple influencia de tu fe en el ser superior que tú misma, independientemente de toda creencia dogmática, formaste por sentimiento y por re-

flexión en tu conciencia, esa simple influencia te ha salvado para ti misma, para nuestro hijo; para el mundo, que algún día te venerará; para mí, que ni siquiera sé qué es vivir fuera de ti?

—Así lo creo.

—Pues si lo crees, ya sabes por qué es negar a Dios el negar la influencia temprana en el alma de los niños. ¿No consideras a tu Dios como el autor de tu ser?

—Sí.

—¿No es la conciencia de tu conciencia?

—Sí.

—¿No es la razón de tu razón?

—Y la fuente de todos mis sentimientos, y el raudal de mis buenas intenciones y el manantial donde apago la sed de justicia que por todos los perseguidos de este mundo me devora.

—Y ese noble entusiasmo que realza tu belleza moral, Inda de mi alma, y esa tranquila confianza que enaltece tu ya excelente naturaleza, y la dulce esperanza con que tantas veces has calmado mis desesperaciones, y la caridad inagotable con que has salvado del odio tu alma sana, y la fe sin palabras a que te he visto obedecer en las congojas más opresivas, ¿no ha procedido todo eso de la influencia constante del ser superior a quien atribuyes la omnipotencia de la verdad y la virtud y por quien deseas evitar todo mal y ejecutar todo bien? Pues...

—¡Ya comprendo! ¡No sigas, ya comprendo! Lo que querías decirme es la verdad: así como por la influencia de la idea de Dios somos lo poco bueno...

—Lo mucho bueno que tú eres, así por la influencia de sus padres...

—Se parecerá éste a ti.

—No: será lo que tú eres.

El niño se había dormido en el santo regazo de su madre. Ambos esposos, velando el sueño de su hijo, se mantuvieron inmóviles y silenciosos: apenas si se atrevieron a tenderse las manos y a mantenerlas enlazadas, mientras ella con la alegría de la confianza, él con la piedad de la experiencia, miraban dormir al que algún día había de despertarse en la refriega de la vida. Temiéndola acaso por su hijo, la tierna madre inclinó hacia él la nobilísima cabeza, y contemplándolo, cayó en una profunda meditación. El esposo, que la contemplaba con la ardiente atención de la ternura, y que observaba en su rostro las impresiones de su alma, le oprimió la mano. Ella levantó la cabeza, y lo miró.

—¿Otra lágrima? —preguntó él, reconviniendo con dulzura.

—No la he sentido; pero estaba pensando con tristeza que nuestro hijo no conoce todavía a su Dios.

—Ya lo conocerá: tú se lo enseñarás.

—¡Si yo no sé!

—¡Has sabido para ti y para mí, y no has de saber para él!

—Pero yo no he podido hacerle todavía entender lo que tú me has dicho esta noche.

—Crees que no has podido hacérselo entender; pero basta que seas tú su iniciador...

—Si tú quisieras...

—¿Qué? ¿Hablarle de Dios? ¿Con estos labios impuros y con este corazón cargado de pasiones? No; la iniciación del hijo toca al alma de la madre.

—Pero siquiera una oracioncita, que se le grabara para siempre en la memoria y que le enseñara a confundir el amor a su padre celestial con su amor a nosotros...

—¡Silencio, que despierta!

El niño, al despertar, lloró; pero no bien reconoció a su madre, sonrió. Ella, después de acariciarlo, le prometió el dulce seno que él buscaba, con tal de que antes oyera a su padre. El niño volvió el rostro risueño hacia su padre, y miró con atención.

—Vamos, ahora...—rogó la dulce madre.

—Pues ahora. Ea, hijo de santa, vuélvase hacia su madre; así: junte ahora las manecitas; está bien: mire en los ojos a su madre y diga: “Dios de Inda, que eres manantial de todo bien y que puedes preservarnos de todo mal: aleja de nosotros el mayor, impidiendo que nuestra alma se manche con malas ideas, con malas pasiones, con malos deseos y con malos intereses. ¡Sea!”

Aunque más de una vez quiso la madre amada interrumpir aquella oración jamás oída, no se atrevió: el acento de su esposo era solemne; y el balbuceo de su hijo estaba tan lleno de unción, que le hubiera parecido irreverencia la más leve interrupción.

Pero cuando, al terminar, el niño alborozado besó repetidamente a su padre, diciéndole que todos los días le había de repetir la oración, la madre se manifestó asombrada de que sus propias plegarias, en que el elemento humano no entraba para nada, hiciera menos efecto en el alma de su hijo, que aquella en que se profanaba el nombre de Dios, enlazándolo con el de una pobre mortal.

—Pues ahí verás —dijo sonriéndose el esposo—: el hecho es que nuestro hijo sabe ya, poco más o menos, quién es el Dios de Inda, y nunca, a no pensarlo por él mismo, habría conocido otro Dios.

—Pero eso es profanar...

—No: eso es orar. El nombre de Dios es inefable, y sólo puede asociarse a lo mejor que conocemos. Tu hijo y yo conocemos en ti lo mejor... No hablemos más: ofreciste el seno.

Y después del pan de vida moral que había pedido para su hijo, la casta madre veló el seno en donde lleva y de donde dió, el pan de vida orgánica al hambriento.

Ma-illa

—Como siempre: cuando Inda te bota de su lado, o te regaña, o lloras, entonces te acuerdas de mí: de otro modo, no; ¿no es verdad? Y veamos: ¿qué es ello? ¿Por qué lloras?

El niño guardó silencio: se le conocía en el contraste de expresión que había entre sus ojos y su boca, el deseo contradictorio que sentía. Supadre se lo acomodó bien en las piernas, lo acarició, le inspiró confianza para que la manifestara, y como si al través del angelillo, y en él mismo contemplara el ángel bueno de donde había procedido, expresó en su larguísima sonrisa su doble afecto.

El niño, sintiéndose animado por la comunicativa ternura de su padre, empezó a acariciar la barba de éste. Pero no fijaba los hermosísimos ojos de su madre en parte alguna, y precaviéndose mucho, volvía de cuando en cuando la cabeza.

—¿Ya estás buscando con la vista a Ma-illa?

El niño se atrevió a no contenerse, y selló con una de sus manecitas la boca de su padre, a tiempo que, casi con angustia, hacía la recomendación del silencio:

—¡Chist!

—Pero ¿qué es eso? —dijo el padre, riéndose del temor que por primera vez manifestaba el niño a su madre, y de la libertad que también por vez primera se había tomado con su propia boca—: ¿Qué es eso?

El niño volvió a mirar a su rededor, fué a hablar, se arrepintió, y quedó inmóvil. Pero debía ser la suya una de esas primeras luchas interiores que los niños no

pueden resistir sin confiar; y su padre, conoedor de su deber, y escrupuloso observador del alma y el cuerpo de su hijo, hizo el movimiento mudo de ojos y cabeza que invita a romper un silencio molesto.

—No me atrevo —contestó el niño al movimiento de su padre, acercándosele al oído.

—¿Y por qué no?

—Porque sería acusarla.

—¿A quién?

—A Ma-illa.

El niño volvió a cubrir la boca de su padre, y éste comprendió que el secreto estaba en aquella palabra dos veces interrumpida con dos cubrebocas.

—¿A que sé lo que es? —dijo el padre.

—¡A que no!

—¡A que sí!

—¡A que no!

Ya la jovial contradicción tenía risueño al niño, que empezaba a olvidarse del estado moral en que se había presentado poco antes, cuando se oyó la melodía de la casa, la voz de Inda:

—¡Hostos! ¡Mándame al acusador!

El niño, cuyos ojos se habían dilatado de placer al oír la voz no distante de su madre, cuando oyó lo que la voz decía se amparó más en su padre, enlazándose con ambos bracitos a su cuello.

—¡Hola! —le dijo su padre—. ¿Conque tan seria es la cosa que tienes miedo a mamá?

—Es que se puso brava.

—¿Brava? ¿Y por qué?

—No me atrevo a decirlo.

—Será muy mala la acción.

—¡Ello no! Si fué que yo jugaba con Corela...

—Vamos, no temas: acusar es malo; pero justificarse es bueno. Expílicate.

—Tú me lo mandas, ¿no es verdad?

Y la encantadora creatura, ansiosa de explicarse, pero temerosa de hacer mal, había cogido con ambas manos el rostro de su padre, y lo miraba fijamente como para autorizar sus palabras. El padre, para quien había un doble placer en aquella situación, porque sentía que de ella estaba gozando no lejos la madre venturosa, buscaba modo de mirar de soslayo hacia los aposentos interiores, para ver si conseguía ponerse en comunicación muda con la que, lejos o cerca, era siempre el alma de padre e hijo. Pero ella deseaba, sin duda, ser espectadora invisible.

—¡Ea! —continuó el padre, acariciando su cabello en el del niño—, ya puedes hablar.

—Pero no lo dirás, ¿eh?

—No.

—Pues fué que yo jugaba con Corela como a mamá le gusta, ¿tú sabes?

—¿Yo? No.

—¿Cómo no? Si Mai... digo, mamá dice que tú fuiste quien primero jugaste así.

—¿Yo, muchacho?

—Sí, señor, cuando estaba entre aquella gente tan mala, tan mala...

—Pero yo no estaba solo.

—Ya sé, con la pobre Ma-illa.

Y al pensar que su madre había estado entre aquella gente realmente mala —que su estrella le preserve de tener nunca que ir a conocer!—, el niño no pudo contener sus lágrimas, y abrazándose a su padre, como si quisiera salvarlo de un peligro, gritó:

—¡Pobre papá! ¡Pobre mamá!

—¡Hijo del alma!

Fué grito de madre. Madres e hijos proceden a veces en virtud de fuerzas magnéticas, y sin que yo pueda

explicarme cómo, Inda y mi hijo estaban estrechamente enlazados, ambos llorando, ambos acariciándose para consolarse, ella sonriéndose en medio de sus lágrimas, él riéndose ya entre sollozos. En las escenas del hogar, siempre es la madre la protagonista: en cuanto Inda apareció, del primer papel que estaba desempeñando, quedó el padre relegado a un papel secundario. La madre fué quien dirigió la acción.

—¡Tierno hijo mío! —clamó acariciándolo—: y luego querrán que no me asombre de su precocidad ni la pondere! Eso es como querer que por mí misma enfrene virtudes que nacen en su alma a cada paso. Una sola vez le he hablado de aquel país y aquella gente, y ya ha llorado dos veces a la idea de los dolores que sufrimos.

—Eso no es malo; pero...

—No ocultes tus sentimientos, amado de mi alma: yo te vi una lágrima.

—Y era un tributo natural a su dolor...

—Y de admiración a su sensibilidad precoz.

—Y también de ternura paternal y conyugal, no te lo niego. Pero veamos: ¿por qué estaban en pugna madre e hijo?

—Que te lo cuente él —dijo Inda colocando en las piernas de su padre al chiquitín, y aproximando su silla al dulce grupo que ella, con su luz natural, iluminaba.

—Vamos, pues, caballero, ya tienes la autorización que te faltaba; ya tu madre te dice que hables: cuenta el cuento.

—Si no es cuento como los que me cuenta papá Hostos, cuando viene, de un niño que le confesó a su padre una maldad, y de otro que desobedeció a su madre... ¿No es verdad que yo no te desobedecí, mam-Inda?

—¡Sí, señor! —le contestó ella, forzando un entrecejo.

—¡Cómo! ¡Desobedecer a su madre!

—¡Ello no...!

—¡Y desmentirla! Vamos, no te pongas a llorar, ¿qué fué?

—Que yo estaba jugando con Corela.

—Di a tu papá cómo juegas con ella —ordenó Inda, anticipándose a carcajadas su placer de madre. Obedeciendo, el niño se escurrió por las piernas de su padre, echó a correr como buscando alguna cosa, desapareció por las habitaciones, desde donde se le oyó llamando con instancia algún ser viviente, y a poco apareció con un gato mansísimo en los brazos. Como en aquel intervalo, Inda, según una antigua costumbre que nunca perderá, y hará muy bien, se había sentado en las piernas de su amado adorador, y ambos, sin hablarse estaban comprometidos en la conversación sin palabras que deleita a los enamorados, sobre todo si son ya esposos y ya padres, el chiquitín tuvo que llamar la atención de los enamorados.

—¡Mira, Inda! —gritó—: ¡Mira, papá!

Y como no se contentara con gritar, sino que tiraba del vestido de su madre, ésta tuvo que prestarle atención.

—Ahora verás —dijo en voz baja a su marido.

El niño, tomando en su mano izquierda, y por el cuello, al complaciente gato, se pasó la otra mano por entre la ensortijada cabellera, hizo unos cuantos gestos, como si remedara a alguien, y empezó a hacer las contorsiones más graciosas y a bailar del modo más grosero, cantando, gesticulando y estremeciendo al pacienzudo animalito a quien dirigía su canto:

—La-re-la, la-re-la, lari-casi-casin, Corela.

Inda se reía a carcajadas, como en los tiempos en que sólo así conseguía su marido arrancarle una manifestación de buen humor. Noble creatura, que ni aun

en el dolor perdió la salud de su alma pura, y que, ni aun por recuerdo de la indigencia amarga, empañaba sus alegrías de madre y su ternura de esposa. Estuvo riéndose un largo rato; y como, mientras más se reía, más la complacía su hijo, tuvo el padre que contener a éste, para que, por exceso, el placer no degenerara en daño.

—Venga usted, señor, venga acá. ¿A quién remeda usted?

—A ti —contestó atrevidamente el niño, alentado por las locas carcajadas de la madre y por la mal reprimida satisfacción del padre.

—¿Conque a mí! ¿Y lo confiesas?

—Adiós. Pues si eso le gusta a mamá.

—¿Y quién te enseñó eso?

—Ella misma.

—¡Hola!—dijo Hostos, falsificando enojo y mirando con burlesca severidad a su Inda—: ¿conque usted se burla de mí?

—¡Ello no! ¡No señor! —gritó enérgicamente el niño, saliendo en defensa de su madre— ¡ella no se burla; no, señor!; ella me enseñó eso porque te quiere mucho.

Y agotados sus argumentos, buscó en la palabra de su madre la fuerza, que él creía insuficiente, de las suyas; y concluyó:

—¿No es verdad, mam-Inda?

—Por supuesto —le contestó su madre.

—¿Y cómo puede ser que se quiera al que se remeda?

—¡Adiós! ¿Y yo no la quiero a ella y la remedo?

—¿Y quién te enseñó a remedarla?

—Tú mismo.

—¿Yo?

—Y a ella le gusta muchísimo, y a mí también.

Y como si no quisiera perder el placer de oír las carcajadas de su madre, el niño se puso en una actitud llena de gracia, remedada de su madre, suspendió su tunicito, fingiendo que mientras remedaba el baile cadencioso de su madre, lo animaba una voz extraña, bailaba, gritando:

—¡Joropo! ¡A sei sola! ¡A sei sola!

La satisfacción que brillaba en el rostro del niño al recibir las caricias ruidosas con que su madre lo recompensaba, no era más viva ni más dulce que la de sus padres; pero era concienzuda. El niño estaba satisfecho, no sólo de haberse atraído los alegres halagos de sus padres, sino de haber probado que, como él había sostenido, era cariño y no burla aquel remedo.

—Bueno —dijo el educador de los suyos, comentando la satisfacción concienzuda del niño—: los remedos de tu madre y los tuyos no son burlas. ¿Y qué sucedió cuando me remedabas?

—Que Corela se me escapó y yo me puse bravo, y mamá me regañó.

—Sí, señor, y hasta que no se le quiten esas impaciencias que malogran las mejores cualidades del mejor hombre que conozco...

—Y afean la belleza moral del alma de mujer más pura que conozco yo...

La doble alusión, de la esposa al esposo, de éste a ella, interrumpió el relato del niño. No fué malo: durante aquella breve interrupción, los padres enamorados se miraron tiernamente, como expresándose mutua gratitud por el cariñoso consejo que envolvía la alusión. Ella a él:

—Pero me estoy corrigiendo: ¿no es verdad?

Dijo él a ella:

—Lo bastante para que, con los esfuerzos que yo hago por corregirme, influyamos benéficamente en el

defecto que ha heredado de nosotros este heredero en vida. Pero todavía necesitamos hacer más. Inda de mi hijo —añadió blandamente el esposo, tomando con ademán persuasivo una de las manos de la esposa—: necesitamos, en eso y en todo lo defectuoso que tenemos, ser implacables con nosotros mismos para tener el derecho de ser justos con nuestro querido redentor. Sólo saben educar bien a sus hijos, los padres que al mismo tiempo se educan a sí mismos, se someten a la disciplina moral a que someten, y exigen en sí la perfección que buscan en sus educandos.

—Ahora que, por nuestro angelito, sé lo que es vivir, y comprendo el alto objeto de tu vida, y he aprendido a agradecerte las instrucciones que antes rechazaba con soberbia...

Los labios del esposo sellaron los labios de la esposa. Eso era saber ser educador: el que reconoce un mal, está medio curado de ese mal; y lejos de imponerle el remedio violento de la confesión se debe interrumpir con un beso su *mea culpa*. No todos saben hacer eso; y crueles hay que, por curar un mal, agravan el estado moral que lo origina. No así él, y en esa tierna piedad para lo otros fundaba su esperanza de hacer feliz a su familia.

La que entonces estaba formando, ofrecía todos los caracteres de la única felicidad que hay en el mundo; la de un amor puro, incesantemente acrisolado por el deber cumplido.

—Estábamos, pues, en que te pusiste bravo —dijo el padre resumiendo el relato del niño, mirándolo en los ojos, y comparándolos con los únicos de mujer que había besado.

—Pues si es verdad —repuso el niño—; esa Corela es una falsa...

—Pero entre tanto, no has dicho a tu padre por qué viniste a acusarme.

Y mientras Inda se dirigía a su hijo, le arreglaba maternalmente el traje.

—Si yo no vine a acusarte... ¿Verdad que no, papá?

—Pero traías una cara como de quien quiere que se remedie una cosa injusta.

—¡Eso sí!

Y al dar el clamor, porque fué un verdadero clamor, los ojos del niño relampaguearon; su frente se iluminó con la viva irradiación de la mirada, todo su rostro se encendió, las delicadas narices se le dilataron, los labios le temblaron, el cuerpecito se le estremeció, y fué entonces tan viva su semejanza corporal y moral con padre y madre, que pareció una perfecta fusión de dos en uno, un solo ser con todas las facciones de otros dos.

—¿Qué es eso? —preguntó con inquietud la madre, interrogando con ojos maravillados al esposo, en tanto que tomaba apresuradamente en sus brazos al niño transfigurado, y lo calmaba con caricias y lo acariciaba con reverencia. El padre examinaba al hijo. Expresaba en su rostro un doble sentimiento: el del orgullo victorioso, y el de la piedad profética. En tanto, como si las caricias de su madre fueran para él un consuelo inefable, el niño lloró copiosamente, sin gritos, sin ruido, sin violencia. Y después levantó radiante la cabeza, dió un beso singularmente sonoro a su madre, presentó su frente al padre, y como si ya tuviera la seguridad de no ser reprendido injustamente, dijo:

—¿Tú no me has dicho, papá, que llame a mam-Inda diciéndole Maílla?

—Maílla no; sino Maravilla.

—Bueno; Ma-avilla, Ma-illa; yo no puedo decir lo otro.

—Sí, todavía te falta la *r* —dijo el padre sonriendo y calculando la falta de desarrollo mecánico que representaba en el organismo intelectual de su hijo la falta de aquella *r*—. Está bien: yo te dije que la llamaras Maílla. ¿Y qué hay en eso de malo?

—¿No es verdad —preguntó con aire de triunfo el niño—, que eso no tiene nada de malo?

—Al contrario, tiene de bueno cuanto tiene de verdad.

—Pues mam-Inda dice que no la llame Maílla, y se pone brava, y me tuerce los ojos, y me vuelve la cara, y yo no puedo resistir todo eso.

—¡Pobrecito! —exclamó el padre, participando del dolor de su hijo, y como si él pudiera y supiera apreciar más aún que su mismo hijo aquel dolor—: ¡Pobrecito! ¡Privarlo de la luz del sol y de la vista del cielo!...

—Eso es —dijo la madre entre risueña y contrariada: —entre los dos me confirmaron, y nadie me quita ya ese feo apelativo.

—¿Feo? La verdad es siempre bella, y Maravilla o Maílla, como él dice, es tu verdadero nombre.

—Mi nombre es el que tú me diste: Inda.

—Ese es el nombre del amor. El de la admiración...

Como al taparle la boca lo hiciera con la mano, el esposo amordazado no encontró mejor medio de zafarse de la mordaza, que besarla.

—¡Anda! ¡Sobornador! —dijo la esposa contestando a la mirada apasionada y reverente que completaba la significación del beso—: ¡Anda! Así quieres hacerte perdonar el mal que me haces enajenándome el amor de mi hijo.

—¡Chiquilla! ¡No blasfemes!

—Es verdad: le enseñas a que me admire, en vez de dejarlo que me ame.

—Ya sabía yo —dijo Hostos, prorrumpiendo en una de las felices carcajadas que había recobrado en la felicidad doméstica—, ya sabía yo que ese era el motivo de las querellas entre madre e hijo. ¡Cosa más donosa! Una madre que se enfada con su hijo, porque él, con su lengüita de trapo, le dice la verdad...! ¡Ma-illa, Ma-illa! —dijo, remedando la vocecita de su hijo, atrayendo gozosamente hacia su seno la cabeza de su Inda, y acariciando plácidamente su larga cabellera—: Sí, señora, usted es una maravilla, una *ma-illa*, y así ha de llamarla nuestro hijo. ¿No es verdad?

—Pero si ella no quiere que la llame así...

—¡Pues yo quiero!

Al oír la orden, el niño consultó con ojos pesados a su madre, como haciéndola juez a ella misma, y pidiéndole perdón anticipado de las contrariedades que iba a imponerle al emplear el llamamiento ordenado por su padre. Ella le sonrió; y el niño, dando ya por salvado el conflicto en que había estado, saltó lleno de gozo, y asociando todos los vocativos cariñosos que él y su padre empleaban para dirigirse a la tierna madre-cita, gritó alborozado:

—¡Inda! ¡mamá! ¡mam-Inda! ¡alm-Inda! ¡Ma-illa!
—cuidando de que el último fuera el que menos complacía a su madre.

El primer acceso

Era la hora de la hamaca. Ya había oscurecido: ya el niño se había dirigido en su breve plegaria al Dios de Inda: ya dormía en el regazo amoroso de su madre, al lado siempre buscado de su padre, y acaso estaba soñando en silencio con aquel ser delicado que siempre

lo inundaba de luz exterior con su sonrisa, o acaso estaba pensando en aquel otro ser casi sombrío que a veces le enseñaba palabras luminosas.

Inda que, como siempre, al contemplar el sueño de su hijo, meditaba vagamente en su destino, levantó lentamente la cabeza, miró mudamente a su marido, registró en sus ojos el pensamiento que centelleaba dentro de ellos, y después de un largo respetar el hábito de hablar consigo mismo que al principio la había contrariado tanto en su marido, se resolvió a hacerlo pensar en alta voz. Le dijo:

—¿A que sé en qué piensas?

—Ya lo creo, puesto que sabes en quién vivo. Vivo en ti, vivo en tu imagen...

—Yo también vivo en tu imagen, vivo en ti; y sin embargo, no siempre pienso tanto en ti y en él como en los obstáculos que, heredándote en todo, va a encontrar en la vida. Y ahora pensaba en eso. Y tú también, porque te he visto la expresión misma de ayer, cuando el niño tuvo aquello. ¿Qué fué aquello, Eugenio?

Era tal la angustiosa curiosidad de la pregunta, en ella se desbordaba tan sin límites el amor de la madre, que el interrogado se sintió hondamente conmovido, y contestó con palabra palpitante:

—Aquello, Inda, fué un acceso de divinidad.

Y recordando que muchas veces se había sentido tan padre como esposo de su esposa, le acarició paternalmente la mejilla. Ella, que nunca era más feliz que cuando confundía en uno mismo su afecto de esposa e hija, tomó su acento más infantil y más filial, y dijo:

—¿Me explicarás eso?

—Si me dejas seguir mi sistema.

—¿Qué sistema?

—El de que tú misma te expliques lo que no comprendes.

—Pues empieza.

Se preparó a atender para entender. Dilató sus ojos receptores de tanta luz exterior y reflectores de tanta luz interior; escorzó su cabeza deliciosa, miró atentamente a su marido, y escuchó. Oyó esta pregunta:

—¿Recuerdas bien en qué momento empezó a transfigurarse ?

—¡Qué palabra tan exacta, Eugenio mío! ¡A transfigurarse! ¿Verdad que fué una verdadera transfiguración?

Y después de celebrar de mil modos la exactitud de la expresión, se recogió para recordar puntualmente, y contestó:

—Cuando tú le dijiste que parecía que deseaba el remedio de una injusticia.

—Exactamente.

—¿Y notaste lo que yo? Cuando dijo: “¡eso sí!”, no voceó ni gritó como un niño irritado, sino que clamó como quien clama desde lo profundo de su alma.

—Eso es: dió un clamor. ¿Y notaste entonces...?

—Entonces fué la transfiguración. Se pareció tanto a ti, que lo hubiera besado como a ti.

—No, que eras tú misma quien estaba en él, y yo lo bendije con las mismas bendiciones que tengo para ti.

—No era yo, eras tú.

—No.

—Sí.

—Ni tú ni yo; éramos los dos.

—Pero tan perfectamente éramos los dos, que, al verlo, sentí una delicia...

La curiosidad intelectual, que por su exceso es siempre uno de los defectos, y en una hora de infierno estuvo a punto de ser el único crimen de aquel hombre, se despertó entonces en él. Y dijo:

—Y ¿qué delicia fué esa?

Ella, en vez de contestar se ruborizó otra vez.

—Vamos —rogó él—, no seas egoísta y comunícame tu delicia.

—Si no sé. Fué cuando por primera vez sentí en lo más profundo de mi ser un latido vivísimo, sensación infinita de alegría y de dolor, de intenso placer y de vaga tristeza... ¡Qué sé yo!...

—¡Oh sí! Prosigue.

—Quise llamarte, me dió vergüenza, vacilé, te reservé como un secreto inefable la inmensa alegría que deseaba ardientemente, y no me atrevía a comunicarte; y cuando, ¿te acuerdas?, examinándome para explicarme la incomprensible relación que había entre el latido recóndito y el que entonces me agitaba, te presentaste, y me sorprendiste, y yo me avergoncé y al mismo tiempo me alegré de que me sorprendieras, me pareció que no era fuera, sino dentro de mí, en las más secretas raíces de mi ser, donde estaba viéndote y tú estabas, y me dije con delicia que eras tú mismo el ser que se anunciaba en mi interior.

Resplandores tan puros y tan vivos como los de su rostro en aquel momento deleitoso, jamás los ha visto ojo de hombre en ningún cielo. Y como se mira al cielo en su horas de resplandor, cuando en él resplandece el infinito, así miró el esposo a la esposa. La palabra no es acción: por eso es insuficiente en todo momento en que, combinándose en una sola determinación las múltiples impulsiones de la razón, de la voluntad y el sentimiento, se necesitaría mostrar al exterior todo el espíritu, y no pudiendo él ser expuesto ni ser visto, se necesita una acción visible que compendie sus acciones invisibles. Era uno de esos momentos: era insuficiente la palabra. No se habló. Ambas almas resplandecieron en los ojos, y ambos esposos, mirándose en silencio, se enlazaron por las manos.

Un movimiento del niño los distrajo de sí mismos.

—¿Vas a acostarlo? —pregunto él.

Ella instó:

—Déjame que lo mire un poco más.

—Siempre sorprendes mis ideas: mirémoslo.

—¡Tan lindo! —exclamó, saboreando su encanto.

—Exclamación de madre.

—Y de cuantos tienen ojos.

—Pues yo los tengo, y no veo...

—Pues yo sí veo que estás disimulando tu placer.

—¿Placer? ¿De qué? ¿De ver a ese cabezón?

—Como tú.

—¿De ver esa frente monstruosa?

—Como la tuya.

—Y como la tuya, por más que la oculte la pollina.

—¿De ver ese pelo?

—Lleno de ondas como el tuyo.

—¿De ver esa nariz en grande escala?

—¡Ello no! ¡que es más bonita que la tuya!

—Por parecerse a la tuya, ¿no? ¿Y esa boca?

—La misma tuya.

—La mía la tengo yo aquí para probarte eternamente que ese muchacho no es bonito ni puede ser bonito.

—¡Ni puede ser bonito...!

A punto de asentir a todas las pretensiones de la madre, por temor de que su maternal indignación le hiciera daño; pero entre el temor y la grata risa que me causaba aquella encantadora cólera de madre, opté por la risa, y me reí cordialmente a carcajadas. Lo sentí: al ruido de ellas, el niño se despertó.

—¿Ves? —dijo Inda, alegrándose de tener un motivo para acusarme.

Pero se olvidó de mí por atender al hijo, y al ver que él no lloraba y recompensaba sonrisa con sonrisa,

lo puso en pie sobre sus faldas y me lo enseñó con aire de triunfo exclamando:

—¡Di que no es bonito!

—Cuando se sonrío, como entonces se parece mucho a mí...

—¡Hé! ¡Miren el vano! Esa no es la sonrisa en que se parece a ti; esa —abrazando y besando y manoteando al niño—, es la sonrisa de su madre.

Y era verdad: que, entre sus ya varios modos de sonreírse, el niño tenía una sonrisa peculiar para su madre; la misma que ella tenía para él.

—De todos modos —continuó el esposo—, se parece a ti y se parece a mí.

—¡Sí, señor, a los dos!

—Pues digo que no puede ser bonito.

—¡Mire usted!

—Sí que miro. Y como efectivamente se nos parece...

—¿Qué? Concluye.

—No puede ser bonito.

—¡Vaya una razón!

—Razón de espejo. Ponme uno delante, ponte tu otro, y di si de los dos ha podido salir...

—¡Pues ha podido! Y pareciéndose a los dos, es bonito, sí, señor, ¡y muy bonito! ¿No es verdad, lindo de mi alma?

El lindo no soy yo: era el niño, a quien ella se dirigía y con quien empezó uno de esos coloquios de madre, en que todo habla, y en que es torpeza intervenir, porque entonces vale muchísimo más el placer del espectáculo que la gloria de la acción.

El niño volvió a dormirse con la sonrisa en los labios, y volvieron los esposos a contemplarlo, y volvió la meditación de madre y padre en el porvenir de aquel

principiante de la vida. Fué la madre quien primero dejó de meditar.

—Eugenio —dijo en voz baja—, ¿tú crees que los males se heredan?

—Los físicos, los morales y los intelectuales, alma Inda.

Se puso triste.

—Pero se curan.

Se alegró, y mirando con fe a su tranquilo consultor, le dijo con entusiasmo:

—Y lo curaremos, lo curarás: ¿no es cierto?

—Si conocemos los nuestros, y aprendemos a tener el valor de curárnoslos.

—¿Y para eso se necesita valor?

—No por cierto el de los vertedores de sangre, de veneno y de calumnias; pero para nada se necesita más valor que para libertarnos, física, moral e intelectualmente, de las enfermedades que aquejan nuestros tres organismos.

—¿Organismos? ¿El conjunto de órganos por cuyo medio se efectúa una función?

—Exactamente, razoncita diáfana.

—¿Y son tres los organismos?

—Son tantos, cuantos son los grupos de funciones que desempeña en su vida cada ser de razón. ¿No es cuerpo?

—Antes que todo.

—Así; antes que todo. Por lo tanto, tiene órganos para desempeñar sus funciones corporales.

—¿Y todos esos órganos juntos es lo que constituye un organismo?

—El corporal o físico. ¿No es sensibilidad?

—Física y moral.

—Bien comprendido, muy bien. Pues tiene organismo o conjunto de funciones de su sensibilidad.

—Y ese organismo ¿está compuesto, como el corporal, de órganos materiales?

—¡Qué preguntas, curiosilla! Los órganos de la sensibilidad son compuestos: unos son materiales y otros son inmateriales.

—¿Por ejemplo?

—Tus nervios imprudentes, maravillosa red de hilos eléctricos que van de lo conocido a lo conocido, de lo desconocido a lo desconocido, de una a otra de esas estaciones extremas.

—Y que muchas veces pasan por lo conocido para ir a lo desconocido.

—Si te pones a saber más que yo, me callo.

—No, continúa.

¡Con qué acento rogó! ¡Con qué emoción de íntima felicidad me agitó! Si entonces me hubiera preguntado de dónde a dónde iba la corriente magnética que un simple ruego suyo estableció en mi ser, hubiera sabido que venía de lo conocido, porque venía del bien, y ella es mi único bien conocido; pero ¿a dónde fué a parar la corriente magnética? Si quisiera adularte poéticamente, alma Inda, te diría que había ido donde va todo lo tuyo, al infinito.

Había habido una pausa. Ella fué quien la cortó:

—Contigo no se puede aprender nada.

—¡Ya lo creo! ¿Qué voy yo a enseñar, si yo estoy aprendiendo a tu lado a ser feliz?

—¿Lo ves? Siempre mezclando lo profano...

—¿A lo divino?

—¿Y qué culpa tengo yo de que tú seas divina?

—¡Impertinente!...

Y me lo dijo con todo su corazón. Pero como este órgano funciona con tanta rapidez, en donde mismo fabricó el despecho, fabricó para mí una de las sonrisas

más cariñosas que he visto surgir de un corazón a un rostro.

—Vamos —volvió a rogarme con su blando ruego—, sigue explicándome. ¿No estábamos en los organismos morales?

—Y en el que está más enlazado con el físico.

—Y después del organismo de la sensibilidad, ¿cuál sigue?

—Esa es una pregunta formidable, Inda: ¿quién sabrá jamás cuál de los organismos no físicos es primero o es último?

—Pero como dijiste que el de la sensibilidad es el más enlazado con el corporal... Y además, si dijiste que tenemos tres organismos, enumerados esos dos, ya no nos queda más que uno.

—Las clasificaciones, razonadora mía, van donde quiere el clasificador. Supón que, en vez de distribuir en tres grupos todas las actividades de nuestro ser, yo hubiera considerado en grupos distintos la voluntad y la conciencia.

—¿Entonces se considerarían organismos correspondientes a esas nuevas funciones?

—Y por lo tanto, serían más de tres; y por consiguiente, no puede decirse que son tres.

—Ya te entiendo, sino que tú los has reducido a tres. Pues bien: según tu clasificación, nos falta uno.

—¿Qué es?

—Presumo que lo llamarás intelectual.

—Intelectual, u organismo de la razón; es decir, el conjunto de funciones u operaciones de la razón por cuyo medio llegamos al conocimiento de la verdad, o por lo menos, nos dirigimos al conocimiento de ella.

—Pero, bien, yo no entiendo cómo, si organismo es colección de órganos, y los órganos son medios materia-

les de funcionar ese organismo, lo sea la razón, que no tiene medios materiales para funcionar.

—Pues lo vas a entender. En primer lugar, no puede afirmarse que la razón no tenga medios materiales de funcionar. ¿No se dirige la razón a la realidad? ¿No toma de ella los elementos con que opera? No temas no entender: Ya entenderás. Veamos: la atención, la memoria, la imaginación, que son meras funciones u operaciones de la razón: ¿a qué atienden, de que se acuerdan, qué representan? ¿No es a la realidad, no es de la realidad, no es la realidad?

—Es decir, ¿lo que está al alcance de nuestros sentidos?

—Eso es.

—Pero también se atiende y se recuerda y se imagina lo que no perciben los sentidos.

—Pero también eso es realidad.

—Será realidad inmaterial.

—Exactamente. De modo que tú comprendes claramente que hay dos realidades.

—Sí, una sensible...

—Continúa.

—No sé cómo se llamará la que no es sensible... ¿Insensible?

—No, porque ese vocablo indica la privación de una facultad, la de sentir, y la antítesis que tú buscas no es de facultades, sino de modos de conocer. Atinando perfectamente con el adjetivo que corresponde a la realidad que los sentidos pueden percibir, la has llamado *sensible*, es decir, que la percibimos por medio de los sentidos...

—¡Ah! Pues ya sé! La realidad que los sentidos no perciben, la percibirá la inteligencia, y se llamará... ¿inteligible?

—Si pudieran darse besos a la razón, besaría la tuya.

—Déjame, que yo no tengo la razón en la frente...

Y sigue.

—Tú eres quien has de seguir. Puesto que ya sabes que hay dos realidades y dos modos de conocerla, ya sabes que la razón es un organismo cuyos órganos son materiales o inmateriales.

—Yo no sé eso todavía.

—¡Cómo no! ¿Tu hijo no es una realidad?

—Ya lo creo!

Y por poco, al besarlo y abandonarse a su alegría, lo despierta.

—¿Y con qué conoces que es hoy el mismo que al tiempo de nacer, y conoces además las diferencias que hay entre él, tal cual es, y él, tal cual nació?

—Con mi corazón, con mi amor.

—Contestación de madre. Dame una de razón.

—Con el entendimiento.

—Está bien: nuestro hijo es una realidad, y lo conoces con el entendimiento. Pero si no tuvieras ojos, los órganos de la vista, ¿conocerías a tu hijo?

—Si! Con los ojos de mi alma!

—No, no te retractes, porque ahora, la voz de la madre es la misma voz de la razón. Muchísima tienes al decirlo: si no tuvieras ojos para conocer con la vista la realidad del hijo viviente de tu amor, tendrías alma para conocer que esa querida realidad “procede de los dos”, como me dijiste oficialmente, cuando ya estabas segura de que la concepción era efectiva y te enajenaba de gozo la reproducción de nuestros dos seres en un nuevo ser. Ahora bien: ¿por medio de qué órgano o instrumento material, conoces, no siendo ciega, la existencia que más cuidamos?

—Por medio de los órganos de la vista.

—Luego, por lo menos, ¿hay un caso, que tú sepas, en que la razón opera por medio de un órgano material?

—Sin duda.

—Y habiendo convenido en que, aun sin vista, verías, conocerías con los ojos de tu alma a nuestro hijo, ¿no has convenido también en que puede conocerse una realidad invisible, bien porque no tengamos ojos para verla, bien porque ella no es visible?

—Sí.

—Pues bien: los órganos por cuyo medio funciona u opera la razón, son materiales e inmateriales.

—Pero no entiendo cómo pueden llamarse *órganos*, que da idea de instrumento, de sustancia, de materia, a los medios que la sensibilidad tiene de sentir y la razón de conocer.

—Es que hacemos, en ese caso, un ejercicio de retórica, y empleamos en sentido figurado la palabra.

—¿Es decir que, entonces, *órgano* significa exclusivamente *modo, medio*?

—Poco más o menos.

—Entonces, ya entiendo lo que quieres decir con organismos moral e intelectual.

—Alégrese con un poco menos de orgullo la señora madrecita, y dígame qué es lo que entiende.

—Entiende por organismo, el conjunto de medios materiales o inmateriales, y materiales e inmateriales a la vez...

—¡Soberbiamente, inteligencia mía!

—...que sirven para ejecutar las funciones y operaciones naturales de la vida.

Inda concluyó en los brazos del esposo amante y amado su prueba de inteligencia. Frenético de alegría, él la había sentado en sus rodillas y la acariciaba con transporte.

—Pero, mira que vas a despertar al chiquitín...

Preciso era ser madre, para dejar de ser mujer: ésta, de buen grado, feliz con la ardiente felicidad de su marido, orgullosa con su orgullo, embriagada con la especie de embriaguez intelectual que él sentía, se hubiera olvidado de todo. Pero no podía olvidarse de su hijo.

Y fué bueno tener en él la llamada de la razón. Quien, por ella, por conciencia y por experiencia del mundo y de los hombres, proscribía de la educación de la familia hasta las inocentes vanidades del amor materno, era inconsecuente al abandonarse a aquel acceso de orgullo conyugal. Y la inconsecuencia es un disolvente peligroso en la familia.

Así lo reflexionó el esposo al oír, en la advertencia de la madre, una advertencia de la lógica. Aun radiante de contento, pero ya moderado por la reflexión, dijo:

—Ya hemos pensado y gozado bastante con nuestro pensamiento: hasta en esa categoría de goces es una buena virtud la sobriedad.

—Pero si todavía no me has explicado lo principal: todavía no sé qué fué lo que ayer tuvo nuestro hijo.

—Un acceso de divinidad, ¿no te lo dije?

—No lo entendí ni lo entiendo. Explícamelo.

—Es largo.

—Aunque sea... ¿Qué puede cansar, si se refiere a nuestro hijo?

—El tenerlo tanto tiempo en la falda —dijo chancéandose el esposo, para, con el recuerdo de un deber, distraer de un interés maternal a su esposa.

—Bueno —dijo ella—, lo voy a acostar; pero mañana...

—Mañana te cumpliré mi palabra.

La recaída.

—¡Te digo que no! ¡Basta!

Ya hacía tiempo que Inda no oía en los labios de su amado la palabra cortante que tan acerbas tristezas le había costado. Primero palideció, como un ser amante palidece cuando inopinadamente ve en el ser amado la reaparición de alguno de los síntomas que precedieron a alguna enfermedad no bien curada. Después se recogió en sí misma, pensando congojosamente en cuál sería la causa de aquella súbita alteración de la armonía que, por reinar en el alma de cada uno de ellos, reinaba en el hogar. Durante las horas de trabajo en la calle, ¿le había sucedido algo desagradable? ¿Había tenido algún altercado por defender contra astutos o malvados alguna fama puesta en discusión? ¿Alguna vileza de la vida esclava le había irritado contra sus compatriotas? ¿Había recibido en alguna carta algún recuerdo de los tiempos malditos? ¿Había empezado de nuevo la calumnia a torturarlo? En cuantos motivos podían producir aquel cambio repentino, en tantos pensó con miedo la amorosa matroncita. Por temor de perturbar el ensimismamiento del esposo, tomó del suelo al chiquitín, se lo acomodó sobre el seno para que durmiera, le impuso silencio haciéndole dirigir la vista hacia su padre taciturno, dirigió una mirada tristísima al reloj como pensando que ya pasaba la dulce hora de los coloquios íntimos entre los tres, cambió una mirada de esperanza perdida con su hijo, que, en vez de dormir, tenía fijos en ella los muy abiertos ojos, suspiró, cuidando de que el suspiro no fuera ruidoso, y se puso a bordar el cuello de una camisita de su hijo.

El esposo, entre tanto, había tomado un periódico, y lo había dejado; abierto un libro, y lo había cerrado; encendido un tabaco, y lo había dejado apagarle; con-

templado al chiquitín, y sonreído con tristeza; contemplado a la madre, y sentido remordimiento de haberla entristecido; intentado llamar al niño, y se había abstenido; querido conversar con la esposa, y había hecho el gesto de indignación contra sí mismo con que todos nos culpamos cuando posponemos nuestra felicidad a un mal humor.

Por su parte, el niño, obedeciendo a su madre, se esforzaba por mantenerse inmóvil; pero no pudiendo desentenderse de aquella situación que no comprendía, y por su padre, y sobre todo, por su madre, inquietaba su corazón, miraba rápidamente al uno para mirar largamente a la otra.

La responsabilidad de aquella tristeza fúnebre en aquel hogar tan alegre, pesaba sobre el jefe de familia: no la esquivaba él: la conocía, la pesaba, le dolía, quería descargarse de ella, y no podía. ¡Cómo había de poder! El hábito de un error concluye por ser un síntoma de enfermedad; y las enfermedades tienen su fatalidad, casi tan implacable como la voluntad de Dios en algunas, por no asegurar que en todas las religiones positivas. Aquel hombre no había tenido, desde la infancia, error más asiduo que el de pensar necesario, urgente, obligatorio el aislamiento en sí mismo, el encerramiento en su propio ser cada vez que una pena moral o social lo abrumaba. De ahí su taciturnidad, y a veces, la brutal impaciencia con que se oponía a toda interrupción de su taciturnidad. Y esto, casi siempre contra el consejo de la razón, frecuentemente contra su deseo, y más de una vez contra su conciencia. Era síntoma de enfermedad, y la enfermedad se imponía. Hasta llegó a saber que estaba enfermo —lo cual era casi saber que podía curarse—, y no obstante, la influencia del hábito lo arrastraba al estado que en aquellos momentos combatía.

Quizá no lo hubiera combatido con eficacia, a no haberse desprendido silenciosamente de los ojos de Inda una lágrima mil veces más triste que la tristeza de aquella noche, mil veces mejor expresión de ternura que todos los halagos, mil veces más severa que todas las reconvenciones. Aun corría la silenciosa lágrima, cuando ya estaban padre e hijo, éste suspenso del cuello de su madre, el otro arrodillado, besándole una mano y mirándola. Ella se sonrió, y todo se sonrió.

Lo preguntó tan dulcemente, que casi se humedeció malo?

Le preguntó tan dulcemente, que casi se humedecieron los ojos del esposo. Contestó:

—No preguntes eso, que me avergüenzas. Aquí no se hace el mal; aquí todo es bueno, excepto yo.

—Excepto tú!

Ella se rió como se ríe de un absurdo.

—Excepto yo —repitió reflexionando él—: yo fuera bueno si estuviera bueno...

Todas las alarmas del afecto se pintaron en el rostro de la esposa.

—Pues qué —dijo— ¿te sientes mal?; ¿qué tienes? Y yo que lo atribuía a tus antiguos egoísmos de dolor, cuando no querías hacerme partícipe de tus penas...

—¿Y quieres mayor enfermedad?

La confianza resplandeció en los ojos de la esposa y de la madre.

—Pues si no es más que eso, aquí tienes quien ha de curarte.

Y pasando de los suyos a los brazos de su esposo al niño, que, como si comprendiera y aceptara la misión que su madre le atribuía, se puso a acariciar el rostro de su padre, Inda repetía alborozada:

—¡Te curará! ¡Te curará!

—Cuando tú no has podido...

—Es que yo no sabía. La inexperiencia del estado en que entré con tan injustos procederes de los míos, mi ignorancia de tu carácter; la vehemencia del mío; la inmensa diferencia de ideas y conducta que vi entre ti y las demás gentes; todo me exigió un aprendizaje que no podía hacer en los primeros tiempos, y todo me desorientó. Me habían dicho, y yo había creído, que casarse era imponerse, tenerlo todo, exigirlo todo, ser feliz sin esfuerzo ni obstáculos, y te confieso que, a pesar de mi creciente amor a ti y de mi continuo pensar en el modo de obligarte a ser feliz, acaso no lo hubiera conseguido, si los dolores de la separación, las meditaciones de la ausencia, el ejemplo doble de resignación y fortaleza que tenía en nuestro hogar de Papá Hostos, no hubiera formado rápidamente mi carácter.

—Eres un noble ser —le dijo con gratitud su esposo—: ningún consuelo hubiera podido equivaler al bien que me hacen tus palabras generosas. Pero eres injusta contigo misma. Lo único que acaso te faltó, fué la reflexión y el conocimiento del terrible estado moral que, mira si fué terrible, cuando todavía me sumerge en el dolor que hoy siento.

—¡No! ¡La verdad! ¡También me faltó resignación!

—¿Resignación, y sonreías a la miseria?

—¡Vaya un heroísmo! Si te tenía a mi lado, ¿cómo había yo de pensar en la indigencia? Pero no me resignaba a tu taciturnidad, a tus penas egoístas, a tus desvíos, a tus continuos accesos de mal humor.

Y su sencilla actitud de aquel momento era un cuadro. Se había enlazado al cuello de su esposo, que, con el niño en los brazos, y erguido en toda su estatura, miraba con la cabeza baja a su dulce compañera, que tenía levantados cabeza y ojos hacia él.

—Pero, sonríete... Así no! Como te sonríes cuando estás sin nubes.

El esposo se sonrió como solía “cuando estaba sin nubes”, y exclamó:

—¡Buena, buena criatura te hizo Dios!

—¿Y crees que te curarás, Eugenio? —preguntó ella meditando.

—Yo creo en ti, Inda, y todo lo espero de ti.

—Pues yo lo espero todo de mi ángel.

Y arrebató a su hijo, y como si él la entendiera, se puso a decirle que era preciso curar a su padre, y a describirle con tanta gracia, y tan infantil, la enfermedad de su padre, que el niño se reía sin entender, y el esposo se desanublaba al contemplarla. Pero eran nubes muy espesas y muy de antiguo hacinadas sobre aquel hombre, para que rayo ninguno de esperanza o de alegría las disipara de pronto. Así, aquella noche fué silenciosa. La recaída podía ser peligrosa, y era necesario tener el más escrupuloso cuidado con el pobre enfermo.

La Beata (1)

Padre, hijo y espíritu santo estaban juntos. El espíritu santo estaba triste. Inspiración de alborozo en padre e hijo, ninguno de los dos podía estar alegre, faltándoles la inspiración. Les faltaba: Inda, su espíritu santo, la inspiración de los dos, disimulaba su tristeza, pero la sentía. La sentía tanto más, cuanto más la disimulaba. En vano sonreía a su esposo, cada vez que él la miraba. En vano, a cada pregunta de cuidado que él le hacía, contestaba:

—Pero si no tengo nada!

(1) Ver *Obras Completas de Hostos. Diario*, Vol. II, Tomo II, pág. 288.

Algo tenía. Su mirada no era, como de costumbre, ni segura ni brillante. No segura, porque se necesita poca o mucha hipocresía para asegurar de palabra, o con la mirada o con el gesto, una cosa cualquiera que no se siente; y no siendo hipócrita, Inda no podía tener segura la mirada cuando tenía, por afecto y por deber, que afectar un estado moral que no sentía. No era brillante su mirada, porque la tristeza es una nube que encapota al alma; y como las de la atmósfera, esa nube intercepta los rayos de luz que van del espíritu a los ojos.

Los tenía entoldados por sus larguísimas pestañas, y ni aun para mirar a su hijo los abría completamente. Por más que él, desesperado de verla como casi nunca la había visto, la provocara con sus juegos a la risa; por más que ella correspondiera con vivas caricias a las infantiles que él repetía con la esperanza de distraerla de su ensimismamiento, risas, sonrisas y caricias eran tan tristes en ella, que entristecían.

De cuando en cuando, desesperado de volverla a su estado normal, el niño se volvía hacia su padre, como preguntándole:

—¿Por qué está así?

Y el padre se preguntaba en silencio:

—¿Por qué está así?

Más de una vez estuvo ella a punto de decir por qué. Pero el amoroso temor de entristecer a su marido, la contuvo. Error del afecto. Todos incurrimos en él cuando, olvidándonos de que la incertidumbre es el más completo entre todos los dolores, en vez de disminuir con la comunicación el que sentimos, incomunicamos nuestro dolor, y lanzamos en las tinieblas de la incertidumbre a aquel o aquellos que hubieran querido compartirlo. Por no compartir el de su Inda, estaba ya melancólico el esposo. Ella lo vió, e hizo un esfuerzo

por hablarle de modo que disipara el verdadero nublado que atenebraba el corazón y el semblante de aquel hombre, cada vez que lo sobrecogía el temor de que su esposa y la madre de su hijo no fuera feliz, incesantemente feliz, incomparablemente feliz.

—¿Te enfadarás? No te enfades, ¿eh? Voy a decirte lo que tengo.

Al concluir de pronunciar estas palabras, Inda estaba ya acomodada con su niño en las piernas de su esposo, que esperando verla salir de su tristeza, resplandecía de contento.

—Veamos —dijo él, acariciando persuasivamente la cabellera bien amada.

Inda vaciló todavía; y para distraerse de su vacilación y decidirse, se puso, como acostumbraba en tales casos, a ensortijar el pelo de su esposo. Dejó él de acariciarla, y mirándola con ternura no exenta de severidad, le dijo:

—Apuesto a que estabas pensando en lo que nos tenemos prohibido recordar y nombrar.

—Verdad es.

—¿Y por qué piensas en eso?

—Ha sido contra mi voluntad. Hubo un momento del día en que estuve desocupada. Como eso no te gusta, y estando dormido el niño, no podía ponerme a estudiar el piano, me puse a arreglar el “baulón”, como tú le llamas, ¿sabes?, el que tú trajiste de...

—Sí, sí! Y como ese baulón estuvo con nosotros en aquella maldita casa y entre aquella gente del infierno...

—Me acordé de todo eso. Pero muy especialmente me acordé de aquella señora que nos visitaba...

—¿De la Beata...! Es como si hubieras invocado al demonio.

—Si él pudiera ser tan malo como ella.

—Tienes razón: que el demonio es una pura imagen, y aquella Beata maléfica era, es y será la encarnación del mal. Mujer del diablo...! Si este señor buscara esposa, de seguro que no querría otra.

Como Inda empezara a reírse, y en ese síntoma viera su marido el anuncio de un próximo restablecimiento en la salud moral de su dulce compañera, no la dejó hablar una palabra más; sino que, usurpando la palabra, y tomando por su cuenta a la Beata y Compañía, hizo de ella y aquella gente una caricatura tan viva y expresiva, con tantos rasgos salientes, con tan inesperadas observaciones, con tan grotescas imitaciones de la realidad, con tan burlesca indagación de los móviles siempre indignos de los hipócritas en general, y de aquella hipócrita por excelencia en particular, que Inda no cesó de reírse, el chiquitín no cesó de imitarla, y la casa no cesó de resonar con exclamaciones de alegría. Al fin, cuando hubo conseguido su objeto, y vió restablecida a su estado normal a la sensible compañera de sus más tristes y de sus más felices días, el esposo dijo:

—¡Vaya! Para algo bueno había de servir aquella gente mala. Y ya que usted, señora mía —y acarició a su Inda en la mejilla—, nos ha vuelto al contento que de usted nos viene, aprenda a no hacérselo perder por cosas tan repugnantes como el recuerdo de la Beata.

—Y de veras que es un recuerdo tan repugnante como opresivo.

—Y que tú haces más opresivo porque no sabes combatirlo. Cuando uno se acuerda de un monstruo, no debe conturbarse representándose lo repugnante, sino que debe compararlo con los seres normales para que resalte y nos distraiga lo ridículo.

—¿Y por qué no haces tú lo mismo? —preguntó tímidamente la esposa—: así te evitarías y nos evitarías días oscuros como el de ayer.

—A no dudarlo; pero un buen médico para los otros, suele ser el peor médico para sí mismo.

—Lo dices como reconviniéndome...

—No, sino alentándote a que no tengas miedo de curarme.

—Pues mira que desde hoy voy a ser médico implacable con tus recaídas.

—Así concluirás por curarme, único médico capaz de conseguirlo.

Y hablando así, él recibió de ella la medicina de sus labios, devolvió él la dulce medicina, y la imagen maldita de la Beata acabó por disiparse en las tinieblas.

COMEDIAS

por merecer esa gloria
con ciencia y virtud preclara.

L. A. Pues yo, al contrario, quisiera
al tiempo cortar las alas
para así tener más tiempo
de reducir madre y patria
a un solo amor inmortal,
a una sola gloria santa.

E. C. Ambos tenemos razón;

L. A. Pero memoria nos falta,
porque olvidamos la ofrenda...

E. C. Verdad es, ¡oh madre amada!
Mientras nuestra propia vida
no pueda simbolizarlas,
estos símbolos te muestran
el amor de nuestras almas.

L. A. Aquí tienes estas flores,
tus amigas, sustentadas
en estos floreros débiles
que nuestra vida retratan,
pues siendo toscos sostienen
esta obra delicada,
cual nosotros ser debemos
sostén de tu noble alma.

E. C. Y aquí, bajo esta bandera
por el arte retratada,
una escena te presento
de los campos de la patria.

¿Quién preside? (1)

PERSONAS:

EL MAESTRO CIRUELA.....	<i>Eugenio Carlos</i> (2)
EL MAESTRO CEBOLLA.....	<i>Salvador</i> (3)
LA MAESTRA PIMIENTA.....	<i>Argentina</i> (3)
LA MAESTRA NUEVA.....	<i>Luisa Amelia</i> (4)

ESCENA 1ª

- M. PIM. Pues yo digo, señor de Cebolla, que tenemos que recibirla.
- M. CEB. ¡Ya!... Como usted se nos ha ido del lado de la Nueva Escuela...
- M. PIM. En primer lugar, yo no soy cebollín que sirve para suplir falta de cebollas.
- M. CEB. ¡Doña Pimienta! ¿Me hará usted el favor de no hablar con indirectas?
- M. PIM. ¡Ahora sí! ¿No podemos hablar de cebollines y cebollas sin que se dé usted por *adulido*? ¿Qué culpa tengo yo de que usted se llame don Cebolla?
- M. CEB. Pero sí la tiene usted, doña Pimienta, de tener un genio más picante que su nombre.
- M. PIM. ¡Alto ahí, Maestro Cebolla, que quien pica es usted!

(1) Representada el 8 de septiembre de 1888, en San Carlos, R. D., con motivo del restablecimiento de Bayoán Lautaro, el tercero de los hijos de Hostos.

(2) Engenio Carlos, el primogénito de Hostos. Nació en Santo Domingo, R. D., el 26 de agosto de 1879.

(3) Salvador, Argentina. Niños amigos de la casa.

(4) Luisa Amelia, nacida el 7 de marzo de 1881.

- M. CEB. Más pica usted, Maestra Pimienta.
- M. PIM. Pero yo, para picar, necesito que me muerdan.
- M. CEB. Y yo que me hinquen el diente.
- M. PIM. Y entonces hiede usted.
- M. CEB. ¡Doña Pimienta! ¡Usted me insulta! ¡Yo no hiedo, yo huelo! (*Saca el pañuelo.*)
- M. PIM. ¡Pero si yo no hablo de usted, santo varón!
- M. CEB. ¿Pues de quién habla, santa hembra?
- M. PIM. De las cebollas, que hieden cuando las muerden.
- M. CEB. ¡Acabáramos! Creí que hablaba usted de mí.
- M. PIM. ¡Si usted es más alusivo...!
- M. CEB. Iluso, querrá decir.
- M. PIM. Alusivo.
- M. CEB. Iluso.
- M. PIM. Iluso no quiere decir nada.
- M. CEB. Menos quiere decir alusivo.
- M. PIM. ¡Sí, señor! que quiere decir...
- M. CEB. ¿Qué quiere decir?
- M. PIM. Maestro Cebolla, si creerá usted que yo no sé el castellano y que gano mi dinero como otros maestros...
- M. CEB. Y maestras que cobran por enseñar lo que no saben, ¿eh?
- M. PIM. ¡Justo!
- M. CEB. Mejor sería que fuera injusto.
- M. PIM. ¿Qué quiere usted decir?
- M. CEB. Que sería mejor que fuera injusto eso de cobrar por enseñar lo que no se sabe.
- M. PIM. ¿Por qué?
- M. CEB. Porque entonces no cobraría usted sus buenos cuartos.
- M. PIM. ¡Y qué buenos!... Cuando le mandan a uno la plata agujereada...
- M. CEB. ¡Y gracias!
- M. PIM. ¿Cómo?

- M. CEB. Pues no ha de comer usted, si como yo, y a mí me los dan en níquel (1).
- M. PIM. ¿El qué?
- M. CEB. Los cuartos de la escuela.
- M. PIM. ¡Qué desvergüenza! ¡Pagar en níquel a los directores de la infancia!
- M. CEB. No diga usted eso, doña Pimienta; a los padres de las generaciones.
- M. PIM. Y a las madres.
- M. CEB. ¡Pues claro! Si los maestros somos los padres, las maestras son las madres de todas las generaciones que se levantan a pedir el pan del alma.
- M. PIM. ¡Muy bien, señor don Cebolla! Me ha entusiasmado usted.
- M. CEB. Gracias por el entusiasmo. Ahora sí que nos entenderemos.
- M. PIM. Los que más discuten son los que más se entienden.
- M. CEB. De la discusión brota la luz, doña Pimienta.
- M. PIM. Y mucha verdad que es, don Cebolla.
- M. CEB. ¡Sí! Es mucha verdad cuando no es mucha mentira.
- M. PIM. ¿Y cuándo es mentira?
- M. CEB. Ahora.
- M. PIM. ¿Cómo?
- M. CEB. Usted siempre está comiendo, doña Pimienta.
- M. PIM. Y usted siempre está picando, don Cebolla.
- M. CEB. ¿Volvemos a las andadas? Con usted no se puede hablar, señora.
- M. PIM. Menos con usted; que desde que ha venido no hace más que *adulir*...

(1) Moneda de un cuarto de centavo, muy abundante en la República Dominicana para la época en que Hostos escribió este juguete. (Nota de los Compiladores).

- M. CEB. ¿Qué es eso de *adulir*, doña Pimienta?
- M. PIM. ¡Jesús! Si no parece usted maestro de gramática...
- M. CEB. Lo que es de la lengua que habla usted, no soy maestro; lo confieso.
- M. PIM. Pues ya verá usted al maestro Ciruela, que ya llega.
- M. CEB. ¡Ah! ¿Ya llega ese pedante?
- M. PIM. Ya empieza usted a morderlo.
- M. CEB. Lo que es a ese me lo comería a bocados.
- M. PIM. ¿Tan mal lo quiere usted?
- M. CEB. Lo detesto.

ESCENA 2ª

DICHOS Y DON CIRUELA.

- M. CIR. Señora maestra. Señor maestro.
- M. CEB. ¡Oh, ilustre amigo mío y de la infancia! Este sí, doña Pimienta, que es todo un maestro de la lengua.
- M. PIM. ¿Pues no decía usted, hace poco...?
- M. CIR. ¡Cómo! ¿Hablaban ustedes de mí?
- M. CEB. Para honrarlo, señor don Ciruela.
- M. PIM. Lo que es yo, decía de usted que llegaba a tiempo para darnos una leccioncita...
- M. CIR. ¡Una leccioncita a dos tan consumados maestros, yo, el más humilde, el más ignorante...!
- M. CEB. (*A doña Pimienta.*) El más pedante.
- M. PIM. Pues sí. El caso es éste: el maestro Cebolla sostiene que no se dice *adulir*...
- M. CIR. ¿Adulir? Señora, ¿he tenido el honor de ser sordo, o he oído bien?
- M. CEB. Ha tenido usted el honor de oír bien.

- M. CIR. Pues, mi señora, con todo el debido respeto...
- M. PIM. Bueno, no siga usted.
- M. CEB. Sí, señor, siga usted, que habla usted como Salomón.
- M. CIR. Pues digo que mi señor don Cebolla, nuestro ilustrado colega, tiene mucha razón en no entender una palabra que...
- M. PIM. Está en el diccionario.
- M. CIR. Pero no en el de la lengua castellana.
- M. CEB. ¿Lo ve usted, doña Pimienta?
- M. PIM. Sí, porque los hombres, por más que se detesten, siempre van en contra de las mujeres.
- M. CIR. Pero eso sería bueno si yo detestara al señor Cebolla.
- M. PIM. Pues él estaba diciendo...
- M. CEB. No en vano se llama usted Pimienta. Ya va usted a indisponerme con mi amigo, con el amigo que más estimo, con el mejor maestro de gramática que tiene la República.
- M. CIR. ¡Oh, mi señor don Cebolla! Siempre he considerado a usted como uno de los hombres más sabios y que más ajustan...
- M. CEB. El puño te ajustaría yo de buena gana, zopen-cote. (*Alto*). No es más que justicia, señor don Ciruela; pero como las mujeres son siempre quisquillosas, doña Pimienta ha querido indisponernos.
- M. CIR. Pero sin intención...
- M. CEB. ¡Ah! Eso por supuesto. Nuestra maestra es una palomita que no tiene más intención que echarnos por tierra a usted y a mí y a todos los de la Vieja Escuela.
- M. CIR. ¿Y qué? ¿Mi señora doña Pimienta es también del partido de los que enseñan a la moderna?

- M. PIM. Pues por supuesto. Si de mí hubiera dependido...
- M. CEB. Vamos, acabe usted.
- M. PIM. Ya acabé.
- M. CEB. No, mi señora: bien seguro estoy de que iba usted a decir algo más.
- M. PIM. Pues dígalo usted.
- M. CEB. Usted iba a decir que si de usted dependiera, no habrían venido a sus exámenes sino los que enseñan como la maestra nueva.
- M. CIR. ¿Qué maestra?
- M. CEB. ¿Pero no le ha comunicado a usted la Junta provisional de Estudios que para formar el jurado de estos exámenes hemos sido nombrados yo...
- M. PIM. El burro delante.
- M. CEB. ¡Pimienta!
- M. PIM. ¡Cebolla!
- M. CEB. Hemos sido nombrados, usted, yo y la maestra?
- M. PIM. La mujer detrás: ¡qué galante es usted!
- M. CEB. Y usted, ¡qué pimienta!
- M. PIM. Porque pica la verdad.
- M. CEB. Y la pimienta.
- M. PIM. Y la cebolla.
- M. CEB. ¿A que no pica la ciruela?
- M. CIR. ¡Esa no! La ciruela es dulce.
- M. CEB. Como usted. Por eso quiero que usted me diga si le parece bueno que nos hayan venido a poner de compañera de jurado a esta maestra. Lo que es yo, me retiro. Eso le decía al llegar a la señora.
- M. PIM. Y yo le decía que tenemos que recibir a la señorita maestra, porque así lo ha resuelto la Junta.

- M. CIR. Y así es la verdad. La señora doña Pimienta tiene mucha razón.
- M. PIM. ¿Lo ve usted, don Cebolla?
- M. CEB. Como los débiles están siempre de acuerdo para adular a los fuertes.
- M. CIR. ¡Caballero! ¡Yo no adulo nunca!
- M. PIM. Ni yo tampoco.
- M. CIR. Yo tengo una reputación muy bien sentada.
- M. CEB. Nadie le ha dicho a usted que la tenga acostada.
- M. PIM. Y la mía está muy bien parada.
- M. CEB. Yo no he dicho que esté andando.
- M. CIR. Pues entonces...
- M. PIM. Pues ahora...
- M. CEB. Lo que entonces decía y ahora repito es que me parece muy duro que tengamos que alternar con una persona que enseña cosas tan nunca vistas aquí.
- M. CIR. Sí: verdad es que desde que llegó el nuevo modo de enseñar, estamos muy mal parados.
- M. CEB. Y el único modo de volver a pararnos bien, es que no admitamos tratos ni igualdad con los del nuevo modo de enseñar.
- M. CIR. Pero ésta es una señorita...
- M. CEB. Razón de más. ¿Quién mete a las mujeres en novedades?
- M. PIM. Como usted está siempre metido en las vejeces...
- M. CIR. Y además, esa señorita no viene porque quiere, sino porque es la maestra nombrada por la Junta para formar con nosotros el jurado.
- M. CEB. Pues aunque así sea. Ya es tiempo de que reprimamos la fuerza que va tomando ese nuevo modo de pensar.

M. PIM. Lo que es yo, no sólo recibiré a la maestra nueva, sino que voy a recibirla con todos los honores.

M. CIR. ¿Viene ya?

ESCENA 3ª

DON CEBOLLA Y DON CIRUELA.

M. CEB. Echele usted un galgo. Estas mujeres son más noveleras... Ahí se estará ahora esperando a la maestríta como si fuera una diosa.

M. CIR. ¿Y es verdad que esa joven sabe tanto?

M. CEB. ¡Hombre, la verdad! Sabe más que nosotros.

M. CIR. ¿Tanto sabe?

M. CEB. ¿Pero qué mucho saber es ése?

M. CIR. Pero...

M. CEB. No hay pero ni ciruelo que valga: ¿quién no sabe más que un maestro como Ud. y como yo.

M. CIR. ¡Caballero...!

M. CEB. ¡Vamos, hombre! Dejemos la soberbia a un lado, y dígame usted si yo sé algo.

M. CIR. Ya que usted me lo pregunta, se lo diré en confianza: Usted no sabe nada.

M. CEB. Pues eso mismo sabe usted. A usted lo llaman el Maestro Ciruela porque oculta su ignorancia bajo la capa de la mayor dulzura...

M. CIR. Y a usted le llaman el Maestro Cebolla, porque no sabe más que picar.

M. CEB. Eso no es más que envidia. Es lo mismo que a esta pobre mujer, que la llaman la Maestra Pimienta...

M. CIR. Porque escalda como la pimienta a la muchachita que le ponen a la escuela.

M. CEB. ¡Hombre! Y se me ocurre una idea.

- M. CIR. ¡Cáscaras! ¿Una idea?
- M. CEB. Señor don Ciruela, yo soy un hombre de ideas.
- M. CIR. Yo creía que esas no eran frutas de ese árbol.
- M. CEB. ¡Como usted no da más que ciruelas! Pero yo... ¡Pero qué idea! ¡qué gran idea! Si estoy asombrado de que a mí se me haya podido ocurrir tan grande idea!
- M. CIR. ¡Vamos! Manifiéstela.
- M. CEB. Si es tan grande, que usted no va a entenderla. Pero, en fin, vea usted lo que es pensar, Maestro Ciruela. Se me ha ocurrido que acabemos con la Maestra Pimienta.
- M. CIR. ¡Qué atrocidad! ¡Un homicidio!
- M. CEB. No sea usted bruto, hombre. Digo que acabemos con la Pimienta, pero sin matarla: acabando con su escuela.
- M. CIR. ¿De qué modo?
- M. CEB. ¿No tenemos que dar un informe?
- M. CIR. De los exámenes que presenciemos.
- M. CEB. Y de la marcha de la escuela. ¿Para qué nos han nombrado jurados?
- M. CIR. Para los exámenes.
- M. CEB. Pues nosotros juramos sobre todo, y se acabó. Como a esta maestra le llaman Pimienta por lo que pican sus palmetazos, y hay una ley que prohíbe a los maestros los castigos corporales, decimos que aquí se pega y que hay que cumplir la ley suprimiendo esta escuela. ¿Qué le parece? ¡Qué idiota! ¡No le decía yo que era una gran idea?
- M. CIR. Parece una idea de cebolla. ¡Vaya si pica y huele mal!
- M. CEB. ¿Y usted no la aprueba?
- M. CIR. ¿Cómo voy yo a aprobar una maldad? Y menos contra una pobre mujer...

- M. CEB. Que nos hace la guerra.
- M. CIR. ¿Cómo va a hacernos la guerra?
- M. CEB. Como la hacen estos vejestorios cuando se las quieren echar de ilustrados.
- M. CIR. Pero ¿cómo?
- M. CEB. Aplaudiendo las nuevas enseñanzas, rogando a los maestros y maestras de la Nueva Escuela que vengan a la suya a enseñar, introduciendo en su escuela algunos estudios perversos.
- M. CIR. ¿Estudios perversos?
- M. CEB. Tan perversos, que nunca los habíamos oído ni mentar.
- M. CIR. ¡Diantre!
- M. CEB. Y usted sabe que cuando en un país que vivía contento de sí mismo se introducen novedades, los introductores y los que los apoyan son igualmente dignos de la muerte.
- M. CIR. ¡Por Dios!
- M. CEB. De la muerte civil.
- M. CIR. ¿Qué muerte es esa?
- M. CEB. ¿Usted no vió aquella comedia dramática?
- M. CIR. Drama, querrá usted decir.
- M. CEB. ¡Bueno! Aquel drama trágico...
- M. CIR. ¿En qué quedamos? ¿Era comedia, drama o tragedia?
- M. CEB. Todo junto... La representaron aquí cuando pintaron a la República como una vaca flaca. ¿No se acuerda usted?
- M. CIR. No. ¡Sí! Si no es por lo del pirulí... Ahora, ya sé, ya sí...
- M. CEB. Pues bien: de esa muerte que no mata son dignos doña Pimienta y cuantos ayudan a los maestros nuevos a alterar el orden piramidal de que gozábamos.
- M. CIR. ¿Qué orden?

- M. CEB. Hoy está usted todavía más ignorante que de costumbre.
- M. CIR. Pero si habla usted de cosas desconocidas. ¿Quién conoce ni conoció el orden en la República Dominicana?
- M. CEB. Yo y usted y...
- M. CIR. ¿Yo?
- M. CEB. Sí, señor, y yo y todos los que vivíamos en santa paz antes de que los extranjeros...
- M. CIR. Ya nos vamos entendiendo. Si a odiar y a culpar a los extranjeros va, nadie me gana.
- M. CEB. Vengan esos cinco, don Ciruela.
- M. CIR. Vayan los cinco, don Cebolla. ¿Y usted cree que doña Pimienta hace traición a la patria albergando ideas extranjeras?
- M. CEB. ¿Doña Pimienta? ¡Ahí donde usted la ve, doña Pimienta es un reo de alta traición!
- M. CIR. ¿Qué me cuenta usted?
- M. CEB. Lo que le cuento. Esa es una mala dominicana, una extranjera...
- M. CIR. ¿Cómo extranjera, si es la mismísima hija de *seña* Jojó, la *aplazada* por aquel haitianazo del Estado Mayor de Boyé...
- M. CEB. Pero, hombre, sea usted menos ciruela que su nombre. Cuando digo que es extranjera lo digo por sus ideas, no por sus venas.
- M. CIR. ¡Ya! ¿Y ella?...
- M. CEB. Enemiga declarada de los dominicanos.
- M. CIR. ¡Oh! ¡qué horror! ¡Y qué tiempos y qué hombres!
- M. CEB. ¡Y qué hembras!
- M. CIR. ¿Cuáles? ¿Hay algunas además de doña Pimienta?
- M. CEB. Sí, hombre; pero mire Ud. qué señorita aquella.

ESCENA 4ª

DICHOS, FLOR DEL BOSQUE Y DOÑA PIMIENTA.

- M. PIM. Señores, ilustres maestros y miembros del jurado examinador: tengo el honor de presentar a la señorita Flor del Bosque.
- M. CIR. ¡Ah! ¡La señorita es la maestra nombrada por la Junta?
- FLOR. Para formar parte del jurado. Pero la señora se ha olvidado de darme el nombre...
- M. PIM. El señor es don Ciruela.
- FLOR. ¿Cómo?
- M. PIM. Maestro Ciruela le llaman comúnmente.
- FLOR. ¿Y el señor?
- M. PIM. El señor de Cebolla.
- FLOR. ¿De qué?
- M. PIM. De Cebolla. El pueblo le dice el Maestro Cebolla.
- M. CEB. Y a usted la morralla le dice la Maestra Pimienta, porque pica con la lengua.
- M. PIM. Si a lengua vamos, la de usted parece hecha con cebolla.
- M. CEB. Y la de usted es una palmeta hecha con granos de pimienta: por eso dicen que lo que hace usted con la lengua lo hace con la palmeta, y que ahora le van a ajustar a usted las cuentas por los malos tratos que da usted a los niños.
- M. PIM. Pues entonces le quitarán a usted hasta el derecho de enseñar, porque a malos tratos no hay quien le gane.
- FLOR. ¡Cuánto siento haber venido a impacientar a ustedes!
- M. PIM. ¿Impacientarme Ud., que es la misma bondad?

- M. CEB. No es usted, señorita, quien pueda impacientarme, sino quien usa de mi nombre para lastimarme.
- FLOR. ¡Oh! Yo no creo...
- M. CEB. Sin duda que no puede lastimarme, porque aunque me esté mal el decirlo, el nombre de Cebolla es ilustre...
- M. PIM. En las pulperías.
- M. CEB. Y el de usted, ña Pimienta, hija de *seña* Jojó, la *aplazada* del haitianazo... Don Ciruela, ¿cómo me dijo usted que se llamaba el haitiano que trajo al mundo este grano de pimienta?
- M. PIM. ¡Cómo, Maestro Ciruela, pedante, ignorantón, ciruelo, come ciruelas, beleviento! ¿Y usted se ha atrevido a detractar mi estirpe?
- M. CIR. Es tripa.
- M. PIM. ¿Qué dice usted?
- M. CIR. Que es tripa.
- M. PIM. ¿Qué es lo que es tripa?
- M. CIR. Lo que vendía su madre de usted, *seña* Jojó la mondonguera.
- M. PIM. Y lo que sacaba a los embusteros como usted mi ilustre padre, el general...
- M. CIR. ¿General su padre de usted, cuando era un soldado de la escolta del general Boyé?
- M. PIM. Pero aquellos soldados tenían más apariencia que estos generales.
- M. CIR. Apariencia no sé. Lo que es yo me quedo sin unos y otros.
- FLOR. En eso muestra usted sus buenas ideas.
- M. CEB. ¿Buenas ideas él, señorita? Si es más rancio que el vino aguado.
- M. CIR. Usted, por hablador, es desbarrador. ¿Cómo va a ser rancio el vino aguado?

- M. CEB. Por lo mismo que es aguado, porque no hay ninguna cosa más rancia y más vieja que el agua, mi doña Pimienta.
- M. PIM. ¡Mal hablado! Cuánto siento, señorita, que le hayan nombrado a usted...
- M. CEB. Y yo...
- FLOR. Pues entonces, me retiraré. Ya veo que nuestras ideas no concuerdan.
- M. CEB. Lo que es con las de estos señores...
- FLOR. ¿Y con las de usted?
- M. CEB. Con las mías, por supuesto, señorita: no hay en el país quien admire más las ideas modernas. Son las mías.
- FLOR. ¿De veras?
- M. CEB. Tan de veras, que cuando ustedes se graduaron, yo celebré el acto como el mayor beneficio que se ha hecho al país.
- M. CIR. ¿Y así lo cree usted?
- M. CEB. Yo nunca digo más que lo que creo, señor.
- M. CIR. Pues hace un rato...
- M. PIM. Decía lo contrario.
- M. CEB. Lo diría por esos extranjeros...
- FLOR. Pero si ellos son los que nos han enseñado.
- M. PIM. Y los que han traído el nuevo método.
- M. CIR. Y los que enseñan a comer las plantas.
- M. CEB. ¿De los pies?
- M. CIR. Las de la tierra.
- M. CEB. ¿Y cómo no enseñan los ciruelos?
- M. CIR. Porque son como las cebollas.
- M. CEB. ¿Plantas iguales?
- M. CIR. No; extranjeras.
- M. CEB. Pues usted bien de aquí que es, aunque es ciruelo.
- M. CIR. Y usted también, aunque es cebolla.

- M. PIM. Siempre con las mismas, y los exámenes no empiezan.
- FLOR. Es lo que yo pensaba.
- M. CEB. ¿No estamos esperando al presidente del jurado?
- M. PIM. El jurado lo presidirá la señorita.
- M. CEB. ¿Cómo se entiende! ¿Presidirme a mí una maestra recién nacida?
- M. PIM. Pues le traeremos una maestra recién muerta.
- M. CIR. No, pero no le falta razón.
- M. CEB. ¿No es verdad, colega?
- M. CIR. Nosotros, hombres, hombres de peso...
- M. CEB. Y de concepto.
- M. CIR. Y de respetabilidad.
- M. CEB. Y conocidos de todo el mundo.
- M. PIM. Porque todos saben que usted es el Maestro Cebolla.
- M. CEB. Y usted la Maestra Pimienta.
- M. PIM. Bueno; pero yo no pretendo presidir.
- M. CEB. ¿Pues no faltaba más!
- M. PIM. Pues tengo más derecho que usted.
- M. CEB. Lo que usted tiene es más tuerto.
- M. PIM. ¿Embustero! Si uso espejuelos no es porque sea tuerta.
- M. CIR. Pero, mi señora, en esta ocasión anda usted tuerta, porque desconoce usted nuestro derecho.
- M. PIM. ¿Y qué derecho tienen ustedes?
- M. CIR. El de varones.
- FLOR. Tiene razón, señora. Deje usted que presidan. Yo no he venido a disputar puestos, sino a ocupar el mío.
- M. PIM. Pues eso quiero yo: que ocupe usted su puesto, que debe ser el primero.

- M. CEB. Eso será entre los del nuevo modo de enseñar, que dicen que la mujer es lo mejor y lo primero.
- M. CIR. Hasta cierto punto, tienen razón.
- M. CEB. Usted nunca deja de dar la razón a todos.
- M. PIM. Basta de disputas. Ya sé yo quién dará la razón a quien la tenga.
- M. CEB. ¿Quién?
- M. PIM. El oficio de la Junta.
- M. CEB. Pues venga.
- M. PIM. Aquí está. (*Leyendo*) "Que presida el profesor más antiguo." D. Ciruela es quien preside.
- M. CEB. Así van las cosas del país. Siempre es un ciruelo quien preside.

TELON

El Cumpleaños (1)

PERSONAS:

AMELINA (2)

ÁNGELA

RODRIGONA

EUGENIO (3)

SILVANO

Acompañamiento de niños y niñas.

ESCENA 1ª

El teatro representa una nenería o aposento de nenes, amueblado con arreglo al lugar.

AMELINA, ANGELA, RODRIGONA (salen a un tiempo, la primera por la puerta de la derecha, las otras dos por la de la izquierda).

AMELINA. *(Dejando de tararear la canción que venía tarareando)* ¡Hola, amigas! ¡Cuánto bueno por aquí! ¡Un abrazo, Rodrigona; un beso, Angelita mía!

ÁNGELA. El mío, comadre. *(Se besan.)*

RODRIG. Parece que estás muy alegre.

ÁNGELA. Y cómo no ha de estarlo, si es el día de su cumpleaños.

(1) Escrito tres veces, seguramente para acomodarlo en distintas ocasiones al número de los amiguitos de sus hijos. Esta es la versión más amplia, motivo por el cual la escogen los editores.

(2) Luisa Amelia, a quien Hosto llamaba también Todaojos.

(3) Eugenio Carlos, el primogénito.

- AMELINA. Más lo estoy por otra cosa.
- RODRIG. ¿Por cuál?
- AMELINA. Porque mamá se ha puesto buena. ¡Jesús! Cuando ella está indispuesta, parece que no hay sol para esta casa.
- RODRIG. ¿Quién te ha enseñado a decir eso?
- AMELINA. Mi corazón. ¿El tuyo no habla así cuando tu madre se repone de algún quebranto?
- RODRIG. Aunque sea ligero.
- AMELINA. Pues entonces ¿por qué crees necesario que me dicten palabras que el corazón inspira?
- RODRIG. Porque como tú eres todavía tan chiquita...
- AMELINA. ¡Adiós! ¿Y para tener corazón hay que ser grande?
- RODRIG. No; pero a tu edad se tiene todavía el corazón en las muñecas.
- ÁNGELA. ¡Miren la vieja! Y tú, ¿en qué lo tienes?
- RODRIG. En las muñecas también, pero como tengo más juicio...
- AMELINA. ¡Sí! Para ser nuestra maestra de travesuras.
- ÁNGELA. Siempre que puede serlo a escondida de tu padre.
- RODRIG. Vaya un señor para ser enemigo de diabluras de muchachos. ¡Yo le tengo un miedo...!
- AMELINA. Como si él se comiera a los niños.
- ÁNGELA. Cuando los quiere tanto.
- RODRIG. Pero ¿a que no nos dejaría trepar al mamón si estuviera aquí?
- AMELINA. Pues está: ni lo intentes.
- RODRIG. ¡Qué lástima! ¿Y qué vamos a hacer?
- AMELINA. Muchas cosas: hoy tenemos muchas cosas pendientes: primero, la llegada de mi hermano con un discípulo suyo, que dice que es muy buen muchacho.

- ÁNGELA. Y será un nuevo amigo.
 RODRIG. Y un nuevo compañero de juegos. ¿Y qué más tenemos hoy?
 AMELINA. Después tenemos la procesión.
 RODRIG. ¿Qué procesión?
 AMELINA. La que tenemos siempre que mamá se restablece de algún achaque (1).
 ÁNGELA. ¿Y luego?
 AMELINA. Luego tenemos el convite.
 RODRIG. ¿Y luego baile?
 AMELINA. Eso no sé.
(Se oye la voz de Eugenio gritando: ¡Amelia! ¡Hermanita!)
 RODRIG. Pues Eugenio lo sabrá. ¿No es su voz?

ESCENA 2ª

DICHOS, EUGENIO Y SILVANO.

- EUGENIO. *(Desde dentro)* ¡Amelina! *(Entra saltando, se lleva las manos a la cabeza, como quien olvida algo, y sale.)*
 AMELINA. ¿Qué será?
 EUGENIO. Pero entra, muchacho... Amelina, aquí está Silvano. ¡Viva, niñas! ¡Hoy es día de divertirnos! ¿Se levantó mamá?
 AMELINA. Ya.
 EUGENIO. ¡Vivaaa! Hoy sí que nos divertiremos. *(Sale.)*

(1) La procesión en casa de Hostos era la entrada bulliciosa, con risas y exclamaciones de contento, que en el aposento de doña Inda hacían los niños, en fila india, tan pronto la madre les hacía saber que ya había mejorado de un quebranto.

ESCENA 3ª

DICHOS, menos EUGENIO.

- SILVANO. ¡Ah Eugenio! ¡Siempre el mismo...!
- AMELINA. ¿Así es en la escuela?
- SILVANO. Y en todas partes. Es su defecto.
- RODRIG. ¿Cómo su defecto? ¿Acaso es por allá una virtud el ser pazguato?
- AMELINA. Será pelagato.
- ÁNGELA. ¿Uno que pela gatos?
- RODRIG. Yo creía que el ser tonto es lo malo, y no el el ser vivo.
- SILVANO. Pero entre el tonto y el atolondrado está el juicioso.
- RODRIG. ¿Y usted es juicioso?
- SILVANO. Mal me está el decirlo, pero...

ESCENA 4ª

DICHOS Y EUGENIO.

- EUGENIO. ¡Silvano! (*Tirando una bolita*) ¡Ahí te va!
¡Ahí te va, hombre!...
- SILVANO. ¡La cogí! ¡Juego a la verde! ¡Zapateta!
¡Le pegué!
- RODRIG. Pues, señor, si eso es ser juicioso...
- EUGENIO. La marraste... ¡Tac! ¡Le di!
(*Vanse jugando.*)

ESCENA 5ª

DICHOS, menos EUGENIO Y SILVANO.

- AMELINA. ¿Qué te parece el nuevo amigo?
- RODRIG. Un poco embusterito...

- AMELINA. Más bien, un poquitito hipócrita.
 RODRIG. ¡Pues! Un hipócrita no es más que uno que miente por costumbre.
 AMELINA. ¿Pero qué sabes tú si él acostumbra mentir?
 RODRIG. Pero ¿no lo viste? Parecía un santito, y en cuanto vió la ocasión, nos dejó con un palmo de narices.
 ÁNGELA. (*Aparte a AMELINA, con candidez*) Mírame a ver si me ha crecido la nariz.
 AMELINA. ¿Y a mí?

ESCENA 6ª

DICHOS Y EUGENIO.

- EUGENIO. (*Corriendo*) ¡Ea, muchachas! ¡Al patio!
 ¡Ya está puesto el juego!
 AMELINA. ¿Y con quién vamos a jugar?
 EUGENIO. ¡Con todos!
 RODRIG. ¿Quiénes son todos?
 EUGENIO. ¡La mar! Allí están los de al lado, los de enfrente, los de la cuesta... ¡Vamos, vayan!
 AMELINA. ¿Y tú?
 EUGENIO. Yo voy luego.
 RODRIG. ¿Y tu amigo el juicioso?
 EUGENIO. Manda la maniobra.
 AMELINA. ¿Qué maniobra?
 EUGENIO. Vayan a verla. (*Sale.*)

DICHOS, menos EUGENIO.

- RODRIG. ¡Ea! ¿Vamos?
 ÁNGELA. Vamos.
 AMELINA. Yo no puedo.
 RODRIG. ¿Por qué?

- AMELINA. Porque estoy esperando a mis discípulas y mis vecinas.
- RODRIG. Espéralas jugando.
- AMELINA. ¿Y eso no te parece feo?
- RODRIG. Lo que me parece feo es que perdamos el jueguito.
- AMELINA. Además, ya va llegando la hora de la procesión.

ESCENA 7ª

DICHOS Y EUGENIO.

- EUGENIO. ¿Todavía?... Pues ya mamá está esperando.
- AMELINA. ¿El qué?
- EUGENIO. ¡Toma!... La procesión. *(Con ironía)* Figúrate que íbamos a esperar que ustedes acabaran de conversar!
- AMELINA. ¿Pero no íbamos a aguardar a mis amigas?
- EUGENIO. ¡Qué resuello! Ya ellas están formadas.
- AMELINA. ¿En dónde?
- EUGENIO. En la procesión.
- AMELINA. ¿Qué procesión?
- EUGENIO. ¿En eso estamos? En la que íbamos a hacer para celebrar la salud de mamá.
- AMELINA. ¿Pero cómo se han atrevido a formar la procesión sin mí?
- RODRIG. Por allí viene.
- AMELINA. Yo no quiero que haya ahora procesión.
- EUGENIO. Pues yo sí quiero.
- AMELINA. ¡Pues yo no! ¡Y voy a decírselo a papá!
- EUGENIO. ¡Y yo a mamá!

(Salen las niñas)

ESCENA 8ª

EUGENIO Y SILVANO.

- SILVANO. (*Entrando*) ¡Chico! Hay que dejar la procesión.
- EUGENIO. ¿Por qué?
- SILVANO. Porque tu padre se ha asomado a decir que se suspenda.
- EUGENIO. ¡Miren, hombre! Y yo que lo tenía todo dispuesto...
- SILVANO. Pero nada hay perdido: tengo una gran idea.
- EUGENIO. (*Con ironía*) Como tuya.
- SILVANO. Gracias por la justicia que me haces, pero es una gran idea.
- EUGENIO. Grande sería si yo me saliera con la mía.
- SILVANO. Es todavía más grande, porque tú y tu hermana y yo y todos nos salimos con la nuestra.
- EUGENIO. ¡Hombre!
- SILVANO. Ya verás. ¿No hay muchísimos niños ahí?
- EUGENIO. Sí.
- SILVANO. ¿No los has puesto bajo mis órdenes?
- EUGENIO. Sí, porque eso es lo que te gusta.
- SILVANO. ¿No traen regalitos para tu hermana?
- EUGENIO. ¡Cómo! ¿Le traen regalos? El mundo se civiliza, chico. ¿Vamos a verlos?
- SILVANO. ¿Ya te entró el apetito? ¡Vaya un estómago incivilizado el tuyo!
- EUGENIO. ¿Y traen cosas buenas? Si no hay como tener hermanas que cumplan años... ¿Cuándo cumple años la tuya?
- SILVANO. Pero, hombre, óyeme con los oídos y no con el estómago.
- EUGENIO. Bueno; pero habla pronto: estoy impaciente...



- SILVANO. Pues bien: como yo tengo autoridad sobre esa prole...
- EUGENIO. ¡Qué palabras sacas tú de tu cabeza...! ¿Qué es eso de prole?
- SILVANO. No es palabra de mi cabeza. Si tú leyeras como yo... Prole es... prole.
- EUGENIO. Pues, hombre, para eso, más vale no leer. Ea, sigue.
- SILVANO. Con la autoridad que tengo, salgo y les arengo y les digo...
- EUGENIO. Más vale que dejes el discurso para el convite.
- SILVANO. ¿Y hay convite?
- EUGENIO. Parece que tú también tienes oídos en el estómago, ¿eh? Sí, hay convite y entonces comerás cuanto puedas y discursarás cuanto quieras.
- SILVANO. Perfectamente. Pues, como iba diciendo, mi idea es mandar otra procesión antes de la que ustedes preparan.
- EUGENIO. ¿Cuál otra?
- SILVANO. La de los regalos. Formamos en el patio, entramos, desfilamos...
- EUGENIO. Entiendo, entiendo. ¡Eres un portento! Ahora nos divertiremos más, y me salgo con la mía. (*Asomándose a una de las puertas*)
¡Eh! ¡Amelina, Rodrigona, Ángela!

ESCENA 9*

DICHOS y las NIÑAS.

- EUGENIO. ¡Hermanita! ¡Ya no tienes por qué estar brava! Ya no sale la procesión hasta que tú no quieras.
- AMELINA. ¿A quién lo debo?

- EUGENIO. En primer lugar, a papá; y en segundo, a este talentazo.
- SILVANO. Lo mejor que tiene este muchacho es que es muy justo.
- EUGENIO. Y tú el ser muy modesto.
- RODRIG. Y es verdad.
- AMELINA. Pero acaba de decirme...
- EUGENIO. Papá mandó que se te complaciera, y Silvano ideó el modo de complacerte.
- AMELINA. Mil gracias. ¿Y cómo?
- SILVANO. Del modo más sencillo. Voy, mando...
- EUGENIO. Ya estás mandando.
- SILVANO. Y venimos, y...
- EUGENIO. ¡Eso es! Desembúchalo todo, para que pierda la gracia tu idea.
- ÁNGELA. Sí, déjalo.
- AMELINA. ¡Vamos! Deja que diga...
- EUGENIO. ¡Cuidado que las mujeres son curiosas...!
¡Ea, vamos!
- SILVANO. Sí, vamos a disponer...
- EUGENIO. ¿Disponer qué? Todo lo que hay que hacer es poner a Amelina en lugar muy alto, como si fuera altar.
- AMELINA. ¡No, no! ¡Yo no soy santa!
- EUGENIO. Pero eres la festejada. Déjanos hacer. Ven. Súbete aquí. (*La hace subir sobre la mesa, en la que pone una sillita*) Siéntate; pero no te muevas, ¿eh? Cuando entren...
- AMELINA. ¿Quién va a entrar?
- EUGENIO. Ya lo verás... No vayas a reírte ni a hacer morisquetas...
- SILVANO. No, señorita. Es de la mayor importancia que esté seria. Así; mirando así; con el cuerpo así, de modo que parezca usted una reina.

- EUGENIO. ¡Chist! Si papá te oye...
- SILVANO. Pues ¿qué he dicho de malo?
- EUGENIO. Que papá dice que lo peor con que se puede comparar a una mujer o un hombre es con una reina o con un rey.
- RODRIG. Y mientras ésta se encarama allá arriba, ¿qué hacemos nosotras?
- EUGENIO. Y tienes razón. Silvano, ¿qué vamos a hacer de estas niñas?
- SILVANO. Que se vengan con nosotros.
- EUGENIO. Tú eres demasiado egoísta para ser delicado. ¿No ves que les dejas un papel muy desairado? Si son las íntimas de la festejada, más delicado es que la acompañen. Mira, Rodrigona, tú te sientas a la derecha, y tú, Ángela, a la izquierda; y cuando venga...
- RODRIG. ¿Quién?
- EUGENIO. Quien verás, acompañan a Amelina a hacer los honores. Vámonos, Silvano.

ESCENA 10

DICHOS, menos EUGENIO Y SILVANO.

- AMELINA. ¿Qué será ello, amigas?
- RODRIG. No sé, pero algo muy solemne debe ser. Pon muy grave la cara.
- ÁNGELA. Y tú y yo, ¿cómo la ponemos?
- RODRIG. ¡Ya están ahí! ¡Ay niña, mira! ¡Qué bonito!
- AMELINA. (*Apeándose*) Pero no te muevas, Rodrigona; ni tú, Ángela. ¡Pero mirad, niñas! (*Se tira de la mesa, saltando de alegría*) ¡Esto sí que es bonito!
- RODRIG. Pero, niña, vete a tu campanario. Mira que si no, la cosa no tiene gracia.

ESCENA 11

TODOS.

(Por la puerta de la derecha, niños de ambos sexos con bandejas, plumas, cestas de flores, frutas y dulce.)

TODOS LOS

NIÑOS: ¡Bravo! ¡bien!

AMELINA. Qué bien, ¿eh, Rodrigona?

RODRIG. Sí que ha salido bien.

EUGENIO. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Nos comeremos los dulces?

TODOS. ¡Sí! ¡Sí!

RODRIG. ¡A comérmolos!

AMELINA. ¡No! Todavía no ha llegado la hora del convite.

EUGENIO. ¡Sí!

AMELINA. ¡No!

EUGENIO. Pues entonces, ¡que siga la procesión!

AMELINA. ¿La de mamá?

EUGENIO. ¡Pues claro!

AMELINA. ¡Bueno! Ya estaba todo dispuesto. (*Salen.*)

ESCENA 12

RODRIGONA, AMELINA Y ÁNGELA.

RODRIG. ¿Y nosotras no vamos?

AMELINA. Cuando pase. Ahora prepararemos a la carrera el convite.

RODRIG. (*Tomando algo de los cestos*) ¿Pongo esto aquí?

ÁNGELA. ¿Y estas flores aquí?

- RODRIG. ¿Y las sillas?
- AMELINA. Así: yo en medio, como la festejada, ¿verdad?
- RODRIG. Claro. Y yo a tu derecha, y Ángela a la izquierda. Y los chiquitos, que se paren en sus sillitas. ¡Pero qué concurrencia! Si en ofreciendo dulces...
- AMELINA. ¡Mira! ¡Ya vuelven!
- RODRIG. Y ahora ¿nos quedamos?
- AMELINA. Ahora seguimos.

ESCENA 13

EUGENIO Y SILVANO.

- EUGENIO. ¡Aguarda, hombre!
- SILVANO. Pero déjame mandar.
- EUGENIO. ¡Siempre mandando! Si lo sé, no te confío el mando.
- SILVANO. Pero como me lo cediste...
- EUGENIO. Ahora te lo quito. Ven a ver.
- SILVANO. ¡Caramba! ¡Y qué apetitoso está el convite!
- EUGENIO. ¡Ya se sabe, chico! A ti, mandar o mascar.
- SILVANO. Otros mandan y mascan, todo a un tiempo.
- EUGENIO. Pues ahora, masca (*Le da un dulce y toma otro*) y obedece.
- SILVANO. (*Comiendo*) Así se puede obedecer: manda.
- EUGENIO. (*Comiendo*) ¡Y qué bueno es mandar mascando! Mando que no se te olvide lo que te venía diciendo.
- SILVANO. ¿Lo del discurso en verso?
- EUGENIO. Y lo del escudo. (*Cuelgan uno*) Y ahora que me acuerdo, ¿cómo lo descolgaremos?
- SILVANO. Y el otro ¿se descolgó?
- EUGENIO. No.

SILVANO. Pues no hay que descolgar tampoco. (*Mirando los dulces*) ¿No sería bueno que cogiéramos otro?

EUGENIO. No, que vienen.

ESCENA 14

TODOS.

AMELINA. ¿En qué estabas, Eugenio? ¡Si vieras qué agradecida se mostró mamá!

EUGENIO. ¿Y papá?

AMELINA. Se sonreía.

RODRIG. Y ni siquiera frunció el ceño.

AMELINA. Porque como no ibas a treparte en el mamón...

RODRIG. Pues, hija, cuidado con que no venga ahora, porque se acaba el convite.

AMELINA. ¿Por qué?

RODRIG. Porque como tienes que trepar tan alto para presidirlo...

EUGENIO. Pues él no viene ahora: anda, sube.

AMELINA. ¡No! Nadie se siente hasta que yo avise. (*Sube*) ¡Ya!

(*Tumulto para colocarse, y disputas por asientos. Mientras comen los dulces, conversan, gritan, ríen, dan vivas, etc.*)

EUGENIO. (*Aparte, a SILVANO*) ¡Ahora, chico!

SILVANO. Si ya se me fué la idea...

EUGENIO. Pues vuelve a cogerla.

SILVANO. (*Con resolución*) Señorita: en este día solemne y después de este solemne banquete, no es posible dejar de decir lo que se siente.

TODOS. ¡Que lo diga!

SILVANO. Pero como hablar del mismo modo que todos los días sería impropio del día, de la hora, del minuto...

EUGENIO. (*Aparte*) Pero chico, mira que ahorita hablas de los segundos y los terceros...

SILVANO. Pues como iba diciendo, hablaré en verso.

EUGENIO. ¡Bravo! ¡Aplausos!

SILVANO. Pero yo, solo, no puedo.

EUGENIO. Empieza, que yo te sigo.

SILVANO. Amelina, señorita:

EUGENIO. Hermana mía del alma:

SILVANO. De padre y madre alegría,

EUGENIO. Alegría de la casa.

SILVANO. Hoy celebramos contentos
cual celebran la alborada
los pajarillos pintados
que vuelan de rama en rama,

EUGENIO. Tus primeros días rosados
y tus jornadas tempranas
en la senda de la vida,
de la vida en la mañana.

SILVANO. Anhelando que mis votos
los de todos secundaran,
aquí te ofrezco modesto
estas flores delicadas;
hermanas tuyas, que ansío
sean de tu vida la pauta.

EUGENIO. Y aquí, detrás de este escudo,
que nos recuerda la patria,
te presento de sus campos
un alegre panorama.

(*Aplausos, vivas, etc.*)

TELON

La llegada de la *guagua* (1)

PERSONAS:

SAMELIA, CARLO, YAN, DOFO (2)

ESCENA 1ª

DOFO Y YAN.

La escena representa un patio a la chilena. Uno de los cuartos que rodean el patio es un gallinero. A la reja del gallinero aparece asomado DOFO al alzarse el telón.

DOFO. (*Oyendo cacarear a una gallina*) ¡Yan! (*Con impaciencia*) ¡Yan!

YAN. (*Desde adentro*) ¿Qué?

DOFO. ¡Ven a ver!

YAN. No puedo: estoy conversando con mamá.

DOFO. (*Acercándose a la puerta de donde sale la voz de Yan*) ¡Ven, hombre! ¡A mamá la ves siempre, y esto no se ve nunca!

YAN. (*Corriendo como los niños curiosos*) ¿Y qué es?

(1) Guagua: en Chile, niña de pecho. Aquí alude Hostos a su última hija, María Angelina, próxima a nacer. De ahí el título de la pieza y las alusiones en el curso de este juguete, a la *guagua*, es decir la niña que va a llegar.

(2) Nombres familiares de Luisa Amelia, Eugenio Carlos, Bayoán Lautaro y Adolfo José, los hijos de Hostos nacidos en la República Dominicana.

- DOFO. Una gallina llorando.
 YAN. ¿Llorando una gallina? Si las gallinas no lloran, sino que cacarean.
- DOFO. Pues ésta estaba llorando.
 YAN. Cacareando.
 DOFO. Llorando. ¿No la ves?
 YAN. Sí. Está cacareando en la escalera.
 DOFO. Pues hace un rato que quiere tirarse al suelo, y como no puede, se echó a llorar.
- YAN. ¡No, hombre! Será que llamaba al gallo para que la ayudara a bajarse.
- DOFO. (*Con ironía*) Sí, para que la ayudara a bajarse. ¿Y cómo no la ayuda? Míralo trepando junto a ella. ¿Viste? Le ha dado un picotazo para que no llore.
- YAN. Para que no meta bulla, porque los gallos son los papás del gallinero y ponen orden.
- DOFO. Pues entonces, las gallinas son las mamás, y los padres no pegan a las madres.
- YAN. Pero las regañan.
 DOFO. ¿Entonces el gallo ha regañado a la gallina, pegándole un picotazo?
- YAN. Así es como ellos regañan.
 DOFO. ¡Como si tú entendieras la lengua de los gallos!
 YAN. ¿Y para qué estoy oyéndolos todos los días?
 DOFO. ¿Y cómo yo los oigo también todos los días y no los entiendo?
- YAN. Porque no te fijas.
 DOFO. ¿Y tú no tienes más que fijarte para aprender?
 YAN. ¿No te acuerdas cómo aprendí el inglés de sólo fijarme cuando papá... en Sánchez? (1)

(1) Ciudad marítima dominicana, situada en el fondo de la bahía de Samaná, donde se habla inglés tanto como español.

- DOFO. Pero ¿a que no sabes decir *gallo* en inglés?
 YAN. Como no: *cock*.
 DOFO. Sí, porque el gallo dice *co-co*. ¿Y gallina, cómo se dice?
 YAN. ¿Gallina? Bah, lo más fácil. ¿Gallina?
 DOFO. Sí, hombre, gallina.
 YAN. En inglés no se dice *gallina*, sino *mujer del gallo*.
 DOFO. ¿Y cómo se dice en inglés?
 YAN. Ya no me acuerdo.
 DOFO. Porque no lo sabes.
 YAN. ¡Y que no! Conque sé chino y no voy a saber inglés.
 DOFO. ¿Y dónde aprendiste el chino?
 YAN. ¡Adiós!... Con Fipo ⁽¹⁾: ¿no te acuerdas que lo trajeron de la China? Ojalá que trajeran de allá a la *guagua* que va a llegar ⁽²⁾.
 DOFO. ¿Por qué?
 YAN. ¡Toma! ¡Porque yo la entendería! Y no que la van a traer de Francia, y como yo no sé francés, no voy a entenderla.
 DOFO. ¿Y quién te ha dicho que la van a traer de Francia?
 YAN. Mamá me lo estaba diciendo.
 DOFO. ¿De veras?
 YAN. ¡De veras! Y dice que deben traerla pronto, porque se espera de momento al vapor francés.
 DOFO. ¡Ay! ¡qué bueno! Ahora vamos a ser cinco.
 YAN. Seis.

(1) Filipo Luis Duarte, nacido en Chile en 1890. Fué el quinto de los hijos de Hostos, si se exceptúa Rosa Inda, muerta en sus primeros meses.

(2) Ver nota sobre el título de este juguete.

- DOFO. Yo digo varones.
 YAN. Eso será lo que quiera Samelia.
 DOFO. ¿Y qué? ¿Se va a hacer lo que ella quiera?
 YAN. ¿Tú no ves que la pobrecita es solita entre tantos varones?
 DOFO. Mejor para ella: Así tendrá muchos que la protejan. ¿No se lo has oído así a papá?
 YAN. ¡Bueno! Pero ella dice que quiere una compañerita.
 DOFO. ¿Y la van a complacer?

ESCENA 2ª

DICHOS y SAMELIA Y CARLO.

- CARLO. Pues tú verás cómo es varón.
 SAME. Y yo te digo que será una nenita, porque mamá me la prometió.
 CARLO. Así será, pero como papá encarga siempre varones...
 SAME. ¿Y yo soy varón?
 YAN. Pero tú viniste por equivocación.
 SAME. (Indignada.) ¡Mire, hombre! ¡Decir que yo vine por equivocación!
 YAN. ¡Pues claro!
 CARLO. ¡Sí, señor! Yo mismo fuí quien escribí.
 SAME. ¡Mentira! Tú no sabías escribir.
 CARLO. Por eso mismo. Como yo no sabía escribir (roto el original) Reyes que si la encargara a la cigüeña, y la mandaron.
 DOFO. ¿Y qué son cigüeñas, Carlo?
 YAN. Las que mandan a las *guaguas*, bobo.

- CARLO. (*Con aires de suficiencia*) En París, en Londres, en China, en los Estados Unidos y otras partes, hay fábricas de *guaguas*, y mandan las que uno les pide.
- SAME. Eso lo dice mamá para engañarnos; pero yo sé una cosa.
- YAN. ¿Qué sabes?
- SAME. Yo sé...
- DOFO. ¿El qué?
- SAME. Que...
- CARLO. Acaba de decirlo.
- SAME. Yo sé cuándo va a venir una *guagua*.
- DOFO. Y yo también.
- SAME. Pues dilo tú.
- YAN. ¿Cuándo?
- DOFO. Cuando mamá se pone muy gritona.
- CARLO. ¡Y es verdad!
- YAN. ¡Sí, señor! Esa es señal de que ha encargado *guagua*.
- SAME. ¡La pobre mamá!... Y tan enferma que se pone...
- YAN. Y tan triste... A cada paso tengo yo que ir a besarle las manos para alegrarla.
- CARLO. Y lo bravo que se pone papá cuando la ve así...
- SAME. Porque dice que esa tristeza la enferma más.
- DOFO. ¿Y por qué también no se pone papá como mamá?
- YAN. Y es verdad que sería mejor que uno sufriera una vez y otro otra.
- CARLO. No digas boberías. Los hombres no traen *guaguas*.
- YAN. ¿Y cómo los gallos traen pollos?
- SAME. Esas son las gallinas.
- YAN. No, señor; los gallos, que papá me lo ha dicho.

- CARLO. ¿Cuándo?
YAN. Una vez que yo le pregunté si los gallos ponían
 huevos.
SAME. Pero eso te lo dijo, porque como tú eres tan
 preguntón... (1)

(1) Hasta aquí trabajó Hostos en este delicioso y escabrosísimo juguete. La *guagua* llegó a la vida con toda felicidad el día 23 de febrero de 1892. Seguramente con los trajines del recibimiento Hostos olvidó terminar la pieza con que presidía su advenimiento, o tal vez, sorprendido por la llegada, consideró ya fuera de lugar el juguete que, como se ve, estaba precisamente escrito sobre el futuro arribo de la *guagua*.

CARTAS FAMILIARES

Clinton Place 110,
Nueva York, abril 29 de 1874.

Mi muy querido y respetado padre:

Es tan vivo el sentimiento que me domina cada vez que pienso cómo separan las circunstancias al padre y el hijo que más se aman, que hasta por reflexión dejo de escribir a usted. Nada puedo decirle que sea una esperanza o un consuelo, y he preferido callar al pasar por Saint Thomas y preferí guardar silencio cuando el 25 de este mes, a los cinco días de mi llegada aquí, salió para la isla danesa el vapor americano que va al Brasil.

Si hoy le escribo, lo hago por aprovechar la segura ocasión que me ofrecen y por no censurarme mi silencio.

Ni él ni la terrible tenacidad con que sigo mis propósitos, ni la verdadera crueldad con que estoy sacrificando sus afectos y los míos, lograrán infundir a usted el error de que yo no soy ya para usted el amantísimo hijo con quien tanto contó en sus ensueños de padre cariñoso, y esta seguridad podría bastarme para disculpar mi silencio; pero lo considero como una verdadera falta, y evito, cuanto puedo, el cometerla.

Mas la verdad es que una carta necesariamente llamada a disgustarlo, no debería escribirse.

Si usted, como espero, ha recibido la carta que le dirigí desde Buenos Aires al salir de aquella ciudad, y la que le escribí desde Río de Janeiro al verme obligado a detenerme en la capital del Brasil, ya sabrá usted que el objeto de mi viaje es Cuba. Está bien pensado, bien decidido, e iré a Cuba; cuándo, no sé; pero iré a consumir con la acción lo que he predicado con la palabra.

A pesar de que este paso es perfectamente natural en un hombre que ha tratado de ser tan lógico como yo, no lo daría tan pronto ni en la dirección que llevaré, si las injusticias cometidas con los expedicionarios del *Virginius*, no hubieran concluído de exacerbar la casi creo funesta pasión de la justicia que me domina. Aquella hecatombe y la horrenda circunstancia de haberla consentido el Partido Republicano y un hombre que en Francia y en España me había mil veces jurado espontáneamente que él y su partido harían justicia a las Antillas; aquella catástrofe, las circunstancias que la acompañaron y mi propia creciente devoción a lo bueno y lo justo que veo pisoteado por los hombres, destruyeron la calma con que estaba resuelto a ver los sucesos y esperarlos. Si ha sido para mi mal, no es mía la culpa, y como todo el mal estará quizá en que muera, motivos poderosos hay en el dolor continuo de mi vida para que me resigne sonriendo. Si ha sido para el bien de la sacrosanta causa a que me sacrifico, lo celebraré con todo el fervor de mi alma.

Si yo fuera loco o padeciera de la demencia del entusiasmo irreflexivo, sé que mi conducta se juzgaría por sí misma. Pero no hay un acto de mi vida que no sea profundamente coherente con el desarrollo de mi razón, no tengo un solo átomo de entusiasmo por nada que no sea sólidamente verdadero, bueno y justo, y me cuesta muchísimos esfuerzos infructuosos el explicar mi vida y mi conducta.

La reserva que guardé cuando, saludado privadamente por los más idóneos jueces del mérito literario me vi a un mismo tiempo combatido por el silencio de los críticos y de todo el mundo; la indiferencia con que me encerré en 1868 en mi casa, cuando los mil que nada habían hecho por el triunfo de la revolución de septiembre, pavoneaban delante de mí las migajas de poder

que debían a la situación que yo había contribuído a crear; el exclusivo ocuparme de las Antillas, cuando nadie se ocupaba de ellas; mi rompimiento con España por defender a Cuba; mi primera venida a Nueva York y los esfuerzos titánicos que hice; mi temeraria propaganda, siempre solo y sin recursos por Colombia, Perú, Chile y la República Argentina; las posiciones, el bienestar y hasta la felicidad que en todos esos queridos pueblos he rehusado por seguir en mi empresa, actos son que los hombres no comprenden, por que los hombres no comprenden el sacrificio de una vida a una idea.

No sólo veo eso con perfecta claridad, sino que a cada nuevo sacrificio experimento con tristeza la ingratitud de los mismos por quienes me sacrifico.

Indudablemente, yo he cometido muchos errores gravísimos; pero no hay entre ellos uno solo que no tenga en el fondo por origen el sentimiento más perfecto de la delicadeza individual, la fe absoluta en la verdad y la justicia, el amor más incondicional a la humanidad y al aumento de su perfección.

Hasta el mal, que tanto he detestado, he hecho por amor al bien. Es un mal desamparar a una familia, y lo he hecho por desear para ustedes el bien de una patria restituída por mis esfuerzos a la divinidad de su independencia. Tres veces hubiera podido cimentar en tres purísimos afectos una familia digna de los hombres, una felicidad digna de mí, y tres veces ha sofocado la idea del deber el efecto que acaso hubiera contribuído a realizarlo. La sublimidad del motivo no disminuye la responsabilidad del mal que he hecho a esas almas puras y a la mía. Siendo tal vez el hombre más fuerte de mi tiempo, he hecho el mal de pasar por débil, sacrificando a mis doctrinas el poder que hubiera resultado de abandonarme muchas veces a las pasiones que los otros despertaban en mí para obedecerme ciegamente.

¿Cómo he de explicar yo a los hombres mi conducta, si los más elevados en la jerarquía del espíritu no la entienden?

Mi vida vale mucho más que mi conducta, y mi conducta mucho más que mis escritos. Estos no han sido comprendidos ¿cómo he de exigir que lo sean aquéllas? Resignado a morir desconocido y mal juzgado, si no logro triunfar ruidosamente, prosigo impasible mi camino. Cuando haya otro hombre que recorra el suyo con igual pureza de intenciones, con igual olvido de sí mismo, con igual resistencia contra sus pasiones malas y buenas, con igual serenidad ante el dolor y la injusticia, yo me levantaré de mi tumba, si ya duermo, para juzgarlo; y entonces habrá un hombre juzgado en justicia por su igual.

Entre tanto, sigo trabajando y seguiré escribiéndole.

Abrace muchas veces a las niñas y bendiga a su amantísimo y respetuosísimo,

Eugenio María.

Fragmento de carta a su padre

Hoy 1º de septiembre (¿1874?)

¿Por qué no me escribe, papá? En la carta remitida a bordo, se suprimió por primera vez su bendición. Hoy se deja de escribirme dos veces seguidas en dos vapores que han pasado por ahí uno tras otro. ¿Qué es eso y por qué es eso? ¿Tan irritado está usted con la mala suerte que me impidió alcanzar en Port au Prince los vapores que buscaba? ¿Tan indignado conmigo porque, según el cálculo adjunto no podía hacer con \$192 un viaje que no ha de hacerse para mendigar trabajo, sino para conseguir un objeto concreto? Yo no puedo creer

que usted siga siendo conmigo tan injusto como lo ha sido más de una vez en estos últimos tiempos, que son para mí los más aciagos porque no he logrado hacer cosa buena para usted. Y menos creo que siga esa injusticia, cuando pienso que basta reflexionar en mi situación para trocar por ardiente simpatía todo sentimiento de encono o de desidia. ¿Usted sabe lo que es un hombre sin patria, sin hogar, sin trabajo, sin amigos, a quien todo se le vuelve en contra, a quien todo se le toma a mal, de quien se cree que son actos de locura o de violencia de carácter los ímpetus más generosos del afecto y las reservas y protestas más legítimas de la dignidad? Se dirá que esa situación es culpa mía. Sí, señor! y culpa honrada, culpa honrosa: que yo no he llegado al nivel moral en que vivo para ser libremente juzgado por gente de colonias; y por más que diga esa gente, es honra y virtud y gloria el haber sacrificado en una obra buena los bienes que cualquiera miembro de la familia de los tontos tiene a su alcance en el mundo. Sí, señor: culpa mía es esta situación, pero ¿qué hay en las causas que la han producido que no pueda señalarse como obra de un espíritu digno de reverencia? Y porque, dejando el dinero y las posiciones a la gente, yo me haya elevado adonde pocos se elevan ¿he de ser considerado como leproso, como proscripto de la consideración del mundo?

Nueva York, 14 de septiembre de 1874.

Mi muy querido y respetado padre: Ayer recibí su carta del 20 de agosto. Fué tan inesperada como el profundo dolor que me produjo. Para desimpresionarme de ella, aunque imperfectamente, me he puesto a leer otra vez la del diez de agosto y he visto y estoy viendo que la una completa el efecto de la otra. En la última pre-

senta usted la situación sin salida que es la de mi patria, y que mi adhesión a ella han colocado a un hombre por esencia bueno, a una hija por excelencia virtuosa y a un hijo que lleva como maldición de crímenes que no ha cometido los esfuerzos que ha hecho en favor de todo lo que ha creído justo y virtuoso. En la carta del diez, presenta usted a un hombre honrado y a una hija digna de él, luchando inútilmente contra el infortunio, siendo antes ejemplo (ante una sociedad enferma) de todas las virtudes que en una sociedad sana harían de ese hijo y de ese padre los dos seres más amados, más respetados, más reverenciados y más influyentes. De ambas soluciones es responsable o acusado el hijo que quiere para ese padre y esa hermana una patria digna de ellos. Es acusado de ambas situaciones, porque su hostilidad honrada determina una hostilidad malvada que, directa o indirectamente, se ensaña en ustedes.

Fijémonos en eso, fijémonos atentamente en lo que nos sucede, mi queridísimo padre, y en vez de acusarnos porque hemos tratado de ser lo que el hombre debe ser, acusemos a los tiempos enfermos en que vivimos y a la sociedad maleada en que nos formamos. De esa consideración resultará: primero, que nuestra desventura y la tragedia de nuestra vida no son tanto la obra de nuestros errores cuanto del tiempo y del país en que nos hemos visto encerrados; segundo, que todo cuanto yo he hecho, por erróneo que haya sido, por excesivamente virtuoso que haya tratado de ser, está justificado por la situación de una sociedad, como la colonial, en donde es posible que una familia como la nuestra haya sido tan infortunada, y en donde la recompensa que se da a los que todo lo sacrifican por el bien de la patria es el abandono en que vive una familia que une a las virtudes de usted y de Rosita la respetabilidad incondicional que debería darle una abnegación como la mía.

Suceda lo que suceda, no nos debilitemos quejándonos de nosotros mismos, y al contrario, fortalezcámonos meditando en la fuerza de que damos prueba al perseverar en el bien cuando por todas partes nos rodean las sollicitaciones del mal y cuando el que nosotros hiciéramos estaría justificado como venganza desesperada de las injusticias de que somos víctimas.

Deje usted que utilice las dos preciosas cartas lastimeras, no sólo para complacerme en el espectáculo de la virtud que usted y Rosa me dan, sino para derivar de la actitud filial, es decir necesaria, en que yo estoy, la fortaleza que ambos necesitamos, usted para calmarse, yo para ser por otra vía tan digno de usted, de mi patria y de los hombres como usted lo ha sido en la esfera en que se ha movido.

En su primera carta usted y Rosita... Yo también, como usted "lo veo, lo palpo y no lo creo". Yo sí lo creo. Yo sé lo que es la virtud puesta a prueba.

En frente de esa vida ejemplar, una sociedad que no utiliza al hombre magnánimo que así vive; hombres tan indignos como el que debiendo a usted los cuantiosos plazos de la venta de la Escribanía, origina a usted molestias impertinentes para pagarle insignificantes partes de esos plazos; gente tan menguada, que vive, deteriora y desaloja sin pagar la casa en que usted funda su renta mensual.

En la carta del veinte y seis, esa familia ejemplar en su ruina y en su desolación, reducida de muchos miembros a sólo tres, teniendo entre los tres uno que ha hecho de la felicidad de su patria el objeto de su vida, esa familia ejemplar no puede ni aun vivir unida, porque el orden funesto en que esa sociedad está basada castiga con pena de muerte al patriota, castiga con la última miseria al padre anciano y a la hija delicada, si uno y otra, dejando los residuos de su fortuna

en manos de los árbitros de su país fueran a ver, van sólo a ver, al hijo y al hermano a quien hace doce años ha expatriado la misma virtud patriótica que una cualquiera sociedad normal hubiera hecho de él la alegría de la familia y de la patria.

Ni usted, ni Rosa, ni yo, sometidos (?) al dolor de esa solución, podemos apreciarla en lo que representa. Ni siquiera podemos saber sino contemplándola abstractamente hasta qué punto es trágica. Lo es hasta el punto de ser impía. Si hubiera un solo ser capaz de crear una situación igual para castigar, no digo pecados de uno o cien antecesores, sino de todos y cada uno de los sometidos a esa situación, el ser que la creara sería un malvado y sería, no ya deber, derecho nuestro el abominarlo, atacarlo y destruirlo. El ser individual no existe; pero existe el ser colectivo; un gobierno, una sociedad que crean para nosotros esa horrenda situación ¿no hemos de abominar, de maldecir, de tratar de aniquilarla? ¿no es nuestro deber? ¿no es nuestro derecho? La situación, mientras subsista el horrendo estado que la crea, no tiene salida: aniquilar ese estado que la crea ¿no es dar una salida a esa situación infernal? Y si hay quien, para buscar esa salida, ha hecho lo que pasa por locura, lo que casi le imputan como crimen de familia y contra su familia ¿qué otra cosa ha hecho al tratar de aniquilar ese estado de cosas que salva de él a su familia? Veamos las cosas en sí mismas y en su origen, separemos de ellas la parte que hayan formado nuestros errores, nuestras pasiones, nuestros intereses egoístas, y que se atreva alguien a decir si usted hubiera sufrido tanto y perdido tantas fuerzas en la lucha opresiva que tuvo con los jueces, si estos hubieran sido miembros de la misma sociedad, ciudadanos de la misma patria, súbditos de la misma ley, en vez de ser los gobernadores que envía España; diga si hubiéramos

perdido a Pepito, a Carlos y a Adolfo, teniendo una patria propia en qué educarlos; diga si se hubiera sacrificado la heroica Engracia y la mártir Lola, teniendo, en vez de los entre quienes eligen nuestras mujeres sus esposos, ciudadanos dignos que no las deslumbraran con el oropel de los galones, pero que les dieran hogar honrado y permanente; diga si mi santa madre y nuestra nobilísima Eladia hubieran sufrido como sufrieron, muerto como murieron, ni teniendo que recibir en sus almas delicadas el golpe producido por el infortunio de Engracia; diga si los desventurados hijos de ésta estarían hoy a millares de millas de su patria y de ustedes; diga si nuestra virtuosa Rosita pasaría penando y llorando su adolescencia y su juventud, no habiendo tenido, todavía más desgraciada que mamá y Eladia, que ser espectadora del martirio de la hermana compañera de su infancia, después de haberlo sido del sacrificio de su primogénita y de la muerte de todos y de la disolución del hogar desamparado; diga, en fin, si yo, que hubiera podido hacer la felicidad de mi familia, el bien de mi patria, acaso el orgullo de nuestra historia, habría tenido que continuar en el dolor y en la desesperación de la impotencia una vida dirigida con tantos esfuerzos hacia todos los grandes fines de la vida, venciendo en otro suelo, entre otros hombres, bajo otro gobierno, no teniendo que amar como deber todo lo que como derecho hubiera odiado.

Y si es necesario ser un verdadero colono para lograr el bien de la familia y de la patria, es triste presenciar la pérdida del hogar y la fortuna, es necesario el abandono de todo bien de nosotros mismos, elevación de nuestro carácter, paz, vida, hasta la honra, mientras muramos como esclavos ¿por qué, por qué se ha de condenar como un malvado a quien no quiere otra cosa que hacer posible todo lo que constituye esencialmente

la vida de los individuos, de la familia y de los pueblos? Por haber sido tan magnánimo con nuestros enemigos, cuando ellos y mi país contaban con la complicidad de mi silencio, he sufrido con las amarguras a que se puede condenar a un hombre bueno y que jamás, ni por nada, hubiera soportado un hombre malo. No quiero hablar del abandono de ustedes, que me ha punzado continuamente la conciencia; no quiero hablar del sacrificio de todos mis afectos, de todas mis pasiones, de mi gloria, de mi persona, de mi bienestar, de mi amor propio. No quiero hablar de mis desengaños, de mis desencantos, que sólo sabiendo lo que yo quería y otros quieren, podrían apreciarse en toda su extensión; de mi incurable tristeza, que sólo teniendo de mi causa, de la justicia, de los hombres, de los que creo mis hermanos, la purísima idea que yo traje a la revolución puede llegar a conocerse. No quiero hablar de la congoja que en todas partes ha formado el fondo íntimo de mi vida, al verme mal juzgado, mal tratado, mal recibido, escarnecido, revolucionando (?) todos los días mi carácter para ser cada vez más digno de mi empresa. Quiero tan sólo mencionar la amarga desavenencia continua en que me he puesto con usted y con nuestros conterráneos, la más mala situación en que estoy desde el 1869, burlado, calumniado, y maldecido por los cubanos y los puertorriqueños, precisamente por haber hecho lo que debiera hacerme un ídolo entre ellos. Y si aun no conocen, (?) si quieren ver mi situación y mi existencia, que pregunten a los hechos, (...entre los emigrados activos por la revolución de Cuba se han hecho mis sacrificios), y que vengan a ver ese hombre en la miseria, en el abandono, obligado a humillarse íntima, hondamente, a los mismos a quienes se ha sacrificado, decidido a su empresa hasta el fin para crear una sociedad en que esos hombres sean menos colonos para ser más hombres.

¿Amargura mayor todavía? Pues aquí está. Tenga el profundo, el incitante dolor, la continua agonía de pensar que yo no podré morir, si lucho y sobrevivo o si no lucho y me expatrio, en la patria que tanto me ha costado, entre quienes tengo la conciencia de haber hecho cuanto puede un hombre en servicio de los otros.

Yo no vivo para engañarme ni engañar, y de palabra y por escrito, en público y en privado, a los otros y a mí mismo, he dicho que he cometido tantos errores cuantos buenas intenciones he tenido y cuantos actos de abnegación he realizado. ¿No se concibe amargura mayor que la de vivir entre hombres que han convertido en trágicos errores de otro hombre todo lo que éste ha hecho concienzudamente en favor de la patria y la justicia? Pues la hay; y es la que tengo cuando, confesando magnánimamente tantos errores de conducta cuantos sacrificios he hecho a mi idea, veo que se encogen de hombros, me abandonan a mi congoja solitaria, y se dicen indiferentemente: “!Pero si él mismo confiesa sus errores!” ¡Sí! los confiesa. Y como tiene la conciencia de que esos errores debieran cometerlos hoy todos los cubanos y todos los puertorriqueños está dispuesto a perseverar en ellos.

¿Cree usted que persevero por placer? Ningún hombre puede tener un placer en la agonía. Si usted me hubiera visto la conciencia en los innumerables días desesperados que he tenido; si usted supiera punto por punto la cantidad de dolor que representan para mí estos últimos cinco años; si usted supiera cuántas veces, con qué sólidos motivos, con qué pesadas esperanzas de ser útil a otros hombres, con qué ardiente amor de la humanidad, con qué angustiosa necesidad de paz, de dicha y de reposo he pensado en desistir de una empresa que, tal como yo la concebía la hacen imposible los representantes de la humanidad que producen las colo-

nias; si usted mi querido padre, supiera qué aterradora excepción tiene por hijo, no imaginaría que por capricho o por placer, por entusiasmo o por irreflexión, persevero en la obra. (Tres renglones ilegibles.) Confieso, por tanto, que hoy, después de una experiencia continua de los hombres, después de un continuo dolor, después de una verdadera aniquilación de todas las pasiones que me alientan a la acción, después del convencimiento aterrador de mi incapacidad absoluta para el mal, mi obra ha producido sus (?). Mas como las cosas honran en sí mismas la virtud que los hombres no pueden darles ni quitarles, cuando contemplo abstractamente lo que yo he encontrado, cuando veo la heroica constancia de los cubanos que combaten, cuando veo la injusticia colonial de España, cuando veo la indiferencia del mundo entero ante Cuba, cuando siento mi hambre y mi sed de acción en favor de la justicia, vuelve la pasión del bien y la justicia a dominarme, a inspirarme. Y, como, además, por impersonal y desinteresada que sea mi adhesión a mis principios; por poco que me ocupe del beneficio o de la gloria que, siendo otro carácter, podrían reportarme el sacrificio por ellos, soy al fin y al cabo un batallador que ha llevado a todas partes la batalla ¿cómo he de poder, por tristeza, por desesperación profunda, o por ansia de paz y de consuelo al lado de ustedes, romper con todos mis antecedentes? Yo estoy tan tranquilo en mi conciencia y tan habituado a hacerla superior a todo juicio humano, que puedo impunemente consentir que caigan sobre mí todas juntas las calumnias que una a una han arrojado sobre mí los hombres. Pero ¿no sería estimular a la calumnia el retirarme de la empresa después de haber declarado a medio mundo que vivo por ella y para ella? Usted cree que la muerte de balas es un género de muerte, y nada más. Yo también lo creo. Y puesto que ambos creemos

también lo que tan admirablemente dice usted: "Que obtener la honra y sustentarla es la mayor felicidad", resignémonos a una muerte prematura si sobreviniera, o esperemos para descansar y desistir a que sea absolutamente compatible con la hora.

Ahora veo la situación. Indignado de la catástrofe del *Virginus*, y después de reflexionarlo, salí de Buenos Aires para ir a Cuba. Temeroso de que ésa y cualquiera otra resolución mía concitara contra usted las venganzas españolas, rogué que fuera a Santo Domingo, en donde yo podría encontrarme en mi anhelo de llegar a Puerto Rico. Esta idea del peligro a que mi conducta les expone, no me ha dejado día tranquilo. Hoy no lo estoy, próximos como al fin parece que estamos a una expedición. Ya, clara la situación, no hay más que esperar el momento, o de acabar estoicamente o de retirarse estoicamente. Si (?) empezaré a ser juzgado con justicia, si tengo que retirarme, me retiraré para siempre de la vida revolucionaria, y por mucho tiempo, de mi país. En uno y otro caso, caiga sobre mi memoria o sobre mi conciencia la abominación de todos los hombres de mi tiempo, si algunas vez me ha guiado alguna idea, sentimiento o deseo que no haya tenido por objeto el triunfo de la razón humana, del amor de la justicia, la voluntad del bien.

Caracas, abril de 1877.

Mi querida Belinda:

En vez de la contestación a mi carta de antes de ayer, he recibido ahora la que usted me había anunciado. A pesar de anunciada, me ha producido un efecto que sabré disimular, pero que no podré dominar interiormente. Dígame si en efecto es tan desesperada su situación que tiene que *desistir*, o si, como me decía en su

carta del miércoles, sólo quiere aparentar. En mi carta le dije que esa declaración de rompimiento me quita el arma legal que podría manejar a favor de usted y de mi propio y creciente afecto.

En caso de que usted, por su reposo y por su felicidad, me exija terminantemente que aplace y espere y sufra y calle y me resigne, juro que nunca he tenido más disposición a hacer para usted y por usted, todo, absolutamente todo cuanto quiera. Pero en el caso de que usted quiera ganar tiempo, dígamelo también. En el primer caso, hoy mismo contestaré a su carta de modo que sus padres la dejen en paz.

Daría una vida por verla, por conversar, por consolarla, por asegurarle que la amo más cuanto más desgraciada, y que por hacerla feliz haré cuanto puede hacer un verdadero hombre.

Cada vez más suyo con todo su corazón y con toda su conciencia.

E. M. Hostos.

P. S. Lola (1), a quien creo que también se ha calumniado, se presta a servirnos. Empléela. Escríbame con ella y de ningún modo deje de hacerme saber lo que le pasa.

Caracas, 4 de abril de 1877.

¡Tan bien como piensa mi Belinda, y con tan mala ortografía como escribe lo que piensa! Como si quisiera imitar con sus benditos garabatos el paso de locomotora que ha llevado nuestro afecto, no pone ni un punto, ni una coma, ni hace pausa, ni da reposo, y es necesario seguirla como va el pobre tren tras del vapor, sin aliento.

(1) Se refiere a doña Lola Rodríguez de Tió.

No importa: así, completado el amante por el maestro, le serviré de más; y llenaremos, estudiando juntos, los días que generalmente pasan sin avergonzarse de sí mismos los que sólo llevan sentidos y deseos al matrimonio. Nosotros llevaremos: ella, su alma intacta todavía, yo el cincel con qué pulirla, y aquel amor virtuoso, lleno de buenas intenciones y de afán de perfección que, combinado con el suyo, hará de ella la más digna de las matronas, y de mí el hombre más apto para el gran deber de mi existencia.

Pero eso sí: es necesario ser activos para todo; y sobre todo, para el bien. Y no lo es mucho, señorita, quien se da ya por tan seguro de mi esclavitud, que desatiende mis mejores recomendaciones; quien pierde lo que escribe para mí; quien tal vez se arrepiente de haberlo escrito, y acaso oculta la verdad al pretextar que lo ha perdido; quien no lee ni estudia ni hace esfuerzos por convertirse de lo que es en lo que quiero que sea.

Maldito de mí, si, equivocándome, encierra el alma de que estoy enamorado la mentira y la falsía que aborrezco: más me valiera acabar de un solo golpe mi vida dolorosa. Pero como creo en el amor que he puesto a prueba, porque "si no, no me hubiera fijado" en la que despertaba el mío, no dudo. Cuando manifiesto dudas, no hago otra cosa que maravillarme de su predilección por mí. Triste, meditabundo, incesantemente ocupado de una idea, desheredado de cuantos bienes exteriores halagan el corazón de la mujer, y especialmente de las adolescentes como mi Belinda, difícil de conocer para todos, aun más difícil de apreciar en lo que soy ¿en qué han podido fijarse los brillantes ojos que con tan dulces confianzas de amor me enajenan?

¡Y digo que es de mármol! Desventurado de mí, si hubieras (*tú*, qué dulce primer *tú*) traducido esa frase como expresión de otro deseo que el de ver en todos tus

actos y miradas y ademanes la continua confesión de tu cariño! No, no eres de mármol, y yo sé por ti y por mí que "un exterior frío encierra un corazón apasionado y lleno de abnegación hacia lo bueno". Pero cuando no me hablas, porque a mi lado "pierdes el don de la palabra"; cuando tienes miedo de mirarme; cuando dejas de decirme lo que piensas y sientes y deseas, yo, que no quiero otra prueba de amor, que quiero que seas severa si me olvido de mí mismo, que te quiero limpia hasta de un beso en la frente, que no quiero, por ahora, verte inflamada de otro sonrojo que el tímido del primer amor; cuando veo, te digo, que tu afecto no es bastante expansivo, me da el frío del mármol.

Por lo demás, alma mía, si tu conducta ha estado basada en la idea, de que "¡cuánto más se debe apreciar una resignación dulce y profunda, porque esa nace del alma, que no una desesperación vulgar, que sólo revela cálculo de la cabeza"; por lo demás, te repito, si esa idea ha sido el fundamento de tu proceder, has procedido noblemente; la idea es digna, y con ideas como esa es con lo que se acaba de conquistar un corazón como el mío. Cuando tú lo conozcas bien y lo pongas a palpitar contra el tuyo, y los dos latan con armonía, y nos contemos sin testigos los latidos que en ambos excite una palabra de amor y una obra de bien, entonces sí que mi chiquilla va a necesitar agrandar su alma para que quepan en ella las emociones, las venturas y las esperanzas de los dos!

Los escrúpulos están desechados. Si sucede lo que espero, podremos reunirnos antes quizá de un mes después de separados. Viviremos modestísimamente; pero como vamos a vivir para los dos, no para nadie, creo que tu esperanza y tu resolución se verán coronadas por la felicidad. En esta parte de tu carta te quiero infinitamente, no tanto por la abnegación que en ella mues-

tras, cuanto por la elevación de juicio con que hablas. Ahora, al releer esas palabras, casi he creído que no te he querido como mereces; tan probado y tan vivo me ha parecido tu cariño.

Y se detuvo en su carta! Si no fuera perezosa, de seguro que no hubiera tenido que hacerme esperar... En fin, contemos con que de aquí en adelante, todos los días tendré yo una imagen de su alma, en un pedazo de papel. ¿Que lo rompa? Ni forzado. No, señora (¿de quién quiere la señorita ser señora?), no romperé jamás el cristal donde he visto el alma que *detesto*.

¿Por qué soy cruel? Tres veces escribiste la palabra. ¡Alma mía! ¿Por acaso he despertado involuntariamente algunas de las emociones que se ocultan, alguna de las muchas que convierten en dolores los afectos? Te me quejaste de la cabeza. ¿He tenido yo la culpa? Mil veces perdón, y venga tu castigo. Si hasta el estrecharnos la mano te daña, no más manos estrechadas. Pero es tan dulce esa única demostración material que nos consentimos! Y además, si hemos de seguir mano en mano el camino restante de la vida ¿por qué ha de excitar en nosotros otra idea que la de mutuo abandono en nuestra mutua fe? Pero aun así, neguémonos las manos si así te evito un mal. No quiero que nada mío produzca en ti ninguna sensibilidad que no sea saludable, porque te quiero sana de cuerpo y de espíritu y porque eres sana de espíritu y de cuerpo.

Y uno en la mano ¿lo consientes?

Tu,

Eugenio María.

Caracas, 6 de abril de 1877.

Está bien Belinda amada: me ama mucho, pero ya hace una semana que le recomendé me escribiera diariamente o me entregara cada noche el diario de ideas, emociones e impresiones que se comprometió a llevar, y aun no he recibido más que una carta, que me ha enseñado a amarla más, pero que, sólo por mi exigencia y mi impaciencia, concluyó y me entregó.

Por mi parte, yo no pienso más que en verla para volver a pensar en verla cuando no la veo, y para soñar despierto en el día en que por primera vez duerma feliz. Ya tengo inflamada, de tanto imaginar, la masa del cerebro; apenas he podido escribir las dos cartas de recomendación que prometí, y cien veces he tenido que dejar a un lado el libro en que en vano he tratado de leer otra cosa que mis propias imaginaciones. ¡Estoy bueno!... Hasta hacedor de versos me he vuelto. Y no son buenos; primero, porque ya es tarde para que yo venza el desdén que tengo por la forma (cuando no es *su* amada forma); y segundo, porque no he expresado en ellos todo lo que podía, quería y debía. Podía haber hecho de la canción en que he imitado *Non é ver*, un relato dulce, patético y vehemente de las luchas secretas que precedieron al amor confeso, y no hay más que una o dos estrofas que digan bien lo que pensaba. Quería enseñarle prácticamente cuan fácil arte es ése de decir en renglones concertados lo que siente y piensa y desea el alma que desea y piensa y siente; y en vez de eso, le he mandado versos como hay mil. Debía haber ejecutado verdadera poesía; es decir, la que da ritmo y armonía y expresión encantadora a sentimientos delicados, a deseos virtuosos, a imágenes vivaces, a ideas elevadas, y sólo he sabido escribir en *Antes y después* unos cuantos cuadros del estado de mi alma, que si

exactos y verdaderos porque pintan con exactitud y verdad lo que yo era y lo que ella está haciendo de mí, en cambio irán a inflamar su ya inflamable imaginación y a mortificar su acaso inquieta sensibilidad. Para colmo de incapacidad, no completé *Antes y después* con la única octava que puede ser leída con sano fruto por una enamorada del alma quizá bella de un hombre feo como yo.

Le voy a mandar esa octava:

“Antes de amarla, tristeza,
Pavorosa soledad,
Dolor, duda, lucha, luto,
De la muerte intenso afán.

Después de amarla, alegría,
Luz radiosa, intenso afán
De vida para adorarla,
Fe, esperanza, caridad!”

Sí: con muchas admiraciones y muchísimos puntos suspensivos, cualquiera genio de colonia o de república guzmancina ⁽¹⁾ decoraría con esos versos su corona de laurel; pero, no es digno de ella ni de mí que yo esté ahora amando como se inflaman los volcanes en el momento de erupción, cuando el problema no está resuelto todavía. Faltan las cartas, los documentos y los medios que espero de mi padre. Hechas las cosas como me gustan, en silencio discreto y en reserva pudorosa, nada importaría, exceptuando mi impaciencia de amante, que cartas, documentos y recursos se retardaran quince días o un mes más. Pero en país y entre gente que, sin duda por lo bien que se conoce, duda de todo lo

(1) Alude a Venezuela: “guzmancina”, de Guzmán Blanco.

que es sencillo, y que se mete en mi corazón como rate-ro en casa ajena, y tiene fijos en mi *Inda* y en mí sus ojos, de veras que me arredra todo contratiempo, por natural y explicable que él sea. Y como yo no he sabido jamás lo que es fortuna, estoy temiendo que suceda lo que temo. En ese caso, nueva espera de otros quince días, a contar desde el quince de este mes. ¡Y en qué situación tan risueña!

¿*Inda* me ama como yo deseo? Pues es bueno que vea la realidad y lo que de adverso pueda contener, no sólo para que se acostumbre a acompañarme en la lucha (único modo de ser compañera de una vida tan combatida como la mía) sino para que vea cuántos esfuerzos y combates tengo que sostener secretamente para amarla y he tenido que sostener para decidirme a amarla.

Ella es tan digna, que sabrá luchar, su buen Dios la bendiga, como la bendigo,

Yo.

ANTES (1)

Pájaros de la floresta
que no cesáis de cantar;
para que pueda imitaros
prestadme felicidad!

Honda tiniebla en el seno,
la tiniebla en lo exterior,
tinieblas ante los ojos,
tinieblas en la razón.

La apreté contra mi seno
al bailar y me asusté,
y huí de ella como huye
del bien eterno Luzbel.

(1) Estos y los siguientes son los versos a que se refiere en la carta del 6 de abril de 1879. (N. de los Comps.)

Nobilísima creatura...!
tímidamente me habló,
y al hablar de los afectos
el suyo me confesó.

Yo encerré el mío en el fondo
más secreto de mi ser
y en vez de arder en el fuego
cogí hielo y se lo eché.

DESPUES

Pajarillos de su cielo,
único que sé mirar,
para que cantéis mejor
voy a enseñaros a amar.

Luz dondequiera: en el cielo,
en paisajes, campo y flor,
en sus ojos, en su alma,
en mi oscuro corazón.

Hoy, solamente tus manos
contra mis labios aprieto,
y dulcemente las busco
y me muero en cada beso.

Chimborazo! nieve y fuego
son la esencia de mi ser;
fuego que devora adentro,
nieve lo que dejo ver.

Ella también Chimborazo!
nieve y fuego ella también!
pero se venga y apaga!,
fuego de hoy con frío de ayer.

¿POR QUE FUE?

(Canción)

Estrofas

Cuando, cerca tú de mí, dirigiste el himno a Dios,
 en lo hondo de mi ser se elevó uno al amor.
 Yo te vi palidecer, tú me viste estremecer.
 Di, ¿por qué fué? ¿por qué?

Cuando, unidos al danzar, me acerqué a tu corazón,
 hasta en su misma raíz mi alma entera se agitó.
 Tú me viste estremecer, yo te vi palidecer.
 Di, ¿por qué fué? ¿por qué?

Cuando, en la mano la sien, la cabeza echaste atrás
 y me miraste, y miré; sin tú hablar, yo sin hablar,
 di, ¿por qué yo sonreí porque sonreír te vi?
 Di, ¿por qué fué? ¿por qué?

Cuando, ansiosa tú de oír, ansioso yo de escuchar,
 tú callaste y yo callé, hablándonos sin hablar.
 Di, ¿por qué yo suspiré y suspirar te escuché?
 Di, ¿por qué fué? ¿por qué?

Luminoso corazón entre sombras eres tú,
 corazón sombrío soy yo, que no ve ni aún en la luz.
 La busco y no la hallaré: la encuentro y no la veré:
 ¿Sabes por qué? ¿por qué?

Porque la duda sutil en mi alma se albergó,
 y la esperanza y la fe, y el amor mismo royó;
 ya ha cesado de roer, ¡ya ha cesado! ¡ya cesó!
 Di, ¿por qué fué? ¿por qué?
 Porque el amor hoy anida donde la duda anidó.

Caracas, domingo 10 de abril de 1877.

Alma Inda, por siempre querida y para siempre: ¿Así traduces un acto natural de dignidad? ¿Qué debía yo hacer sino lo que hice? ¿De qué modo, digno de tu abnegación, había de contestar sino con un acto de abnegación?

Pero te desesperas, gimes, lloras, desconfías de mí, me atribuyes pensamientos y sentimientos que tu recuerdo y la esperanza de hacerte mía han matado para siempre, y no quiero tampoco cederte en esa vía. Puesto que efectivamente crees en la resistencia de tu amor, y esperas que sobreviva al tiempo y la distancia, sabe, Alma mía, que no hay absolutamente nada en este mundo que arranque de mi corazón tu imagen, ni de mi memoria el recuerdo queridísimo de Inda.

Consuélate, pues, y procede en todo con la resolución y la firmeza que hoy demuestras.

Estaba empezando a pensar el discurso que dentro de una hora he de ir a pronunciar para que te aplaudan al aplaudirme, y tu carta me ha vuelto a poner convulso. Chiquilla de mi alma! que hayas de manejar me como un instrumento inerte! Veremos cuando yo no tenga que mimarte.

Y mire usted, señorita, el *usted*, que antes me era indiferente, ahora me hace daño: conque, no lo emplee.

Hasta la tarde. Procura darte ya por buena y por completamente olvidada de mí para que salgas a alguna parte y yo te vea.

Dime si no sería bueno que aun se diera algún paso. Tengo tanto miedo de esta ausencia!

Como yo no he de volver a tu casa, vete preparando para que nos despedamos en alguna parte.

Todo tuyo y siempre tuyo

Eugenio María.

Domingo 10 por la tarde.

Querida Inda: Acabo de recibir tu carta. Celebro en el alma que te haya satisfecho mi carta de esta mañana. ¿Cómo es que sólo hoy por la mañana leíste mi carta de ayer? ¿No la recibiste? ¿no te la entregaron a tiempo, o estuviste tan vigilada que te faltó ocasión? Importa saber esto, porque es muy posible que se haya adoptado la táctica de consentir la correspondencia, previa lectura de las cartas. Dime, pues, siempre que me contestes: recibí tal carta de tal día o de tal hora. Tu mensajera se está portando bien; pero todavía no confío. No me has dicho si has recibido el discurso, lo que de él dice un periódico, y los otros recortes que te mandé. No los mandé por vanidad, que yo no conozco esa clase de vanidad, sino por distraerte, porque tengas nuevos motivos para pensar en mí, para hablar desde lejos conmigo, y para alegrarte de lo que por ahí andan llamando mi triunfo y yo llamo "condescendencia mía en homenaje a Inda". Si no fuera por ella ¿qué me importaría la admiración de gente que acaso ni siquiera conocía el nombre de la ciencia de que trato, ni qué me importarían aplausos que jamás llegarán hasta mi corazón, porque nunca llegarán hasta estimar el carácter que produce el supuesto mérito intelectual que me atribuyen? Si por acaso, Inda, creyeres, como creen muchos, que esa indiferencia por la fama es obra del desdén y la soberbia, piensa que puede ser obra del dolor, y acertarás. Desde mi adolescencia tengo fama, y nunca he conseguido tener popularidad; he sido siempre superior por mi carácter que por mi talento, no sólo a las gentes que se ven forzadas a admirarme, sino a mí mismo, y sin embargo, he tenido pocos amigos. ¿Cómo, pues, he de apreciar esa tonta gloria

que cualquiera un poco talentudo puede obtener y obtiene a cada paso? Si los desesperados enemigos que me salen de todas partes, supieran la puñalada en el alma que me han dado al violentar nuestra situación hasta el punto a que ha llegado, cantarían de gozo. Yo pensaba retirarme contigo al mundo de los pocos, a vivir en silencio para ti, y a prepararme para la gran obra, purificándome de los defectos que aun conservo y que se convierten a los ojos de otros en verdaderos crímenes. De ese sueño a esta realidad ¡qué abismo!

Pero, bueno, ya me he resignado por calmarte, por complacerte y por contribuir a tu bien. Hecho, ya no me arrepentiré. Pero es necesario que me pruebes continuamente, que yo soy para ti lo que me dices, porque sólo así puedo resistir al dolor, a la desesperación de perderte cuando contaba contigo como con una luz. Quiero que la primera de esas pruebas sea una correspondencia regular de dos cartas por día, mientras esté yo aquí; una por la mañana, a la primera salida de la mensajera; otra por la noche. Además, necesito que esas cartas se ocupen seria y continuamente de ti misma, de lo que haces, de cómo vives, de cómo se procede contigo, de lo que proyectas, de en qué fundas tus esperanzas para lo futuro.

Una cosa te advierto desde ahora; y es que si decides a tu padre a que te lleve a Curazao, ha de ser con la condición expresa de que no han de salir de allí hasta que tengas tu mayor edad; porque pueden querer sacrificarte todavía, y saben que tanto más te pierdo y me pierdes cuanto más nos alejen.

He escrito todo esto, para entretenerte y distraerte, y hacer lo único que puedo para alegrarte. Tú, en cambio, parece que nunca tienes tiempo para hablarme de ti en tus cartas. Tu salud, tu ánimo, tus esperanzas,

todo me interesa, y es necesario que de todo hables a tu amantísimo

Eugenio María.

¿Para qué usas los sobres si no has de cerrarlos con la goma? Casi todas tus cartas vienen abiertas o medio abiertas.

6½ de la tarde, miércoles (13 de abril de 1877).

Inda querida: No porque tú seas injusta conmigo he de dejar yo de ser justo contigo. Es tu deber, y haces bien en cumplirlo, intentar que se juzgue bien a tus padres. Por mi parte, mil pruebas te he dado de mi benevolencia para con ellos, no juzgándolos. Sólo contigo se me han escapado quejas y condenaciones. Me han hecho tanto mal, han querido desacreditarme a tal punto, han desperdiciado tan pocas ocasiones de deprimirme y presentarme como malvado, que hasta mi rompimiento contigo estaría justificado a los ojos de todo el mundo. Pero yo no soy todo el mundo; yo sé hasta qué punto eres tú inocente de todo este mal; he aprendido a admirarte en esta lucha; tengo la responsabilidad de tus dolores; quiero tener la de tu buen futuro, y me consideraría indigno de ti si no te sacrificara hasta mis justos resentimientos.

He mandado a tu padre la carta en que Arteaga, llamado por mí para pedirle cuenta de su conducta, se justifica plenamente y dice de mí algo que es muy distinto de lo que dicen mis enemigos. He acompañado esa carta con cuatro palabras mías, en las que digo a tu padre que me nombre a los calumniadores para desenmascararlos. ¿Puede un hombre proceder con más calma, con

más lealtad, con dignidad más perfecta? Con que tú me digas: "Sí o no", estaré contento o disgustado.

Hasta mañana. Me voy a leer un discurso a la Sociedad de Ciencias Sociales.

Todo tuyo

Hostos.

Jueves por la mañana del 14 (abril, 1877).

Inda mía: Estoy un poco mejor, y voy a salir. Anoche se me olvidó decirte que no se había dado el paso que tu madre había aconsejado dos días antes y que una de tus esquelitas de ayer quería que se diese inmediatamente, porque Bonocio Tió, llamado por tu madre, me dijo con referencia a ella que no convenía darlo todavía. Se dará hoy, si conviene. Estate tú misma al cabo de cuanto suceda, para que me escribas diciendo si conviene darlo hoy. Puesto que, por primera y espero que por única vez en mi vida, necesito de abogados de mi inocencia, no conozco nadie que pueda serlo tan bueno como tú. Prescindamos del amor, que es elocuente y persuasivo: ¿no tienes tú en el conocimiento de mi carácter argumentos bastantes con que convencer aún a los que menos quieran ver lo que hay de bueno en mí? La carta de Arteaga debe ser un auxiliar excelente. ¿Por qué no aprovechas todas las circunstancias que sean favorables y hablas tú sola, y sin temor, con tu padre? Según me ha dado a entender la persona con quien ayer habló tu madre, y vino aquí a decirme lo que ella pensaba, la señora no ve sin disgusto tu viaje al Convento, que parece costará muy caro. Esa es otra circunstancia que puedes hacer valer. Yo he agotado

ya todos los medios y no me queda más que resignarme estoicamente a lo que ustedes hagan, y marcharme el día 20.

Mil caricias de

Hostos.

Caracas, 14 de abril de 1877.

Señor don Eugenio de Hostos,
Mayagüez.

Mi muy querido papá:

Aunque no lo creo, dicen que ha llegado el vapor. Sería una verdadera calamidad que hubiera llegado sin traerme cartas de usted y los documentos y la letra de cambio que por el vapor del tres pedí. Y sería una calamidad, porque la falta de las fes de bautismo y soltería puede comprometer mi sinceridad y mi veracidad ante la única persona (mi futura esposa) cuya opinión me importa mantener en mi favor. Y para que usted comprenda mi inquietud, le hablaré del origen y circunstancias del afecto a que estoy decidido hoy a hacer el sacrificio de mi independencia personal.

Por diversas circunstancias, en vez de buscar relaciones, desde que llegué he tratado de estrechar el círculo. En el a que me reduje, encontré a Belinda Otilia de Ayala, dulcísima criatura que desde el primer día me llamó la atención por el contraste que ofrecen su juventud y la reserva casi majestuosa de su carácter. Como yo fundo el porvenir de nuestro Continente en la educación de la mujer, dondequiera que encuentre una de mérito me esfuerzo por contribuir directa o indirectamente a mejorarla. No joven, no rico, no feliz; y en cambio, perseguido y hasta calumniado, ni siquiera el ansia legítima de establecer un hogar firme en medio de la inestabilidad de mi vida basta para hacerme creer que

puedo ser amado y para decidirme a amar con franqueza. Así, mis relaciones puramente sociales con la que quiero hoy que sea mi esposa, eran tan cautelosas como convenía a mis inciertas circunstancias. Pero una noche, precisamente la en que creí que podía salir de Caracas y la en que había ido con objeto de despedirme, me convencí de que había andado más camino del que me había propuesto; y como desde niño me juré que, por mi culpa, por culpa mía deliberada, ninguna mujer padecería, resolví aplazar el viaje que, por otra parte, me hubiera costado un gran disgusto, pues para emprenderlo tenía que aceptar la garantía de una deuda que dejaba pendiente. Desde entonces me puse a observar a Belinda, y fui poco a poco abandonándome a la confianza que, al fin, se coronó con la dulce condición de ser amado. En medio de una raza como la nuestra, ningún afecto es tan vigilado como el muy digno, sin duda porque, siendo el menos usual, es el que menos se comprende. Aunque los que me conocen un poco saben cómo recibo yo a los que me vienen con cuentos, Fulana, a quien gustan mucho, y que es amiga de la familia de Belinda, me dijo un día que "se decía" que era extraño mi proceder, pues que, siendo indudable mi inclinación hacia la digna joven, mantenía a sus padres en la ignorancia de mis propósitos. No había más que un medio digno de ahogar el germen que quería envolverme, y fui a ver a los padres de mi amada, y les dije: "Permítanme dejarme conocer de Belinda y conocerla. Ella acepta mi situación nada halagüeña y la condición que he impuesto". "Ningún inconveniente, me dijo su buen padre; pero usted tiene tal fanatismo político, que puede considerarse como un verdadero compromiso". "Respetar ese compromiso mío con mi patria y estimularme a que lo cumpla es precisamente la condición impuesta: Belinda la acepta. ¿No es verdad que la acepta

usted, Belinda?" Y como ella dijera que sí, ninguna otra objeción pusieron sus padres.

En los Estados Unidos, país racional donde todo se hace racionalmente, me hubiera bastado tener trabajo de qué vivir para casarme: ni el Estado ni la Iglesia ni la Sociedad ni sus costumbres me hubieran puesto veto; ya habría tranquilizado por esa parte mis días intranquilos y vería con ojo más firme el porvenir. Pero aquí, como en todos los pueblos de origen español, para ser feliz tiene uno que pedir permiso al Estado, y ni siquiera ha establecido bien el matrimonio civil; a la Sociedad, que exige una porción de necesidades aunque no quiera uno hacerlas, y una porción de ostentaciones, aunque no pueda, para consentir el cambio de estado que debe hacerse con menos ostentación y obedeciendo a menos necesidades. Resuelto a no ceder un ápice de mis ideas (que no es cediendo en lo que debe ser más firme como se debe ir a la constitución de una familia), declaré que no me casaría en Caracas. Se me objetó que la calumnia perseguiría un matrimonio que exigiera un viaje al extranjero, y precisamente por justa indignación contra los infames que pudieran atreverse a poner nubes en el cielo inmaculado de dos conciencias puras, me obstiné en mi propósito. Como es imposible que yo continúe aquí, y necesito ir a Curazao, donde por lo menos estaré cerca de Puerto Rico y Santo Domingo, convine en que daría poder para casarme; y en eso, o en que la familia de mi futura se traslade con ella a Curazao, estamos hoy. Por supuesto que como yo tengo tan pocos amigos, y no admito a nadie en mis proyectos y resoluciones (de donde sale la fama de soberbio que me dan) gente hay aquí que no entienden mi conducta reservada. Usted contribuiría involuntariamente al triunfo de esa gente, si hubiera recibido tarde mi carta del tres, que mandé por conducto de Bonocio

Tió pues que ni directamente podemos comunicarnos, y si no hubiera hecho las diligencias que le encarecí para mandarme la fe de bautismo y de soltería. Veremos qué trae el correo.

Ahora, para que quede satisfecho de mi resolución de casarme, sepa que Belinda es mármol excelente y que si de él no saco una mujer notable ante el mundo y una esposa completa ante el hogar, desde ahora me atribuiré la mayor parte de la culpa. Es cubana, hija de cubanos patriotas y perseguidos. Si son ricos por allá, ni lo he preguntado ni lo sé: hoy no lo son. Su padre, el señor Filipino Carlos de Ayala es médico y vive de su profesión. Su madre es una señora que opone pecho fuerte al infortunio. Si no hay aquí los transportes de felicidad que son de uso, piense que yo tengo más miedo a la felicidad que a la desgracia, y recuerde que tampoco tuve transportes de ventura cuando en 1870 y 72 le pedí consentimiento para dos de mis tres tentativas frustradas de matrimonio. Esta vez no será en vago ni en vano el consentimiento.

Hoy, dos de junio de 1877.

Inda querida: Vamos a ver si, a pesar de no haber podido dormir en toda la noche, puedo aprovechar esta hora tranquila de la mañana para pensar contigo en lo que debo hacer. Así obedezco tu deseo de no dar paso alguno sin tu consentimiento, y seguiré al pie de la letra tus mandatos, cosa que lisonjeará el orgullo de mi amada chiquilla, y me someteré a tus consejos, cosa que satisfará a mi maestra en amor puro, generoso y denodado.

Por más que yo sepa hasta qué punto es incapaz de pensar por sí mismo un hombre débil, quise ayer, enter-

necido con la demostración de cariño que tu padre te había hecho, llamarlo a un convenio. Hice que Lola le pidiera una entrevista, en la cual le hablara persuasivamente y preparara la que yo había de celebrar después. Desgraciadamente, tu padre es hombre débil, y en vez de hacer lo que debía, se abandonó a impulsos que me incapacitan para hacer nada directamente con él. Eso no obstante, intentaré otro paso de conciliación, y haré que esta noche vaya Arcila a hablarle, y acaso, durante el día, Vizcarrondo. Entre tanto, voy a consultar al que ha de ser mi abogado y a combinar con él los medios legales de sacarte inmediatamente de esa casa. No duermo, no sosiego, no vivo, temiendo que te suceda algún mal, y sólo estaré tranquilo cuando te vea en otra casa. ¿A cuál querrías tú ir? Yo he pensado en Arizmendi (1), cuya familia te tratará con la bondad que tiene para todo y con el respeto cariñoso que tiene para mí. Allí estarías al amparo de toda mortificación, en medio de personas cultas, benévolas, delicadas y sensibles. Si se puede conseguir que el juez civil o el delegado para los matrimonios civiles vaya a casarnos a esa casa, en ninguna parte se celebraría más dignamente nuestra unión. Y como ya es hora de pensar en tu bien y tu salud, allí nos unirá también la Iglesia. Entre tanto, vivirías respetada, casada y soltera a la vez, hasta que yo pudiera prepararte un hogar decoroso, cosa que sucedería cuando ya estuvieras completamente restablecida. Me siento capaz de sacrificarlo todo por tu bien y por nuestra dicha futura, y ya sabes que sabría luchar contra mis pasiones. Las tuyas son tan puras, que no se me ocurre dudar de tu fuerza para salir victoriosa de esa lucha.

(1) Se refiere al general Pedro Arizmendi Brito.

¿Qué más puedo hacer? Dímelo para que lo haga. Pero dilo pronto, alma mía, porque los momentos de acción se van volando.

Voy a tratar de ver a tu cuñado Velázquez. Pero preferiría que tú lo hicieras ir a verte y que lo prepararas para conversar conmigo. En este caso, yo estaré a las dos y media de la tarde en casa de Lola, y allí recibiré la noticia del lugar en donde hayamos de vernos él y yo. No quiero dejar de hacer nada para evitar el escándalo; pero no puedo dejar de hacer pronto lo que ha de salvarte de tus sufrimientos, que me pesan en el alma mucho más de lo que me han pesado todos mis dolores, y me duelen en la conciencia como si fueran obra del mal hecho por mí.

Aliméntate, alma mía, cuídate, asegura tu salud, tranquiliza tu ánimo y ten fe y confianza en tu amantísimo

Hostos.

A las once de la noche del 2 de junio de 1877.

Deseo expresado por tí, deseo satisfecho por mí, querida Inda de mi alma: aunque no dormí anoche y no he cesado de moverme en todo el día, voy a complacer la voluntad que me manifiestas en tu bendecido pape-lito "pequeño por el tamaño y grande por la satisfacción que encierra". *Quieres* (la señorita se permite querer cuanto le da la gana) que te escriba cuanto ha pasado de esta mañana acá: Tu voluntad sea hecha.

Desde que acabé de escribirte, empecé a trabajar en el sentido que indiqué. Fuí a ver a las nueve de la mañana a Velázquez, de cuya digna conducta estoy satisfecho, y después de exponerle mi tranquila resolución, convine con él en que fuera a verte y a dar el penúltimo

de los pasos que, por salvarte y salvar del escándalo el calumniado afecto lleno de pureza y dignidad que hemos probado, sobre todo tú, estaba yo dispuesto a dar. Después de eso fui volando a cumplir con mi obligación de ganapán. Luego convine en verme esta noche con Arizmendi. Poco después previne a Arcila para que viniera aquí mañana. No mucho después, preparé una consulta con un abogado. Volé en seguida a casa de Lola para saber si habías escrito, y sobre todo para que ella me dijera cómo estabas, y para que Patria, su hija, me sonriera con la sonrisa que me ha devuelto desde que la he convertido en reflejo de tus ojos... porque has de saber que te la mando para que te dé mil besos y te mire y se empape de tu mirada y de tu aliento y me traiga en sus ojos que te han visto tu querida imagen.

Vine a las doce y media pasado meridiano a tratar de almorzar, y como me han dicho que tú tienes conmigo la crueldad de no alimentarte y de perder tus fuerzas, que son las mías, no almorcé, porque me daba vergüenza y remordimiento estar yo desayunándome cuanto tú estás con vahidos. Pensando en ellos y quejándome de ti, de mí, de nuestro amor, de cuanto te ha hecho sufrir, salí de nuevo para mi cárcel-colegio. No bien acabé, volé a buscar mis cartas de Puerto Rico, que mañana espero tener, y del Hotel Saint Amand, a donde deben llegarme, corrí para otros puntos para atar todos los cabos del asunto que me ocupaba y preocupaba. De nuevo a casa de Lola, para obedecer a la más que merece obedecida creatura que me mandaba esperar allí a Velázquez. De allí, descontento de no tener carta tuya y de no volver a ver a Patria, que habían mandado a tu lado, fui a casa a buscar un tabaco. Eran ya las tres y media y al pasar por tu casa, suspiré al no verte y me abochorné de pasar de largo por casa de Isabel, a quien debía dar lección. Volví a ver a Velázquez. Entrevi-

ta de dos horas, a puerta cerrada, que excitó en gran manera la curiosidad de los subalternos de la Gobernación. Por primera y única vez he hablado de nuestros amores. Se trataba de justificarlos: han sido tan torpemente calumniados! Calumniado tu amor y el mío, ¡alma Inda! ¿Qué no calumniarán los hombres y las mujeres, cuando han calumniado nuestro amor? Velázquez se mostró digno de oír la enérgica vindicación que hice de las nobles relaciones que, gracias a tu pureza y a tu dignidad, he conseguido hacer tan ejemplares, y entonces pude discutir el convenio que él había hecho en mi nombre con tus padres: yo quería a toda costa que él y tu hermana y su madre te llevaran a su casa, y no cesé de insistir en eso, ni cesaré, porque tengo verdadero miedo de dejarte expuesta a nuevas luchas. No obstante sus objeciones, insistí y creo que eso se realizará, sobre todo si tú te empeñas. ¿No te quiere mucho la madre de Velázquez? pues ¿en dónde estarás mejor? Este era un punto esencial para mí, y no hubiera aceptado el convenio si Velázquez no me hubiera dicho lo que tú le encargaste. Como eso no era claro, le rogué que volviera donde ti.

Seguiré mañana. Estoy postrado. Cuídate, restablécete, devuélveme tu salud, y tu contento, y aun podrá tener calma tu

Hostos.

Caracas, junio 3 de 1877, por la mañana.

Buenos días, querida Inda: ¿Has pasado bien la noche? ¿sigues tan contenta como te manifestabas en el papelito? ¿no has tenido motivo ni palabra que te haya intranquilizado? ¿te sonríes ahora? ¿sonríes a las esperanzas que renacen? ¿crees que tu Hostos puede hacerte feliz? ¿tienes en él y en su amor la fe que ha de hacerte

olvidar las congojas de estos días? Bienaventurado yo, si alguna parte he tenido en tu restablecimiento y en el de una situación más digna que la que a que nos habían arrojado! Bienaventurados ambos, si sacamos partido del dolor y de las lecciones que contiene, para aprender que en el matrimonio no basta el amor, y que la felicidad no se construye con pasiones!

Ahora, Inda mía, y antes de continuar el relato que anoche interrumpí, déjame que te haga dos advertencias: es la primera, que, siendo mío tu pensamiento, no debes nunca ocultármelo y debes decírmelo siempre sin rodeos. Es la segunda, que procures no vacilar nunca ni encomendar tu juicio al criterio de los otros.

Esas dos advertencias se refieren a dos hechos concretos. El primero ha sido el silencio obstinado que en momentos graves has guardado, imputándome con injusticia un silencio que nunca he guardado contigo. El segundo hecho es la vacilación que parece has tenido ayer. Juzgando por lo que en tu nombre me dijo Velázquez, estabas resuelta a seguir mis resoluciones. Después, y según la carta del mismo Velázquez, no quieres salir de tu casa. Yo tampoco lo quiero, porque no quiero el escándalo. Pero tampoco quiero dejarte expuesta a nuevas luchas. Si hubieras sido inflexible, el convenio se hubiera hecho con la condición de que te hubieran llevado a casa de Velázquez y su madre. Ahora, ya está hecho el convenio; y si vuelven a mortificarte no hay más camino que la violencia, aunque sea legal. Contestando a las diez de la noche a Velázquez, dije que quiero lo que tú quieras, y me resigné a lo decidido ahí. Según el convenio, podemos comunicarnos libremente. Necesito que Eduvigis, en quien creo que se puede confiar, se encargue de nuestra comunicación. Ya he abusado bastante de Lola y Patria.

Te envío mil caricias. Tu siempre *Hostos.*

3 de junio, 1877, por la noche.

Querida Inda de mi alma: Como anoche deseabas tanto una carta mía, me pongo a escribirte para que duermas bien. Ojalá que yo pudiera tan fácilmente hacerlo todo por tu bien! Inda, Inda de mi alma! si tú pudieras ver en lo profundo de mi corazón, y allí vieras todo lo que tu recuerdo continuo labra y ahonda y escava, es seguro que, por evitarme los profundos terrores de perderte que tengo a cada paso tendrías fuerza, resistencia y resolución de ponerte buena a toda costa.

Me dijo Patria que te ibas a acostar porque te dolía el cerebro, y en tu carta lo leí después. Acto continuo hice que ella volviera a tu lado, y ansioso de que alguien más experto te viera, te hablara y te tranquilizara, rogué a Lola que fuera a verte. Tú te pondrás buena, nos veremos otra vez, nos uniremos suceda lo que quiera, y entonces yo te contaré, alma de mi alma, todo lo que he tenido que luchar en estos días con las pasiones de las gentes. ¡Qué especie humana! Cuando no da piedad, da vergüenza. Cuando no son insensibles como piedra, sólo tienen sensibilidad en la imaginación. Pero no es hora de otra cosa que de atenderte, que de cuidarte y ampararte desde lejos, y quiero regañarte un poco para ver si con mi palabra puedo conseguir lo que no puede mi presencia prohibida.

Vamos a ver, Inda ¿por qué no te alimentas, por qué no tomas todas las precauciones necesarias para no oír lo que te desagrada, para impedir que te mortifiquen, para no tener más palabras con tu madre que las necesarias? ¿por qué no comunicas a Manuela una parte de mis anhelos para que ella no te deje en paz hasta que comas y bebas y duermas? Mira, Inda, que si se repiten muchos días como el que paso hoy, desde que recibí tu primera carta, no vas a ser tú sola la débil y la aba-

tida y la enferma, y entonces ¿quién va a ampararte? Ahora, al menos, tú sabes que no hay ni dolor ni congoja, ni angustia ni temor ni movimiento nervioso que tú sufras, que yo no lo sufra con la misma intensidad. Eso, alma, es ya un consuelo. Quien es tan profundamente querida como tú lo eres, si sufre, no sufre sola. Ten calma, y esperemos un poco. No pasarán muchos días sin que todo cambie.

Vuelvo a insistir en que consigas de tu hermana que te haga ir a su casa.

Cuando Eduvigis entró, ya estaba casi al concluir. Mientras comía lo poco que tu recuerdo me deja comer, escribía para ti. Todo es tú para mí.

Cuídate, mejórate, duerme, y no dejes de hacerme saber cómo sigues ni de decirme lo que quieres.

Tu amantísimo

Eugenio María.

Caracas, junio 4 de 1877.

Dios te bendiga como te bendigo yo, Inda mía: ¿Dormiste bien? ¿has descansado? ¿se han tranquilizado tu ánimo y tus nervios? ¿no te duele ya el cerebro que ha concluído por dolerme? Inda de mi alma, ten cuidado con tu salud: tú eres tan necesaria para mí, que por primera vez en mi vida no concibo nada fuera de la dulce y bienhechora posesión de mi bien amada. Si no fuera porque has sufrido mucho más de lo que debías y por haberte abandonado con exceso a nuestro dolor te diría que te has comportado tan noble y tan heroicamente, que ya no concibo nada igual a ti. Así eres la realización de mis sueños de amor más ambiciosos; pero es demasiado lo que sufres, y todo exceso de dolor desvirtúa el mérito que, soportando la desventura, se conquista.

No más dolores físicos, alma de mi alma; bástenos los morales, y opongámosles las tranquilas esperanzas de bien que podemos tener. ¿Tú no ves que el sufrimiento tuyo es remordimiento mío? Por intacta que esté mi conciencia ¿no es ella tan delicada y tan generosa que se atribuye hasta el mal que no puede remediar? Piensa en esto, alma mía, y reflexiona que cuando yo hablo de conciencia, no hablo de una cosa sin existencia real, sino de lo que más íntima y más hondamente constituye mi existencia.

Conque ¿me prometes cuidarte, alimentarte, dormir bien, descansar, conversar sin agitarte, rehuir todo altercado? Mira: todavía no me amas bastante, y voy a darte el modo de que me des la mejor prueba de amor que puedes darme: cuando alguien trate de intranquilizarte, acuérdate de mí, acuérdate de que te necesito para todo, de que te prohíbo no estar buena, y recuerda que yo te he asegurado que no hay leyes ni hombres ni nada que pueda oponerse a nuestra unión: lo único que puede impedirla es tu salud, si te abandonas a los excesos de desesperación de estos días. Tu salud alterada impide material y moralmente nuestra unión: materialmente, porque nada puede hacerse; moralmente, porque la incesante inquietud en que me tiene el miedo de perderte me incapacita para todo.

Así, pues, cuídate, cuídate, cuídate: ese es nuestro primer deber; estar fuertes para resistir con fuerzas.

A las doce mandé a Eduvigis con alguna palabra de tu alma. Te escribiré a la noche; que venga a las siete a buscar mi carta.

Mil bendiciones sobre ti.

Tu amantísimo

Eugenio María.

Caracas, hoy 7 de junio de 1877.

¡No has podido contestar mi carta!... ¡Sabes, Inda de mi alma, el daño que así me haces? Si yo no vivo más que para esperar palabras tuyas, ¿por qué no las escribes? ¡Crees que, ni por un momento, pueden satisfacerme aplausos que no busco? Y sin embargo, no te ocupas de otra cosa. Casi me ha parecido una serie de ironías tu cartita. Y si no hubiera sido por la posdata, me habría aterrado; porque me imaginaba que el desatender nuestro amor por atender a una miserable vanagloria, que a mí no me ha costado más que el trabajo de quererla, equivalía a que me hubieras dicho: "Mientras usted piensa en la gloria, señor mío, yo sufro".

No, no es de mi renombre de lo que yo quiero que te ocupes, sino de ti y de nuestro amor. Dime cómo estás, cómo te tratan, qué se dice ahí, qué dan a esperar, qué esperas tú. Me han dicho que ni siquiera a Manuelita te dejan ver, y eso me ha abrumado. Cuando tanto te vigilan y te encarcelan, no será por tu bien ni por el mío.

Tengo miedo de marcharme sin ti, y va a ser necesario. Hoy he recibido mi nombramiento, y en él se me dice que salga "cuanto antes para su Rectorado". Yo estoy dispuesto, no sólo a mandar enhoramala el Rectorado, sino hasta la felicidad que sin ti pudieran ofrecerme. Habla tranquilamente con tu padre y ve qué es lo que piensa. Si no fuera por ti, ya hace tiempo, muchísimo tiempo, que yo hubiera hecho lo que mi carácter me aconseja. Pero has sufrido por mí, has sido digna, buena, generosa, amante, y aunque no te amara con toda la firmeza de conciencia con que te amo, estaría dispuesto por ti a hacerlo todo.

Pero es necesario que me digas lo que debo hacer. Ninguna prueba mayor de afecto puedo darte que el dejar a tu discreción mi conducta, mi felicidad y mi vida. Eso he hecho y eso quiero seguir haciendo. ¿Por qué no ha de tener resultados mi completo abandono a tu voluntad? Aprovecha los momentos, Inda mía; mira que el 20 se acerca, y la dignidad, cuando no la desesperación, me aconseja que ponga la distancia entre nuestros tiranos y yo.

Ten muy presente mi carta de esta mañana. Yo no quiero escándalo, pero no quiero perderte; y temo que te pierdo si me voy sin ti.

Cuídate por tu

Amantísimo

Hostos.

Te envío un recorte de *Opinión Nacional* que acaso te complazca.

Caricias y bendiciones.

H.

Noche del 7 de junio de 1877.

Las diez dadas. En otro tiempo solía tu mirada o tu palabra detenerme, Inda querida, si a esta hora me ponía yo en pie para marcharme. ¡Qué cambio! Ahora me haces esperar en casa ajena la llegada de tu mensajera.

Y pensar que, cuando puedo encerrarme en un rincón tranquilo del mundo, he de tener que irme sin el único ser que, con mi padre y con Rosita, querría yo que compartiera mi soledad!

Cuando yo pienso que, con las facultades que he puesto inocentemente al servicio del bien, hubiera podido ser el hombre más feliz de mi tiempo, si las hubiera

puesto al servicio del mal, casi me arrepiento, hasta casi me avergüenzo de ser bueno.

Perdóname, y no temas: yo siempre seré digno de ti, y cualquiera sea el abismo de dolor y de tristeza adonde me lleve este camino, nunca lo abandonaré. Es el del bien. Tú, alma mía, mi padre, mi hermana, estáis en él. De los tres, ninguno al lado mío, y siempre solo conmigo mismo.

Ya hace un rato que estoy reflexionando en lo torpemente que procedo al abandonarme a reflexiones que han de acongojarte; pero he querido decir lo que siento y pienso para darte motivo y ocasión de que me reconvengas, me corrijas y me consueles.

En medio de esta balumba de sensaciones y emociones dolorosas de estos días, sólo una cosa me consuela: y es que ya, cuando pregunto: "Y ella ¿cómo está?", me dicen: "Está buena". Al menos, así puedo dormir, que en los días aciagos en que estuviste enferma, Inda, si mi insomnio era terrible, los breves momentos de sueño eran verdaderas agonías.

Voy a acostarme. Está lloviendo: ¿recuerdas con qué risa de malignidad feliz te reías cuando empezaba a llover y tenía yo, por esa causa, que prolongar mi visita cotidiana?

Sigue cuidando de tu salud, que es la de tu

Hostos.

Noche del 9 de junio de 1877.

Alma Inda: Siguen cayendo sobre ti mis bendiciones. El más perseguido de los hombres, bien puede ser uno de los más verdaderos de su tiempo, y merecer el amor sin reserva de los pocos que lo aman. Por lo tanto, cumpla él como bueno con los buenos, y haga lo que

acaba de escribir en su diario: "...Han caído muchas cosas en mi alma: estoy como el que no tiene fuerzas. Pero es preciso tenerlas para ella; y voy a escribirle para que me tenga siempre a su lado".

Y aquí estoy, Inda querida, aunque tan malo y tan odioso, olvidándome de mí para pensar en ti. Pensar en ti es olvidarme de mí, alma mía.

Alas, anhelos, esperanzas, todo ha caído en lo íntimo de mi ser, desde que he perdido la confianza en nuestra unión, y por eso me encuentro sin palabras. Por primera vez, desde que te escribo, no sé de qué escribirte. Digna y venerable es tu resolución de esta mañana, y acaso sea ése el camino más corto que haya para los dos, que siempre el camino más corto es aquél en que esquivamos el mal; pero es una necesidad tan cierta, tan real, tan exigente, el tenerte por compañera de los amargos días que sólo tu presencia podría dulcificar, que nunca he sentido una desolación tan fría como la que siento ahora.

¡Dos años y medio, Inda! Si Puerto Rico no me necesita en ese tiempo, ¿qué voy yo a hacer durante esa eternidad? Y si me necesita, ¿cómo voy a poder atender a la vez a la patria y al amor? Pero yo no he tomado la pluma para quebrantar tu resolución ni producirte la excitación inútil y dolorosa que producen las vacilaciones, sino para fortalecerte y decirte y repetirte que lo primero que deseo es que estés segura, sana, salva, buena y tan contenta como es posible que estés en ésta tu primera lucha con la realidad brutal de la existencia. No vaciles, Inda; haz lo que has pensado, que lo pensaste con generosas intenciones. Has querido evitar el mal y has hecho bien. Cuando yo tenga más calma, y arreglemos el modo de comunicarnos, hablaremos de lo que hayas de hacer en Curazao. Entre

tanto, dime lo que te propones, y ten la seguridad de que siempre será para ti el mismo, tu

Eugenio María.

Hoy viernes, 15 de junio de 1877.

Inda mía, muy mía y de toda mi alma:

¿A que no has visto nunca una mañana más suave, más risueña, más enamorada de la luz, más feliz, más parecida a ti que esta mañana? ¡Y luego dirá uno que el cielo no se asocia a las alegrías de la tierra! Hoy tiene obligación la tierra entera de estar alegre. Lo estamos tú y yo, tú y yo somos felices... Poco a poco: entre nosotros dos hay otros, y temiendo estoy que, hecha a disgusto las paces, se haya presentado ya algún motivo de nueva hostilidad. Es preciso evitarlo a toda costa, cara Inda, y es preciso también que no pierdas la costumbre de escribirme por mañana y tarde, diciéndome cómo estás, cómo van las cosas y qué ha sucedido. Ahora que no se necesitan tantas precauciones (aunque te aconsejo que no las suprimas), haz que Manuelita me traiga aquí tus cartas y las deje, si yo no estoy, en manos de la señora de la casa, que es segura. Temo mucho que la pobre y generosa Lola tenga que sufrir las consecuencias de mi continuo ir allá, pues anoche al pasar y entrar, nos dijo con su magnánima tranquilidad de conciencia, a su marido y a mí: “¿Saben que el venerable señor Fulano me ha dicho hoy que le han dicho que yo me quería con usted, Hostos?” Aunque eso es una necedad más que una infamia, iré menos a casa de Lola y así le evitaré murmuraciones miserables. Para ir menos me basta no tener que buscar y esperar allí lo que mi atormentadora me hacía ir a buscar.

Dime si quieres que vaya a verte esta noche.

No olvides que la debilidad es autora de desgracias y que es una debilidad someterse a sugerencias de personas que nos han probado hasta dónde pueden llegar para dañarnos.

En medio de la felicidad de verte, me daba pena mirarte. ¡Cómo te has dejado adelgazar, bien y mal mío! Es necesario remediar el daño que te han y me han hecho: así, pues, cuídate mucho, aliméntate bien.

Te mando la flor de nuestros amores: abría en los mismos instantes en que nosotros abríamos los ojos a la luz de la esperanza: si quieres que vaya ésta, póntela.

Caricias y bendiciones de tu

Eugenio María.

A las diez y media.

¡Qué es de ti? Estoy esperando carta desde las seis, y como he estado enfermo, ya hace cuatro días, no he salido. Pero ya que tu mensajera no llega, voy a buscarla. Pienso empezar a dar pasos para arreglar nuestro casamiento. Bueno es que me prepares a tu padre, con quien he de hablar, y pronto.

Mil caricias.

H.

Caracas, hoy primero de julio de 1877.

Inda mía: Ahí te van flores para que adornes tu florero y flores para que me deslumbren esta noche en tu querida cabellera mía. ¡Qué bien va a lucir la rosa encarnada entre tus negros rizos! Y después, cuando tu cabello y tus labios la hayan consagrado, ¡qué bien va a morir en mis labios y a reposar en mi osario de flores! ¡Cuándo llegará el día en que otra flor más preciada, más costosa, más querida, más pura, de fragancia más delicada, repose, tranquila para siempre, en

los amantes brazos que han de ampararla contra todo mal! ¿Sabes tú qué flor es esa, Innda del alma?

Vamos a tenerlo todo dispuesto para ese día. Si sucede lo que deseo, será antes de lo que tú crees. Así, aprovecha el tiempo: empieza a arreglar tu equipaje; dispónlo de manera que no necesites volver a tocar el baúl-mundo en que debe ir todo lo que llesves para la isla de Margarita, y no dejes fuera más que lo extrictamente necesario para el viaje. Procura que todo vaya empaquetado con el menor volumen posible, y rotulado con tus iniciales y la direceión: "Nueva Esparta, Asunción".

Nadie creerá, cuando se escriba en lo futuro la biografía de tu Hostos, y cuando él escriba tu hermosísimo retrato moral, que los dos solos, sin aliados, casi sin amigos, rodeados de asechanzas, hasta en donde la naturaleza da auxiliarse a otros seres, hostilizados por mucha gente, hayamos podido sacar triunfante nuestro amor, resplandeciente nuestra mutua adhesión, y realizada una empresa que nosotros mismos teníamos por imposible. En medio de todos mis dolores, ese es un motivo de contento.

Un beso, y hasta la noche.

Eugenio María.

Para que Inda lea con más fruto el *Colón*
de Fenimore Cooper (1)

Este libro no es historia, porque no tiene el propósito severo de la Historia, que es juzgar los actos de los hombres; porque no tiene el estilo de la Historia, que debe ser una continua y grave narración; y porque no tiene el objeto que la Historia debe llenar y es el de buscar con minuciosidad y exactitud la verdad de los hechos en que ha de fundar sus juicios.

Tampoco es este libro una novela, porque la mayor parte de los hechos en que se funda no son imaginados, sino verdaderos; porque el personaje que sirve de centro a la acción, no es un ser imaginario, sino uno de los cuatro grandes hombres verdaderos que honran en la historia a la especie humana.

El *Colón* de Fenimore Cooper es una novela histórica; es decir, corresponde a aquel género de la literatura en que se combinan los caracteres propios de la historia, y los peculiares de la novela, con objeto de hacer más interesante un hombre histórico, de hacer más comprensible una época histórica, de hacer más patética la narración de algún hecho histórico.

Leyendo con atención esta obra, se conocen casi todos los motivos que dirigieron en su vida a Colón, casi todas las luchas de su existencia dolorosa, casi todos los nobles sacrificios que hizo por consumir su obra, y casi todos los hechos que se relacionan con su alta empresa.

(1) Escrito en los días anteriores a su matrimonio.

Se sabe, por ejemplo, cuántos años pasó en la oscuridad y en la miseria, ofreciendo un mundo que la ignorancia negaba y la ambición no sabía ver; se sabe quién fué el primero y el mejor de los amigos de Colón, y cuánto puede un amigo humilde y de cuánto sirve un solo amigo a un grande hombre; se sabe lo que hizo Isabel la Católica por secundar a Colón, y cómo no es tanto ni tan generoso como dicen los historiadores españoles; se sabe qué errores tenía el siglo xv con respecto a la forma de la tierra; se sabe cómo la ignorancia de unos cuantos doctores y de unos cuantos palaciegos puede retardar una gran obra y amargar la vida del que la intenta; se sabe con qué medios insignificantes tuvo Colón que resignarse a realizar su obra magnífica; se sabe las dificultades, obstáculos, calumnias, asechanzas y peligros que tuvo que vencer hasta la víspera misma de su descubrimiento, y se sabe la resignación, la magnanimidad, la constancia, el ingenio benévolo, la ciencia y las virtudes que tuvo que oponer a reyes, magnates, pueblos, y subalternos, así cuando se desentendía de las burlas de la opinión vulgar, como cuando contenía los motines de su tripulación, que un día se aterraba de la erupción del Teyde, otro día se desesperaba con la variación de la aguja de marear, ya se espantaba de la fijeza de un viento, ya se inquietaba con las calmas, y tan pronto se horrorizaba de las yerbas que cubrían el Océano, como se acongojaba con la idea de no poder salir más nunca de él.

Para hacer más interesante la narración de todos esos hechos históricos, Cooper ideó el episodio novelesco de los amores de Luis de Bobadilla y de Mercedes de Valverde, y el episodio de Ozema. En realidad ninguno de esos episodios tiene mérito bastante para contribuir al interés que por sí sola tiene la vida de Colón; pero, al menos, el autor ha sabido utilizar los persona-

jes imaginarios con que quiso aumentar el interés de su narración, pues en Bobadilla y en Mercedes personificó o representó tres móviles del alma humana. En Bobadilla, el ardor generoso de la juventud; en Mercedes, el noble entusiasmo que la mujer tiene por todo lo que instintivamente cree que es bueno. En los amores de uno y otra, la influencia virtuosa que el amor bien sentido y bien dominado, puede tener en el perfeccionamiento de un carácter y en la realización de un gran fin.

Este episodio amoroso, que será tal vez el que más agrade a los enamorados y que sin duda puede servir para enseñarnos que el amor es un sentimiento más elevado de lo que se cree, este episodio no es, sin embargo, lo que importa leer bien. Así, déjese el episodio para atender a la acción principal, y olvídense los personajes imaginarios para estimar y admirar y bendecir a Colón.

Cuídese de anotar las ideas buenas y los pensamientos elevados que de cuando en cuando se presentan en esta obra; y especialmente, la idea exacta y realmente luminosa, que yo creía exclusiva de cierto pensador oscuro ⁽¹⁾, y que consiste en considerar el descubrimiento del Nuevo Mundo como un triunfo de la verdad científica sobre el error dogmático.

Cuídese también de estar prevenida contra ciertas imperfecciones de estilo y de lenguaje que hay en esta no buena traducción del libro de Cooper. Este era norteamericano y escribió en inglés.

6 de julio 1877.

(1) Alude a sí mismo.

Dedicatoria (1)

Día 7 de julio, Caracas.

Como Colón, vamos a embarcarnos para un mundo desconocido. Ya se va el equipaje, ya se rompen las ataduras materiales que nos ligan al lugar en que hoy estamos y al estado en que hasta ahora hemos vivido. De aquí en adelante, los dos solos ante la conciencia; y la responsabilidad del deber buscado y aceptado, en el fondo secreto de la conciencia.

Como Colón, lo desconocido por delante, la oscuridad en medio, la tristeza del pasado allá atrás. Si llegamos a donde queremos, un nuevo mundo de ventura: si no *sabemos llegar*, un mundo nuevo de infortunios.

Colón supo llegar a Guanahaní: amparémonos en su noble vida y aprendamos en ella a llegar al término del viaje.

Yo estaré siempre contigo, Inda mía. Apóyate bien en mi brazo y en mi seno, y llegaremos.

Eugenio María.

Asunción, domingo 5 de agosto de 1877.

¡Qué tristeza sin ti, Inda querida! Mientras han durado los exámenes... Iba a decirte que había estado distraído; pero no es verdad. Más de una vez me sorprendí abismado en tus recuerdos, y tuve que esforzar-

(1) Dos días antes de su matrimonio, Hostos obsequió a Inda un ejemplar de *Vida y Viajes de Cristóbal Colón*, la celebrada obra de Washington Irving. Esta es la carta con la cual acompañó el obsequio.

me para no parecer mal Rector. Pero ahora, que vengo a nuestro cuarto, y lo veo solo, desamparado de ti, sin la luz peculiar que tú le prestas, me ha caído encima la tristeza, la enfermedad de que estoy siempre muriéndome por dentro y que ni aun tú te explicas. ¡Inda, alma Inda! ¡Qué falta me haces para todo! hasta para estar contento de mí te necesito. Lejos de ti, de mí mismo abomino, y hasta el bien que medito me parece mal. Y pensar que, amándote tanto, siendo tú una parte tan esencial de mi existencia, no logro hacerte la más feliz de las creaturas! Y todo ¿por qué?; por anhelo de perfección y por quererte la más completa de las mujeres. Y ¿qué mayor perfección que la de tu cariño, tan puro, tan noble, tan elevado, tan infantil y tan severo al mismo tiempo?

Antes de empezar a escribirte, y ansioso de algo que de algún modo materializara a mis ojos tu recuerdo, me puse a leer los papeles que me dejaste. Son parte de tu diario. No quiero buscar palabras para expresarte el sentimiento, la serie de sentimientos que esos diarios en pedacitos de papel han despertado en mí. Cuando dejas de ser niña de lagos, de caprichos y de malos recuerdos de educación defectuosa, eres un ser admirable, Inda de mi alma. Yo mismo, que fuí tan precoz para pensar y para sentir todo lo bueno, estoy pasado de tu precocidad. Verdad es que, pese a tus malos olvidos de ti misma, tú eres de los seres que no tienen edad. La tierra buena produce buenos frutos en cuanto el aire y el agua y el sol la acarician, y así tú. ¡Qué nobleza de sentimientos y de ideas cuando, interpretando injustamente uno de mis diarios, invocas la pureza de tu alma y de tu afecto! ¡Qué celestial alegría de ángel-niño, cuando, al día siguiente, mi palabra te devuelve la fe en mí! ¡Qué firmeza de razón y de corazón, cuando meditas en las proposiciones de tu madre!

¡Qué Inda tan Inda, tan mía, tan amable y tan amada, en cada una de tus palabras!

¡Ah! ¿Por qué no leería yo ayer antes de ponerme en viaje, esos diarios salvadores? Te hubiera perdonado tus impacencias, tus arrebatos, tus rayos, tu botar la flor y tu injusticia. Pero nunca es tarde para el bien. De hoy más, tus diarios van a servirme de talismán. Los llevaré siempre conmigo, y cada vez que tus irreflexiones me hagan olvidar a la Inda que yo quiero tanto por la Belinda que tantos temores me causa, sacaré mi talismán.

Desde que llegué, hice coger limones para ti y tus buenos amigos. Yo mismo los cosí dentro del saco que improvisé, y encargué que los mandaran. Ahora me dicen que todavía no los han mandado. Te envío un racimo de bananos y voy a ver si encuentro nísperos. También te escribiré esta mañana.

Más tuyo que nunca,

Hostos.

Domingo por la noche, 5 de agosto de 1877.

Otra vez con tu diario, amada Inda. Vengo de hacer visitas por ti y para ti, para ver si logro hacerte soportable este destierro, a Josefita y a las Guerra. Son las nueve de la noche siempre sombría de Asunción. En vez de tu presencia consoladora, el recuerdo desconsolador de las tristezas inútiles que con las mías te he causado, y de las mortificaciones que los excesos de mi afecto y de mi sed de perfección te han provocado. Ahora, cuando, pensando siempre en ti, venía para el dormitorio que ya conoce tantas alegrías combinadas con tantas amarguras nuestras, me decía a mí mismo: "¡Ojalá que ella esté distraída, contenta y satisfecha en esta hora tan triste para mí!" ¡Con qué efusión de mi

alma, cuán sin celos, cuán sin malsana ironía lo decía y lo pienso y lo deseo, Inda todo! Todo para mí, porque eres lo más amado y lo mejor de cuanto he amado. ¿Qué riesgo para mi ventura, qué peligro para la dignidad de entrambos, qué amenaza para mi completa posesión de tu alma puede haber en tu inocente alegría, en tu goce inofensivo del placer de la amistad, en tu abandono a las distracciones de la sociedad? Eso que pienso ahora, pensaba al llegar a nuestro cuarto. No estabas tú, estaba la tristeza.

Al sentarme a escribir, vi y veo tus gallinitas de loza, tu ardilla disecada, tu polvera, el ramillete seco... Por primera vez, contemplándolo, comprendo por qué lo conservas con preferencia a otros que yo creí más sagrados. Esas pobres flores secas te recuerdan nuestro amor no contrariado, nuestros días de confianza en todo, los albores de aquel afecto ya creciente y no confeso todavía. Tienes, tienes razón en conservarlo, Inda. Bienaventurado el que pudiera conservar siempre en su aurora el sol que se pone cada día!

Después me puse a leer de nuevo tus diarios. Alma Inda, ¿por qué no continuas en esa tarea? ¡Si tú supieras qué remedio sería!

Asunción, noche del 6 de agosto de 1877.

Inda, perpetua ocupación de mi conciencia y de mi amor: Vamos a razonar un poco en estas horas de calma y de silencio. Unos cuantos diarios tuyos, espontánea expresión de buenos sentimientos y de ideas dignas, se convierten para mí en conciencia exterior que me hace juzgar severamente los buenos deseos míos que, por su mismo exceso, se han convertido en origen de mal. Entre las admoniciones que te dirigí al mismo día

siguiente de pedirte para esposa, te recomendaba que llevaras un diario. Si hubieras seguido puntualmente mi recomendación, ¿no crees tú, alma mía, que me bastaría la lectura de tus diarias confesiones a ti misma para guiarme en mi conducta, para moderar mi impaciencia ante toda imperfección tuya, para oponer a éstas las excelencias de tu noble naturaleza, y para que, haciendo tema constante de nuestras conversaciones tu modo de pensar, de sentir y de proceder, llegaras a ser pronto el carácter que puedes ser? Tú escribiste los diarios que tanto bien me han hecho, recordando quizá que yo te había recomendado ese ejercicio. Era yo quien había tenido esa prudente previsión. ¿No ves en esto la prueba de que todo cuanto te aconsejo está fundado en sanos motivos de razón y en el mejor de los afectos, el que reflexiona y prevé y es concienzudo? Pues bien, querida de mi alma, aprovecha la lección, y comprométete conmigo a consagrar todos los días una media hora a hacer la diaria confesión de tus ideas, de tus sentimientos, de tus deseos, de tus contrariedades, de tus gustos y disgustos. Yo, por mi parte, haré lo mismo, y antes de recogernos, leeremos tú mi diario, yo el tuyo, y cada noche sabremos tú de mí, yo de ti, que no somos tan malos como acaso hayamos temido un momento antes. Esto, unido a mi institución del cambio diario de sortijas, institución que tú no has respetado ni un solo día, nos proporcionará cada noche el motivo que con frecuencia necesita el amor propio para no degenerar en mala pasión, en esa soberbia abominable que desgraciadamente afea las almas más bellas.

¿Te comprometes a eso, cara Inda? Como ves, a cada paso yo no ceso de buscar medios que me lleven al anhelado fin de hacerte verdaderamente feliz. ¿Por qué no has de secundarme tú? Terribles son sin duda alguna las consecuencias de mi extraño carácter, que,

formado por ideas absolutas de bien, de verdad y de justicia, exige en todos lo que exige en sí. Pero, veamos: culpable como soy de querer cosas absolutas en este mundo de cosas relativas, y frecuente hacedor como soy de mal por querer el bien, acaso no soy yo tan culpable como los que, conociéndome incapaz de casi todo mal, no me secundan. Examina un poco tu noble conciencia, Inda todo mío, y ella te dirá que no soy yo el único que dificulto nuestra felicidad. Ahora, que vamos hacia ella por el mejor camino, el de la santa esperanza de convertirnos en tres reduciéndonos a uno, es necesario que no lo confiemos todo, como haces tú, al sentimiento de probado amor que nos ha unido; es necesario que la voz de la razón nos hable de continuo y que el oído de la conciencia la oiga de continuo. ¿Será así en adelante? Si es así, jamás felicidad más digna ni mejor conquistada que la nuestra. Y así será, alma mía, así será. Yo estoy convenciéndome de que nuestra unión va a ser bendecida, y a medida que me convenzo me siento transformado y te veo transformada en el más digno de los seres. Indignos uno y otro, de la ventura que se nos prepara, si no pensáramos las responsabilidades que ella ha de echar sobre nosotros, valdría más que nos resignáramos a declararnos incapaces del bien que ambos amamos, y que lloráramos de vergüenza y desesperación.

Pero no tendremos que llorar ni que avergonzarnos de no saber ser felices, Inda mía. La experiencia nos amonesta y ella y la santa esperanza que tenemos de refundirnos en nuestro *retrato*, nos guiará en lo sucesivo.

Acuérdate de que tus cartas son consuelos y no esperes a que el mensajero te dé prisa. Dime por qué quieres venirte tan pronto. Yo iré el jueves.

Te besa,

Eugenio María.

Asunción, noche del 7 de agosto de 1877.

Y luego te quejarás de mí, Inda de mi alma, si empleo todos los recursos de mi afecto, de mi razón y aún de mi carácter impaciente, para curarte de tus irreflexiones. Imposible que quiera como es querida la esposa que, a poco de serlo y separada de su esposo porque éste prefiere sacrificarse a verla triste, no contesta a sus cartas ni tiene prevenidas las que pudiera escribirle para aprovechar toda ocasión que se le presentara de hablar con él. Imposible parece, pero es verdad, Inda. La irreflexión hace en ti las veces de la insensibilidad. Desde que nos separamos, yo no he cesado de escribirte: tú no me has escrito más que cuatro palabras.

Más puntual que tú, Fariñas (1) me contestó inmediatamente; y como, no pudiendo hacerlo de su letra, se valió de una de sus hijas, al recibir la carta la letra de mujer me alucinó y la abrí con el fervor y la urgencia del afecto. No puedo decir en breve espacio lo que sentí; pero si hay puñaladas para el alma, dolor de puñalada fué el que tuve. Imaginé cuanto se puede imaginar en el dolor, y a pesar de haber leído en la carta de Fariñas que ahí no había novedad, imaginé que no escribías por incapacidad física de hacerlo. No era así: el mensajero con quien mandé los nísperos y limones me dijo que estabas bañándote. Eso tranquilizó mi corazón de esposo; pero el de amante no quedó contento. “Y ¿por qué no tenía escrito para que a cualquiera hora pudiera venir su carta?” Y preguntándome lo mismo, y comparando tu indiferencia con mi cuidado, tus distracciones con mis atenciones, he pasado el resto del día. ¡Qué hemos de hacer! Yo no tengo siquiera el consuelo de quejarme, porque las que-

(1) El señor en cuya casa se hospedaba doña Inda.

jas como las reconvenciones no producen buenos resultados.

¡Pobre Inda! En realidad, no son reconvenciones lo que tú necesitas sino piedad: ¡qué digna de ella es el alma que no conoce las ternuras delicadas del amor! Bien que todavía es más digna de piedad el alma que las tiene y no es recompensada,

Como ves, alma mía, tu irreflexión me tiene triste. Pero si por tu bien, por educarte, por acabar de llevarte al nivel moral en que yo vivo, te digo con franqueza lo que pienso y siento, y expreso mi dolor como lo siento, no por eso creas que soy injusto. Mucho se ha de perdonar a tus pocos años, y sería injusticia, después de saber por tu diario qué generoso corazón eres tú, considerar una irreflexión como una falta de cariño. Pero, por Dios, mira que eso es malo.

Iré el jueves a verte, no a buscarte, porque deseo que sigas bañándote, distrayéndote, y acostumbRANDOME a sufrir por los dos.

Siempre suspirando por ti,

Tu

Eugenio María.

Asunción, agosto 11 de 1877.

Inda de mi alma: Por segunda vez, desde el brevísimo tiempo de nuestra unión, hemos vuelto hoy a separarnos. Por segunda vez estoy temblando. De día como es, dejándote en donde puedo creerte tan segura como en casa, contento con el sacrificio que me cuesta el tenerte un poco más contenta de lo que estás aquí; en suma, no teniendo motivo ninguno de temor, estoy temblando. Eso es por dos razones, Inda mía. La primera, que te quiero tanto con los tres amores que te

prometí, de esposo, de padre y de guía, que me asusta la ausencia. La segunda razón, Inda, es que, en el fondo, esto no es bueno. Recién casados que tan fácilmente se separan, natural, aunque sea injusto, es que sean considerados como esposos tibios. Harto saben que no lo somos los que, como esa buena familia de Fariñas y esta gente del Colegio, nos han visto en la intimidad de nuestra vida, pero el mundo no ve eso; y como juzga mal con tanta facilidad, estoy temiendo que interprete malévolamente las frecuentes ausencias que, precisamente por afecto, hemos sufrido en tan pocos días de unión. Ya basta, pues, de vivir alejados, de pasar días en casa que no es tuya, y de estar imponiendo más que recibiendo hospitalidad. Si Fariñas hubiera querido alquilarme el aposento y pagarse la hospitalidad que nos diera, yo me hubiera alegrado de que pasáramos juntos ahí el resto de las vacaciones. Ahora es preciso aguardar hasta el martes, día en que volveremos a nuestra soledad de dos que no es tan mala, si sabemos hacer a cada hora lo que debemos hacer, y si nos resignamos a pensar que no podemos vivir de otra manera.

Por mi parte, Inda mía, he sido tan feliz en estos dos días, especialmente en el de ayer, que estoy dispuesto a creer que puedo ser feliz. Y como deberte la felicidad es duplicarla, y con poco que te estudies y modifiques no será difícil convertir este retiro en paraíso, ya ardo en deseos de que llegue el martes. Designo ese día, porque mañana tengo que ir a Juan Griegos, pasado mañana debo aprovechar la ida de Vicente Matta para escribir a Caracas, y sólo dispondré del martes.

Sin querer, te estoy probando que tengo en ti la confianza ciega que mereces, puesto que te dejo sola contigo misma en medio de esa buena familia. Así,

pues, no te impacientes mis admoniciones, y ten por cierto que sólo las aconseja el deseo de que seas para todos lo que eres para mí, la más digna de las creaturas.

La más digna, alma mía, pero una de las más inexpertas. Cuando estemos juntos te lo probaré, haciéndote notar algo que tú no has notado, y que con una sola pregunta que oí por acaso, he comprendido yo.

No quiero que te alarmes; pero quiero que empieces a tener experiencia. Y para eso, es necesario que procedas en todo con la mayor reserva.

No entregues cartas para mí sino a quien te entregue las que yo te escriba.

Escríbeme, pero más bien para decirme tu estado de salud, tu pensamiento, lo que haya de notable, que para contestar las mías.

Si el lunes no recibes cartas, es porque estoy en Juan Griego. No por eso dejes de escribirme.

Amándote cada vez más, tu

Eugenio María.

Domingo 12 de agosto de 1877.

Inda querida de mi alma: No puedo vivir sin ti. Ni leyendo, ni escribiendo, ni meditando, ni contemplando cielo y mar, ni sólo, ni acompañado, ni velando, ni aun durmiendo, dejo de pensar en ti. En este mismo instante tan intenso es el dolor de no tenerte a mi lado, que estoy diciéndome para mí mismo: "¡Qué dolorosa enfermedad es este amor!" Bien dolorosa. Hasta el poder de resolver lo mejor me quita. No sé si es bueno que insista en procurarnos ahí hospitalidad pagada, ni si es bueno que vengas donde yo debo estar. Lo único que sé es que me duele muy hondamente tu ausencia y que tengo llena de sombras la imaginación.

He dejado el libro que leía, con el único objeto de escribirte. Son las doce. Al mediodía ¿quién sino un enfermo de corazón puede estar como yo estoy, viéndolo todo oscuro y asociando a tu recuerdo cuantos males puede ocasionar la casualidad? Me parece que estás mal, que me llamas, que vienen a buscarme para darme una noticia infausta, que acontece algo que por mi alejamiento no puedo remediar, y que, volviéndose en mi contra el cariñoso deseo a que he obedecido al procurarte lejos de mí alguna distracción, hasta mi cariño me culpa y me presenta culpable a los demás.

Como no he recibido carta tuya, mi desasosiego es más inquieto. A estas horas, ya han venido de ahí cuantas gentes van de aquí, y nadie se ha acercado a entregarme carta alguna. ¿Estabas esperando que yo te escribiera? Lo hice ayer en cuanto llegué; pero la carta se quedó por falta de confianza en los que hubieran podido llevarla. Te la incluyo ahora. Mañana por la mañana salgo para Juan Griego. De modo que si esta tarde no tengo carta tuya, no voy a tener nuevas de ti hasta el martes en que iré yo mismo a buscarlas.

Aunque no: me parece mejor lo que acabo de pensar. Voy a mandarte tu bata azul, y así podrás decirme con el mensajero, por escrito, cómo estás, qué es lo que deseas, con qué puedo expresarte mi cariño, cómo tenerte contenta.

Si algo te molesta o te inquieta, dímelo para que vaya inmediatamente a buscarte.

Dime cómo está Rosario, cuyo estado de salud deseo ardientemente que haya mejorado.

Lee con atención mi carta de ayer, y procede como aconsejo.

Saluda a todos, y recibe mil y mil besos de tu cada vez más enamorado amante, esposo, guía y amigo

Eugenio María.

Hoy 26 de febrero de 1878.

Inda querida de mi alma:

No bastarán todos mis días para indemnizarte de los dolores que nuestro amor te cuesta: ¿cómo ha de bastar un pliego de papel para sentirlos? Hoy, día de tu cumpleaños, es también día de un deber sagrado para mí, el de presentarte risueño e incitante el nuevo año de tu vida. Sólo con pruebas de mi cariño puedo hacer eso, y ni aun pruebas de cariño puedo darte: ¿acaso se puede expresar lo que es muy íntimo? El mar, cuya música acaricia desde lejos, nos atrae; acércate, y te parecerá aterradora la voz que te había parecido deliciosa. Así mi amor: cuanto más íntimo, cuanto más hondo, cuanto más inmenso, tanto más parecido al mar adusto.

Pero, espera. El día nublado va a pasar, entonces seré yo en la apariencia de cada día lo que soy en la realidad de mi alma, y podrás, Inda amada, cumplir años felices al lado de tu amante, esposo y padre.

Eugenio María.

Lunes, 1º de abril de 1878. Horas antes.

Inda mía: Puesto en tus manos está al porvenir. Si logras formar parte natural del hogar que vas a conocer, hay toda una risueña perspectiva de días felices delante de nosotros.

Y como has de lograrlo, no quiero contemplar otra perspectiva, y te veo ir y alejarte de mí, no como débil que tiembla en su cariño, sino como seguro que fortalece en las pruebas su cariño.

Anda, pues, compañera de mis persecuciones, y abrígate bien en el asilo de mi hogar. Allí, por el alma

hermana que momentáneamente dejas, encontrarás dos almas gemelas de la tuya: la de nuestro padre venerable, rejuvenecida por el dolor que de continuo ha querido envejecerla, la de nuestra hermana, tempranamente amamantada por la virtud y el infortunio.

Acuérdate de ti misma, y nunca, ni por un momento olvidarás que hasta en las naturalezas más dulces produce acíbar la contrariedad. Si no lo olvidas, nunca volverás a sentir en los otros ni en ti el dejo a acíbar. Piensa mucho en esto, piensa mucho: que de exigir en los otros lo improbable y de tener por imposible para nosotros el moderar nuestras propensiones hacia el egoísmo, ya esté basado en el sentimiento de nuestro propio valer, ya en el deseo de prevalecer, nace la dificultad de vivir íntimamente en el seno del hogar y la familia.

Acuérdate de que has de ser madre y de que vas a serlo. Ese estado, más que ningún otro en la vida, es aprendizaje. Antes, durante y después, obliga a aprender. Antes, a aprender a no exponer con imprudencias de carácter el fruto de un afecto virtuoso. Durante la obra íntima, se debe aprender a prepararse contra el dolor físico y el moral. Después, la maternidad obliga a aprender cómo es el mundo real y cómo se enseña a conocerlo; cómo es la naturaleza humana y cómo se dirige; cómo se consigue en la vida el realizar el bien propio por el bien ajeno, o por lo menos, impone el deber de aprender a ser resignada para enseñar a serlo.

Con toda verdad, sin ninguna pasión, puedo decirte que no hay nada grande de que no te crea capaz, nada bueno de que no tengas intuición, nada virtuoso que no sea propiedad natural de tu noble alma. Pero, tú lo has visto, Inda, no basta lo excelente, no basta lo esencial, no basta lo que constituye en sí mismo la dignidad

y la gloria de la naturaleza humana: para vivir y ser tan feliz como sea dado serlo a los seres excelentes, es necesario lo pequeño. Esto forma la realidad continua de la vida humana; con esa realidad chocamos de continuo; con ella tenemos que luchar; por ella somos juzgados; a ella, por despreciable que con frecuencia sea, tenemos que acatar pasivamente, y es necesario conocerla para tomar de ella lo que es bueno, rechazar de ella lo que es malo, aprender en ella a discernir lo útil de lo inútil, y combinar en la tranquila armonía de los seres casi perfectos las excelsas virtudes de los mejores con las virtudes negativas de los indiferentes. Por éstos he tenido yo más desdén de lo que ellos merecen, y ya ves que el resultado ha sido pésimo. No, no es bueno seguir sólo por una senda, así sepamos que es ella la mejor, ni es justo separarse del camino por todos recorrido juzgando así mal a los que van por él. Muchos malos lo siguen; pero también caminan por él muchos buenos.

Así, alma mía, cuando volvamos a unirnos, vamos a esforzarnos por ser lo buenos que son muchos, sin dejar de ser lo excelentes que hemos tratado de ser.

Estoy seguro de que te hallarás en el hogar de tu alma cuando llegues al que ennoblecen con sus virtudes mi padre y mi hermana. Estoy también seguro de que, lejos de ser una perturbación, vas a ser en él un nuevo elemento de armonía. Te bastará desplegar allí las cualidades que te hacen tan amable, y entregarte, sin zozobra por mí y sin desasosiego por el porvenir, al placer de querer y ser querida. Mi padre es tu padre, mi hermana es tu hermana: trátalos así desde el primer momento, y que ni ellos ni tú sintáis jamás que hay cambio entre la hora del llegar y las horas del vivir continuo. A primera vista, todos los seres que tienen alguna vir-

tud son amables y se hacen amar: el abismo empieza cuando empieza la triste necesidad de comparar, y cuando por impaciencia o por falta de conformidad, vamos restando lo flaco y defectuoso e imperfecto que tenemos todos, de lo fuerte que vimos al principio. En ese abismo caen los irreflexivos, los egoístas, los exigentes y los orgullosos, que piden siempre lo que, aunque se tenga, no siempre se da en la vida imperfecta, inquieta, dolorosa, que viven, más que nadie, los seres que viven para el bien.

Ahora, Inda, reflexiona y vive en la paz que tiene tu alma pura, y goza de la felicidad que mereces. No correrán muchos días, sin que yo tenga la dicha de ofrecerte un retiro digno de ti en el cual puedas desarrollar todas las fuerzas de tu alma, auxiliándome en la obra de bien que, siempre y dondequiera, será objeto de cada día de mi vida.

Anda, anda, y que Dios premie el sacrificio que ahora haces y bendiga el que yo hago.

Todas mis bendiciones sobre ti, alma mía.

Tu siempre

Eugenio María.

Colegio Nacional, Puerto Cabello,
jueves 4 de abril de 1878.

Un día lleno de emociones, y no he hecho más que cambiar de lugar. Dejé la casita maldita y bendita en que tanto hemos sufrido tú y yo, Inda mía, desde que en ella pusimos el pie hasta el día dos en que tú la desamparaste y el día de ayer que yo la dejé. Muy temprano, ya había abandonado nuestra cama, y empecé a preparar la mudanza. Todo, tiempo, atención, cuidados, se me iba en ir y venir de un lugar a otro, preguntándome

si efectivamente era tan querida y merecía serlo aquella casa en que tanto padeciste tú.

Cuando todo estuvo arreglado, y se hubieron llevado el equipaje, y Diego me había martirizado recordándome lo que no ha cesado de recordarme desde que te fuiste, y me hube despedido de Corela, la gatita, y me quedé solo, me arrodillé delante del lugar en que ponías tu sillón, y besé el que tus piecitos ocupaban de costumbre. Tenía atada ya a mi brazo derecho la cinta azul que dejaste en la cama; había besado mil veces el pañuelo bordado que se te había perdido, y ya podía retirarme. Vine aquí, y esta tarde me vi forzado por la gratitud hasta a guardar las cenizas del tabaco que me dejaste. ¡Qué tabaco, Inda! Diego estaba delante. “¿Fué la señora quien te los mandó buscar?” “Sí, señor, un medio de éstos y otro medio de aquéllos.” Y la gratitud me anudó la garganta, y fumé medio llorando de reconocimiento y medio riendo de felicidad. ¿Quién no es feliz, por desgraciado que sea, teniéndote a ti, Inda de mi alma?

Sábado, 6 de abril.

Durante el primer día de cambio, aun sin salir de casa, con sólo sentarme *cerca* del balcón y contemplar las montañas de la costa y refrigerarme en la brisa de las montañas y en la luz del espacio, tuve motivos para pesar el horrible régimen de vida a que estuvimos sometidos, Inda de mi alma, mientras vivimos en la casa sin aire que nos sirvió de cárcel. Si aquel encarcelamiento, en que no sé cómo no te amortiguaste, vida mía, hubiera sido el resultado de mi voluntad en vez de haber sido el consejo de nuestra dignidad escrupulosa, estaría remordiéndome a cada hora la conciencia: Yo hubiera sido verdugo, tú víctima. Aun habiendo sido víctimas tú y

yo, me duele tanto el que hayas vivido privada hasta de aire, que no he cesado de quejarme por ti y por mí: por ti, que tales pruebas has soportado; por mí, que a tales pruebas te he visto por mi culpa y por mi amor sometida. ¡Mi pobre Inda! ¡Mi generosa compañera, mi valerosa portacruz!

Por dolorosa que sea, esta separación producirá por lo menos el bien de presentarme tal cual fué la situación abominable en que por mí viviste; y puesto que nunca, ni por un momento, he dejado de amarte con mi triple amor de esposo y padre y guía, aprenderé, considerando la ausencia como un castigo merecido, a armonizar más dulcemente mi conducta con mi amor; es decir, a dar más y exigir menos; a ser yo más perfecto y a querer con menos rudeza que seas tú el modelo de perfecciones que puedes ser.

Hoy, ya no me acuerdo tanto de lo que sufrimos, porque recuerdo más lo que gozamos. Recuerdo el bien inefable que me hacían tus caricias, tus palabras cariñosas, tus sonrisas, nuestras chanzas, nuestros juegos infantiles, la soledad llena de los dos en que vivíamos, la independencia feliz, y todo lo echo de menos, y por todo suspiro, y por todo me inquieto, y por todo se atenebra mi imaginación; y me parece que no voy a volver a verte, y temo que te hayan detenido, que el mar me haya sido infiel, que no me lleguen tus cartas, que yo esté condenado a vivir sin ti.

Ahora es cuando sé lo insensato que, por mi parte, era yo entonces, porque ahora sé que si hay algo a que probablemente no podría resistir mi corazón de acero sería a la privación voluntaria de tu vista. Cualquiera cosa me parece hoy preferible a tu ausencia.

Aunque en todo lo que sufro mi amor entra por casi todo en mi dolor, alguna parte toma en él el egoísmo.

Tú, que sabes hasta dónde llega mi anhelo de independencia, comprenderás cuánto atiza hoy al dolor de tu ausencia la pérdida de mi independencia.

Es sábado. Desde ayer estoy calculando en qué momento de la noche del viernes o en qué hora de esta mañana habrás llegado a Mayagüez. Cuando pienso que habrás llegado, que ya conoces a papá y Rosita, que estás al lado de ellos, que se ha realizado el deseo que desde nuestro matrimonio tenía yo, me alegro, me resigno a la ausencia, y sólo pienso en el día y en el modo de reunirnos. Con tal que sea cuando tú estés ya recuperada de los males de tus luchas, tendré paciencia.

Domingo, 7.

Estoy de mejor humor, porque estoy de mejores esperanzas. La supongo al lado de papá y de Rosita, verdaderamente en su casa, al abrigo de dolores y miserias, contando las que juntos hemos sufrido, sonriendo con la venébola sonrisa de la inocencia al mal que ya pasó, sonriendo a la esperanza de nuestra próxima reunión, satisfecha de los míos y satisfaciendo al noble anciano y a la joven virtuosa que tanto estarán amándola y mimándola.

Día 16, abril 78.

¿Cómo no he de quererte yo, Ina querida, si te quieren hasta los que sólo por tus sonrisas bondadosas te conocen? Aquí ha estado Diego calculando los días que faltan "para que vuelva la señora", y rogando a sus santos que pasen pronto esos días. Su madre me mandó también a decir que te saludara con cariño.

Has de saber, Ina mía, que no ganamos para sustos y que yo estoy contentísimo de verte lejos de aquí. Entre temblores y amenazas de tempestad, nos tiene en

un suspiro Venezuela: ha llovido como nunca vi llover aquí, y han vuelto los vaticinios de temblores. Según telegrama, nada menos que del Ministro del Interior y publicado en hoja suelta que se anda repartiendo, esta noche.

Día 17.

¡Respiremos! Estoy vivo, alma Inda; el terrorífico anuncio de terremoto no se ha realizado aquí, a menos que haya acontecido mientras yo dormía. A pesar del anuncio y de que el miedo es enfermedad contagiosa, y de que medio Puerto Cabello ha pernoctado en la calle, me acosté y dormí, aunque mentiría si no te dijera que con algún desasosiego. Como tú no estás aquí y no te veo expuesta a peligros ni sometida a intranquilidades de nervios, estoy perfectamente tranquilo. Y no porque sea indiferente a la muerte, pues al contrario, nunca me ha parecido ella aterradora hasta anoche en que, ideando la posibilidad del cataclismo, me parecía horrendo que yo pudiera morir sin volver a verte. ¡Sin volver a verte! ¡qué implacable imaginación la mía! Siempre, y en todo lo serio de mi vida, se ha ensañado ella conmigo, representándome los cuadros más negros, más odiosos, más absurdos. ¡Morir sin volver a verte! Preciso es que se hayan agravado mucho con tu ausencia los achaques de imaginación y sentimiento que estoy padeciendo ya hace un año para que pueda ocurrírseme tal horror.

Hoy sale el vapor. Ya no hay, por ahora y hasta fines de mes, en que volveré a escribirte, ya no hay para mí más esperanza de imaginar que converso contigo, sino en mi diario.

Si no fuera porque no estoy seguro de que no hayas sufrido, porque temo por la salud de papá, estaría con-

tento. Pero la incertidumbre, como siempre, predomina en mí sobre la esperanza.

Salvo resolución más meditada, sigo pensando en pasar por Curazao, para establecerme allí y prepararte un nido delicioso (el que te prometía en los delirios de amor y de esperanzas, ¿te acuerdas?), si encuentro lo que me aseguran que hay allí.

Cuídame mucho a papá y quiéreme mucho a Rosita. Abrázalos expresamente, y no de palabra, en nombre mío.

Siempre con el pensamiento en ti, tu amantísimo

Eugenio María.

Puerto Cabello, 18 de abril de 1878.

Alma Inda: Dejo para el último instante las recomendaciones más urgentes. Ya sabes que de Ponce sale vapor para aquí en los días doce y veintiocho de cada mes. Así, pues, escíbeme dos veces al mes por esa vía. También puedes aprovechar el vapor americano, que pasa otras dos veces por la Capital. Creo que es en los días primero y trece de cada mes. Las cartas que vengan por vapor alemán, mándalas por conducto de los señores Heise, Kramer y Cía., de Mayagüez, y bajo sobre a los señores I. Sievers y Compañía, de Puerto Cabello, o directamente por conducto de estos señores. De ellos me valdré yo para que lleguen mis cartas, y por medio de ellos te llegará el paquete de libros y "olvidos" que dejaste aquí. Dentro de uno de los libros (busca y encontrarás) verás lo que te escribía pocos momentos después de haberte dejado a bordo. Procura que tus cartas vengan siempre sobreescritas por papá.

Como verás por dos cartitas que te incluyo, una para ti y otra para el doctor Soteldo, éste debió llevarte

a La Guayra y a bordo del *Lotharingia*, el paquete que ahora va; pero como el vapor americano, en vez de salir por la noche del día aciago en que te fuiste, sólo salió por la tarde del siguiente, ya no hubo tiempo para que el viejo doctor te llevara paquete y carta y mi última despedida.

Vuelvo a recomendarte que te cuides mucho. Tu naturaleza física es tan vigorosa como tu naturaleza moral; como ambas lo han probado al resistir las pruebas crueles porque han pasado. Mas así como irreflexiones te exponen a inútiles dolores morales, así te expones físicamente a alteraciones de salud por obstinaciones y falta de atención. En tu estado, las funciones han de ser tan regulares como nuestro organismo exige. Lo dicho del cuerpo, dicho del alma. Mientras más medicina leo, más me convengo del papel que en la salud orgánica desempeña la moral. Hasta horror de mi situación pasada y presente me ha dado al ver cómo han jugado con tu alma infantil los sucesos, y cómo, maltratando la mía, me han enfermado sin yo saberlo. Precaución, pues, tú por tu parte y yo por la mía, tú, sobre todo, alma Inda, por no aventurar el bien, entre todos preciosos, por falta de previsión o por el pernicioso placer que se suele tener en el dolor, o por la peligrosa vanidad que desarrollan las sacudidas morales muy continuas. La vida no es dolor: la vida en sí misma es un placer continuo, que nunca cesaría si fuéramos discretos y justos. Harto has sufrido tú, noble alma mía, con haberte formado como te has formado en las luchas que sólo tu virtuosa voluntad hubiera resistido. Desde que saliste de aquí, empezó otro período de vida para ti. Dios te habrá visto como yo te he visto, patéticamente arrodillada una vez, otras veces recogida en tu plegaria silenciosa, pidiéndole que diera a los otros los ojos que

no han tenido para ver todo lo exquisito que hay en ti; si Dios te ha visto y te ha escuchado, y has encontrado en Puerto Rico las almas gemelas que yo te prometía en papá y Rosita, espero en El que estará permitiéndote las compensaciones que mereces y necesitabas.

Ni aun por mí te entristezcas. Yo estoy bien; y si no fuera porque estoy convenciéndome de que no puedo vivir sin ti, las leves contrariedades que me molestan no alterarían la igualdad de mi ánimo. Mas ¿qué mal hay para ti ni para mí en que tu ausencia me apesare tanto y me haya probado que sin ti me falta lo mejor que hay en mi vida? Eso es una prueba de lo íntima y verdaderamente que te amo. Tener tú la prueba y darla yo ¿no vale eso el sacrificio que la separación nos cuesta? Deseamos reunirnos, pero por más enamorado que yo esté de ti, por más que grite y me desespere con la ausencia, por más que diga que no puedo seguir así un mes más, no te intranquilices. Al contrario: alégrate de verme tan enamorado, y sin dejar de hacer porque pronto nos reunamos lo que en tu mano esté, no vayas por piedad a perturbar los buenos días que nuestra separación y la vida en común con papá y Rosita te procuran.

Recomendación más importante que otra alguna: No te alarmes si oyes decir que aquí tiembla la tierra, porque nada me ha acontecido hasta ahora. Desde el viernes a las ocho de la noche, hora en que se sintió aquí un temblor de tierra muy fuerte y muy largo, la gente no deja de temblar sino para temer que vaya a temblar o esté temblando. Triste y jocosos es a la vez ver desde aquel día y aquella hora, cómo las pobres familias se salen todas las noches de sus casas, y se van a plazas y alamedas a pernoctar, sirviendo de pretexto el temblor y el miedo para sancochos, cenas, parrandas y otras gua-

chafitas que, al fin y al cabo, concluirán por hacer que se eche de menos los temblores. Yo, como siempre, menos cuando se trata de tu felicidad y tu contento, estoy tranquilo. Uno que estaba a mi lado en el momento del temblor y que por correr, me dejó solo en la sala, al volver y encontrarme tan indiferente como antes, se maravilló de lo que aun llama mi increíble impavidez, y me preguntaba: "Pero ¿cómo puede usted quedarse tan tranquilo?" Y le contesté: "Porque ese es el modo de dar las buenas noches a la muerte". Lo cierto es, Inda mía, que si yo soy aquí uno de los pocos que no tiemblan con la tierra, es porque te tengo segura ahí. Otra cosa fuera si estuvieras aquí probablemente, y por disimular mi angustia, estaría enfadándome porque te asustaras como todo el mundo. Así es mi amor y así soy yo. Tan así, que en vez de pensar que yo estoy bajo la acción de los peligros que se temen, sólo pienso congojosamente en que Puerto Rico suele también temblar y puede estar ahora temblando. La idea me martiriza, y no estaré tranquilo hasta que sepa que mi temor ha sido efecto de mi cariño.

Se dice que Caracas ha sufrido algo; que en Valencia y La Victoria ha habido edificios agrietados, y que Cúa y no sé qué otra población del Tuy se han hundido. Acaso sean exageraciones de miedosos. Ayer se decía aquí, bajo la autoridad de un telegrama de Arístides Rojas, que el mar subiría no sé hasta dónde y que hoy habría un gran temblor. Hasta ahora, mar y tierra están tranquilas, sin duda para probar que las profecías han muerto ya, hasta en las ciencias que no son exactas. Y en verdad, no sé que haya medios en las ciencias naturales, de vaticinar fenómenos tan caprichosos como los que resultan de la acción de los movimientos internos de la tierra.

Está tranquila y no te alarmes, alma mía. Tus padres y tu hermana, que yo sepa, están bien.

Caricias, abrazos, bendiciones y toda mi alma para ti.

Tu

Eugenio María.

Puerto Cabello, abril 20 de 1878.

Señora doña Inda de Hostos,
Mayagüez.

Alma Inda: Sean contigo la paz, la felicidad, la salud y las bendiciones que mereces! Tu carta del nueve me ha colmado de complacencia y de alegría. Te he visto, no ya con los ojos interiores con que nunca dejo de verte ¡oh alma mía!, sino con tus mismos ojos materiales, te he visto salir de aquí, llegar a la Guayra, conversar con los tuyos, emprender tu viaje al hogar paterno, llegar a Mayagüez, conversar con Carlos ⁽¹⁾, seguir su consejo, vestirte, desembarcar, entrar en el carruaje, llegar a casa, y llenar de felicidad al generoso anciano que “te adivinó”, y a la hermana querida que te reconocía como a una ausente que regresaba. Estoy contento. Estás en tu hogar, en tu casa, en el seno de tu verdadera familia, en el centro de tu alma, en medio de espíritus dignos del tuyo. Yo no profetizaba cuando te decía que ibas a encontrarte en el hogar de tu alma. ¡Si supieras qué bien, qué hondo bien me ha hecho el saber que eres feliz y que debes a los míos y a ti misma la pura felicidad de que gozas! ¡Y qué satisfacción, qué casi orgullo, al ver que papá y Rosita están locos contigo, que Carlos, que cuantos ahí te ven, te admiran y te bendicen y te llaman ángel cuando no te dicen santa! Papá dice

(1) Don Carlos de Bonilla, tío y compañero de infancia de Hostos.

con razón que se es más fuerte para el dolor que para el placer: no sólo me lo prueba él mismo al referirme admirablemente tu llegada, sino que yo lo experimento al verme hoy, en presencia de la felicidad, mucho menos firme de lo que estuve en la desgracia.

En tu soberbia carta (que ya he consagrado como aquellas flores de otro tiempo) te manifiestas conmovida de ser feliz no estando yo ahí. La prueba de que hacía justicia a la delicadeza de tus sentimientos es que ya en mi anterior, carta en que aun no sabía tu llegada ni conocía el efecto venturoso de tu llegada, te prevenía contra esos escrúpulos. No los tengas, que no están justificados por nada, y abandónate sin reserva al estado que bendigo y que deseo prolongar cuanto sea posible, aunque me cueste más cada vez el estar ausente de ti. Pero con tal de que no estés aquí, estoy dispuesto a todo; y con tal de que estés ahí, estaría dispuesto a vivir ahí, si eso fuera posible. No lo es. Lo posible es que papá y Rosita se vayan con nosotros cuando yo consiga establecerme, porque ya no quiero más ausencias, más alejamientos, más separaciones, más dolores de los unos por los otros; además, ¿cómo podrías tú vivir sin ellos ni ellos sin ti?

Estoy muy contento del juicio, la prudencia, la moderación y las cualidades de todo género que has desplegado en el viaje y estás desplegando en casa. El torcedor más grande que yo tenía, mientras estabas aquí, era que un alma como tú viviera entre gente como alguna de ésta. No la hay ahí mucho mejor, y su mala conducta con papá lo demuestra; pero al menos, ahí estás en medio de dos almas virtuosas que comprenden la tuya y la estiman demasiado para que, por bajo que sea el nivel de los demás, no te sirvan de compensación.

Lo que no me ha gustado de tu carta, es su laconismo. Dirás que llenaste tres plieguecitos: es verdad.

Pero ni me hablas de tu salud, ni de *nuestras esperanzas*, ni de la vida que haces, ni de la gente que te ve, ni del recibimiento que te ha hecho mi patria.

Por todos los intereses reunidos de la tierra no daría yo el gozo que he sentido al saber que, noble y digna tu alma como siempre, ha tenido reconocimiento para el bien recibido. Así es como eres por naturaleza, así es como te quiero, y así es como vales lo infinito en que te aprecio.

Me has referido muy bien la entrevista que tuviste con tu padre.

No quiero, de ninguna manera quiero que en nada, ni por nada, y mucho menos por lo que es virtuoso, por tu afecto a tus padres, vayas a sufrir ni a alterar la dulzura de estos días, que probablemente habrán sido de los más benignos de tu vida. Y bien los mereces y bien obligado estoy yo, no sólo por mi cariño sino por la parte que he tenido en tus dolores de hace un año, a procurarte cuanto bien pueda indemnizarte de los males que tan valerosa y tan virtuosamente has conllevado. Mas por lo mismo que deseo días sin nubes para ti, es necesario que procedamos despacio en las cosas que puedan afectar nuestro porvenir. Desde que nos unimos, tú lo has palpado, esos señores no han hecho más que intentar nuestra desunión. Recuerda qué grave cosa te parecería el ocultarme algo por primera vez, a mí, tu esposo, tu amigo, tu consultor que jamás te ha ocultado nada, y recuerda que por complacer a tus padres, me ocultaste cartas de ellos cuyo objeto me era contrario.

Dime, si recibiste mi primera carta, que era larguísima, de fechas varias hasta el 19 de abril, y que mandé por Sievers y Heine Kramer. La que por el mismo conducto mandé ayer, era doble; la muy larga que estaba escribiéndote desde el día 20, y la no menos larga que

hasta aquel día había escrito para remitirla por el vapor americano, y que por falta de éste, incluí en la otra. Ahora te escribo por *Hadji*, de la línea americana. El 16 te escribiré por el vapor francés, que ahora va a San Thomas, aunque tan despacio, que tarda diez días en el viaje. El 18 volveré a escribirte por Ponce, vía alemana. Ya ves que si el escribir es prueba de pensar, no ceso de pensar en ti. Al menos, recibe tú mis cartas y no caigan sobre tu tierno corazón las pesadumbres que agobian el mío.

Procura inducir a papá a que salga de ahí. En las circunstancias realmente graves en que estamos, es necesario dar un paso grave. En su lugar, yo vendería de cualquier modo lo que tuviera, y con el producto me iría a otro país, y al campo. Así viviríamos juntos, que es lo que todos debemos desear, lo que todos necesitamos, lo que a todos nos salvará. En Puerto Rico, yo no puedo vivir. En las poblaciones, de ningún modo: en el campo, es muy difícil. Por lo tanto, siempre será Santo Domingo el mejor refugio. Yo puedo hacerme inviolable allí. Sobre todo si vivo en el campo.

Como no quiero que nadie sepa lo que pienso hacer, digo que quiero ir al norte. Esto último lo he dicho a Arcila, que probablemente lo habrá repetido a su familia. Como eso podría llegar a ser, escribe a las señoras Balbona, sobre-carta al Rev. Joaquín Palma, 36th. Street, between 9th and 10th Avenue, New York City.

Vuelvo a rogarte que no me dejes carecer de cartas y noticias tuyas. Adiós: hasta el 16. Cuídate mucho, porque cuidarte es cuidarme. Tuyo con toda su alma, con toda su vida y con toda su conciencia. Bendiciones.

Tu

Eugenio María.

Puerto Cabello, mayo 15 de 1878.

Señora doña Inda de Hostos,
Mayagüez.

Todavía no estoy desesperado, Inda mía: todavía espero que el vapor francés que ha de llegar esta tarde, haya recogido en San Thomas la carta o cartas que has debido escribirme y que, ni por el vapor americano que llegó esta mañana, ni por el alemán del primero, ni por conducto alguno me han llegado. Y ya hace un mes y ocho días que llegaste a tu casa, esposa muy amada! En todo ese tiempo infinito, sólo una carta. Como tú has recibido sin duda todas las que yo te he escrito, y que son crónicas más que cartas, tú no sabes felizmente lo que es ver pasar una quincena y otra, un vapor y otro vapor, una ocasión y cinco, desaprovechadas quincenas, vapores y ocasiones, sin recibir carta ni letra tuya ni noticia de los únicos seres que cuento como infalibles para mí en mi vida. Felizmente para ti: por nada en el mundo querría yo que tú sufrieras, no digo lo que con tu falta de cartas sufro yo, pero ni la más leve de las tremendas punzadas que yo he estado sufriendo desde que empezó a faltarme la carta que de la Guayra esperaba. Tanto y tan hondamente me apena y me desasosiega una situación tirante para mi ánimo, tan insoportable para todo mi ser, que ya me he dicho una vez que si no llegan cartas tranquilizadoras en lo que falta de mes, suceda lo que suceda, me embarco para Puerto Rico. ¿Cómo? No sé. ¿A qué? No sé. ¿Para qué? No sé. Lo único que sé es que ya no puedo resistir más este estiramiento continuo de cerebro y corazón. Sin duda, y yo me lo digo a cada paso, que tal exceso en la sensibilidad, y tal fuerza de sombras en la imaginación son la mejor prueba del estado de enfermedad

inconsciente en que he vivido desde el año pasado y que sólo tu ausencia y la tensión de ánimo en que me ha puesto, podía revelarme. Por supuesto, Inda, que es enfermedad moral la que padezco, y ésa no exige cama: conque no te apenes, y haz de modo que tú, su mejor médico y su único remedio, no contribuyas involuntariamente a agravarla, como se agravaría, si me viera forzado por mis angustias de esposo a ir a meterme voluntariamente en esa red. No es ahí donde me conviene estar, donde nos conviene vivir, donde podemos vivir en paz. Si Curazao no estuviera tan cerca de Venezuela, yo habría decidido establecerme contigo, y con papá y Rosita, en Curazao; pero vacilo por el motivo predicho, que es poderosísimo, y por otro que no es menos poderoso: lo que yo indudablemente necesito, no sólo para mi salud moral, sino para tu contento, es la vida del campo. En Curazao no lo hay, y de la vida de ciudad y de las gentes de ciudad estoy tan cansado que sólo podría resistirlas en Nueva York o Filadelfia, donde la extensión y el número se anularían mutuamente y yo pudiera sentirme en medio de un desierto, encontrándome y encontrando a mi alcance los medios únicos para que son útiles las agrupaciones humanas; los medios de satisfacer necesidades orgánicas. Aquí, aunque yo quisiera, no podría. Entre otros motivos, el más poderoso es mi corazón; porque no quiero verte reducida a las privaciones que siempre me perseguirían en Venezuela. Prefiero sin vacilar que continúen para mí solo estos tormentos. Verdad es que, en medio de lo que tienen de molestos y de irritantes, no dejan de tener algo de divertidos. El hecho es, Inda mía, que necesito a cada momento de mi vida invocarte para no hacer la ridiculez de ponerme en batalla con cuanto bicho tropiezan mis pies. Dirán que con ellos los trato, porque entre

mis crímenes, no me perdonan el de "orgullosos". Perdóname que me ocupe de tal gente.

Como iba diciéndote, no sé en realidad qué resolución tomar en el caso de que tenga a fin de mes los medios necesarios para resolverme a algo. Ahora me ha dado por llamarte "salud mía". Y para que veas hasta qué punto lo eres, bástete saber que empecé lleno de impaciencia y de cólera y de desesperación disimulada esta carta, y ya no tengo que disimular nada, porque ya no siento más que el regocijo de verte en mi imaginación y de figurármeme sentada frente a mí oyéndome y hablándome. Pero como la causa de las malas pasiones que te he disimulado al principio de esta carta es en el fondo mi amor, pues sólo por el que cada vez aumenta un codo a cada recuerdo tuyo me duele tanto la falta de tus cartas, cuida de que no me falten. Mira que eso me hace mucho daño, y a papá también, en cuya carta he descargado un poco de la desesperación que hoy he tenido por el silencio de ambos. Para que me dé su mejor perdón, pídeselo tú en mi nombre. Acércate a él con la carita hipocritita que compungías cuando me hacías alguna de día de carnaval, cógele la barba, haz que te mire, míralo con tus ojos sonrientes, háblale y ruégale con tus ojos, y dile después, tendiendo la mano desocupada a Rosita para que en el momento del perdón quepa en el grupo: "Papá Hostos, papá, Eugenio le ha hecho una de las suyas, ¿no?; él las hace y las confiesa, papá Hostos: ¿no es eso de buen corazón?; pues si es de buen corazón, se lo vamos a perdonar, ¿eh papá Hostos? Pues si se lo vamos a perdonar, yo tengo que mandarle en nombre de usted y en señal de perdón las dos cosas que me pide: la bendición y un beso". Y cuando el querido padre nuestro aproxime sus labios a tu frente y tú atraigas a Rosita para que ambas las manos ve-

nerables de papá se impongan en vuestras dos queridísimas cabezas, yo estaré aquí formando mental y cordialmente parte integrante del grupo, y te tendré, Innda de mi alma, donde siempre te tengo, sobre mi enamorado corazón, para que recibas la lluvia de bendiciones que te envía

Eugenio María.

Saint Thomas, junio 12 de 1878.

Señora Innda de Hostos,
Mayagüez.

Alma Innda: Salgo de una para entrar en otra. Acabo de escribirte por el *Vandalia*, vía Ponce, y empiezo a escribirte por el *Lotharingia*, vía la Capital. Encuéntrame buena, sana y contenta ambas cartas. Aunque todo es incertidumbre en esta hora, la esperanza de que te hayas restablecido y la no menos dulce de verte pronto, me anima de un modo desusado. Si Dios quiere conceder una tregua, alma Innda, los días de reposo, los codiciados días de familia no tardarán. Desgraciadamente, parece que no podremos pasarlos aquí. No hay trabajo posible. Y mucho siento que no podamos vivir aquí. Parece que esto tiene, a juzgar por lo que observo, dos inconvenientes gravísimos para mi carácter: la curiosidad insana y el ansia de dinero. Mas no por eso desistiría de vivir aquí, si pudiera. En primer lugar, la ciudad es lindísima; tanto, que me asombra haber estado en ella muchas veces y no haber reparado sus atractivos. En segundo lugar, tiene casas situadas tan independientemente como a ti y a mí nos gusta: hay una, Innda, que daría yo cualquier cosa por poder ofrecértela para que acabaras de hacerla deliciosa: está fuera de la ciudad y dentro de ella, en una situación soberbia y con

las vistas más bellas. ¡Qué días y qué noches pasaríamos allí! Contentos todos de todo, oyendo el silencio estruendoso del mar, contemplando un cielo siempre risueño, teniendo la graciosa ciudad como a vista de pájaro, el camino del campo a la puerta; flores que por la noche embriagan, alrededor; pudiendo salir sin ser espiados a dar paseos higiénicos; teniendo a mano mil modos de distraernos útilmente, pasaríamos allí los días mejores que pueden pasar mortales en la tierra. Y pasados a tu lado, Inda mía, ¡qué días serían para mí!

Hoy, si vienen, ¿qué podré ofrecerles más que la vida semiesclava de un hotel? Bueno y tranquilo es el que he escogido; pero esto no sirve para ustedes, esto no sirve para nuestro propósito de completo abandono a nosotros mismos, y casi estoy resolviéndome a decirles que no vengan y que esperen el arreglo de las cosas para que yo pueda ir a Puerto Rico. Mucho, muchísimo me costará el ir allá; pero si no hay otro medio de salvarnos de nuestra situación, lo aceptaré. Así se cumplirán tus votos y los de papá; y al menos, les habré dado una prueba del anhelo que tengo de complacerlos y de vivir exclusivamente para mi familia, para una familia que, compuesta como está de seres como papá, tú y Rosita, merece mi sacrificio algo más, y con mejor derecho que la gente por quien me he sacrificado. Eso no es cierto: cuando menos, ese sacrificio ha tenido dos frutos de bendición: el encontrarte, Inda querida de mi alma, y el saber que, en medio de la especie humana, carcomida de pasiones, de errores y egoísmos famélicos, hay un padre mío, una hermana mía, una mujercita de mi corazón, un Dios. Creo en esos cuatro seres: antes no creía más que en dos; luego he ganado. Si no te hubiera encontrado, creyendo hoy, gracias a ti, ¿debo quejarme? Sería ingrato.

Hace ya dos meses que no veo letra tuya, Innda amada. Si tú vieras la falta que me haces, y supieras bien el consuelo, la alegría y la venturosa locura que es para mí una carta tuya, me parece imposible que papá y tú no hubieran encontrado un medio de hacerme llegar sus cartas. ¡Tan útil como hubiera sido para mí, el recibir en Venezuela contestación a mi carta! ¡Tan útil como sería hoy el que pudiéramos comunicarnos con frecuencia! Pero ya se ve: como la picarilla de mi corazón recibía tres y cuatro cartas enormes al mes y como ahora las recibe todos los días, conspira con esos malditos vapores para hacerme desear sus palabras. ¿Acaso crees que he olvidado la amenaza que me hiciste de que me obligarías a ir a Puerto Rico?

Ya lo conseguiste. ¿Por qué no me dejaron desembarcar?

Hasta la vista. Mil caricias. Tu amantísimo

Hostos.

Saint Thomas, junio 12 de 1878.

Señor don Eugenio de Hostos.
Mayagüez.

Queridísimo papá: Nunca es malo aprovechar todas las ocasiones de decir a los que amamos: "Pienso en ustedes". Yo, que hoy no pienso en otra cosa, con más razón que nadie he de aprovechar los medios de conversar con ustedes, aunque sea yo solo quien hable. Así, en el caso de que hayan tenido inconveniente para cumplirme su promesa de venir, yo estaré en espíritu con ustedes.

En el caso de no poder venir, intente usted mismo el arreglo de mi vuelta a Puerto Rico. Ya acabó Cuba;

ya nadie puede exigir de mí los sacrificios que los más obligados no han querido hacer. Por tanto, ya no hay obstáculo. Puerto Rico será para mí una mortificación; y yo lo evitaría de todos modos, si pudiera. No puedo. Mi deber son ustedes, y tengo hambre de cumplirlo y de indemnizar a ustedes del daño que por querer el bien de todos les he hecho. Aun trataré de rehuir mi regreso y a ese fin estoy negociando para ver si consigo encargarme de una gestión que podría dentro de poco ponerlos en una posición segura. Es un negocio comercial que a nada compromete.

Para volver a Puerto Rico, yo no creo que el Gobierno imponga ninguna condición, sobre todo, si hay una amnistía, y yo pienso que usted se inspiró mal en su alarma y que a estas horas podría yo no haberme movido de ahí y haber entrado ya en la categoría de los hechos consumados. Sea lo que fuere, conviene tener la puerta abierta. Hay una cosa que deseo sobre todas, y es no privar a ustedes de la presencia de Inda ni a Inda de la compañía de ustedes, y para que ningún accidente me obligue a lo contrario, importa que yo pueda ir libremente a Puerto Rico.

Saint Thomas, junio 14 de 1878.

Sra. Inda de Hostos.
Mayagüez.

¡Qué luna estamos perdiendo, amada Inda! Parece que no brilla sino para recordarme las veces que a su dulce luz he buscado y encontrado mi cielo en el fondo de tus ojos. ¿Te acuerdas de la poesía que, repuesta ya de uno de tus continuos sobresaltos, improvisabas en el inolvidable balcón que deberíamos olvidar en Margarita? Tal, y tan blandamente como ahora, brillaba esa luna con-

fidente. Brillaba más, porque yo la miraba al través de tus ojos fulgurantes. No sé por qué es ése, y no otro, el recuerdo que me trae ahora la luna. Sí lo sé! Es porque recuerdo perfectísimamente que en aquella y en otras noches de aquella luna, tu cuerpo, tu dulce rostro, tu amadísima figura, tomaban a la luz de la luna la transparencia celeste que toma en la memoria del corazón la imagen del ser idolatrado. Entonces, estando tú a mi lado, me parecías lejana como las cosas sagradas. Estando hoy lejos, te acerco con los ojos de la imaginación y te me apareces en el rayo de la luna con la misma transparencia celeste que entonces tomabas. Si hubieras venido hoy, y a estas horas contemplaras conmigo esa luna amiga, ¡qué gran aniversario estaríamos ahora celebrando! ¿No te acuerdas? Es 14 de junio, aniversario de la reconciliación con tu familia. Es la noche del catorce, recuerdo de aquella noche primera en que nos vimos después de la horrenda lucha. Ah! Inda, pobre Inda, alma Inda! ¡cuánto has sufrido tú por mí! Pero ¿a qué entristecerme con recuerdos negros? La noche es azul, noche de esperanza y de ventura. ¿No has gozado también por mí? ¿Cuándo hubo amantes que tuvieran un gozo más noble, más puro y delicado que el nuestro en aquella noche memorable? Apenas nos hablamos. La lengua es intérprete torpe de los sentimientos muy profundos; el corazón lo sabe, y la inmoviliza. Callábamos con la lengua, pero hablábamos con los ojos, y no nos cansábamos de mirarnos. Yo a ti, no puedo, no sé, nunca sabré decir con qué ojos te miraba. Los del amor, los de la admiración, los de la gratitud, los de la piedad reverente y religiosa, todos los ojos que tienen las almas para las virtudes, todos te miraban desde mi alma. Gran mérito tuyo, Inda completa de mi alma, que hoy después que el año más duro

que dos almas unidas por el amor pueden pasar, tenga yo los mismos ojos para ti, ojos más reverentes aún para tu virtud, ojos más cariñosos aún para los dulces atractivos de tu alma amante, ojos más enamorados aún para la noble compañera que ha sustituido a aquella adolescente valerosa que, hace un año, salía del borde de la tumba por el mismo afecto que la había puesto al borde de la tumba. Y que un ser como tú haya, gracias a tus padres, tenido que sufrir lo que después sufriste! Mira, Inda mía, lo que es el bien, lo que eres tú. En tanto que, sin saberlo, has pasado como un ángel por encima de todas las impurezas de la realidad, yo, que he estado viendo los efectos que produjo la conducta de tus padres, he arraigado en mi conciencia maravillada una fe tan absoluta en ti, que muchas veces, al pensar en tu amor consagrado por nuestros infortunios, quisiera someterme por ti a la prueba del fuego, y en vez de quejarme, gritar alborozado: "¡Como mi Inda, ninguna!"

Domingo 16.

Mañana sale el vapor inglés para esa isla. No tocará en Mayagüez; pero como toca en la Capital, la dirijo a un amigo que la encaminará. Pronto pasará de aquí para Ponce el vapor americano *Bermuda*, y también lo aprovecharé, como hasta ahora, en Venezuela y aquí, he aprovechado todas las ocasiones de escribirte. Si tú hubieras hecho lo mismo ¡cuántos dolores se me hubieran evitado! Papá argumenta con el no pase por ahí de los vapores. Está bien. Pero ¿por qué, excepto en febrero y marzo, nos llegaban puntualmente sus cartas en los días primero de mes, y desde que tú viniste no he recibido en casi tres meses más que una sola carta de ustedes? ¿Por qué, ahora a dos pasos, con frecuentes comunicaciones, todavía no he recibido ni una sola



letra tuya? De papá pude recibir una carta larga, mientras estuve en ese puerto, porque él había empezado a escribirme desde el 31 de mayo. Desde ese puerto te mandé yo una carta larguísima, porque mi afecto previsor había empezado a dictármela desde muchos días antes de saber siquiera que podría embarcarme. Si tú, Inda mía, imitaras a papá y me imitaras ¿habría pasado por ahí el vapor español que llegó aquí el nueve, el inglés que llegó antes de ayer, sin que ninguno de los dos trajera carta alguna? Pero hay personas así: se contentan con decirse a sí mismas lo que es verdad, que aman a su esposo, a su hijo, a sus hermanos, sin pensar que un descuido en probarlo, puede producir dolores infernales. Veamos: haz mentalmente la prueba en ti misma. Supón que yo no hubiera estado pendiente de ti en todas partes, y que, en vez de escribirte casi todos los días para aprovechar todos los vapores que se presentaban, me hubiera concretado, como antes, a escribir una sola vez al mes, y lo bastante para declarar que estaba bueno. Del justo dolor que habrías experimentado ¿quién sería responsable, sino mi indiferencia, mi negligencia, mi pereza? Supón que no hubiera sabido aprovechar una de las ocasiones mensuales que antes aprovechaba, y que te hubiera faltado la carta mensual, ¿no hubiera sido legítima tu desesperación? Pues ahí me duele, Inda. Y me duele tanto más, cuanto que, seguro de tu cariño, y de tu continuo pensar en mí, como estoy seguro de mi creciente amor a ti y de mi creciente veneración por tus virtudes, me desgarran el corazón la imposibilidad que encuentro de hacerte reflexiva y de enseñarte a acabar de saber que, aunque seas una niña adorable por los años, eres una matroncita por tu estado civil. Y que una santa alma como tú, una esposa incomparable como tú, una próxima madre como tú,

martirice por negligencia al alma que adora y que la adora, al esposo por quien tanto se ha sufrido, al hombre a quien vas a procurar la ventura de darle un semejante suyo y tuyo, a este Eugenio que es tu todo y para quien tú eres cuanto bueno puede ser!

Recibí como carta el telegrama del 14, y lo he agradecido infinitamente, porque me salvó de una nueva desesperación. Aprovecha el *Lotharingia*, que pasa por la Capital el 21. Dí a papá que he prevenido a Julián E. Blanco para que reciba y encamine las cartas. Si ustedes salen el 30, aun puedo yo tener el consuelo de recibir dos o tres cartas. ¡Por Dios, no me prives de ese consuelo, alma Inda!

De asuntos, hablo con papá: que te deje leer la carta.

Cuídate mucho, por ti, por mí y por todos, mimadísima de todos; y déjate de médicos y medicinas. No hay más médico que mi amor ni más medicamentos que mis caricias. Ven a buscarlas, adorada de tu

Eugenio María.

Saint Thomas, junio 18 de 1878.

Señora Inda de Hostos,
Mayagüez.

¿Me has escrito ya, alma Inda? ¿Volverás a escribir? ¿Seguirás escribiéndome hasta que, estando ya embarcada, tengas la seguridad de que, con el consuelo total de tu presencia, no necesito ya del consuelo parcial de tus cartas? ¡Qué falta me hacen! ¡qué falta me han hecho! Ha habido días, en Venezuela y aquí, en que, por leer una carta tuya, un renglón de tu mano, una sola palabra de las que tan dulcemente sabe dictar tu

generoso corazón, habría yo dado la vida que en esos momentos me es odiosa. Hubo día, en Venezuela, el 17 de mayo, tarde del día en que llegó sin cartas el vapor alemán, en que, a fuerza de sufrir y de imaginar y de pensar, se me inflamó el cerebro y caí con un medio ataque cerebral. El éter que derramaron sobre mi cerebro me hizo bien; pero si no hubiera sido porque, al ir a buscarlo, me dejaron solo y llamándote lloré, no hubiera muerto, porque yo no he nacido para morir, sino para sufrir y hacer sufrir; pero hubiera quedado quebrantado de razón. Aun me queda la bastante para conocer que tú habrías sufrido también al pensar en el efecto que había de hacerme la falta de tus cartas, y te agradezco tus cuidados. Pero ¡cuánto más te hubiera agradecido una carta!

Acabo de decir a papá que, con hambre de verlos, y con hambre y sed de verte y acariciarte y bendecirte, ni aun esa esperanza me quita de encima el peso abrumador de esta situación: sin embargo, estoy seguro de que tu sola presencia va a devolverme la calma que desde el 2 de abril he perdido en absoluto. Y necesito que me devuelvas la calma que te trajiste, esposa mía. La necesito entera, y además necesito de la tuya, para que salgamos de esta situación. Para que no espante, es necesario verla con ojos tranquilos, con los ojos que tiene la esposa por excelencia como tú. Sí: la situación es pésima; y si yo hubiera llegado a ella por mi culpa o por cualquiera otra causa que la sagrada a la cual sacrificué lo que ya sabrás tú que he sacrificado, la situación sería vergonzosa para mí. Aun habiendo caído en ella por tan santos motivos, me avergüenza.

No estoy abatido, y mientras más me doblegan las circunstancias, más fuerte me siento para luchar y para vencer; pero no sé; desde que nos separamos me dejaste

sin tu luz, y la falta de tus cartas me enloqueció, perdí aquel reposo de ánimo que tú no me viste perder en ninguno de los momentos gravísimos que, desde tan poco después de unirnos presenciaste y valerosamente compartiste. Si este decaimiento en que tu ausencia me ha puesto es un tributo de amor, es una prueba de la virtud fortificante que tienes para mí, recibe la prueba y el tributo: nunca fueron más merecidos; nunca tampoco más sinceros, porque tan locamente amada por su esposo habrá tal vez alguna esposa; pero tan religiosamente adorada como tú, ninguna.

No te lo digo para darte seguridades de amor, que mi temerario viaje a Puerto Rico ha consagrado para siempre, te lo digo, al contrario, para hacer pesar sobre ti la responsabilidad que debe pesar y es justísimo que pese sobre una esposa tan amada. Pesa tú misma la responsabilidad, Inda, y ven con razón entera, con ánimo sereno, con espíritu cariñoso, con juicio de matrona, a deliberar y a resolver conmigo. Haz más; haz que papá, en quien siempre ha sido un mal su espíritu indeciso, no vacile ahora, ni en hacer el viaje, si es necesario; ni en abstenerse de hacerlo, si ha de ser un mal; ni en quedarse con nosotros si es tan necesario como creo. Prepáralo para resoluciones enérgicas. Si en ti, en Rosita y en mí ve firme resolución, él hará lo que sea bueno, y entonces nos habremos salvado; porque es frecuente, Inda, es muy frecuente que una vacilación empeore una situación mala y desespere una pésima. Yo no quisiera que ustedes vinieran aquí; primero, porque el viaje es costoso y puede ser peligroso para la salud de papá; segundo, porque quisiera recibirlos como no puedo; pero el viaje parece necesario para salir de esta situación que se prolonga demasiado, y es necesario hacerlo. Así, pues, una vez resuelto, hecho; y

que no llegue el esperado día 30 para que salgan con otro aplazamiento de esperanza. Si yo no me hubiera resuelto ir a verlos, aun a riesgo de que se hubieran apoderado de mí, estaría loco en Puerto Cabello.

Como ustedes han de venir el día 30 y como el 28 te ganarás los diez mil pesos que corresponden de premio al medio billete que te tengo preparado, no pido más; pero como mandé a Puerto Cabello casi todo el dinero recibido, y he pagado ya este hotel, no me queda casi nada.

¿Misía Inda me quiere mucho? Pues yo no la quiero... lejos, se entiende.

Con mil besos de tu

Hostos.

Saint Thomas, junio 23 de 1878.

Señora Inda de Hostos,
Mayagüez.

Inda querida de mi alma, verdadera Inda de Eugenio: Lléguente los besos que he dado a tus amadas esquelitas: no hace mucho he vuelto a leerlas; ahora acabo de besarlas; y mientras escribo esta carta, las saborearé. ¡Qué bien saben, esposa mía, tus palabras! Y después de tanto tiempo...! De tanto tiempo, Inda todo y toda mía, que casi había perdido la memoria de tu acento bienhechor. Y hasta de haberme precipitado a todo por acercarme a oír tu voz, hasta de eso se me culpa...! Si tú supieras el daño, el verdadero desastre moral que representa para mí el haberme privado de tus cartas... Pero no hablemos de mal: en día tan feliz, sólo de bien se debe hablar. Y es tanto el bien que tus cortas expresiones de afecto me hicieron,

que, por primera vez desde hace mucho tiempo, me sentí ligero al andar, y por primera vez me acosté con sueño y dormí bien. Dormí tan bien, que soñé iba a recibirte y que te veía. No vengas tan seria como te vi en mis sueños, porque voy a traducir tu seriedad como descontento de estar a mi lado.

¿Por qué te quejas, alma mía? ¿Qué “dolores y pesadumbres” son esos que “he sufrido mientras he estado separado de ti?” Papá dice que una de las causas de los achaques a que has estado expuesta se debe a que “se conoce que no puede estar privada de tu compañía”. Está bien, pero ¿por eso has de haber sufrido y has de sufrir mientras estemos separados? Yo soy más conforme que tú: con una sola carta tuya me hubiera dado por contento cada mes, y suponiéndote feliz al lado de papá y Rosita, hubiera sido feliz con tu felicidad y la de ellos. Pero ni aun esa felicidad desinteresada se me consiente, y en cambio del sacrificio que ha sido para mí tu ausencia, se me han causado los dolores acaso más punzantes de mi vida.

Tú vendrás, alma Inda, tú vendrás en ese soñado y espoleado primero de julio, y todos mis males se acabarán, y todas mis heridas serán curadas.

¿Qué pruebas las tuyas chiquilla! Con la carita de niño mimado con que, para probarme lo necesario que te soy, me dices: “Desde que me separé de ti, no he tenido un día bueno; actualmente estoy mala, o mejor, convaleciente” de calenturas! ¿Por qué no has de darme prueba mejor de tu cariño? ¿Se opone acaso éste a la salud, cuando, al contrario, la favorece? En eso, además, hay una mentirilla de adúladora, porque papá me dice que estabas gruesísima hasta el día (vísperas de mi paso inútil por ahí) en que, después de pasarlo tocando el piano y cantando, y acaso por eso, digo yo,

te enronqueciste. Se te inflamaron entonces las amígdalas, y en vez de seguir consejos cariñosos, te pusiste en manos de un médico que, con su torpeza, ayudado de la debilidad de papá y de tus caprichos, han estado a punto de hacer un mal irreparable, y aun te tienen convaleciente.

Dispensa que repita esto por duodécima vez y con la vehemencia cariñosa del principio; pero cada momento que recuerdo eso me irrito contra todo.

Volviendo a tus pruebas, ven bien resuelta a evitarme las de esa clase; te quiero buena y sana. Yo estoy resuelto, Inda, a que no vuelvas a enfermarte, y que sufras lo menos posible durante tu feliz y doloroso estado; estoy resuelto a que veamos realizada nuestra esperanza y desde ahora te prevengo que voy a ser tu único médico. Así, señora mía, deje los disparates, los caprichos, en la playa de Mayagüez. Cuanto más te amo, más decidido estoy a amarte: lo cual quiere decir, que cuanto más te ame, más perfecta en salud y en carácter te querré. Ya no eres niña, Inda!

Que te guarde muchas cosas, ¿eh? Desde que nos separamos estoy haciendo acopio de cositas para ti y sólo ruego a nuestra felicidad que te parezcan tan buenas y tan cariñosas como el alma que ha estado preparándolas.

Mientras tú tomabas imprudentemente un trago amargo, y yo tomaba el acíbar de pasar a tu lado y no verte, parece que han ido a presentarme a tus ojos como perfectamente indiferente. Es un error: estaba tranquilo, porque cierto o exagerado, todo peligro me ha visto tranquilo; pero no estaba para comer frutas, sino para pensar en ti, dirigir la vista por encima de la Iglesia para ver si distinguía nuestra casa, y condenar a los que me quitan hasta el derecho de pisar mi tierra,

de ir a mi casa y de abrazar a mi querida mujercita enferma. La única fruta que ahí se me llevó de tierra, fué un melón muy hermoso que Carlos me regaló y que el Capitán, a quien lo regalé, ni siquiera me dió a probar.

¡Bueno! dispuesto estoy y resignado de antemano a los castigos que me impongas; pero ten cuidado con tus manecitas, porque por defenderme, puedo comérmelas. Como anticipo, cuenta cien besos.

Con alma, vida y corazón,

Tu

Eugenio.

La Vega, República Dominicana.... ¿1878?

Inda de mi alma:

En este momento de llegar a La Vega, se presenta quien pueda llevarte pronto una carta mía a Santo Domingo.

En ella no puedo por ahora decirte sino que estoy tan bueno como anhelo que tú lo estés, que nuestro querido ser lo esté, que lo estén tus padres, y que pienso dormido y despierto, en campo y poblado, acompañado o solo, en ti, mi alma, mi delicia, mi ensueño continuo y mi continua esperanza. Nota que no digo *esperanza única*, porque aunque de ti me viene y en ti está la mejor de nuestras esperanzas, es la mejor, pero no la única.

El viaje, deplorable: caminos inaccesibles, fangales inagotables, vados imposibles por imposibles arroyos; y siguiendo en el empleo del adjetivo a que tu dulce boca acude cada vez que la imaginacioncita se te ve apurada, imposibles los cerros, imposibles los montes y bosques y breñas y derriscaderos que hemos tenido

que salvar. Por lo que hace al objeto propio de mi viaje, mucha materia para un libro. En cuanto al temor que yo tenía de comprometerme contra mi voluntad y designio en la política, está salvado, porque está bien deslindada mi situación como simple compañero de viaje del Ministro de lo Interior y comisionado extraordinario del supremo gobierno cerca de los gobernadores y pueblos de las provincias del Cibao y de los distritos de Puerto Plata y Monte Cristy.

Si yo he omitido algún cargo, la omisión es involuntaria, y por lo tanto perdonable. Lo que no se me debe perdonar es que, por unos cuantos pesos seguros y algunos dudosos, haya puesto mi paciencia a prueba. Pero es bueno que la pruebe, y en realidad, no tengo que quejarme de nada.

Ahora, próximo a salir el posta que lleva esta carta, no me queda tiempo sino para recomendarte con el mayor encarecimiento, con las instancias más tiernas, que te cuides, que salgas, que no te impacientes, que no te alteres, y sobre todo, que no te entristezcas por nada. Acuérdate de que tenemos que tratar de ser felices en nosotros mismos para dar algún resplandor de felicidad al dulce ser que preparas para la vida.

Postrado ante ti, alma de mi alma, te beso en las manos que conocieron primero mis besos, en la frente y en el alma.

Recuerdos cariñosos a tus padres. Al doctor, que le llevaré dos plantas medicinales; y a *Misia Lupita*, que le llevo un remedio para pollos enfermos.

Otra vez a tus pies, querida de mi alma. Me embarcaré, si llego a tiempo a Puerto Plata.

Eugenio María.

Santo Domingo, R. D., febrero 16 de 1884.

Querido papá:

Habiéndoseme dicho que mañana 17, *puede* quizá llegar un vapor de la Línea Herrera, me pongo no a contestar su tremenda carta última, ni a decirle que ya hace cuatro años que le estoy diciendo que en eso vendríamos a parar; sino a comunicarle la esperanza que tengo de mandarle dinero bastante para que se venga de una vez. De los meses que en 1881 dejaron de pagarme, resulta un crédito a mi favor de unos \$600: tal vez logre ahora que me los paguen, y se los mandaré, bien por el vapor del 27, bien por alguna goleta que pueda fletarse con parte de ese dinero, porque pienso que mejor sería que vinieran en buque de vela, no sólo por los cuarenta bultos de su equipaje, sino porque entraría en el río Ozama, hasta el muelle, operación que ahorraría riesgos y gastos.

Como que en ese malhadado negocio, nunca se sabe nada, no sé si usted estará en disposición de emprender viaje sin demora: siempre está usted pendiente de alguna esperanza que nunca se realiza, o de una amenaza, que todo lo impide.

Voy a ver al señor Vicini, un comerciante que ha mandado un buque a Ponce, para ver si puedo combinar con él la manera de que haga pasar la goleta a Mayagüez, con objeto de recoger a ustedes abordo y traérmelos más pronto. En ese barco ha ido un notario de aquí, el señor Joaquín María Pérez, amigo mío a quien también voy a escribir. Incluyo la carta, para que usted la utilice, según convenga, ya mandándola, ya reteniéndola.

Mil bendiciones,

Eugenio María.

P. S.—Acabo de saber que el buque en que va el señor Pérez pasa de Ponce a la Capital.

San Carlos, Santo Domingo, agosto 31 de 1887.

Queridísima Inda de mi alma: El 29 fué uno de los pocos días felices de mi vida, porque a las diez de su mañana me llegó tu anhelada carta, que ya he leído cuatro veces y que volveré a leer ahora, al paso que la conteste.

Pero antes de contestarla, déjame recordarte que las viruelas exigen que los niños se vacunen, y que si es verdad como se dice, que la fiebre amarilla y el cólera están en Cuba, hay que disponerse a volver. Contra viruelas, vacuna. Y contra el cólera, regreso. Si lo del cólera se confirma, yo iré a buscarte.

Voy a mandarte los ciento cincuenta pesos de este mes, que ya me han pagado, en una letra de cambio sobre Nueva York o Londres, pues no hay giros ni billetes ni posibilidad de mandar dinero en plata.

Como tú, quisiera yo que mi palabra fuera intérprete de mi corazón, para decirte cuanto siento y cuanto pienso, y para hablarte de mi cariño, delicia y tormento de mi vida, lleno de recuerdos dulces y de memorias que te hacen cada día más amada y más digna de mi respeto y veneración, no sólo como la madre de mis hijos y la esposa fiel al compañero excéntrico, sino también a la noble mujer, ejemplo de su sexo en la virtud y en el entendimiento, aunque un poco injusta, un poco agria y un poco rencorosa. Pero ya tú sabes, alma mía, que yo no sé decir lo que siento ni hablar lo que pienso. Lo único que puede decirte es que no me acuerdo de nada que pueda entibiar mi idolatría y que tengo anhelos de tenerte a mi lado para ponerme a tus pies e idolatrarte. Con la mitad de mi amor había para hacer feliz a cualquier mujer; y con la mitad de mi idolatría, para tener contenta a cualquier santa menos exigente que Santa Inda.

Mucho te agradezco la tristeza que te ha producido la separación y la cariñosa equidad que demuestras al pensar y declarar que la separación ha sido (y sigue siendo, Inda mía) mucho más penosa para mí, que no tengo cerca de mí a los que me recordarían con su presencia el ser amado que los produjo. Pero de todo mi dolor y sacrificio me doy por compensado al saber que los niños me recuerdan, al verlos mentalmente como tú y papá dicen que están, al verte repuesta, recobrando tus colores y tu confianza en la salud, al ver felices a papá y Rosita, y al verme a mí mismo almacenando afectos para cuando vuelvan.

El restablecimiento portentoso de Adolfito, que me ha colmado de alegría, basta por sí solo para hacerme soportable el sacrificio. Pero es bien doloroso, Inda, y se me hace insoportable cuando veo que piensan en prolongarlo, pues me hablas así: "Si todos los meses mandas para los gastos", etc. Pero ¿qué meses son éstos, Inda? ¿hasta cuándo piensan ustedes estar lejos de mí? Por mi parte, si el trabajo a que vuelvo mañana a entregarme refrena mi impaciencia, de ningún modo consiento en que la separación se prolongue más allá de los días peligrosos del mes de octubre. En cuanto a lo que necesites para tus compras, lo tendrás. Y espero que con eso y lo que te guarde, bastará para todo.

Todo lo que has hecho está bien hecho, y te agradezco en el alma que hayas hecho frente a los compromisos en que veo, sin que por laudable reserva me lo digas, que encontraste a papá. Muy bien, alma mía, muy bien! Eso se llama conducirse como digna matrona y digna compañera.

Mil gracias, con mil besos en los ojos.

Eugenio María.

San Carlos, Santo Domingo, R. D., octubre 4, de 1887.

Sra. doña Inda Ayala de Hostos,
Mayagüez.

Inda de mi alma: Como, aunque es la una de la tarde, todavía no ha llegado el vapor y tengo media hora para escribirte un poco más de lo mucho que va dicho en la otra carta ya certificada y mandada al correo, aprovecho el tiempo. Van ciento cincuenta y cinco pesos por conducto del joven señor Carlos Cámara, de ésa, recomendado por mi primo Eugenio Bonilla Cuevas; los lleva con todas las precauciones necesarias a fin de que no los *resellen* y pierdan el veinte por ciento. Va también la orden para que la casa consignataria del vapor francés entregue los pasajes que necesites.

Va, por último, mi ardiente esperanza de que el tiempo sea tan propicio que nada impida la salida de ahí el día 28 y la llegada aquí el 29.

Mucho me alucina esa esperanza; pero estoy seguro de que mi alegría será mucho más loca viéndolos aquí que pensando en que he de verlos.

Que dejen a tía Carmen Bonilla con el encargo de volver por la casa nuestra mientras dura la ausencia de papá.

¡Ea! alma mía, la que estás dentro de mí y la que vives en Inda, regocíjate! Ya pronto os reuniréis de nuevo y os confundiréis en una sola.

Mil besos y mil abrazos. Hasta el veintinueve, si el tiempo es bonancible.

Dios os bendiga.

Tu

Eugenio María.

En casa, San Carlos,
sábado 8 de octubre de 1887, 2 p. m.

Alma Inda: Ha sido tan honda la tristeza y es tan angustiosa la pesadumbre que me ha causado la noticia de la recaída de Adolfito que creo que si no me pongo a escribirte, no podría sobrellevarlas.

Es verdad que ahora estoy un poco más tranquilo, porque he vuelto a leer tu carta, y en ella no te muestras alarmada.

Pero aun así, pensando en mi hijito y en la prueba a que con sus nuevos achaques te sujeta y ahora, que estás lejos de mí, por él y por ti y por mí mismo me angustio. Hoy daría cualquier cosa por poder presentarme ahí, acompañarte y traeros. Mas como siempre se me ha acusado de violento en mis afectos, doy por legítimos los temores que tú y papá fundáis en la situación azarosa de mi pobre Isla y me resigno a esperar en la agonía los veintiún mortales días que faltan hasta la llegada del vapor francés y de mi sol, mi luna, mi cielo, mi gloria, mi fuerza y mi vida. Que eso, y más, sois tú y mis hijitos para mí; ellos, a quienes amo como parte de nuestro ser; tú, a quien amo con amor tanto más tierno y más piadoso, cuanto más peso los sacrificios que te cuestó.

A pesar de la creciente necesidad que tengo de veros a mi lado, de ningún modo convengo en que salgáis de ahí si el tiempo no está completamente bueno, como espero y deseo con vehemencia.

Para venirme, ya habrás recibido el dinero que te mandé con Carlos Cámara. En ningún caso tendrás que quedarte por falta de dinero para el pasaje, porque también habrás recibido la orden para que te lo dé ese consignatario de los vapores franceses, y con ella basta

para que vengas. No compres ropa para mí sino para ustedes todos. Deja el dinero que sobre a papá.

Como la indisposición de Adolfo está, según tus palabras y las de papá, explicada por la dentición, es probable que, así como se mejoró al llegar ahí, se mejore al llegar aquí. De todos modos, quiero tenerlo a mi lado, y ese deseo aumenta el afán con que espero el día 29. ¡Ojalá que el vapor no se haga esperar, como ahora sucedió, hasta el 30!

Santiago, Chile, 14 enero, 1890. Noche.

Señora doña Inda A. de Hostos,
Chillán.

Inda mía: ¿Cómo estás? ¿Y los niños? ¿Has pasado el día levantada? Espejo dice que no debes tener temor ninguno. Cree que es rubiola, y no alfombrilla, lo que has tenido. En cuanto a la hinchazoncita de las muñecas, lo atribuye a la misma erupción.

De Eugenio Carlos dice que debemos mandarlo a la costa. A Adolfo hay que seguir dándole pepsina.

Como ya he hablado de lo que más quiero, puedo hablar de lo que ustedes más quieren.

Empecé el viaje muy distraído con la lectura de las cartas de Santo Domingo. Todas te distraerán; pero dos te interesarán mucho, y la de Peynado te hará reír y celebrar la victoria de mis hechuras sobre el que llama "eterno enemigo". Leídas las cartas, pasé a los diarios, y después a contemplar campos, sementeras, paisajes y rebaños, acordándome mucho de ti y pensando que, contemplando contigo todo aquello, me hubiera gustado más.

En Talca bajé a buscar a Segundo Gutiérrez Soma-
vía y a Henríquez. A falta del primero, dejé al se-

gundo el encargo de entregarle lo que le mandaba a Eugenio Carlos.

En Cudicó hice que almorzaba. En todo el viaje, que fué muy solitario, sólo crucé palabras con dos desconocidos.

Largo el viaje y caloroso el día, y polvoroso el camino, ya estaba impaciente cuando llegué a Santiago.

No esperaba a nadie, pero estaba Espejo ⁽¹⁾ que, desde entonces, hasta ahora, nueve y media pasado meridiano, no me ha dejado. Quiso que le acompañara a comer pero yo, cansado, le hice comer conmigo. Fuimos a ver a la familia Robinet, que estuvo cariñosísima, llena de afectuosas preguntas por todos y cada uno de ustedes. Después de comer fuimos a su propia casa. Carmela ⁽²⁾ se acababa de recoger, atormentada por un dolor de cabeza, y me mandó excusas muy expresivas y exigió que le mandara a decir cuanto me hubieras dicho para ella. Su madre, afectuosísima, dando por segura nuestra próxima venida.

Mañana iré a almorzar con Carlos Toribio Robinet, su madre y su hermana. Allá irá a buscarme Espejo, con objeto de pasar al Ministerio. Si Errázuriz está, es probable que mañana quede todo arreglado. Seguiré tu consejo, y hablaré con total franqueza: como es improbable que acabe a tiempo para aprovechar tren ninguno, mañana tendré que estarme aquí, y comeré con la familia Espejo.

Como no haya necesidad de estar más, saldré el sábado, pues deseo llevarles algo, y necesito del viernes.

De modo, Inda querida, que el sábado volverá a ti tu esclavo.

(1) Se refiere al doctor Luis Espejo Varas.

(2) Se refiere a doña Carmela Cobos y las Heras de Espejo, hija de Misia Carmen y nieta del general de la independencia las Heras.

Grato es cambiar de cuando en cuando el lugar en que se vive y el horizonte que se ve, pero sin la familia no hay lugar tranquilo ni horizonte risueño.

Estoy atendiendo al que me habla; me acuerdo de ustedes, y ¡adiós, atención!

Recoge todos los besos que te envió y ponlos en la frente de cada uno de los niños. A ellos y a ti, buena noche, mil caricias y cambio de bendiciones. Mañana escribiré a todos; hasta a Adolfo, para imitar a Eugenio Carlos. Más besos de,

Eugenio María.

Chillán, Chile, marzo 1º de 1890.

Señor Eugenio C. de Hostos,
Cauquenes.

Mi querido hijito: Por el empleado del señor Fernández, que fué a buscarte a Curanipe, y que me dirigió un telegrama, supe que mañana, domingo, salías con él para Cauquenes. Por eso te escribo a esa ciudad.

Como la epidemia de influenza se extiende por el país, se cierran las clases del Liceo hasta que pase el mal. Por eso tienen algunos días más de vacaciones. Veremos si aquí puedes ir a pasar en el campo esos días, para que el invierno te encuentre tan fuerte que no te haga impresión. Todos estamos con muchos deseos de verte y te esperamos para el día cuatro.

Tús abuelos maternos escribieron y te envían muchas caricias. De papá no he tenido carta en este mes.

Dale en mi nombre muchas gracias al señor González por su telegrama.

No te olvides de escribir al señor Soto Aguilar, dándole las gracias.

Ruega al señor Fernández que me avise cuando vaya a dejarte en Parral, para ir a buscarte. Pero si él viene a traerte hasta Chillán, tendremos mucho gusto en verlo y recibirlo en casa. A él y su familia, muchos recuerdos nuestros.

Tu mamá y los niños te mandan muchas caricias y yo otras muchas y la bendición.

Tu papá.

Eugenio María.

Santiago, abril 21 de 1890.

Srta. Luisa Amelia, y señores Eugenio Carlos, Bayoán y Adolfo de Hostos.

Hijitos míos: Esta noche hay aquí muchas fiestas en memoria de Blanco Encalada, que fué un hombre que sirvió mucho a su patria; pero yo no he ido a las fiestas, porque he querido escribir a mamá y a ustedes, y porque prefiero a todas las fiestas el pensar en ustedes. Mejor me parecería el estar viéndolos jugar y el contarles el cuento de la fiera y de Pepota.

Después que comimos, el señor Villarroel llamó a su hijo Lautaro y le hizo hacer ejercicios y contar en alemán, francés e italiano. Entonces pensé que si ustedes quieren aprender a jugar de un modo agradable y útil, tendremos que aprender a jugar como Lautaro.

Vamos a ver, hijitos míos, si ahora no mortifican a su mamá. Nunca deben los niños ser más juiciosos, respetuosos y obedientes que cuando su papá está lejos y su mamá está sola luchando con tantos picaritos.

Y usted, mi don Eugenio Carlos, corrija y modere a sus hermanitos, pero sin tratarlos con violencia.

Adiós, hijitos míos: quieran mucho a su papá, que los bendice.

Eugenio María.

Santiago, Chile, abril 21 de 1890.

Señora doña Inda Ayala de Hostos,
Chillán.

Inda mía: Después de las diez horas largas de viaje, hecho en compañía del que brinda a la salud de las señoras, y distraído con su charla, la de Donoso y la de uno de los Díaz, de San Fernando, a quienes debí antaño hospitalidad y afecto, llegué aquí a las cinco y media de la tarde. Vine a casa de Arturo Villarroel a buscar mi ropa, y me obligó a quedarme y ocupar el cuarto que desde la otra vez me tenía dispuesto.

Comimos muy frugalmente, nos pusimos a hablar, acabamos de conversar, y he venido a escribirte.

Oigo de lejos las músicas y las detonaciones de los fuegos artificiales con que celebran el centenario de Blanco Encalada, y pienso que mejor es conversar contigo y nuestros hijos.

A fines de esta semana estarán terminadas las reparaciones de la casa. Mañana iré a ver el papel que se ha de poner a las piezas que lo necesiten, y veré cómo y dónde he de comprar el medio amueblado que me encargaste.

Antes de que se me olvide: como parece que José pretende ir a ver a su familia, dile que de ninguna manera lo haga hasta que yo vuelva. Me parece que no es prudente que se vaya a viajar cuando más falta hace.

El jefe de la Estación de Chillán me dijo que si no bastaba con un carro para nuestros muebles, tendríamos dos. Los carros tienen llaves, y éstas deben entregarse al conductor para que a su vez las entregue a Villarroel (Bascuñán Guerrero No. 23), que será quien corra con recibirlos. A José, que cuando vaya a colocar los muebles en el carro lleve clavos y martillo y

cordeles para asegurar los armarios a la pared del carro.

Sigue esforzándote por alimentarte bien, querida Ina. Tal vez convendría que hicieras algún paseíto para ir habituándote al aire libre.

Como no encontré a Segundo Gutiérrez en la estación de Talca, supongo que aun está aquí. Lo buscaré para decirle que no se moleste en ir a buscar a ustedes, como quería, porque ustedes no desean ir al campo. De todos modos, y por si se ha ido, le escribiré ahora mismo.

Cuídate, mi Ina, y cuida los niños.

Unelos en el abrazo y en la bendición que para todos manda

tu amantísimo

Eugenio María.

Chillán, agosto 11 de 1890.

Sr. Eugenio Carlos de Hostos,
c/o Sr. Segundo Gutiérrez Somavía.
Talca.

Hijito muy querido:

Tu mamá y yo estamos satisfechos de haberte proporcionado la ocasión de ser útil a tu hermanita y de mostrar que la quieres, pero te aseguro que nos ha costado un gran esfuerzo el no tenerlos a los dos a nuestro lado, y que nos costará mucho el no verlos en toda esta semana.

Pero como es para salud de Samela y para que tú aprendas a cuidarla solo, y también para que te distraigas un poco, nos resignamos.

Conque, mi amigo, ¿ya es usted un jinete de primera? Ganas tengo yo de verlo montar y correr.

Eso no es malo, al contrario: corre, pues, a caballo y a pie, y fortalécete un poco. Cuando vuelvas, yo haré que pasees a caballo.

Bayoán y Adolfo me han hecho recogerte ya dos veces tus libros y papeles.

Tu mamá, ellos y yo te acariciamos. Dios te bendiga, hijo mío.

Eugenio María e Inda.

Chillán, enero 3 de 1891.

Querido hijo de mi alma: Al fin supe de ti, y salí de la inquietud en que estaba. Mucha pena nos ha dado a tu mamá y a mí el ver que te has enfermado casi al alejarte de nosotros, y cuando hicimos el sacrificio de dejarte salir para que te mejoraras. Pero, en fin, eso no ha sido nada. Aunque yo creo que no sea alfombrilla, sino rubiola, eso que has tenido, cuídate del sol y del aire húmedo. No te bañes por ahora. Si te sientes mal, avísame para ir a buscarte. En cuanto acabe mi tarea, pienso llevarte a la cordillera.

Mañana te mandaré dinero para que te compres camisas; pero han de ser de algodón, que son mejores para este clima.

Besos de los niños, y bendiciones de

Inda y Eugenio María.

Santiago de Chile, enero 20 de 1893.

Mi querido hijo Eugenio Carlos: Antenoche recibimos tu primera carta de Cobquecura, y ayer nos llegó el telegrama en que pides licencia para quedarte en esa hospitalaria casa del señor Ezequiel Rojas durante todo el próximo mes. Voy a contestar primero al telegrama, porque es lo más interesante para ti.

Ya que debemos tantas bondades para contigo a la buena familia que te hospeda y creyendo nosotros que, sin solicitud de tus huéspedes, tú no habrías pensado en prolongar el hospedaje, nos parece que estás en el deber de seguir aceptándolo, y nosotros en la obligación de concederte la licencia que nos pides. Pero entendiéndose que no pasarás ni un solo día más, si notas que tu permanencia se hace pesada.

Hay que ver cómo vuelves, porque el viaje en coche espanta de miedo a tu mamá, que ya me dijo no te habría consentido ir a saber que habías de andar en coche por caminos solitarios e inseguros.

Creo, si Cobquecura está cerca de Tomé, que lo mejor sería volver por mar, embarcándose en Tomé para Valparaíso, o ir a Concepción desde Tomé, y tomar el tren.

Si vuelves a Chillán, saluda personalmente en mi nombre a mis amigos, y especialmente al señor Puelma y su hermana Rosita.

Avísame si quieres ir a Concepción para escribir a Guillermo Matta.

Por tu última carta y por una del señor Laureano González a Alvarado, hemos sabido que estás bueno, engordando, divirtiéndote y preparándote para nuevas diversiones. Está muy bien: nada celebramos tanto tu madre y yo como el contemplarte desde lejos contento,

satisfecho de ti mismo y de los otros, y entrando en la vida social por la puerta de la confianza y de la benevolencia. Ojalá, hijito querido, que siempre te encuentres tan bien entre los hombres, y que nosotros podamos contribuir a que la vida sea para ti y tus hermanas y hermanos tan dulce como ella debiera ser para todos los seres racionales.

Hemos tenido malita a la *guagua* ⁽¹⁾, cuya dentición es tan penosa como la de aquella *enfermita* que un doctor Yacao intentó curar; pero ya la querida criaturita está buena, y nosotros tranquilos.

No te he teleografiado, porque tenía que decirte todo esto. Mañana volveré a escribirte, y escribiré al señor Rojas, a quien, como a toda su buena familia, saludarás afectuosamente en nuestro nombre.

Recuerdos al señor Alvarado.

Recibe las bendiciones de tus padres

Inda y Eugenio María.

Santiago, febrero 12 de 1893.

Mi querido hijito Eugenio Carlos: Anoche recibimos tu carta, que costó a tu madre mucho trabajo para leer: tal es la letra. Y como tu letra es de forma precisa, y por lo tanto, es letra clara, se necesita que escribas muy de prisa. Ahora bien: escribir de prisa a sus padres, como para salir de un aprieto y no para cumplir con un deber, que el afecto y la gratitud hacen grato a un buen hijo; escribir de prisa a sus padres, repito, es una muestra de que se antepone a ellos la conversación o el paseo del momento.

(1) María Angelina, la más pequeña de los hijos de Hostos. V. *La llegada de la guagua* en este mismo Vol., pág. 123.

No me parece bien. Yo querría que te divirtieras mucho, pero acordándote mucho de nosotros, y comunicándonos tu contento en cartas claras, escritas con tiempo y gusto, y dando cuenta minuciosa de todo. Esto último podría disculpársete que no lo hicieras porque como dices que escribes el diario, es de esperar que en él vendrá lo que no viene en la carta; pero que éstas sean ilegibles y den indicios de que las escribes por salir del paso, eso no se debe ni se puede disculpar.

Me gusta muchísimo que me hayas dado noticias del aspecto de Linares; pero más me gustará que vayas escribiendo en tu diario lo que has visto y hecho desde que saliste de casa. Esto te servirá para acostumbrarte a recordar lo que veas, sientas y hagas; te enseñará a atender y a observar; a expresar tus pensamientos y afectos; y, lo que para ti debe ser superior a toda otra consideración, servirá el diario para complacer a tu padre y a tu madre, que quieren que lo escribas, no sólo para que te ejercites en pensar y en expresar, sino para que el diario sirva de lectura, conversación y reflexión cuando vengas y lo traigas.

Luisa Amelia, a quien fuí a ver los otros días, a casa de Carlos A. Brull, probablemente no volverá hasta marzo, y entonces irá a San Bernardo, con la familia del general Holley, que la reclama, o a Valparaíso, a casa de Lubina Villanueva. Escribe hoy mismo, mandándole mil expresiones de cariño.

Dalas tú en nombre nuestro a esa buena familia de Rojas, y recibe de todos nosotros los afectos y bendiciones con que te cubrimos.

Eugenio María.

Santiago, febrero 18 de 1893.

Señor don Eugenio C. de Hostos,
c/o don Ezequiel Rojas,
Cobquecura.

Querido hijo mío: Recibimos con alegría y leímos con satisfacción tu última carta, o, dicho con más exactitud, tu última cartita, pues tú no escribes cartas sino cartitas, y bien te llama tu mamá, cuando te apoda *don lacónico*.

Aunque, bien pensado, no está bien puesto el cariñoso apodo que te da mamá: lacónicos, habitantes de Laconia, en el Peloponeso, peninsulita de Grecia, eran unos hombres con quienes te encontrarás este año en la clase de Historia y de Literatura, y que tenían el hábito de expresarse en los más breves términos. Pero como ellos se expresaban así por hábito adquirido en una educación que comenzaba en la infancia, su breve expresarse correspondía a una gran deferencia y no a indiferencia o a deseos de acabar pronto para irse a travesear. De todos modos a ese breve hablar con las palabras necesarias, y nada más, se ha llamado *laconismo*. De ahí el otro derivado *lacónico*, que se aplica a quien, como tú, habla o escribe con suma brevedad.

Eso no es malo: al contrario, siempre que no sea por pereza o indiferencia, es bueno expresar sus ideas en el más corto número de palabras.

Avisa si necesitas dinero, y cuánto, para mandártelo. Ya se va acercando el día de tu regreso, y no quiero que vayas a retrasarte por falta de dinero. En último caso, el señor Alvarado ⁽¹⁾ tiene orden de darte

(1) Se refiere a don Juan Antonio Alvarado, inspector general del Liceo Amunátegui, y más tarde rector del mismo después del 1898.

por mí cuanto tú necesites: él debe haberse ido ya a Linares. Por aquí no lo veo.

Caricias de los niños y bendiciones de tus padres.

Inda y Hostos.

Santiago, Chile, 14 de septiembre de 1894.

Sr. don Eugenio C. de Hostos,
c/o don Laureano González,
Linares.

Querido hijito:

Anoche recibimos tu carta, y es como si hubiéramos recibido una partida de viandas y de víveres, tan llena está ella de almuerzos, comidas, meriendas (*once, lunch*) y cenas.

Mientras Luisa Amelia leía la carta, todos los oyentes, que éramos tu mamá, Bayoán, Adolfo y yo, te acompañábamos en tus frecuentes colaciones celebrando que el aire del campo y la hospitalidad patriarcal de que gozas, y bendecimos nosotros, te tengan siempre con la boca abierta. Yo no apruebo, sin embargo, que te excedas en la comida, y mucho menos en la bebida de vino, que sabes cuánto detesto.

Ya sé que tú no me has hablado de excesos; pero como son fáciles de cometer, son mucho de temer.

Y en acabándose la comida, ya está acabada la carta, porque tú no hablas de otra cosa.

Aunque no: hablas también del cariño que te muestra esa bondadosa familia, y que nosotros agradecemos demasiado para no instarte de nuevo a que sigas mereciéndolo.

Hablas también en dos palabras del diario que llevas y de los libros que estudias. He celebrado y agradecido mucho una y otra cosa.

Ya encontré los libros que pedía el señor González. *Tradiciones Peruanas* será regalo nuestro; *Costumbres chilenas*, tuyo: por lo tanto, pon en el primer tomo, primera página, una dedicatoria muy cariñosa para el señor y la señora de González, a quienes debes unir en tus expresiones de cariño. Nosotros ponemos la otra dedicatoria.

El señor Alvarado, que lleva esos libros, te los entregará, a fin de que seas tú mismo quien los presente en cuanto hayas dedicado el que te corresponde.

Caricias de todos y bendiciones de

Inda y Eugenio María.

P. S. Tu mamá, los niños y yo saludamos muy cordialmente a don Laureano y su familia.

Santiago, 22 de septiembre de 1894.

Querido hijito Eugenio Carlos: Antier recibí tu última cartita. Aunque corta, como todas las tuyas, fué por todas oída con alegría, mientras le daba lectura Luisa Amelia, que es la lectora obligada de tus cartas y de las de nuestro buen amigo don Laureano González.

Mucho celebro haber dado motivo a nuestro reciente viejo amigo, con mis inquietudes del domingo pasado, para que te embrome "de lo lindo". Así he conseguido todas estas cosas buenas: que él esté alegre; que tú tengas que aprender a oír bromas; que te acostumbres a recibirlas, no sólo sin enfado (como sueles mostrarlo con tu hermana) sino con agradecimiento, pues claro es que nadie se chancea sino con aquellos a quienes quiere.

Bueno es, además, que pienses un poco en lo mucho que te queremos, cuando no vacilamos en dar ocasión a las chanzas, que, felizmente, siendo de persona tan bue-

na como tu grande amigo no pueden tener mala intención.

Tentado he estado por mandar para allá la cría que se me pide, pues aquí no hay nada tan sobrante como los ladrones de todas cataduras, empaques, categorías y apariencias. De ellos estoy ya tan cansado, que si don Laureano me asegura que no los hay en Linares, me voy para allá.

Recibimos el pavo, el que con razón llamas tú "señor pavo". Ha estado sirviéndole al endiablado Ba-yoán para los juegos de él que tú conoces. Con su compañero Adolfo y con la ayuda de Misia Ñaña, que tiene de ayuda lo que de chiquita, hicieron con él lo bastante para que el pobre animal se lamentara de la falta de salteadores en Linares, pues si los hubiera, lo habrían salteado antes de que llegara a manos de estos bandoleritos. Filipino se reía desde su cama, porque ha tenido un catarro que ha servido para que tu madre muestre una vez más lo buena madre que es.

Ella y yo te bendecimos: los niños te acarician y todos saludamos a esa buena familia.

Eugenio María.

Santiago, septiembre 26 de 1894.

Queridísimo hijo Eugenio Carlos: Recibimos tus dos últimas cartitas. Te agradezco especialmente la dirigida a tu mamá, a quien vi muy contenta con ella. Madre y hermana celebraron con tanta y tan cariñosa risa la firma de *Solón*, etcétera, que yo no pude menos de decirme *sotto voce*, o "pasito" (como decimos en Puerto Rico): "¡Ah! si mi señor don Carlos siguiera siempre así las bromas inocentes de su hermana y las dignas

de agradecimiento que con él emplea su mamá, otro gallo le cantara, otra sería la influencia que ejercería en el hogar”.

Pero, en fin, ya es algo que reconozcas, al repetir las bromas, que nada tienen que sea capaz de justificar tus arrebatos.

Mucho también te he agradecido tu digna conducta con el hijo enfermo de tu bondadoso huésped. Así es, hijo mío, como se paga el afecto; así es como se cumple con el deber de ser útiles a nuestros semejantes. Por nada en el mundo daría la satisfacción que me ha causado el ver tu conducta con ese pobre joven; y no sé de cosa alguna que en mi vida me haya halagado tanto como las palabras afectuosas que me citas de doña Petita, la señora de la casa, y como las que el buen don Laureano emplea para hablar de ti.

Si nosotros pudiéramos ofrecer una hospitalidad ventajosa para la salud de ese joven, se la ofreceríamos de buen grado, ya que tu compañía le es tan útil. Y si fuera necesario para su salud, hasta haríamos el sacrificio de una más larga ausencia tuya.

Bueno es que experimentes lo fácil que con buen carácter es granjearse amigos; pero no todo lo atribuyas a ti; pues mucho, en ofrecimientos como los del caballero maulino, es obra de la sencillez de costumbres y de la fácil vida de los campos.

Antier falleció en la clínica de aquí, a que había venido, el señor Ezequiel Rojas: hoy lo acompañamos a su última morada. No necesito decirte que expreses tu condolencia a su buena familia. En general, no es muy de llorar la muerte de un hombre que ha vivido mucho, porque casi siempre es sufrir mucho el vivir largo; pero

la muerte de un hombre que vivía dulcemente en un hogar dócil y benigno es deplorable.

Todas nuestras bendiciones y caricias.

Eugenio María.

Santiago, Chile, febrero 14 de 1895.

Señorita Luisa Amelia de Hostos.

Hijita muy querida:

Esta es la hora en que no hemos recibido carta de ustedes. Aunque don Laureano González me dice que ustedes están buenos y contentos, repitiendo así lo que decía el telegrama, no es fácil resignarse a ver pasar dos días enteros sin conversar con ustedes por medio de sus cartas.

Si no las han escrito por estar ocupados en divertirse, menos mal: hasta sería lo mejor que pudiera suceder para nosotros, que nada deseamos tan ardientemente como la alegría y el contento de ustedes. Anden, salten, corran, vivan en continuo movimiento y alegría: de ese modo, y respirando aire puro en la campiña, volverán ustedes bien preparados para el trabajo de este año.

Esfuérzate por conseguir que Adolfo madrugue cuanto pueda y esté en el mayor movimiento posible.

Había suspendido la carta para dar tiempo a que llegara Ramón, el criado, con Filipo, y para ver si daba resultado un nuevo envío al correo.

Dió resultado, hijita mía, y ya estoy contento, como de aquí a poco lo estará tu mamá; pero no me ha gustado que te echas a llorar cuando te dejamos ir para que te rieras a carcajadas, como conviene a todos, y principalmente a los niños.

Tu mamá te está manejando, como ella sabe, a la amiguita que tienes en el vecindario.

Anoche la llevó con la familia a casa, en donde les dió un té, *comme il faut*. Con esta amiguita para cuando vuelvas; con las que ahí vas a conquistar por tu bondad, y sobre todo, con tu alegría (porque la alegría es el mejor conquistador de amigos); con eso y con algún viajecito que hagamos, ya tendrás lo bastante para empezar a cambiar de vida; pero te repito que te dejes de llantos y tristezas.

Aquí va todo bien: tu mamá está buena de salud y de ánimo, y yo también.

Todos te abrazamos y bendecimos.

Eugenio María.

Santiago, 17 de febrero de 1895.

Hijito muy querido Eugenio Carlos: Recibimos y leímos con mucho gusto tu cartita de antier.

Aunque nada nos dices de la vida y distribución del tiempo que tienes ahí en Linares, la indicación de que te duelen los músculos del brazo, al escribirme, me muestra que pasas entretenido todo el día. Muy bien está; sobre todo, si son entretenimientos y ejercicios en el campo, o al menos, al aire libre. Esta clase de ejercicios, así como la equitación, la natación y movimientos de fuerza, son indispensables a tu edad; y a ti, más indispensables que a nadie, porque creces demasiado, y porque has tenido la desgracia de no oírme, como espero que en lo sucesivo me oigas. El simple cambio de aire basta para producir cambios benéficos en el ánimo y en la salud, y espero que nuestra Luisa Amelia haya experimentado ya esos beneficios: así lo espero de Adol-

fo; pero de ambos, como de ti, deseo saber que se bañan en aire y agua puros, que cabalgan, que saltan, que se ríen a carcajadas, que comen bien, que se acuestan rendidos, que duermen como lirones y que madrugan como gallos. Además, hay que aprovechar para el entendimiento y para la voluntad esos buenos días que dan ustedes a su cuerpo, atendiendo a cuanto ven, observando cuanto les ofrezcan de nuevo, bello y bueno el campo y la ciudad, y llevando su diario, conciso, pero exacto y puntual. Un ratito de lectura bien razonada y bien charlada con toda esa buena familia, vendría muy bien.

Por acá, ligeras molestias de cerebro para mí, y veraneo para Bayoán y Filipo en el Liceo.

De él nos mudamos mañana. Tarde y mal, como se está haciendo todo aquí, ni mejoramos mucho en local, ni podremos empezar trabajo a tiempo, ni ahorrará dinero el Estado.

Abrazos y bendiciones para los tres.

Mamá y Papá.

Santiago, 18 de febrero de 1895.

Señorita Luisa Amelia de Hostos,
Linares.

Hijita mía querida:

La falta de cartas tuyas y de Eugenio Carlos, lejos de inquietarnos, nos tiene alegres, porque tu madre y yo traducimos el silencio por falta de tiempo y la falta de tiempo por contento y alegría y distracción.

¡Mil veces bien!, querida hijita: distráete y diviérte, que tiempo te sobrará para echar de menos la expansión de la vida en esas buenas ciudades de provincia, y en estos risueños campos de Chile.

Antes de que se me olvide: di a Eugenio Carlos que el señor Alvarado le llevará el sombrero, porque Inda no ha querido que se le envíe por tren como él pidió, temiendo con razón que se lo magullaran y aplastaran.

Aunque te repito que no me disgusta el silencio de ustedes, pues que lo motiva la alegría, te aseguro que tampoco nos disgustaría de cuando en cuando una cartita, así no fuera más que como la de Adolfo.

Entre hoy y mañana se nos acaba a Filippo y a mí el veraneo en el jardín del Liceo, porque ya se está mudando para la casa que ha de ocupar, y me parece que no vamos a poder ir allá tan independientemente como veníamos acá.

Saluda con muchos afectos nuestros a toda esa buena familia, y tú reúnete a Eugenio Carlos y Adolfo para recibir la cariñosa bendición de

Mamá y Papá.

Santiago, marzo 9 de 1895.

Luisa Amelia, hijita querida:

Gracias por tu cartita y por las calorosas expresiones con que nos agradeces el telegrama de felicitación. Bien haces en agradecer, hija mía; pero esfuérate para tu bien en no exagerar nada ni exaltar tu imaginación y tu sensibilidad por nada. Queriéndote y manifestándotelo, nada de extraordinario hacemos; por tanto, no es bueno que expreses un agradecimiento extraordinario. Hartas exageraciones en tu corta vida para que no sepas cuán peligrosas y perjudiciales son. En este mismo desastroso viaje a Chile, que es resultado de mi exagerada estimación por el país, ten una prueba de los males que causamos, y a que nos exponemos, dejándonos arrastrar de exageraciones.

Mucho me ha complacido el saber que Misia Petita recibió con gusto las noticias de Víctor que para ella te daba. Dale ahora otra mejor: según el doctor Araya (que se dedica a la electropatía, o curación por medio de la electricidad), Víctor puede sanar completamente. Esa, sin ser médico, era mi opinión desde que conocí a ese interesante joven, a quien habría tomado por mi cuenta, si yo no viviera, en casa y fuera de ella, rodeado de niños, que son malos auxiliares en la curación de las neurosis todas.

De lo que te digo acerca de Víctor, tuve noticia por una de las hijas de Misia Eloísa, por quien, en nuestro nombre y en el de Eugenio Carlos, mandé ayer a saber, y por quien me acerqué a saber al pasar con *Pipo* (no Jerjes), camino del Liceo.

A propósito de la infección de la casa (pues sólo Víctor está bueno en ella) me dijo esa señorita que temblaba con la anunciada llegada de Emilio; y a propósito de este temor me acordé del regreso de ustedes, y casi me decidí a aplazarlo hasta algunos días más, cuando Santiago esté menos saturado de influenza. De todos modos, cuando vengan, que no sea el lunes, pues Inda piensa que ese es día de descarrilamientos, como es día de borracheras. Ténganlo presente.

Mucho celebramos que emplees bien tu tiempo, y que de su fruto participe una de las señoritas a quienes tan grata compañía debes.

Aunque ahora parece obligatorio nuestro viaje, mientras lo hacemos, te he mandado inscribir en el Liceo de Niñas.

Afectos a todos, con bendiciones para ustedes.

Mamá y Papá.

Santiago, 9 de marzo de 1895.

Querido hijo Eugenio Carlos: Recibimos ayer tu carta y la de Luisa Amelia. Ya Adolfo no nos escribe, sin duda porque en su última larga y elocuente misiva me pedía sellos para Consuelo González, y aun no se los he mandado. Dile que los mandaré en cuanto tenga tiempo para recoger las cartas en casa y en el Liceo. Ahora, con la mudanza de éste, la matrícula de alumnos y las obras de la casa que ocupará el Liceo, y también, con la especie de desvanecimiento que me ha producido el estallido en Cuba, que esperaba, pero no tan pronto; con todas esas causas de ocupación y preocupación me ha faltado tiempo para rebuscar papeles viejos.

Mucho celebramos tu mamá y yo que te ocupen las noticias de Cuba. Si para todos los americanos es un deber el interesarse por el bien de los dos únicos pueblos de origen español que aun luchan con el mal gobierno de España en las Antillas, para los hijos de éstas, y especialmente para los hijos de aquellos que tanto hemos sacrificado a la independencia de aquellos pueblos, el deber es una obligación; pero entiende que es obligación que ha de cumplirse sin exaltación. Siendo una buena escuela el campo de batalla, y una excelente educación de la voluntad el propugnar por una causa tan alta y tan noble como la fundación de dos nuevos pueblos para el mejor servicio de la civilización humana, tu madre imitaría a su tía, y yo me iría contigo. Lo que antes hice con conciencia, hoy lo repetiría con conciencia y media.

Allá veremos cómo van las cosas y cómo puedo yo utilizarlas en favor de mis propósitos. En medio de la tristeza iracunda en que vivo, este nuevo despertar de Cuba ha sido una alegría, que crece y crece a medida

que las noticias van mostrándome cuán viento en popa va mi sueño dorado.

En cuanto a lo de Argentina y Chile, no es más que una insanía.

Antes de proseguir: es adjunto un boleto de paquete de libros remitidos en tren de esta mañana. Van los que te mencioné, y *Derecho Constitucional y Moral Social*, que tu mamá quiso que pusiera junto con todo lo otro de que he sido malaventurado autor. Pero como la *Peregrinación* y otros libracos míos están purgando el olvido de todos, incluso el mío, no me ha parecido que valen la pena de buscarlos. Estos van, porque estaban a mi alcance.

Pero, hijo ¿qué has hecho tú para que ese buen don Laureano te quiera tanto? Lo que hacías hasta dos años ha, en que yo no sabía cómo ponderarte ni cómo agradecerle tu servicialidad ¿no es cierto? Pues bueno, hijo querido: pues que ves lo fácil que es hacerte querer con sólo mostrarte tal cual eres, domina y maneja tu voluntad para ser con todos, especialmente con tu mamá y con tus hermanos lo que eres con don Laureano.

Cuba te bendiga.

Mamá y papá.

Santiago, marzo 20 de 1895.

Señorita Luisa Amelia de Hostos,
Linares.

Querida hija mía: "En Caracas, camino de Cuba libre", como dices con graciosa oportunidad, tendrás mejor letra, si te empeñas en mejorarla; si no, no. Pero, de todos modos, es de agradecerle el propósito, y será de celebrarse el que lo cumplas, porque ¡qué mala le-

trecita va teniendo la andarieguita que se ve ya en Caracas, camino de Cuba libre...!

Si tu mamá vuelve a escribir a Caracas, lo mejor, y se lo diré, será que envíe tu carta. Así verán allí tus buenos deseos y sentimientos.

Mucho sentimos que don Laureano esté aún achacoso.

Misia Petita no tiene nada que agradecemos, pues ningún esfuerzo de voluntad ni de corazón nos cuesta el interesarnos por Víctor y el interpretar los sentimientos de una madre. Dile que la última noticia que hoy tengo y me ha mandado dar Misia Eloísa, es que él sigue bien. Deseo y espero darle pronto, por conducto tuyo, noticias completas.

Estás como tu señora madre, que ya no piensa más que en ir a reunirse con su madre y hermana en la amable ciudad en donde tantas amigas tiene y tanto supieron apreciar y estimar sus cualidades. Pero, hijita, si ustedes se van ¿cómo voy yo a pasar solo estos meses de ausencia? Y si, desprendiéndome de mi egoísmo, cosa no difícil para mí, me resigno a que pasen el invierno en aquel clima sin igual ¿cómo, señorita, cómo se hace el viaje? Pero, en fin, pensándolo como estoy, y si sale, irá usted a descansar del pícaro frío que en el invierno me la acoquina. A fe que tengo con quien quedarme, porque Marlina dice que no *quielle irse*: "Quiello quedarme con papá". Ya ves que no todos son hijos ingratos.

Mas aunque fuera ingratitud lo que sólo es un generoso sentimiento tuyo, te aseguro, hija mía, que haría con gusto el sacrificio, con tal de veros a tu madre y a ti, en mejor clima y en más grato medio.

¡Paz a los restos del pobre viejo que se iba a casar por cuarta vez!

Al señor don Adolfo, que ya no escribe sino a mamá, dile que, en cuanto venga, acabaremos de for-

mar la colección de sellos que él desea obsequiar a la señorita Consuelo.

A él y a ti, hija querida, bendiciones en caricias. A toda esa buena familia, afectos y agradecimientos.

Hasta luego,

Eugenio María.

Santiago, marzo 20 de 1895.

Querido hijo mío Eugenio Carlos: Contesto tu carta de antier, llegada anoche.

Todo en ella es placentero, menos la confusión de la letra. Si no la mejoras, aclarándola, por seguir el buen consejo que repetidamente te he dado, aclárala y mejórala para no fatigar la vista de tu madre, que ya sabes es quien lee de noche las cartas, y que no puede reprimir una expresión de disgusto cada vez que lee una carta así.

La letra buena no ha de tener adornos ni más rasgados que los indispensables, y ha de manifestar a quien la lee que la persona que escribe es sujeto recto, firme, sencillo y considerado. Ninguna de esas cualidades manifiesta mi letra ni la de la generalidad de las gentes ¿verdad? Pues por lo mismo deben los niños, los adolescentes y los jóvenes esforzarse por conseguir que su letra despierte la idea de esas buenas cualidades. ¿No has oído decir que, "tanto cuesta hablar bien como hablar mal"? Pues oye ahora que "más cuesta escribir mal que escribir bien". En ambos casos, todo se hace con un poco de voluntad bien acostumbrada, o lo que es lo mismo, acostumbrando bien la voluntad.

Ese acostumbrar bien la voluntad es un ejercicio que debes hacer tú de continuo, tanto en el hablar y el escribir, como en el pensar, en el estudiar y en el pro-

ceder. Sin voluntad bien acostumbrada no hacemos, hijo mío, más que mal vivir a merced de los hechos y de los hombres. Y para vivir así en la sociedad, mejor es la soledad.

En todo lo demás, tu carta es grata. Gusta verte inclinado a nobles ideas, cuando muestras contento por los sucesos que aseguran la independencia de Cuba; y gusta verte inclinado a buenos sentimientos, cuando crees que no es delicado dejar en estado de quebranto al huésped bondadoso.

Está bien, hijo mío, sigue así y que Dios te bendiga.

Mamá y papá.

Santiago, 23 de marzo de 1895.

Hijo querido Eugenio Carlos: Anoche recibimos y leyó tu madre tus letras y las de tu hermana.

Oí leer con gusto tu carta, especialmente la noticia de que habías efectuado tu proyectada excursión a Yerbabuenas, y la de que habías recogido datos útiles para el estudio. En cuanto a tu propósito de publicar tu trabajo, no malo si la *Revista de los Liceanos* es lo que yo quiero; pero no bueno, si va a satisfacer vanidades infantiles.

Por otra parte, hijo querido, librete de toda publicidad tu suerte! El ignorado es el único hombre que vive bien o puede vivir bien en nuestro tiempo y sociedad. Por eso, lejos de sentirlo, veo con gusto que tienes más inclinación a las profesiones no literarias. Así debe ser para bien individual y para bien social. Nuestras sociedades no necesitan de sabios, ni de literatos, ni de escritores, sino de agricultores, de comerciantes, de arquitectos, de ingenieros, de mecánicos, de maquinistas.

Como no saben de otra cosa, no dan ni gloria ni nombradía ni fama. Y si la dan ¡mal haya ella...!

Te repito lo que digo a Luisa Amelia. Con tal que no salgan el lunes, para no inquietar a mamá, vengan a principio o fin de semana.

Cariños y bendiciones.

Eugenio María.

Cavimbao, febrero 2 de 1896.

Hijito queridísimo Eugenio Carlos: Si en tu carta cupimos todos, bien puede que todos quepamos en la nuestra. Para saber si cabemos, todos te escribimos.

Hasta antier, día en que volvió de Melipilla el señor Brull, no llegó a nuestras manos tu cartita, y hasta hoy, día en que podemos contar con que la carta no se detendrá en el camino, nos ha sido imposible contestarte.

Mucho hemos agradecido a Misia Eloísa y su familia las atenciones que contigo tuvieron y mucho a don Laureano González y los suyos el recibimiento cariñoso con que ya contábamos.

Supongo que no habrás olvidado los libros y que estarás disponiéndote para volver a ellos.

Aunque yo quisiera que la familia y tú pasarán todo febrero distrayéndose, me parece que habremos de volver mucho antes, si se cumple con el propósito de aprovechar el resto del mes.

Tu mamá y nosotros todos estamos muy bien. Probablemente nos marcharemos para Santiago de aquí a ocho o diez días. Tan pronto como lleguemos allí te llamaremos. Trataré de prolongar cuanto pueda tus vacaciones; pero no serán tan largas como los deseos de bien que para ti tiene tu padre.

Dios te bendiga.

Eugenio María.

Santiago, febrero 15 de 1896.

Sr. Eugenio C. de Hostos,
Linares.

Querido hijo mío:

Tu carta de ayer me llegó en la mañana de hoy cuando ya iba yo a mandar el telegrama en que te llamaba para que, desde el lunes por la mañana, empezaras con tus cograduandos tu reposo.

En vista de tu salida para el fundo y de tu propósito de regresar no antes del lunes retuve el telegrama, y decidí escribirte, que es indispensable tu venida en el primer tren del martes. Ya ayer se me presentaron Víctor Acevedo Lecaros y Arturo E. Ducoing, tus condiscípulos, y les dije que comenzarán desde el lunes.

De veras siento interrumpir tus honestas distracciones, principalmente ahora, que, yendo a campos dignos de estudios, puedes unir lo dulce a lo útil, el recreo al estudio, pero ya no es tiempo para otra cosa que prepararse a salir como conviene a ustedes, al Liceo, al nuevo régimen, y al país. Te esperamos a las tres del martes próximo.

Muy de veras siento la indisposición de don Laureano González, cuya salud, preciosa para su familia y para los que de veras lo estimamos, debe hoy ser preciosísima para el candidato a la presidencia de la República en cuyo favor esté él.

Dale mil recuerdos míos particulares.

A punto estuvimos de ir a buscarte. Al regresar de Cavimbao pensé en seguir viaje hasta Linares; desgraciadamente, llegamos cuando ya había salido el tren del Sud; pero lo que fué una desgracia para nosotros, fué una felicidad para la familia de don Laureano, que así se ha salvado de tal invasión.

A Bayoán y a Adolfo, por ruegos de Carlos A. Brull los dejé con él en Cavimbao (Melipilla). Afectos de todos para todos, y te bendecimos a ti,

Eugenio María.

Santiago, Chile, marzo 17 de 1897.

Sr. don Eugenio Carlos de Hostos y Ayala,
Cadete de la Escuela Militar.

Querido hijo: Me he propuesto escribirte todos los miércoles; y para no faltar a mi propósito, empiezo hoy, aunque sin tiempo ni solaz ni ánimo bueno.

Como te echamos tan de menos, es natural que nosotros, principalmente tu madre y yo, deseemos tenerte cerca; y ya que no puede ser en persona, que lo sea en idea.

Además, importa que no tengas motivos para sentirte más lejos de mí de lo que efectivamente estás, ni más abandonado de mis amonestaciones y consejos de lo que exige la distancia material que nos separa.

Voy a escribirte semanalmente, tratando de que mis cartas te sean útiles, y te acompañen como un amigo verdadero, no para estorbarte el paso, sino para señalarme el mejor camino.

Como te despediste de mí "para presentarte", y no para "recogerte", cuando Adolfito vino al Liceo a decirme que te habías ido, no pude contener esta exclamación: "¡Cómo! ¡Y mi hijo se ha ido sin que yo le dé un abrazo...!"

Me esperanzaron con la posibilidad de que volvieras por la noche; y, pasada la noche, con la probabilidad de que fueras a casa a pasar el domingo; pero, ¡nada!

Gustavo Adolfo Holley, con quien me hallé en la Quinta Normal de Agricultura en la mañana del domingo, me puso de muy buen humor, porque me dijo que, al ir a dejar a su hermano Eduardo, te había visto muy contento y muy rodeado de amigos.

Así te quiero, mi hijito; contento, y rodeado de amigos. El contento es la respiración de nuestra vida moral, y los amigos son los compañeros de camino en el viaje que hacemos por el mundo.

Así te quiero, mi hijito, así; contento y con amigos.

Consévalos, y no te olvides de papá, ni mucho menos de mamá.

Ella, tu cariñosa hermana, los diablejos de tus hermanos y yo te saludamos.

Eugenio María.

P. S. Envío la carta con Gregorio, a fin de que puedas pedir lo que necesites; dile a qué zapatería mandaste a hacer tus botines. Lo que no te mande hoy tu mamá, lo tendrás para el sábado.

OTRA. Van prendidas las hojas de papel, para que vayas formando legajo con mis cartas.

Hoy, miércoles 24 de marzo de 1897.

Hijo querido Eugenio Carlos: Te van saludos y cariños de todos nosotros.

En estos días hemos sabido de ti, por conducto de tus compañeros los cadetes Eduardo Holley y Absalón González, y de ti mismo: tú, en tu única cartita y ellos dos de palabra, nos han hecho saber que estás bueno, contento, animado y buen dispuesto.

Es necesario que dediques una parte de tu voluntad a conseguir que siempre el estado de tu ánimo sea así. El contento con su suerte y la alegría del ánimo, además de ser necesarias para la vida, sirven para demostrar

que sabemos hacer buen uso de nuestra vida. Especialmente en la edad en que estás, hay que estar contento y vivir alegre: tiempo viene después en que el exceso de trabajo y la falta de recursos; el exceso de buenos propósitos y la falta de justicia nos hacen taciturnos y tristes, aunque por naturaleza y por reflexión seamos sanos de corazón y de conciencia. Digo "sano de corazón y de conciencia", porque, en el fondo, el contento y la alegría son el resultado natural de la salud. Cuando sanos de cuerpo y alma, vivimos alegres, porque estamos contentos de la vida.

Tú, que no tienes motivos para estar descontento de ella, procede de tal modo, cada día, que no tengas ningún motivo para estar descontento de ti mismo. Eso, a tu edad, es fácil, porque los deberes son pocos y sencillos: con tratar de ser el más estimado de sus profesores, y el más querido de sus condiscípulos, ya basta para vivir contento de los otros y de sí mismo.

Pero, mira, si no cuidas escrupulosamente de tu cuerpo, sujetándolo a una higiene metódica, y dominándolo en absoluto, tendrás días de descontento y hasta de disgusto de ti mismo: si quieres ser hombre entero y verdadero, tienes que dominar tu cuerpo, tanto como tu alma, y ser tan saludable por fuera como por dentro.

Con esa felicidad de la primera edad está muy relacionado el buen humor; y con éste, el carácter. El mal humor, la impaciencia, la propensión a la cólera, la ira, la soberbia son defectos y vicios que pierden a los que los hemos contraído. En mi edad, todo eso da pena; pero en la tuya da horror. Eso quiere decir que el mal genio, que es base de debilidad de carácter en los viejos, y de injusticia y violencia en los jóvenes, hace temer sin respetar a éstos, y compadecer sin amar a los primeros.

La formación del carácter, a fin de que él nos ayude a realizar grandes cosas, y no nos estorbe en el camino de los buenos propósitos, es una ocupación que debemos tener desde el momento en que descubrimos que nuestra vida puede servir de algo a los hombres.

Pues bien: el que quiera formarse un carácter que lo ayude a ser útil, bueno, grande y poderoso, tiene que poner toda su voluntad, y todos los días en dominar los defectos, pasiones y vicios de cuerpo y alma que nos hacen desagradables a los otros y a nosotros mismos.

Piensa en esto, y decídate a no consentir que el mal carácter te impida ser lo que, para tu bien, quiere que seas tu padre,

Eugenio María.

Santiago, miércoles 31 de marzo de 1897.

Hijo querido Eugenio Carlos: Por falta de tiempo, y para sólo no faltar al compromiso contraído contigo y conmigo mismo, te van pocas palabras.

Se referirán a dos cosas; una buena, y otra mala.

La buena es muy buena. Me dijiste que tratabas de tener siempre adelantada una lección en cada una de tus clases. Eso es excelente, así para el entendimiento como para la voluntad. Para el entendimiento, porque le procura el placer de mantenerlo atento, activo y diligente; para la voluntad, porque la adiestra en el perseverar, que es la mejor destreza que ella puede adquirir, y sin la cual no hay hombre notable en la historia de los hombres.

La cosa mala a que debo referirme es la falta de disciplina que comete el cadete que deja el uniforme por el traje de paisano.

En esa falta de disciplina hay muchas faltas: al deber de cumplir sus compromisos, porque se falta al que se contrae de andar como está ordenado; falta de firmeza de voluntad y de carácter.

En suma, es una falta que se debe corregir a toda costa, así por sumisión concienzuda a la disciplina militar, como porque debemos disciplinar nuestra voluntad y formarnos desde niños un carácter metódico, ordenado, regulado por convicciones y deberes.

Todos te abrazamos, empezando por

Eugenio María.

Santiago, Chile, abril 7 de 1897.

Señor don Eugenio de Hostos,
Mayagüez, Puerto Rico.

Mi muy querido papá:

Un poco me ha tranquilizado la carta que mi hermana Rosita me ha escrito últimamente por encargo de usted, y que he recibido en estos días; pero el hecho de no escribirme usted, y la noticia que Rosita me da del malestar de usted, me desasosiegan en extremo. Para un hombre tan mortificado como yo, le aseguro, papá, que es el colmo de la crueldad el tenerlo, como las circunstancias me tienen, con el corazón dividido en tantas partes, una aquí, otra ahí, otra en las vicisitudes de la patria...

Aun así podría ser llevadero este destierro tan largo, tan duro y tan penoso, si se hubiera realizado lo que yo esperaba al venir aquí; esto es, que mi ayuda para la vida de ustedes fuese aun más continua que lo era en Santo Domingo. Lejos de eso, y merced a la desgraciada situación económica en que encontré al país, y en que

él sigue, he gastado muchísimo para no poder nunca ayudarlo a tiempo. Cada un peso que he puesto ahí me ha costado siempre tres, cuando no me ha costado cuatro, a excepción de los primeros mil pesos, que me costaron a 29%. Ahora, cuando esperaba que el arreglo hecho con mi esposa para que me ceda los alquileres de su casa en San Carlos, R. D., daría por resultado el que llegaran a usted de un modo regular esas parcas, pero seguras mesadas, resulta que no estuvieron prontas hasta el doce de enero, fecha en la cual se le hizo la primera remesa en una nueva forma. Al menos, ya puedo descansar por ese lado.

Pensaba escribirle mucho más; pero falta tiempo. Ruego a Dios que me lo conserve con vida un poco más dulce y amable, como siempre deseo.

Su amantísimo

Eugenio María.

Santiago, miércoles 7 de abril de 1897.

Eugenio Carlos, hijo querido: Tampoco hoy tengo tiempo: aprovecharé el poco de que dispongo en contarte un cuento.

Un niño de quien su padre no se cansaba de hacer elogios, por lo obediente, por lo respetuoso, por lo diligente, por lo servicial y por lo contento que vivía, empezó a juntarse con otros niños menos bien inclinados que él, o menos atentamente dirigidos por sus padres. Un día lo inducían a beber; unas veces le enseñaban a reírse de las virtudes modestas y humildes; otras veces lo inducían a juzgar audazmente de hombres y cosas. A consecuencia de ser su padre un hombre público a quienes los otros no perdonan ciertos méritos, tuvo el niño la pena de tener que formar juicio de su padre.

Gracias a que el niño era de lo efectivamente bueno que, de cuando en cuando, se produce entre los hombres; gracias a eso no se convirtió en uno de tantos adolescentes como andan por ahí. Pero el genio se maleó: de bueno que era se hizo malo; y como las injusticias y las torpezas agrían el carácter de los hombres más benévolo, y el niño ya hombrecito veía eso en su padre, fué él también empeorando de genio, como si de ese modo creyera conseguir que le respetaran. Como lo que con eso se consigue es que los próximos nos teman y los lejanos tengan mala idea de nuestra fuerza moral, es claro que el hombrecito se hizo temible para los que lo querían, sin hacerse por eso más considerado de los indiferentes.

En tal coyuntura, el padre vió que el único modo de hacer que su hijo fuera lo que debe ser un joven que tiene por delante un porvenir brillante y grandes deberes que cumplir, era obligarlo a llevar una vida activa para el cuerpo, ocupada para la imaginación, circunspecta para la conducta. Así, doblegando el cuerpo, no sería su esclavo; ocupada la imaginación, desarrollaría mejores fuerzas del entendimiento; teniendo que mirar a su derredor para no excitar pasiones, se vería obligado a moderar su mal genio.

Ya el padre se iba acostumbrando a la idea de que su hijo iba caminando hacia la noble meta a que no se llega sin dominio sobre sí mismo o sobre los otros, cuando una noche lo vió fruncir el ceño, mascullar malas palabras y roer malos sentimientos, todo porque su buena madre, para salvarlo de mayor mal, le había ocasionado con un remedio casero una ligera molestia en el cuello.

Quien se deja vencer por una molestia física está todavía muy atrasado en el camino de la dominación de los otros y de sí mismo, que es el camino que debe se-

guir quien tiene buenos propósitos para su vida y grandes deseos de hacer bien a su patria.

Hasta el domingo.

Eugenio María.

Santiago, Chile, abril 19 de 1897.

Señor don Eugenio de Hostos,
Mayagüez, Puerto Rico.

Queridísimo papá:

Le escribo para incluirle la adjunta cartita de Eugenio Carlos.

Viendo yo el irregular crecimiento de ese niño, que, a los diez y siete años tiene más estatura que la generalidad de los hombres altos, sin que el desarrollo corresponda a la estatura, decidí ponerlo en la Escuela Militar de Chile, institución muy buena. En ella acabará de desarrollarse, fortalecerá sus conocimientos, se ejercitará en ejercicios físicos, militares y de voluntad; adquirirá conocimientos necesarios para la vida activa y útil para el mundo y para su patria, vida a que él mismo, con nuestra anuencia, se destina. Además, seguirá sus estudios de Derecho.

Sobre todo, se hará un hombre bueno, para lo que tiene altas y nobles prendas.

Estamos, como siempre, con el pie en el estribo: en este verano pasado (empieza en diciembre, y acaba en marzo) hice cuanto pude para irnos, pero todavía no ha sido posible encontrar el modo apropiado para satisfacer esos deseos.

Todos le pedimos la bendición, y abrazamos a Rosita. Bendígame usted a su vez, querido papá.

Su amantísimo,

Eugenio María.

Santiago, hoy, 27 de abril de 1897.

Eugenio Carlos hijo querido: Aprovecho pocos momentos de descanso para cumplir con el deber que me he impuesto de conversar contigo desde lejos un momento, cada miércoles.

Te hablaré precisamente del malestar de ánimo que, a los habituados a cumplir con su palabra, o compromisos, o promesas, les produce la falta de cumplimiento de un deber contraído consigo mismos, aunque la falta haya sido involuntaria.

Ya ves: nadie me obliga a que yo te escriba en día fijo; y cuando una sola vez he dejado de hacerlo, no lo he hecho por, sino contra, mi voluntad. Pues sin embargo, me he sentido mal de ánimo, como cuando faltamos a un deber, desatendemos a una obligación o cometemos una falta.

¿Por qué es eso? Porque el hábito de hacer lo que se debe fortifica nuestra conciencia, y la fortaleza de conciencia nos hace delicadamente sensibles a nuestras propias faltas. De aquí que, para no sentir las, traten de no cometerlas; y para no cometerlas, traten de ser cuanto mejores sea posible.

Bueno es que veas, por experiencia y por razonamiento, que el cumplir con nuestros propósitos y deberes nos hace fuertes, como vas a serlo tú, de cuerpo y alma, si aprovechas ahí tus ejercicios, y aquí las instrucciones de tu padre.

Eugenio María.

Santiago, hoy, 16 de junio de 1897.

Eugenio Carlos hijo querido: Todo va bien, según veo, menos el genio. El imperio en los ademanes, en la voz, en el mandato, ni aun en la milicia son buenos;

exigir imperativamente la obediencia, hasta para las cosas más nimias, es un mal proceder.

Al contrario de esa conducta, lo que está llamado a hacerte grato a todos, en la casa y en la escuela, en la sociedad y en la milicia, es el dominio de ti mismo. Precisamente por haber visto con tus propios ojos el penoso espectáculo de los arrebatos de cólera y de los abandonos a la ira, debes esforzarte por salvarte de ellos. Ya viste: un día entero dedicado a reprender sin descanso, a exigir sin derecho, a hacerse obedecer sin necesidad, tuvo por coronación una de las noches más tristes que ha tenido el pobre padre que más ha trabajado por educar bien a sus hijos.

Hacerse querer es lo que importa: el respeto, por sí solo, no es duradero: el menor defecto lo hace perder.

El cariño no se pierde, ni aún a fuerza de defectos. Lo que hay que desear no es que nos teman grandes ni pequeños y que los niños tiemblen a nuestra presencia y deseen no vernos, sino lo contrario.

Como mañana has de venir, ven dispuesto a hacer que todos recordemos con alegría y satisfacción tu estancia entre nosotros.

Cuando se tienen muchas buenas cualidades no se tiene el derecho de abandonarse a una que es mala para todos, así los demás como nosotros mismos.

Hasta mañana, querido hijo.

Tu

Eugenio María.

Hoy, 14 de julio de 1897.

Inda querida: Mil gracias y mil besos de gratitud por tu conducta con Adolfo. Ya ves lo que es la voz de las madres. Estoy seguro de que, si sigues empleán-

dola, florecerán en nuestros chiquitines las virtudes que deseamos inculcarles.

A ese fin, aprovechemos la ocasión. Haz que Luisa Amelia se encargue de empezar hoy mismo la enseñanza de Mariíta; haz que preparen el cuarto de estudio de Adolfo, para que él y Bayoán pasen el tiempo allí; dispón premios semanales para buena conducta en casa y fuera; en suma, toma formal y efectiva posesión de tu poder doméstico, y recuerda que ni aun el poder de las madres sirve de mucho, cuando la autoridad del padre no es incontestable.

Te repite los besos,

Eugenio María.

Santiago, Chile, julio 26 de 1897.

Señorita Rosa de Hostos,
Mayagüez, Puerto Rico.

Queridísima hermana mía: Hoy más que nunca tuyo, no temas que olvide mis deberes para contigo, tanto más sagrados, cuanto que siguen siendo deberes para con nuestro buen padre, que tanta abnegación te vió desplegar por él.

A fin de asegurar tu situación, en lo poco que de mi posibilidad depende, veré de conservar al arbitrio de que últimamente podía valerme para mandar algo al pobre papá, haciéndole remitir desde Santo Domingo los alquileres de la casa de Inda en San Carlos. Si no, mandaré letra de cambio.

La noticia de esta nueva desgracia me ha producido menos conmoción de la que producen las noticias de males no previstos, porque hacía años que estaba previendo la ida del bueno, del querido y desventurado papá. Fué siempre tan desgraciado, y el espectáculo de

sus penalidades (que nunca dejé de tener ante la vista de mi alma compungida) me apesadumbraba tan indeciblemente, que sería una expresión de egoísmo el desesperarme por una de las pocas benignidades que la muerte puede tener: noventa y uno o más años de continuo luchar, y los treinta últimos de la vida consagrados a una agonía del alma que acaso no bastaba a dulcificar tu ejemplar abnegación, y que apenas lograba calmar yo con mis esfuerzos, no son vida y espectáculo que el hombre de conciencia pueda preferir a una muerte reparadora.

Por eso comprendo que, como me escribe tío Pancho Bonilla, estés resignada. A lo que no podíamos ni debíamos resignarnos los que conocíamos los derechos de aquel noble varón al respeto de los hombres y a las contemplaciones de la suerte, era a que ni la suerte ni los hombres lo contemplaran.

Ahora, Rosita, para acabar de ser dignos de él, sigamos amándonos como él quería que se amaran sus hijos.

Tu hermano,

Eugenio María.

Santiago, agosto 3 de 1897.

Queridísima Rosita: En próximo correo te escribiré extensamente, y te diré lo que Inda y yo pensamos que conviene hacer para impedir que quedes sola.

Inda y los niños, que han llorado mucho a papá y que están cuidadosos por tu situación, me encargan muchos abrazos y caricias para ti. Yo te ruego que me escribas largamente, dándome todos los pormenores de la enfermedad y fallecimiento de papá. De lo que haya quedado, nada para mí sino sus *Memorias*, que tú debes conservar con el mayor cuidado hasta que nos reunamos.

Desde que en la semana antepasada leí en la carta de nuestro tío Pancho la noticia tan temida del eterno descanso de papá, te he escrito, con ésta, ya tres cartas; y desde la primera te advertí que fueras pensando en la conveniencia de reunirnos. Hoy te envío la tercera por conducto de mi amigo don José María Pichardo B., de Santo Domingo.

El deber de reunirnos se me aparece más urgente aún de lo que sería, porque estás sola y porque mi salud me exige mejor clima que éste. Inda y yo pensamos que lo mejor es reunirnos en Santo Domingo, ya en la Capital, ya en el interior.

Pero no sería posible que siguiéramos con la casa de papá en Mayagüez. Tienes, pues, que venderla. En esa esperanza, intentaré desde luego el regreso a Santo Domingo, en donde, si nos juntamos, podremos vivir tranquilos nuestros últimos años; y si no, continuaremos como hasta aquí.

Piensa bien lo que te dice tu amantísimo hermano, que, como todos los de casa, desean tenerte a su lado.

Vuelvo a rogarte pormenores de la enfermedad de papá.

Mil abrazos.

Eugenio María.

Santiago, hoy, 8 de octubre de 1897.

Querido hijo Eugenio Carlos: Acabo de leer en un diario que en esa Escuela Militar han impuesto un castigo riguroso en extremo.

Como tú no dijiste nada de eso, ni de ninguna otra cosa que pase ahí me dices nunca nada, no puedo informar a quien me pide informe.

Y lejos de sentirlo, me alegro tanto, que te escribo para alabar y premiar tu discreción y tu reserva.

Te escribo también para hacerte saber que he recibido del Ministerio de la Guerra un *Indice General de las Leyes, Decretos y demás disposiciones atinentes al ramo militar*, y que te lo guardo para cuando lo necesites.

Como en el Ministerio no se han encontrado las *Ordenanzas Navales* que tanto necesito para el Comandante General de la Armada dominicana, mira si entre tus condiscípulos del Paraguay se presta alguno a solicitarlo de alguno de sus compatriotas de la Escuela Naval, para que hagas saber si por allí podría encontrarse ese libro.

Hasta el domingo. Dios te bendiga.

Tu padre,

Eugenio María.

Santiago, Chile, diciembre 8 de 1897.

Muy querida hermana Rosita: Aunque te he escrito en dos semanas consecutivas, tengo tantos deseos de satisfacer los tuyos de que te escriba para acompañar tu soledad, que voy a aprovechar de nuevo el correo.

Te hablaré de lo que pienso hacer, en el caso difícil de que se pueda combinar y realizar el modo de acercarnos a ti, bien sea yendo a la República Dominicana, bien a Venezuela.

En tal caso, pienso que nos reunamos en algún punto en donde el clima sea agradable, la vida buena, y productivo el trabajo; pero, sobre todo, en donde ustedes puedan tener amistades y sociedad agradables. Lugares que reúnan esas condiciones no faltan en Quisqueya (este es el nombre indígena de la República Dominicana); pero yo quiero uno, como la linda ciudad de Moca,

que esté a igual distancia del mar y de la cordillera, a fin de que, por salud y esparcimiento, podamos vernear en las espesuras de los montes o en las orillas del mar.

Lo malo es que mis amigos de aquel querido país se oponen a que yo vuelva por ahora a él, sin duda por mis opiniones políticas. En cambio, para ir a Venezuela, se opone la falta de trabajo, aunque me parece que no me faltaría algún tiempo después de mi llegada.

Luisa Amelia ha quedado de su enfermedad tan débil y nostálgica; Adolfo está tan necesitado de navegación; Inda necesita de tal modo que se le busque un clima suave y aguas saludables; tú requieres una vida tan higiénica y tan distinta de la que llevas, que, a pesar de lo grave que se me presenta el cambio, creo que me veré obligado a hacerlo.

Si fuera para vivir juntos, y de modo que el resto de vida que nos queda se nos fuera yendo entre el contento de una existencia grata, y la esperanza de haberla empleado bien, por ti y por todos lo celebraría tu amantísimo hermano

Eugenio María.

Santiago, 9 de febrero de 1898.

Sr. don Eugenio Carlos de Hostos,
Cadete de la Escuela Militar de Chile,
Viña del Mar.

Queridísimo hijo: Buen despertar te debimos ayer. No bien me levanté, hallé sobre mi escritorio la tarjeta postal que me escribiste con fecha del seis. Apenas la leí, fuí de dormitorio en dormitorio ofreciendo un gran premio al que primero se levantara. Se lo ganó Samela, que, no queriendo gozar a solas, lo participó a tu madre;

y tan a voz en cuello, que hasta los más perezosos salieron premiados con la lectura de tu esquila.

Todavía por la tarde andaba tu hermana, murmurando: "¡Pobre Eugenio Carlos... y le tocó la guardia!" Porque estas almitas de almíbar siguen creyendo que es un gran sacrificio lo que no debería ser considerado sino como un ejercicio muy benéfico, así para los órganos corporales como para la voluntad.

Esperemos que, sabiendo tú por reflexión transmitida y por experiencia inmediata, el grande y efectivo bien que es para tu educación física y moral el ejercicio ése, me agradecerás que te haya inducido a acompañar en esa instructiva y sana excursión a tus antiguos compañeros de estudios y fatigas provechosas en la Escuela Militar.

Aquí, por lo que he oído a Ricardo Montaner Bello (muchos del Ejército y del Ministerio, que han tenido noticia de tu próxima *baja* y del disgusto con que el Director de la Escuela Militar se aviene a tramitarla), se asombran de que abandones la carrera al llegar a la meta. Y tienen razón: ni volverse a medio camino, ni retirarse de la meta son actos prudentes en la vida. Mas como la causa a que he obedecido al resolverme a pedir tu baja es tan natural, espero que tú sabrás estimarla durante el resto de tu vida como una de las más positivas pruebas de cariño que debes a tu padre.

Aquí han empezado ya tu madre y hermanos a vender muebles; y te echan muy de menos.

Tus hermanos te abrazan: tu madre y yo te bendecimos.

Eugenio María.

P. D. El Mayor Jorge Barceló Lira, director de esa Escuela Militar, vería con gusto que tú fueras de la excursión a Viña del Mar con que ha de terminarse el curso de este año;

y yo vería con satisfacción que tú complacieras a tu superior; máxime, cuando se te ha mostrado tan propicio.

Anda a tu excursión, ejercítate, diviértete, y a tu vuelta nos iremos.

¿Te esperamos esta tarde?

Bendiciones.

Papá.

Santiago, Chile, 10 de febrero de 1898.

Querido hijito Eugenio Carlos: Al volver a casa a la hora de almuerzo, me recibió con gritos de alborozo Luisa Amelia, anunciándome carta tuya, y celebrándola por noticiosa y bien escrita.

La leí, y como tu hermana y tu madre, he encontrado gratisima tu relación y agradable tu diario. Como yo te he recomendado tanto esta forma literaria, no por lo que tenga de agradable y de literaria, sino por lo que tiene de educacional y por lo útil que es para la vida activa, he celebrado especialmente que hayas adoptado esa forma de información en tu cartita; pero mucho más celebraría que la adoptaras como costumbre y para formación de tu voluntad y de tu carácter.

Las muestras de contento que das, me hacen felicitarme nuevamente del empeño que mostré en que acompañaras a la Escuela Militar en esa excursión, que, a lo que veo, va a ser uno de los mejores recuerdos que lleses de Chile, país que tan grato para ti ha sido.

Continúa trabajando y disfrutando, y danos en el próximo primero de marzo la alegría de tenerte a nuestro lado, robusto, fuerte, veterano, y con muchos diarios que leernos, y muchos cuentos de tu campaña que contarnos.

Escribo a los señores Ambrosio Montt y Francisco Valdés Vergara anunciándoles que irías a visitarles, a despedirme de ellos, a manifestarles mi amistad y tu complacencia en conocer a dos hombres que honran a su país.

A toda costa es necesario que vayas a presentarles esas tarjetas; y si tienes tiempo, que vuelvas a despedirte de ellos.

Con Valdés Vergara no tengo intimidad; pero le debo muchas consideraciones, que es lo mejor que debemos querer de los hombres. En cambio, de Ambrosio Montt fuí amigo muy asiduo en mi anterior venida a Chile; y aunque ahora lo he visto poco, generalmente en casa de Espejo, el estar enfermizo me lo hace recordar con cariño. Es, de todos modos, un hombre muy notable por su talento, por su cultura y por la delicadeza de su trato. Es uno de los mejores modelos sociales que se puede proponer en Chile un joven de aspiraciones elevadas.

Todos te envían caricias, y tu mamá y yo te enviamos nuestras bendiciones.

Eugenio María.

Santiago, 18 de febrero de 1898.

Querido hijo Eugenio Carlos: Recibida ayer tu carta del 16, y léida con gusto; aunque echamos de menos los diarios, que siempre te he recomendado, y que te exijo ahora que vas a experimentar (con un viaje por mar, abordo del crucero *Esmeralda*; acompañando al Presidente de la República ⁽¹⁾; presenciando actos públicos y privados de la vida oficial; y contemplando nuevas escenas naturales; y haciendo ejercicios de cam-

(1) Don Federico Errázuriz Echaurren.

paña), a experimentar, te repito sensaciones y emociones útiles. Empieza tu diario desde luego, a fin de que, cuando te embarques, ya no tengas que andar en preámbulos. Día, hora, acto, palabra, motivos de acción, juicios extraños y propios, sentimientos, deseos, propósitos y experiencias, todo ha de entrar en el diario; pero del modo más breve, más exacto, y más expresivo. Si incluyes también el juicio que merezca cada una de tus acciones, tanto más útil y educativo el ejercicio.

Así es como aprende uno a tener firmeza de propósitos, y así como evita que le suceda lo que a cierto cadete, que, después de tener el buen propósito de perseverar en su puesto hasta obtener su nombramiento, se apresuró a pedir que se solicitara su baja, y después se arrepintió. El señor Montaner Bello, con quien hablé en la mañana de hoy, dice que es casi imposible lo que quieres. Ya el decreto de baja está dado; nombrado en tu lugar el aspirante que ha de ocupar tu vacante, y sólo por bondad del señor Barceló Lira para contigo, y a fin de que no perdieras la excursión a Villa del Mar, no se ha publicado el decreto, que se hará efectivo en cuanto vuelva la Escuela Militar a Santiago.

Tal vez aprovechando la presencia del Presidente y del Ministro de la Guerra para distinguirte en todo, e inspirando simpatías y descontento por tu retirada de la Escuela Militar, podrías tú mismo hacer algo en favor de lo que deseas.

Vamos a ver si lo haces. Como el Mayor Barceló Lira, como director de la Escuela Militar, será de la excursión, en él llevas un buen auxiliar. Búscalo para que en mi nombre lo saludes y le des gracias por su nueva oficiosidad en tu favor.

No dejes de ver a Ambrosio Montt y a Francisco Valdés Vergara, ni de despedirte, aunque sea por tarjeta.

Desearía fueses a Valparaíso y visitaras en nuestro nombre a Lubina Villanueva y a su hermano Julio.

Todos te abrazamos, y yo te bendigo.

Eugenio María.

P. D. Al teniente Silva, que tan honrosa idea tiene de mí, y a tus compañeros que tan amistosos cuidados tienen por ti, agradáceles en mi nombre su bondad.

Santiago, Chile, abril 4 de 1898.

Querida hermana Rosita: Por el último correo, y con fecha 29 del pasado, te escribí para decirte que salieras a toda costa de la casa; para incluirte cartas de Eugenio Carlos y Luisa Amelia, y para distraerte con la contemplación de los retratos de ellos dos y el de Adolfito. Ansioso de contribuir a tu consuelo ya que lo es para ti el leer cartas de los que tanto te amamos, te incluí también una carta mía para ti que se había quedado olvidada del correo anterior.

Es verdad que estoy un poco fuera de mí con la resolución del viaje. Por una parte, la resolución misma, siendo tan seria, agrava mi ánimo; por otra parte, el lugar, no siendo Santo Domingo, que sería como volver a un pedazo de la patria, me inquieta. Pero como allí está mi suegra, y allí puedes tú reunirte con nosotros, poco es lo que pierde quien vive en el mundo por deberes y no por placeres. Con tal que haya trabajo, todo estará bien.

Aunque resuelto a él, todavía no es seguro el viaje: de todos modos, antes de emprenderlo, te avisaré.

En el estado de confusión en que aquí está todo a consecuencia de los preparativos de guerra con la República Argentina (disparate que ojalá no se realice),

ni aun dado me ha sido gozar de las primicias que me ofrecía el fruto cosechado con sus estudios y aptitudes positivas por Eugenio Carlos; pues ni había de dejarlo solo aquí; ni había tampoco de consentir en que, por ser oficial del ejército chileno, fuera él a pelear con hermanos de otra república. En consecuencia, he hecho que deje la carrera de las armas.

Como todos los demás, como Inda y como yo, él te abraza. Todavía, probablemente, tendré tiempo de escribirte desde aquí.

Tu hermano,

Eugenio María.

La Guayra, Venezuela, julio 7 de 1898.

Mi amada Inda: Este viaje de Caracas a la Guayra no se ha parecido al otro de La Guayra a Caracas. Aquél fué un soplo, y éste ha sido un suspiro, tan hondo, tan íntimo, tan triste como los suspiros que salen de lo más secreto de nuestro ser.

Después del mes de inquietudes, vuelta de nuevo a viajar! Y esta vez, solo, dejando atrás a los míos; a mi nunca dejada compañera; a mis hijos siempre inseparables. De veras que si no fuera por el móvil, este viaje consumiría mis imprudencias. Pero bien sabes tú que no podía ser de otro modo, y bien sé yo que el sacrificio es mayor que cuantos hasta ahora he hecho a mi familia y a mi patria.

Como tengo la esperanza de que no ha de ser estéril, pensemos, no en lo que nos cuesta, sino en el modo de utilizarlo en bien y provecho de la familia.

Tranquilo por lo que respecta a la subsistencia de ustedes durante tres meses, y con esperanza de encontrar en Nueva York el trabajo que inmediatamente me

dé para hacer aún más seguro el subsistir de ustedes, hablemos de lo que ha de hacerse ahí para que a mi vuelta, o a nuestra reunión, todo patentice la conveniencia del sacrificio que hacemos al separarnos temporalmente unos de otros; el padre de la esposa bienamada y de los hijos muy queridos, y ustedes de mí.

Sobre todo, orden: Que los niños se sometan diariamente al régimen doméstico convenido y al estudio y solaces prefijados: que Eugenio Carlos se discipline en la enseñanza de sus hermanos y te ayude a dominarlos y dirigirlos: que Luisa Amelia lo acompañe en la enseñanza, encargándose principalmente de Mariíta: que tú te propongas con la firmeza y la dignidad de que eres ejemplo probar con los hechos que la dirección de la madre, cuando es como tú, y cuando sustituye al padre, es tan eficaz, y puede serlo aún más que la del padre.

Sólo en los días de fiesta se recibirá a los deudos: esto es muy importante, y ha de hacerse ley. Las interrupciones de tareas metodizadas son la muerte del beneficio que de ellas se espera. Si los deudos, por ser deudos, y los amigos se creen autorizados a infringir las reglas de un hogar, no hay orden posible.

La casa no ha de ser un lugar de residencia continua, sino una residencia que se haga placentera por las alternativas de trabajo y de solaz.

Por lo mismo que yo he olvidado siempre esta verdad, tenla tú presente; y haz que el horario sea tan observado en lo relativo a los paseos y distracciones, como en las tareas y atenciones. En la Plaza de El Valle tienen ustedes dos familias a cuyas casas ir a conversar plenteramente, y desde donde pueden tú y los mayores ir a ver jugar, retozar y divertirse a los menores. Los paseos a los campos vecinos no se deben olvidar. Pero tampoco debe olvidarse que las distracciones de

una familia no deben alterar el orden que ella misma ha establecido para vivir del modo más útil y ejemplar.

Iba a escribirte más; pero estoy inquieto con la hora, y cierro hasta Curazao de donde escribiré.

Estampo en ambos ojos un beso y para tí y nuestros hijos pido las bendiciones que merecen esposa buena e hijos bien inclinados.

Tu amantísimo,

Eugenio María.

La Guayra, julio 7 de 1898.

Queridos hijos de mi alma: No me resuelvo a dejar el puerto sin escribirles dos palabras, que, al menos, les sirvan para probarles que papá no ha dejado de pensar en ustedes y en mamá, en su salud y bienestar, ni un solo momento.

Al contrario: no he hecho otra cosa que pensar en la familia, para lo cual me ha servido mucho el venir sin compañía en el tren, y el no tener cerca de mí a nadie.

A mi llegada a la estación de aquí, encontré al señor Méndez, que ha estado muy obsequioso conmigo, a fuer de buen conuñado, pero que ha tenido que irse a su trabajo. Me ha dejado sólo en su cuartillo, en donde les estoy escribiendo, y no lo veré hasta que vaya a buscarme a bordo.

Díganme ustedes, Mariíta, Filipino, Adolfo y Bayoán: ¿qué traeré yo de los Estados Unidos al señor Méndez en prueba de que le agradezco sus obsequios?

Mucho he sentido venirme del lado de mi esposa e hijos tan temprano: el que me aconsejó que no me expusiera a perder el vapor y que viniera en el tren de la mañana, no sabe lo que es dejar a sus hijitos, que, por

traviosos e indómitos que sean, constituyen, con su madre, toda la vida del padre.

Aquí hace mucho calor y mucha tristeza: ¡qué diferencia del Valle, en donde la temperatura era tan suave, y en donde mi familia lo alegraba todo! Pero ya llegará, hijitos queridos, el buen día en que nos reunamos otra vez. Para entonces, esperen todo lo que les prometí incluso la salud para mi patria y para mí (que es lo que me han pedido Luisa Amelia y Eugenio Carlos), y estén seguros de que por nada ni por nadie volveré a separarme de ustedes.

Mariíta, Filipino, Adolfo, Bayoán, Luisa Amelia, Eugenio Carlos: que Dios me los bendiga como los bendice su amantísimo padre,

Eugenio María.

A bordo del *Abydos*, Curazao, julio 8 de 1898.

Señora doña Inda Ayala de Hostos,
El Valle, Venezuela.

Queridísima Inda: A ti, que sueles amenazarnos con irte a vivir sola a tu casa solariega de San Carlos (Santo Domingo), vayan por siempre las mayores alegrías del hogar y las satisfacciones todas de la vida: así no pensarás en estar sola. Yo, que contra toda mi voluntad lo estoy, sé que la soledad que procede del alejamiento de los suyos es uno de los dolores efectivamente agudos que pueden conocerse y que deben evitarse. Ayer, mientras en La Guayra estuve con tu cuñado Méndez, y escribí para ustedes (que era como estar conversando con ustedes) y vi a la familia de Arteaga, y después, esperando la salida del carro que lleva al tajamar, estaba rodeado de gente, menos mal; pero, al anochecer, cuando desde a bordo contemplaba los cerros de La Guay-

ra y miraba hacia el camino de Caracas, y por él me iba con la imaginación a nuestro asilo del Valle, y al volver del viaje imaginario me encontraba solo, te aseguro que me dolía el corazón, que me dolía no saber llorar, y que me daban repetidas tentaciones de desembarcar e irme a mi rincón.

Curado de antiguo, como sabes que estoy, de ambiciones y vanaglorias, no pienso hoy más que en volver al lado de ustedes, y estoy resuelto a hacerlo tan pronto como consiga influir útilmente en los asuntos de Cuba y Puerto Rico, o en cuanto me convenza de que son vanas mis gestiones e inútiles mis influencias. Como, además del propósito político de mi viaje, llevo también uno doméstico tan urgente como sabes, desde el primer día de mi llegada a Nueva York intentaré buscar y encontrar un trabajo que me permita, en caso de que fracase mi comisión, regresar al lado de ustedes con una tarea como la de traductor de libros científicos de enseñanza que me permitió, en 1875 y 76 vivir en Puerto Plata y allí mismo cobrar unos cien pesos que ganaba con mis traducciones. Ignoro si influirá en mi ánimo y en mis resoluciones el pensar de los otros; pero si no voy resuelto a volver pronto; por supuesto, que si se presenta modo y medio de ir a país más propicio, a él iremos. Podría, por ejemplo, suceder que libertada de hecho la parte oriental de Cuba pudiéramos irnos para allá: ¿qué te parecería? De viajes a solas y de incomodidades e inestabilidad de la familia estoy ya tan cansado, que allí en donde volvamos a reunirnos, allí será nuestro último asilo.

Mientras ocupan ése, cuida de sacar cuanto partido puedas de tus aptitudes para la sociabilidad. Por lo mismo que no eres del país, las buenas gentes de El Valle te acogerán bien. Por de pronto, la familia de Alvarez

Ibarra, los vecinos inmediatos de casa, la familia de Mejía, la puertorriqueña señora de Coll pueden y deben ser visitas frecuentes de ustedes y para ustedes. En cuanto al señor Soublette y su familia, debemos tenerlo algo más que como visitas, puesto que el jefe de la casa es un compatriota tuyo.

No obstante mi deseo de que vivan en sociedad, y no aislados, debo prevenirte contra dos cosas: primera, el abuso de la sociabilidad que puede convertir la casa en un lugar de reunión, cosa contraria a nuestros pocos medios y al orden que debe establecerse inflexiblemente en nuestro hogar: segunda, las visitas de personas solas. Con familia, franca sociedad; con mujeres u hombres que sólo lleven chismes o el propósito de ocasionarlos, grandísima reserva: tan grande, que no insistan; transmitiré a Eugenio Carlos el consejo.

Insisto, Inda, en que no abandones tu propósito de probar que tú sola puedes dominar, manejar y dirigir, mejor que acompañada a los buenísimos, pero indomítisimos hijos nuestros. Que, desde que se levanten, vean a su madre en el puesto del gobierno y la responsabilidad del hogar, y no haya miedo de que no sea eficaz tu esfuerzo.

Yo daré por bien sufridos los dolores que ya me cuesta el alejamiento de ustedes, si, a mi regreso, encuentro que tu obra es digna de ti, y del cariño tiernísimo de tu

Eugenio María.

Curazao, julio 8 de 1898.

Mi querido Eugenio Carlos: Después de una noche en que no cesé de recordar a ustedes todos, al levantarme de madrugada divisé a Curazao. Entramos tarde,



porque la Sanidad tardó en venir a darnos entrada. A poco, dirigióse a mí un jovencito que traía una tarjeta, y presentándomela, me preguntó si yo era quien soy: al contestarle afirmativamente, se me dió a conocer como uno de mis discípulos de Santo Domingo: poco después se me presentó uno de los hijos de Damián Báez, y hablándome de la alegría con que se había sabido que yo pensaba establecer a mi familia en Puerto Plata, mientras desempeñaba mi comisión en Nueva York, se aseguró en los términos más vivos que en tu tierra de nacimiento, y mía de dolor y de adopción, "la juventud lo idolatra".

Te cito estas palabras de uno que apenas me conoce, y te cuento el acto de reconocimiento de uno a quien yo no recordaba, para que veas que si soy amado de extraños es indudablemente por que me han agradecido el cariño y las lecciones severas que les di. Lo que de extraños, con más razón ha de esperarse de hijos, a quienes, como a ustedes, puede con razón llamarse los más queridos, por lo mismo que son los más aleccionados. Convencido de que el amor paternal y el celo continuo son homólogos, seguiré aleccionándote, para seguir probándote, hijo de mi alma, cuánto te quiere tu papá.

La lección que más has menester es la tantas veces dada: corrige y modera tu carácter impaciente.

Hazlo por tu bien, hijo mío; pero hazlo también por el bien de tus padres y de tus hermanos. Estos te han sido encomendados, no para que los tiranices, sino para que los dirijas con la persuasión, el amor y la bondad. Nunca te olvides de lo que tantas veces te he dicho y hoy te repito; y si no lo olvidas, y tratas a tus hermanos como hermanos, no sólo conseguirás corregirlos, sino que tú mismo te corregirás. Y ¡qué gloria para ti, y qué orgullo paternal para tu madre y para

mí, si eso consigues, y a mi vuelta encuentro en ti y en ellos la muestra viva de tus nobles esfuerzos, y la prueba de cariño con que pagas el de tus padres!

Hablando con tu mamá, en la carta adjunta, de la conveniencia de la sociedad de familias, y de los inconvenientes de la sociedad con personas solas, ya sean mujeres, ya hombres, le digo que te transmitiré a ti las instrucciones que a ella le doy a este respecto; pero creo que te bastará pensar el mal que de chisme viene, para cuidar y para que te cuides de evitar que personas que sólo llevan propósitos contrarios al orden de los hogares, se introduzcan en el nuestro.

Hasta que llegue a Nueva York!

Dios te bendiga, como lo hace tu amantísimo padre,

Eugenio María.

A bordo del *Abydos*, julio 15 de 1898.

Inda querida: Temeroso de no poder mañana, cuando llegue a tierra, aprovechar el vapor holandés, que dicen vuelve mañana, quiero escribirte ahora.

El tiempo, que ha sido propicio hasta hoy, nos tiene ya cerca de Nueva York: llegaremos mañana por la mañana.

Mucho, y de continuo, he pensado en ti y en los niños, unas veces con esperanzas, otras con angustias, siempre con la resolución de no volver a separarme nunca de ustedes.

Seguro de que las noticias que me esperan en Nueva York van a ser de aquellas que transforman hombres, me lisonjea la esperanza de sacar partido de la situación para obtener el propósito que me lleva; pero como estoy resuelto a no sacrificar tiempo ni tranquilidad a gentes que, hasta en los momentos de aceptar por ellas

una situación de ánimo penosa, me pagan con desvíos, si pronto no salgo victorioso en mi empeño, me vuelvo a mi nido. Buena falta me hace.

Pero como los pájaros mismos, cuando se separan, prométense que a la vuelta volverán a tu ternura, yo lo prometo.

Haré cuanto en mi mano esté por ver si alcanzo un trabajo que me permita realizar el plan de que te hablé en mi primera carta de Curazao; pero entiende que si no puedo realizarlo, tendré que volver ahí; en primer lugar, porque ya va expirando el verano, y otoño, y, sobre todo, invierno, son estaciones espantosas; en segundo lugar, porque es demasiada la zozobra en que vivo lejos de ustedes.

Quisiera que me escribieras tan minuciosamente, que pudiera hacerme la ilusión de no haberme ausentado de los míos: quisiera también que las noticias de mi casa correspondieran al plan de vida y estudios que quedó trazado, y a las esperanzas que fundé en tu firmeza para la dirección en jefe de los niños.

Por mucho que les digas cuánto he pensado en ellos, nunca llegarán tus encarecimientos a lo que ha sido la realidad. Por mucho que yo te diga cuánto he pensado en ti, nunca alcanzarían las ponderaciones a lo que ha sido la verdad.

Besa y bendice por mí (tú más dichosa...!) a Mariíta, a Filipo, a Adolfo, a Bayoán: escribo a los sub-jefes, y yo mismo los bendeciré.

A las familias amigas de ahí, mil expresiones. Para ti, mil besos.

P. D. La carta que incluyo, segunda que les escribí desde Curazao, se me quedó en el bolsillo. Que lean bien Bayoán y Adolfo.

Tu

Hostos.

A bordo del *Abydos*, julio 15 de 1898.

Hijita querida, mi recordada Luisa Amelia: cerca de Nueva York, pero en alta mar todavía, te escribo estas palabras no muy largas.

Por no tener que anclar fuera del puerto (que por la guerra con España se cierra a las seis de la tarde), no entramos hoy en Nueva York: entraremos en la madrugada de mañana. Ahora hace mucho viento y se siente frío; hay marejada, y se siente malestar en el estómago; pero ayer, antier y anteantier fueron días muy apacibles, olas muy benignas, navegación muy grata.

No sé si por estar sólo y por estar triste, o porque mi estómago sabe que el mareo es una condición conveniente de la navegación me he mareado bastante en la ida de La Guayra a Curazao, y después en los dos primeros días. Ya, después he estado bien. Y di a Bayoán y Adolfo que mi mareo ha sido un buen motivo para recordarlos mucho, pues no he podido dejar de pensar en lo penoso que sería para ellos, para Filipo y María, el mareo un poco tenaz que sufrieron en el Pacífico.

Así es, señorita, como un padre que viaja encuentra en todo un motivo de recuerdo y tristezas del hogar.

Pero ¡ay mi doña!, si de ésta salgo, le juro que por nada vuelvo a separarme de ustedes. Con tal de que haya sido para bien de ustedes y de la patria, lo doy todo por bien sufrido.

A María (1) y su familia, cuando les escribas, pues a Caracas infestada no quiero que vayáis, dales mis me-

(1) Se refiere a su cuñada, doña María Dalrymple y Quintana de Velázquez Level.

morias. Dalas ahí al señor Soublotte y familia, a los vecinos y a la familia Ibarra.

Dios te bendiga, hija mía, como con mil besos te bendice

Papá.

A bordo del *Abydos*, julio 15 de 1898.

Mi queridísimo Eugenio Carlos: Ya estoy próximo al lugar de mi destino.

Si consigo lo que mi comisión me impone, estaré hasta que todo se realice; si no, me marcharé cuanto antes. Dilo así, cuando veas a alguien del grupo cubano y puertorriqueño; pero no vayas expresamente a Caracas para decirlo, pues no quiero que vayas allí ni recibas gente de allí, porque una de las inquietudes que traigo es la que me causa la epidemia de viruelas.

Si no te lo dije, ahora te digo que no aceptes colocación ninguna, si se te presenta, como ella te obligue a alejarte de mamá y hermanos.

Aunque voy en la confianza de que se irá cumpliendo puntualmente el plan en que convinimos, vuelvo a encarecerte la necesidad de que hagan con los niños todo lo que conviene a su disciplina, ocupación y adelanto.

Repito que no consientan en que extraño ninguno altere con sus visitas el plan de vida y estudios que quedó trazado.

Dios bendiga a mi primogénito, como lo bendice,

Papá.

Nueva York, julio 17 de 1898.

Sra. doña Inda Ayala de Hostos,
El Valle, Caracas.

¡Qué dulce alegría, querida Inda, el oír en boca extraña elogio de aquellas personas a quienes debimos y tuvimos afecto, a pesar del esmero que pusieron en enajenarnos el corazón de que más necesitábamos!

Don Félix Fuentes, cubano, del grupo de los deportados a Fernando Po, en 1868, estaba presente a la entrevista desgarradora que tu madre tuvo con tu padre en el Castillo de la Cabaña, de la Habana, en la víspera de la deportación. Dice que jamás hubo mujer más expresiva y elocuente en su dolor, y que todos ellos lloraban a lágrima suelta, cuando la presenciaron.

Esto me lo contó ayer, cuando nos encontramos en la redacción de *El Porvenir* y al saber que mi esposa es la hija del doctor Ayala.

Ese encuentro con viejos amigos no ha sido el único pues también me encontré con Bonocio Tió, que está muy encanecido, aunque robusto; y con Antonio Molina, que está como siempre, muy jovial, muy cariñoso y muy ligero.

Lo que va a estar bien pesada, va a ser mi situación, si efectivamente, como me ha dicho Molina, no hay trabajo. A bien que ya flamea la bandera americana en Santiago de Cuba, y que es más fácil ir allí que a otra cualquier parte, como no sea a Puerto Rico, a donde, si puedo asegurar meses de espera para ustedes, bien puede ser que me decida a ir, según me pide el Presidente del Directorio Revolucionario de Puerto Rico, y según se alegrarían los puertorriqueños de aquí que sucediera.

¿Qué dirías tú? Claro que dirías lo que, madre y esposa cariñosa, tendrías que decir: malo para la fami-

lia en el presente; bien para ella y la patria en lo futuro; tal vez te costaría lágrimas el suceso, aunque también tal vez te inspiraría el entusiasmo generoso de que son tan capaces las mujeres de alma elevada, como tú. La expedición para Puerto Rico va probablemente a salir en la próxima semana, aunque, como ya se ha rendido Santiago de Cuba y ha empezado España a buscar mediadores para la paz es posible que ésta se haga antes de que se haya llevado a cabo la ocupación militar de Puerto Rico.

Hoy, 19.

Ya, hoy, las expectativas son distintas. Los diarios anuncian las salidas de la expedición para Puerto Rico para estos días.

Yo voy a Wáshington hoy mismo, acompañado de la Delegación puertorriqueña. Si consigo que se nos reconozca como asesores del Jefe de la Expedición, tal vez me vaya en ella: de ese modo, por una parte, contribuiré a que Puerto Rico no sea considerado como botín de guerra; y, por otra parte, que se cuente conmigo para la nueva organización del país.

Como es probable que la ocupación de la Isla por las armas americanas no sea empresa de mucho tiempo, espero que antes de los tres meses que presupusimos, ya estará terminada esta ausencia dolorosa, que habrá perdido para nosotros lo que hoy tiene de angustiosa si ha servido para bien de mi patria y mi familia.

Besa a los niños y que ellos te besen, para que una y otros sientan el aliento de

Papá.

Nueva York, julio 19 de 1898.

Querido hijo mío Eugenio Carlos: Aunque todavía no he conseguido más que convencerme de las dificultades de la obra que vine a tratar de realizar, veo con ojos más tranquilos el porvenir: cuando menos, ya hay en Santiago de Cuba un refugio a qué acogerse, y en Puerto Rico habrá pronto un asilo más seguro quizá que cualquier otro. Ya sabes que Santiago, que se rindió después de la destrucción de la escuadra española que había allí, está desde el 17 a las nueve de la mañana ocupada por el Ejército norteamericano. Sabe ahora que, de un día a otro, partirá para Puerto Rico el Ejército que ha de ocuparlo. Se dijo también que irá una escuadra norteamericana a atemorizar, tal vez a bombardear algunos de los principales puertos de España, noticia que tengo por incierta, pues me parece que el interés de la paz que tiene este pueblo laborioso, más induce a concretar la guerra a hacer que España desaloje a las Antillas y Filipinas, que a extender el radio de la guerra.

Como, por otra parte, pueblo y Gobierno americanos son tan dueños de sí mismos, no tienen odio a España ni deseo de venganza: ya, y con motivo, se dan por satisfechos.

Quiero que tú y tus hermanitos vengán a formarse en este noble medio social, y a ese fin he indagado lo que hace a mi propósito: desgraciadamente no podremos por ahora. Mas como no siempre ha de ser así, me parece que te veo en West Point, a Bayoán en Pittsburg, a Adolfo en Annápolis, a Luisa Amelia en Howard; a María en kindergarten.

Que así sea, hijo querido, a quien bendice cordialmente,

Papá.

Hotel La Fetra, 11th and G. Streets, N. W.,
Wáshington, D. C., julio 27, 1898.

Inda querida: Ha sido deber mío el no ir, como pensé, en la expedición militar que está mandando a Puerto Rico este Gobierno. Yo hubiera ido como asesor o consejero del General en Jefe, que será también el Gobernador Militar de la Isla, una vez conquistada; pero, en primer lugar, hubiera ido para aconsejar a los puertorriqueños que recibieran como libertadores a los norteamericanos, y a éstos que reconocieran la Independencia de Puerto Rico; en segundo lugar, habría ido con el inviolable carácter de un patriota, no con el de un agente o guía del Gobierno y del jefe americano.

Como, desgraciadamente, ha habido dos puertorriqueños de importancia que han aceptado ese triste papel, el Gobierno americano está poco dispuesto a considerar como amigos suyos a los que poníamos por condición de nuestros servicios la dignidad del pueblo puertorriqueño y la nuestra propia.

De ahí que, estando resuelto este Gobierno a anexarse a la Isla no me queda ahora que hacer por mi patria otra cosa que esperar a que se reúna el Congreso y a conseguir de congresales previsores que se opongan a la anexión.

Si estuviera cerca de ti y recordara a tu lado las profundas tristezas que me está costando este viaje a Estados Unidos, buscaría tu regazo para descansar de tantas pesadumbres. Tales son, que hasta los menos blandos de corazón las comprenden. Antier, estando aquí en visita a Francisco J. Amy (el puertorriqueño de quien conoces algunas poesías) y de Alejandro Woss y Gil (el ex Presidente de Santo Domingo), me recibió éste con éstas o palabras semejantes: "Precisamente ha-

blábamos de usted para decir que no se puede dar una situación más trágica que la de un patriota que todo lo ha sacrificado a su patria, y que, en el momento de contar con ella, viene un extraño y se la arrebatá". Y si hubiera sabido cuán solo estoy como patriota, cuán solo como hombre, siempre que estoy lejos de ustedes, que son los seres de quienes me siento verdaderamente acompañado, tal vez tendría Woss por más trágica mi situación.

En cambio, si vieran que el obligatorio viaje a Wáshington me deja casi en la inopia, entonces tendrían por ridícula mi situación: y así es el mundo de los hombres, dispuesto siempre a considerar ridículo aquellos sacrificios que no tienen un éxito cualquiera por premio.

Aunque muy abatido por la suerte de mi patria, no estoy dispuesto a dejarme caer en desaliento: para eso están ahí mi mujer y mis hijos, que ahora me tienen por completo en su poder.

Pero ¿qué hacer? Trabajo, aquí no lo hay; que si lo hubiera, a Estados Unidos vendrían ustedes a vivir conmigo. A Antonio Molina se le ocurrió que llevara yo ahí o a Puerto Rico o a Curazao los materiales de enseñanza industrial que dice él me aprontarían los fabricantes. Llevándolos, quizá sería fácil obtener de ese Gobierno alguna ayuda. En Puerto Rico no sería difícil obtenerla de los padres de familia. Fuera de ése, ningún otro camino tengo abierto: el con que contaba, cerrado a cal y canto: suponte que es un español intransigente el encargado, en casa de Appleton, de la sección de libros en castellanos, y tú dirás.

Confieso que no me siento capaz de prolongar mi ausencia de ustedes, y que preferiría cualquier cosa a esa ausencia. Como quiera que sea, Inda querida, ya

ha sonado la hora de una vida más arreglada a las ideas humanas, y es necesario que tú, más previsora, como madre, prepares un nuevo plan de vida.

Ya están americanos y españoles en los preliminares de la paz; ya ondea en Guánica el estandarte americano; y ya, a estas horas habrá salido de Newport la división que ha de completar el ejército invasor. De esa manera, aunque no se dispare un tiro, los Estados Unidos poseerán a la pobre Puerto Rico.

Saldré de aquí para ahí lo más pronto que pueda.

Besos a todos, especialmente (porque a los otros escribo) a Filipino.

Te besa y abraza tu

Hostos.

Wáshington, D. C., julio 27 de 1898.

Señores Bayoán y Adolfo de Hostos,
El Valle.

Queridos hijitos míos: He pasado casi todo el día pensando en ustedes dos.

Vean por qué:

Fuí al Instituto Smithsonian, que es un enorme y magnífico castillo a la normanda, que un ricacho de sanas miras dedicó a la ciudad de Wáshington, a fin de que en él se reunieran y coleccionaran cuantos objetos de Historia Natural pudieran reunirse y coleccionarse. En ese Instituto, al entrar, se da uno con una soberbia colección de aves y pájaros de todos tamaños; desde el zumbador de nuestras Antillas, hasta el cóndor de la patria chilena; de todos colores, vivos, muertos, brillantes, apagados; de todas edades, recién nacidos, polluelos, ya formados. Y si vieran ustedes qué maravillosamente disecados están esos pájaros! Los chiquititos, que los

hay más chiquitos que el dedo meñique de Ñañita, parecen que están vivos y dan ganas de cogerlos, y de besarles la perucita y de estrujarlos; pero cariñosamente, no como hacía Bayoán. Hay grupos completos; como, por ejemplo, el de los múcaros o lechuzas, que producen admiración por el lustre, el brillo y la limpieza y variedad del plumaje. Y de la colección de colibríes, no digo nada: aquello parece una cita de cuantos pájaro-moscas, colibríes, zumbadores y picaflores hay en los trópicos y en la zona templada.

Pero lo que realmente pasma, porque parece que lo está uno viendo, es un duelo entre dos halcones de distinta especie, que se disputan el cadáver de otro pájaro; el halcón que acomete está en el aire, con las alas desplegadas, las garras encorvadas, el pico medio abierto, los ojos inflamados; y el otro halcón se ha echado bocarriba, y con las alas abiertas, las garras levantadas, el pico amenazante, los ojos relucientes, espera a su enemigo. Yo no había visto nunca una escena de la vida de los pájaros tan bien representada.

¿Y qué decir de un faisán que está con la cola tendida, las alas desplegadas, y la cabeza metida bajo una de las alas? Y como esa buena Institución piensa que los niños que allí van, tienen cosas de niños, les han reservado una sala, en que aparecen todos los pájaros que ellos pueden conocer, y los nidos, los huevos, los troncos de árboles y hasta las arenas en que algunas aves andan.

Y ¿qué diría mi don Adolfo de una colección de mariposas, que, expresamente para pensar en él, recorrí de cabo a rabo? Ah!, mi amigo! ¡esa sí que es colección de mariposas! Y eso, que faltan muchas de América, y muchísimas de Africa y Asia; pero con las que hay habría podido Su merced entretenerse, cogiéndolas y coleccionándolas un año entero.

Pero ni Adolfo ha coleccionado mariposas, ni Bayoán ha coleccionado pájaros: matar a esas buenas y bellas criaturas, so pretexto de que van a coleccionarlas, es lo único que hacen. Al pensar esto ¡qué tristeza me dió por ustedes, hijos míos!

Vaya! que Dios me los bendiga, como los bendigo yo, y que cuando llegue yo, enseñen colecciones a

Papá.

Nueva York, julio 29 de 1898.

¿Cómo van esos niños, Eugenio Carlos? Y tú ¿cómo estás con ellos? Si por algo me consuelo de mi triste ausencia, es porque espero que el ejercicio que tú y Luisa Amelia están haciendo de los poderes e instrucciones que les dí, va a ser un ejercicio provechoso para todos.

Aquí hay muchos adolescentes como tú y tu hermana, que, a la edad de ustedes, ya son, como ustedes, útiles a su familia. Hasta es regla general, que, a los quince años, ya un o una adolescente no olvide que tiene el deber de ser hombre o mujer de hechura propia: *self-made man, self-made woman*. Y (antes de seguir adelante, y ya que escribo palabras en inglés), déjame que te diga, y tú dile en mi nombre a Luisa Amelia, que repasen juntos el francés y el inglés, hablando en uno y otro idioma, principalmente en inglés, siempre que puedan, y hasta que mamá se decida también a hablarlo. Esta posesión de los idiomas es cosa tan importante, que si yo hubiera practicado el inglés como el francés, las consideraciones que me han guardado los periodistas y periódicos americanos que se han ocupado de mí, habrían sido todavía más eficaces. Es verdad que ni con

el inglés ni con nada habría yo podido conseguir la Independencia de Puerto Rico, porque ya estaba condenada a ser anexionada, pero es seguro que, dominando el inglés de modo que pudiera ir al Senado, yo habría modificado o podría modificar las resoluciones del Ejecutivo, pues el Senado tendrá que ver en el porvenir de Puerto Rico.

Ahora que sabes lo que importa para la vida pública, sabe que el inglés te va a ser indispensable para la vida privada, porque esa va a ser la lengua definitiva de las Antillas todas. Además, si logro hacer algo de lo que deseo para ustedes, tu concluirás por venir a West Point, lo mismo que Bayoán, y a los dos les conviene venir sabiendo inglés. Adolfo vendrá a la escuela naval de Annapolis, y también necesita el inglés. En cuanto Luisa Amelia, Filipo y Mariíta, todos habrán de hablar bien la lengua que van a necesitar para acabar Samela de educarse, y para continuar y empezar su educación intelectual los otros dos.

Muy hondamente me ha lastimado la resolución de apoderarse de Puerto Rico que los norteamericanos están llevando a cabo, y que ahora se confirma en los preliminares de paz; pero la verdad es que Puerto Rico va a ganar mucho y pronto. Al fin habrá que resignarse a que las Antillas todas pasen a la esfera de acción de la Unión Americana: tan torpemente se ha conducido España con ellas; tan mal las ha educado, y tan incapaces son de resistir al impulso material y moral de los Estados Unidos.

Como quiera que sea, sigan trabajando en el orden, disciplina y educación de la casa.

Dios te me bendiga, hijito mío muy querido.

Papá.

Wáshington, julio 30 de 1898.

Srta. Luisa Amelia de Hostos,
El Valle.

Mi señorita doña Samela, hija querida: Si hubiera hecho con ustedes el viaje de Nueva York a Wáshington, me habría distraído mucho, porque el camino ofrece muchos panoramas de los que estamos nosotros acostumbrados a admirar con infantiles gritos de alegría. ¡Cómo hubiéramos escandalizado a estos inmóviles yankis con nuestras exclamaciones a la vista soberana del Delaware en los contornos de Perryville! ¡Cómo habríamos voceado al mostrarnos las semejanzas entre ciertos paisajes de ese mismo río y el Maipo, allá, en la remota olvidada Chile...!

Y si juntos hubiéramos pasado por frente a los tupidos bosques en que la vista descansa atónita, porque en todo se piensa menos en que la agricultura haya dejado bosques en los campos de la Unión Americana. Y si juntos hubiéramos visto los enormes letreros que en plena campiña anuncian al viajero tal o cual insignificancia del comercio, los comentarios habrían sido vivaces. Al recorrer juntos la ciudad de Wáshington, nos habríamos comunicado nuestro embeleso, comunicación mucho más grata que el embelesarse a solas. Eso es lo que yo he tenido que hacer, pues sólo durante algunas horas pude comunicar mi entusiasmo por la belleza de esta ciudad a dos amigos, Francisco J. Amy, de Puerto Rico, y Alejandro Woss y Gil, de Santo Domingo, que por horas me han acompañado. Todos los demás días los he pasado solo. Consagrado a ver con mis propios ojos y recorrer por mis propios pies la ciudad, siempre que mis ocupaciones me lo han permitido, no he cesado de pensar con tristeza cuánto más grata y alegre habría

sido para mí la recorrida de esta bellísima capital en compañía de ustedes.

Ya, hablándote de Nueva York, te he dicho lo que tiene de atractivo ese emporio de riqueza; pero no te he dicho que las ciudades comerciales me fastidian a no mucho de conocerlas.

La capital de los Estados Unidos, que no es una ciudad comercial (a pesar de que, como los *guarenos* ⁽¹⁾ en el número 171 de la calle de la Compañía no hay rincón de los Estados Unidos en donde el comercio no se meta). Es una ciudad casi pastoral: en su recinto, por todas partes hay árboles; en su contorno, el Potomac, los cerros o, mejor, las colinas verdes, los ganados que pacen, todo recuerda la naturaleza bien amada.

Dentro de la ciudad, todas las calles tienen alamedas; todas las avenidas tienen parques; a cada paso se encuentran plazas y círculos que no son otra cosa que jardines puestos con pretexto de alguna estatua y por dondequiera están las casas festoneadas de enredaderas, cimentadas sobre taludes vestidos de verde césped, rodeadas de árboles y flores, y a veces, para llamar la memoria a los espectáculos del campo, separadas de la calle por unos senderitos campestres que diferencian de las casas de ciudad a esas que quieren aparecer casas de campo.

Cuando nos veamos, si ya me he curado de mi taciurnidad, les describiré a Wáshington, que habría dado cuanto no tengo por poder recorrer en compañía de ustedes.

Adiós, mi hijita de mi alma: hasta que mis labios te bendigan, te bendicen la pluma y el corazón de

Papá.

(1) "Guarenos", ratas, en Chile.

Nueva York, agosto 3 de 1898.

Mi querida Inda: Aunque tu carta del once de julio no pasa de ser una cartita, la leí con sumo contento. Me sucedió con ella lo que con tu retrato, que, cuando reaparezca, me pondrá loco de contento. Tu carta fué la última que leí, porque se había traspapelado, y me acongojaba buscándola, hasta que al fin, apareciendo, me produjo un espasmo de alegría.

La recibí en Wáshington, D. C., de donde acababa de escribirte en términos que favorecen tu costumbre de poner "en la balanza de las vicisitudes la mayor parte de las contrariedades". Entonces, con efecto, no veía sino por los ojos del dolor que me causaban la situación de Puerto Rico y mi alejamiento de ustedes. Hoy puedo arrojar de tu balanza alguna de las contrariedades con que la cargas, y por eso, antes de contestar a tu cartita, voy a comunicarte noticias que han de ponerte como una rosa de que el picarísimo de Adolfo me habla, y que yo no sé qué rosa sea, aunque conozco a una persona que, precisamente en el día que me escribes, 11 de julio, pero de un año trascendental, el de 1878, se puso como una rosa de Alejandría. ¡Ah! ¡cuándo será que yo la vea ponerse así...!

¡Vamos! ¡alégrate! Ya se puede considerar comenzada una nueva era. Muy probablemente iré a Puerto Rico en comisión de la *Liga de Patriotas*, y con un doble objeto: de trabajar por cambiar por una república protegida por los Estados Unidos, la situación indefinida que allí hay ahora; de establecer una vasta institución de enseñanza. Mi ida está subordinada, entre otras varias cosas, a una negociación para adquirir gratis o en condiciones que sean muy favorables los útiles de pedagogía y de enseñanza industrial que necesito. Pero, de todos modos, puedes estar casi segura de que

ya ha cambiado la suerte que tanto nos ha perseguido, puesto que, a menos que hasta en mi patria se me haga imposible vivir, pronto nos reuniremos en ella para vivir un poco más contentos.

Para que yo pueda estar contento físicamente, voy a hacerme la operación. Y entonces sí que estaré bien; porque, a pesar de mis cincuenta y nueve años, no hay quien me vea que no se asombre de encontrarme tan bien conservado, o que, si no me conocía, no se asombre de que yo sea *tan joven*. Así me sucedió, entre otros, con Estrada Palma, que no se cansaba de repetírmelo: "...¡Pero si usted es un joven todavía...!"

Buena noticia para ti, ¿no es cierto? Pues si lo es, y quieres que vaya todavía más joven, dame la alegría de mandarme tu retrato. Si vieras los besos que le daba en donde más tiernos me parecen, ya sabes que en los ojos, no dejarías de mandármelo en seguida. Para que la carta llegue más pronto, y pueda llegar cuanto antes el retrato, te escribo por Ponce, de donde es probable que salga algún vapor para La Guayra. Por tu parte, si no sale pronto un vapor directo, para acá, aprovecha uno que sale también de Guayra para Ponce, pues ahora serán frecuentes las comunicaciones entre ese puerto y éste.

El motivo, después del de besarte en imagen, que tengo para urgirte a que me mandes tu retrato, es que voy a hacer sacar las copias ampliadas, y a toda costa necesito el tuyo.

Es imposible que a estas horas no te hayan llegado de Santo Domingo las cartas que desde Chile te escribe Carmela Cobos de Espejo, en la primera de las cuales estará de seguro la reina. A mí me gustas de cualquier modo; soy, en ese punto, de la opinión de Luisa Amelia, de Adolfo, de Eugenio Carlos, de Bayoán, de Filipino y

de Mariíta; pero retrato como el que se me ha extraviado... Me parecía que miraba a la que yo trataba como hija, esposa, amiga y todo, y que ella me miraba desde el fondo luminoso de aquellos años de luz. ¡Dónde estará ese retrato!

Los que tu hermosa fisonomía física y moral tiene en todos nuestros hijos me indemnizan ahora de ese contratiempo; y no sólo porque, al mirarlos, te miro a ti, sino porque lo que de ellos me dices, y que en parte principal es obra tuya, me llena de alegría y de orgullosa satisfacción paterna.

Hasta luego. Ahora tengo que ir a ver... ¿A que no sabes a quién?

Día 4.

Había recibido su tarjeta en momentos en que, por muy en conferencia, no podía recibirlo, y sin darme cuenta del nombre, ordené que no lo recibieran. Cuando acabé mi entrevista, leí la tarjeta... ¡qué sorpresa! Y lo malo no era sólo que no lo hubiera recibido, sino que la tarjeta no tenía dirección y ni siquiera podía yo ir a excusarme. Felizmente, al siguiente día recibí una es-
quela suya, en que me mandaba su dirección; pero ni aun contestarle pude, porque era un tener que ir y venir, ver y rever, buscar y encontrar o no encontrar, que no tenía tiempo ni pensamiento para nada ni nadie que no estuviera directamente en mis asuntos. Para más dar el aspecto de una descortesía a mi silencio, llegó la hora de irme a Wáshington. Afortunadamente, allí aproveché un momento de reposo, y le escribí, explicándole lo sucedido e invitándolo, para cuando yo volviera a Nueva York, a que me acompañara a almorzar. Así lo hizo, y ayer, cuando me despedí de ti, iba a comer con él.

Pero no pude detenerme mucho de sobremesa, porque me esperaba la comisión encargada de discutir conmigo los estatutos de la Liga de Patriotas Puertorriqueños con que voy a sustituir la Delegación de Puerto Rico, que ya con la invasión y dominio de la Isla por los norteamericanos, ha tenido que disolverse. Para que podamos ocuparnos de los asuntos de la pobre Isla, y tratar de conseguir que la Prensa y el Congreso, cuando éste se reúna en diciembre, modifiquen los propósitos del Ejecutivo, y favorezcan el mío, que consiste en aceptar un protectorado de algunos años, al cabo de los cuales quede establecida como nación independiente la República de Puerto Rico; para eso he formado la Liga. Ella, según otra resolución que presenté, mandará un representante a Puerto Rico a propagar esa idea, y a eso iré yo probablemente, y probablemente con un tren de aparatos para fundar una serie de instituciones pedagógicas e industriales. Si eso se realiza ¿estarás contenta de tu Hostos?

P. D. Se me olvidó decirte que es nuestro amigo de Chile J. Abelardo Núñez.

HOTEL AMÉRICA
IRVING PLACE & 15TH ST.

Nueva York, agosto 4 de 1898.

Sr. Bayoán Lautaro de Hostos.

¡Ay! ¡mi amigo!: cuando yo vi aquella escopeta al lado de la firma de usted, por poco me muero, pero no de miedo, sino de risa.

Pocas veces me ha hecho reír tanto una picardihuela tuya, picarillo; pero no tengas cuidado, que yo no he hecho en el aire mi promesa, y como parece que mamá

y maestros Eugenio Carlos y Luisa Amelia participan de mis esperanzas con respecto a ustedes, no será extraño que don Bayoán encuentre algo que le convenga en el baúl de los regalos. Precisamente ayer me decía Molina que había visto escopetitas de esas que son preciosas; pero me preguntó: “¿Y ese caballero es juicioso? Porque el arma es fuerte, y si el niño es imprudente...” A lo cual contesté que usted, caballero, es el mozo más juicioso que hay diez leguas a la redonda de usted mismo. Y usted ¿qué dirá? ¿Se embaulará la escopeta, o no se embaulará? En fin, como eso está subordinado a los informes, notas y exámenes, y yo espero que todo será bueno, allá veremos.

Ahora, un beso a

Papá.

Nueva York, 4 de agosto de 1898.

Sr. don Adolfo de Hostos,
El Valle, Venezuela.

Caballero y señor mío: Tengo el honor de participar a usted que todo aquello de la rosa y de la frescura y bonitura de la rosa, ha caído como chorro de fuego sobre mi celosía; porque, mire usted, caballero; eso de la rosa, y dale con la rosa, y aquello de acostarse usted en el regazo de la rosa, y lo otro de reírse usted como un bendito cada vez que la rosa le celebra a usted esas gracias, al mismo tiempo que lo llama pesado; todas esas cosas, caballero, todas ellas son de las que más pueden complacer a un padre y a una madre que en nada piensan más que en recibir pruebas del amor de sus hijos, en recompensa del amor que ellos les tienen.

Con esas pruebas de cariño que en tu cartita das a tu mamá querida, con las que a mí me das, y con las

buenas notas que de ti dan Mamá y Maestros, imagina si me tendrás contento.

Casi estoy por creer que se van ustedes a ganar el premio, y que el padre más feliz que va a haber cuando nos reunamos de nuevo, será tu amantísimo

Papá.

Nueva York, agosto 8 de 1898.

Mi querida Inda: Ayer me hicieron la operación: se han maravillado de que haya podido resistir tanto: era un colapso y descenso del recto, que yo recordaba haber sufrido en mi infancia. ¿Lo habré sufrido desde entonces? Lo indudable es que era intolerable y que sólo yo sé lo que me ha costado.

Ya dicen que se me conoce en la cara la mejoría, y dicen que ahora voy a estar muy fuerte. Nadie diría que estoy solo y pobre (porque estoy teniendo una buena asistencia). Ayer tuve tres médicos. Acabo, porque escribo bocarriba y no logro escribir claro.

Da a los niños los mil besos que te envía tu

Hostos.

P. D. Ahora te escribo de pie, aunque en la facha y actitud aquellas en que estaba don Quijote, cuando, por amor de Altisidora se vió expuesto a las ásperas caricias de los gatos. Juntos lo leímos; ¿te acuerdas del pasaje? Y de los tiempos ¿te acuerdas? Volviendo hacia ellos vamos, porque tal vez ahora fijemos la rueda del trabajo. El Directorio de la Liga resolvió anoche que yo salga para Puerto Rico, en cuanto lo permita mi salud, y que lleve, a ser posible, los medios necesarios para empezar la reforma de la educación en Puerto Rico. En tal caso, allí nos reuniremos. En el caso de que no pueda hacer nada a ese respecto, me iré al lado de ustedes para tratar de trabajar ahí o en Curazao.

Otros mil besos.

Hostos.

Nueva York, agosto 11 de 1898.

Hijito querido Eugenio Carlos: En la mañana del domingo pasado me hice la operación; y como ustedes verán que al día siguiente pude escribir a mamá, comprenderán que salí bien de ella. Aun me molesta un poco la cicatriz, pero parece que cesará pronto la molestia.

Es posible que en un vapor que zarpa de aquí para Ponce el día catorce próximo, salga yo para Puerto Rico; pero es más probable que espere el vapor que sale para Venezuela el 24, pues entonces podría ir por unos días a ésa para en seguida ir a Puerto Rico, adonde, como dije a tu madre, voy comisionado por el Directorio de la Liga de Patriotas puertorriqueños.

De cualquier modo que sea, ya no se prolongará mucho nuestra separación, que me es insoportable.

A los niños, que sigan esforzándose por merecer los premios. A todos, mil caricias; a ti bendiciones de

Papá.

Nueva York, agosto 22 de 1898.

Señorita Luisa Amelia de Hostos,
El Valle.

Hija mía querida: Déjame que empiece por premiar con un beso bien sonado la buena acción que realizas al hacer el esfuerzo de componer la ropa, no sólo por devoción a los deberes domésticos que la mujer, para ser efectivamente una mujer, ha de cumplir con cariño y devoción, sino porque sabes que así complaces a tu padre. Dios te me bendiga, hija mía: a esas pruebas de

afecto es a las que más se, rinde el que llamas tu censor idolatrado.

Y ¿de quién, por otra parte, hija mía, no es censor el que hace la vida censurándose a sí mismo? ¡Si me vieras...! Ahora, cuando después de años tantos y de tantos aunque insensatos sacrificios, me veo incapaz de detener el carro de la fuerza que va arrastrando brutalmente el ideal que he acariciado en sueños y en vigilia, no se me ocurre acusar a nadie, ni censurar a nadie por la complicidad horrenda que todo tiene en el triste destino de mi patria, condenada de una dominación a caer en otra, sino que me acuso, y con razón, ásperamente, por haber invertido años enteros, caudales enteros de sentimiento y voluntad, acaso de entendimiento, luchando por pueblos que no podían darme la independencia de mi patria, que ahora no podrán ayudarme a disputársela a los que quieren sustituir con el bochornoso privilegio de las victorias militares, el derecho que habían estado enseñando a la especie humana.

Pobre censor, pobre censor, querida hijita, que hoy celebra y bendice tu cariñosa resignación a los deberes domésticos, está perdiendo ya, su antigua manía a censurar, él, que a nadie censuraba, a los suyos queridos y a sí mismo. Y te digo que estoy perdiendo mi antigua costumbre de censurar lo que amo, porque, entre la casi pérdida de mis esperanzas en el Puerto Rico independiente que afanaba y la operación quirúrgica de que ya estoy convaleciente, me han hecho ganar en realismo y en buena disposición de ánimo.

Cuenten mamacita, tú, Eugenio Carlos y todos con ese realismo para la vida y esa buena disposición de ánimo para el hogar, y llámenme a uno y otra, si por acaso se olvida de lo que ha ganado, y se acuerda, de lo que ha perdido, tu para siempre amantísimo

Papá.

Nueva York, agosto 22 de 1898.

Señor Filipino L. D. de Hostos,
El Valle.

¡Hombre! Don Filipino: ¿será verdad lo que me dicen? ¿será verdad que usted se está olvidando de papá? Dicen que usted no se aleja ya para nada, de mamá, y que vive pegado a ella como antes vivía pegado a mí. Pero, ¡hombre!, Don Filipino ¿es eso posible? ¿conque todavía no van dos meses desde que salí de ahí, y ya está usted faltándome a la pegaduría?

Hace usted muy bien, caballero; tan bien, que yo lo voy a premiar, en cuanto llegue ahí, por su pegaduría a mamá.

Mientras llega el día de que te bese de veras, te manda muchos besos en esta cartita

Tu papá.

Nueva York, agosto 22 de 1898.

Señorita María A. de Hostos,
El Valle.

¡Aloo! ¿Hablo con la señorita María Angelina Laura Hostos de Ayala?

¿Sí? ¿Y cómo está la señorita? ¿Y la familia? ¿Y don Serapio? ¿Y el señor don Braulio sigue comiéndole las pastillas? Pero ¿qué tragón es don Braulio...! ¿Si parece hermano del Pae Zampabollos...! Y ahora que hablo de él, me acuerdo de doña Estebanía. ¿Hace mucho tiempo que no ha ido usted a verla? ¿Y la última vez que estuvo usted en vió usted a doña Can-

dela? ¡Jesús! ¡Hizo ella el gesto tan feo que acostumbraba hacer? ¡Qué doña Candela tan! Me dicen, Misia Mariíta, que estuvo usted de visita en casa de los González Bravo. ¡Es verdad? ¡y se portó usted bien, por supuesto? ¡Vaya!... mi señorita, que me dan ganas que vengan ustedes a visitarme aquí. Pero ya iré yo: mientras tanto, le manda un beso por teléfono

Su papá.

Nueva York, agosto 23 de 1898.

Sr. don Adolfo J. de Hostos,
El Valle.

Querido Adolfito: Tienes mucha razón, cuando me dices en todas tus cartitas que un padre hace mucha falta en su hogar; y por eso he decidido ya mi vuelta a él, en donde espero encontrarte completamente restablecido de la fiebrequita de que, felizmente, ya estaban tú y Bayoán convaleciendo.

Muy bien ha hecho nuestra *rosa* en prohibir a todo el mundo en casa que vaya a bañarse al río; y si no fuera porque ahora ya no me pongo yo bravo por nada, me enfadaría con ustedes dos por haberse buscado con aquellos dos baños diarios esa fiebrequita.

Pero, en fin, gracias a Dios, ya están buenos, y es necesario que recobren el tiempo perdido, y que se preparen para el examen, cuando llegue tu amantísimo

Papá.

Nueva York, agosto 23 de 1898.

Señor Bayoán L. de Hostos,
El Valle.

Mi querido Bayoán: Tus dos últimas cartitas me han llenado de alegría, porque con una de ellas, por el mero hecho de escribirme de tu puño y letra, se me quitó el miedo que me causó la noticia de tu fiebrequita; y con la otra carta me demuestras de nuevo tu cariño, demostración que es para un padre la mejor que puede hacersele.

Mamacita me cuenta enternecida que tú andabas buscando suscripciones para hacer un recibimiento a papacito. Muchas gracias te da él; pero desea que te contentes con recibirlo con los brazos abiertos y con tu buen corazoncito lleno de alegría.

Pronto, si Dios quiere, tendremos la felicidad de reunirnos; y entonces veremos cómo mi hijito Bayoán sigue estudiando y complaciendo a su amantísimo

Papá.

Nueva York, agosto 24 de 1898.

Señora Inda A. de Hostos,
El Valle, Venezuela.

Queridísima Inda: Antes de contestar a tus cartas de 27 de julio y de once del mes, que recibí juntas, déjame decirte que por poco, en vez de la carta ésta, voy yo; pero he debido aplazar mi viaje hasta el vapor del 8 de septiembre, día en que tendré la alegría de partir no sólo con el santo objeto de verte y ver a nuestros hijos, sino con el de llevarme a la familia para Mayagüez. Es, Inda mía, me parece, lo mejor que podemos hacer: en primer lugar, he tenido que aceptar una nue-

va comisión de los puertorriqueños de aquí para los de la Isla, y tendré que residir allí por algún tiempo. En segundo lugar, si podemos vivir allí ¿por qué hemos de buscar otro lugar para vivir?

Además, allí pondré tener trabajo seguro; y por último, lo que me dices del justo horror que tienes a que sigamos viviendo ahí, sin trabajo para mi Eugenio Carlos, me decide a optar por esto. Se puede, pues, decir que mi resolución es inspiración tuya. Si la apruebas, aprovecha un vapor que de La Guayra sale para Ponce el cuatro o seis de cada mes, a fin de que te entiendas con Rosita, a quien hoy también escribo, bien sea sobre el modo de disponer la casa para que nos reciba a todos, bien para que hagas lo que se te ocurra. Como yo he de ir el 27 de septiembre, día en que deberemos embarcarnos para Ponce, decidiremos si conviene ir a Mayagüez o no.

La idea de salir mañana me tenía loco de contento, y la de tener que esperar hasta el 8 de septiembre me pondrá loco de impaciencia; pero, al fin, ya está resuelto el regreso que todos deseamos, y que si me enternece por lo que me dices de los niños, me conmueve por lo que me haces sentir con tus conmovedoras expresiones.

Que todo siga en orden; que todos sigan el horario; que todos se apronten para pagarme, con redobladó afecto el sacrificio de esta separación tan inquietante.

Que Dios me los bendiga.

Un beso de tu

Eugenio María.

P. D. Filipo no hace, al acercarse a ti, más que mostrar lo mucho que me quiere, pues sabe que el regazo que busca es el en que encontrará siempre a su padre.

OTRA. Ya he comprado los pasajes para todos, desde La Guayra a Ponce. Te incluyo el recibo que me ha dado la casa

consignataria de los vapores por los siete pasajes para ustedes. Bueno es que Eugenio Carlos lo presente a la casa de ahí, pues conviene estar preparados para el 25, día en que el vapor saldrá de La Guayra para Ponce o para San Juan, si los españoles han evacuado la Isla.

Ponce, 27 de septiembre de 1898.

Señorita Rosa de Hostos,
Mayagüez.

Queridísima Rosita: Hemos llegado hoy a las siete a. m. y saldremos mañana a las cuatro p. m. Es de temer que no podamos llegar a tus brazos hasta el viernes; aunque acaban de decirme que aun pernoctando en Yauco, podemos llegar a Mayagüez a las cuatro o poco más de la tarde.

Es muy posible que mis ocupaciones me detengan aquí, aunque trataré de evitarlo: si no lo evito, te entrego a la familia.

Muy contento de volver a ver la patria y de complacer los deseos de papá, los tuyos, los de todos, los míos, y no tardaré en probarte que interpretaste muy mal la carta a que contestaste en una que leí a mi regreso de Nueva York a Caracas.

Hasta la vista.

Tus hermanos y sobrinos

Eugenio María e Inda.

*Eugenio Carlos, Luisa Amelia,
Bayoán L., Adolfo J. Filipino.*

P. D. Dile a tío Pancho que me haga el favor de atender a mi equipaje, que llegará en la mañana del jueves.

17 de octubre de 1898.

Srta. Rosa de Hostos,
Mayagüez.

Mi querida Rosita: Ayer, 16 de octubre de este vertiginoso año 98, recibí tu carta a Luisa Amelia. Ella te contesta, y de seguro te dirá cuanto podría excusar estos renglones, si no se tratara de ti; pero como de ti se trata, contesto yo a dos indicaciones de tu carta: será a tres, y hasta a cuatro.

Indicas cierta pesadumbre de fraternidad lastimada, por no haber recibido carta nuestra, estando ya en el mismo patrio suelo. Pero ¡creatura! si desde que pasé por Ponce, al ir para Venezuela, te escribí; si Luisa Amelia te escribió desde el segundo día de nuestra estancia en Ponce...!

Indicas que nos esperas con los brazos abiertos. Eso es lo que buscamos y deseamos, querida hermana; y de eso no hubiéramos desistido, si los 405 años de dominación española hubieran bastado para mejor camino que el de Ponce a Mayagüez.

A poco que mis compatriotas me ayuden, espero que, por lo menos, se habrá demostrado la posibilidad de hacer una gran fuerza de esta infinita debilidad que dejan los españoles en el cuerpo y en el alma de esta sociedad.

Di eso en mi nombre a cuantos vayan o sigan yendo a pedir noticias de mi ida al nativo rincón: diles que si ha habido vez en que un hombre haya llegado con buenas intenciones y propósitos de bien a la tierra de sus deberes, esa vez será la de mi llegada a Mayagüez, como lo ha sido la de mi llegada a la Madre Isla.

En la extraña situación en que está la Isla, deseo que nuestra reunión se verifique en el lugar de nuestra probable residencia, en Juana Díaz.

Ya volveré a escribirte, para fijar definitivamente el día de mi llegada a Mayagüez. No iré con la familia; en primer lugar, voy a tener que hacer de Juana Díaz mi cuartel general, entre otros motivos, porque aquí se fundará la primera institución de enseñanza que entra en mi programa; y en segundo lugar, porque pienso que te vengas conmigo a mi regreso.

Voy a trabajar con alegría y devoción patriótica por el presente y el porvenir de esta querida infortunada.

A tía Carmen, tío Pancho y familia, Enriqueta Oller de Capestany y los suyos, don Andrés Menéndez y familia, afectos mil.

Un abrazo como el que desea darte de todo corazón,
Tu amantísimo hermano,

Eugenio María.

Nota: Esta carta fué escrita desde Ponce.

HOTEL MOUNT VERNON
TETUÁN 11, SAN JUAN, P. R.

28 de octubre de 1898.

Mi querida Inda: A las doce horas de viaje, que fué encantador para la vista y desencantador para el tacto (porque al fin concluyó por molerme todo el cuerpo), a las diez y cuarto pasado meridiano llegué a esta Capital de las desuniones. Por lo demás, ha mejorado bastante como ciudad, y especialmente las afueras de Cangrejos (Santurce), hacen de ella una ciudad muy agradable.

Hasta ahora no he sido muy visitado; pero en este mismo instante acaban de salir tres de los representantes de la cultura y la política borinqueña.

Aquí, en el mismo hotel en que estoy hospedado, me he encontrado con el doctor Manuel Zeno Gandía; y esta mañana, en la Catedral, adonde fuí para recordar mis primeros viajes, hallé a la mujer de Maximiliano Grullón (1) y a dos de sus hijitas. Me dieron muchos recuerdos para ti, por quien preguntaron con interés agradecido y me dijeron que se iban para la Habana, a reunirse con Maximiliano, que se ha establecido allí.

Aunque las impresiones que voy teniendo del estado del país y de sus hombres son poco agradables, tal vez haya sido útil mi venida. Si así es, daré por no mal empleado el tiempo de mi ausencia, que me parece eternidad desde el momento en que dejo a ustedes.

Es muy posible que el lunes salga de aquí para ahí. A mi llegada nos iremos para Juana Díaz, pues ya es larga la mansión en el Senil. Aunque don Marcelino Torres me ha dicho y repetido que tiene efectiva complacencia en tenerme en su casa con mi familia; y aunque doña Mercedes, para disuadirte de un regreso pronto, te dijo que ella no había vuelto al Senil sino por ustedes, el hecho es que ya es larga la estancia para hospitalidad, por más corta que sea para complacer nuestra satisfacción de ver reaclimatarse a nuestros hijos en un edén como ése. Al Adán y a la Eva de él, y a los angelitos que lo prueban, mil afectos. Mil a Isabelita. A ti, un beso de tu

Hostos.

(1) Dominicano de los que más ayudaron a Hostos en la fundación de la Normal en 1880.

THE MOUNT VERNON HOTEL
SAN JUAN, P. R.

28 de octubre de 1898.

Queridísimos hijos Eugenio Carlos y Luisa Amelia: Mamá les dirá cómo y a qué hora llegué aquí. Ahora va papá a decirles lo que gozó con el pasmoso espectáculo de la tierra borincana, y lo que sufrió con la idea de que su madre, ustedes y sus hermanos no estuvieran con él.

Borinquen es positivamente una de las más bellas tierras que ojos vieron. Desde que se sale de Juana Díaz empieza el encanto de los ojos, que incesantemente, sin un solo momento de descanso, se va aumentando, hasta que llega el instante en que, al dar una simple vuelta en el camino, aparece la pasmosa vega del Plata, que (para interesar más a mamá en la lectura de mi relato) les diré que se parece singularmente a la vega del Yumurí. El que me acompañaba, perito en materia de bellezas naturales, me decía que el panorama del Yumurí, que él ha visto, no es tan bello como el de la vega del Plata; pero yo me reservo el placer de gozar y juzgar por mí mismo el Yumurí: mientras tanto, el de la vega del Plata me parece de lo más bello que puede ofrecer la tierra. No tan bellos quizá; pero extraordinariamente risueños, aparecen después los paisajes de Cayey, cuyas vegas y sabanas emitían luz sonriente. Al bajar de Cayey para los valles de Caguas, la tierra quebradísima de nuestra amable patria va como reuniendo en un solo golpe de vista los aspectos parciales de la cadena de colinas y de oteros, de llanos, vegas y sabanas que constituyen el tipo general de las bellezas de la Isla, y cuando ofrece al contemplador la soberana masa del Luquillo, da a contemplar el verdadero *panorama*.



Se presentó tan incitante, que yo me apeé del coche y eché a trepar por una cuesta en que hasta Bayoán y Adolfo hubieran tenido la dificultad que tuvo en seguirme el que me acompañaba, que era el doctor Cestero, y subí a mirar, a contemplar, a saludar, a bendecir la vista grandiosa que ofrece Borinquen la infortunada y la encantadora, cuando resume en una sola vista la de todas sus lomas, quebradas, valles, vallejuelos, sabanas y llanadas: y allá en el fondo de los valles, el hilo de plata de su río, y en la cima de las lomas, el Yunque soberano.

Mañana escribiré a los niños. A ellos y a ustedes, besos mil de

Papá.

P. D. Afectos vivos a todos, a todos, incluso mis discípulos.

Juana Díaz, noviembre 14 de 1898.

Querida Rosita: Recibimos tu última carta: en ella, y con aparente razón, te lamentas de la lentitud con que van nuestras cosas; pero si vieras las dificultades con que lucho para llevar a cabo el sano propósito que me trajo a nuestra patria, no añadirías el dolor que me causan tus lamentos al que me imponen de continuo las circunstancias.

Aunque no estoy seguro de lo que será, te diré que me propongo ir a Mayagüez en los últimos días de este mes: ya, para entonces, habrán empezado a realizarse los propósitos que he debido tratar de realizar en Ponce. Como, para que se realicen con alguna probabilidad de bien para el país, se necesita que yo mismo intervenga en la realización, tendré que permanecer aquí

hasta que marchen por sí mismas las tres instituciones que he fundado: por eso iré solo y por breves días a Mayagüez.

Debo prevenirte que puede suceder algo que te agrade más. Según te habrán dicho, he sido aclamado como representante en Wáshington: si la comisión se hace efectiva, y me decido aceptarla, iré a llevarte y dejar contigo a la familia.

Mientras una de esas dos probabilidades llega a hecho, que Enriqueta suspenda el fute, y que tú no te impacientes. A mi amistosa enemiga, a Hostitos, a Cominges Capestany, a don Andrés, a tía Carmen, a Panchito, a Jacinta, a todos, mil afectos.

Mil te van de

Tu amantísimo hermano,

Eugenio María.

P. D. En caso de poder ir a verte, lo haré en los primeros días de diciembre.

Juana Díaz, 12 de diciembre de 1898.

Querida Rosita: Aunque te escribí no ha mucho, vuelvo a hacerlo para probarte que ni mi alejamiento de nuestro Mayagüez ni el silencio que a veces guardo, son obra de mi deseo.

Al contrario: mis deseos, que de antiguo conoces, son los naturales; pero quien llega a viejo en un empeño, no lo abandona nunca, aunque haya de cambiar de ruta. Trabajar hoy por organizar a nuestra patria, lo mismo es, en el fondo, que haber estado bregando por la independencia. Y lo mismo que por ella hice los más insensatos sacrificios, hago hoy por mi anhelo de orga-

nización y dignidad para Puerto Rico los más incomprendidos esfuerzos.

Hoy estoy a punto de hacer nuevos esfuerzos. Dime tú cuál de ellos te parece que une mejor los intereses de la patria y los de nuestra familia:

Ir en comisión a Wáshington;

Aceptar las proposiciones fervorosas que se me hacen para ir a Ponce;

Volver a Mayagüez, que es lo que con más satisfacción haría. Pero ¿encontraré ahí los adictos y decididos que tengo aquí y en Ponce?

Que hablen pronto, y me voy; pero que hablen, como en Ponce, con hechos.

Todos deseamos verte, y todos te abrazamos.

Tu hermano,

Eugenio María.

WESTMINSTER HOTEL
NUEVA YORK,

28 de diciembre de 1898.

Inda querida: Abreviaré mi viaje. Mi deseo es no pasar más de un mes aquí. Lo que no se consigue en un mes, no se conseguirá en tres. Además, ya que mi egoísmo consiste en pensar en mí a lo último, hay que considerar mi salud, que puede lastimarse con el frío que hace, y que no es más que el principio de estos terribles inviernos del norte.

A pesar de que el tiempo ha sido y es bueno, y aunque personalmente resisto bien hasta ahora la temperatura, no deja de preocuparme un poco el acceso de aquellos flatos que me mortificaban en Chile y que ya he experimentado, aunque ligeros.

Todo coopera en favor de mi deseo de volver pronto al nido amado. Lo echo tan de menos, que no duermo bien, y en las frecuentes interrupciones de mi sueño, los tengo a todos presentes.

¿Por qué habré yo tenido la debilidad de aceptar esta comisión?

Hasta ahora, todo se ha ido en entrevistas con los periodistas, que, no sólo no interpretan bien las ideas que se les transmiten, sino que a veces suplantán con las suyas las ideas del *reportado*. Parece que el Presidente no está muy dispuesto a cambiar de régimen a Puerto Rico, aunque aseguran que piensa en la supresión del triste Gobierno insular de ahí. Las Cámaras, que se reabrirán el dos de enero, se ocuparán preferentemente de la paz con España. Es improbable que se ocupen de Puerto Rico.

En Cuba continúan las asonadas. Ayer hubo una entre cubanos y españoles, que concluyó por un ataque contra los americanos.

¿Estás ya completamente buena del ataque de nervios que todavía sufrías en el momento de mi despedida? Yo te aseguro que nunca más volverías a dejarte dominar de tus rebeldes nervios, si supieras la tristeza y preocupación que me causaste, que me impresionaron por completo hasta que me embarqué y que me lastimaron, cuando los recordaba, durante todo el viaje. Espero que a mi vuelta, que será lo antes posible, trabajaremos juntos por dominar ese mal que tantos dolores inútiles e innecesarios nos ha causado.

Un beso de tu

Hostos.

Nueva York, 28 de diciembre de 1898.

Señor don Eugenio Carlos de Hostos,
Juana Díaz.

Eugenio Carlos querido:

Sin tiempo para más, no quiero que vaya carta mía sin que te lleve una palabra de aliento en la obra de representarme que tan bien has desempeñado otras veces, y que ahora, por lo mismo que en el Colegio se hace más difícil, te agradeceré más.

A Bayoán y Adolfo que supongo se portan bien y que han vuelto a ser tan buenos niños como fueron durante mi otra ausencia, y que van a merecer los regalos que les he de llevar.

Con bendiciones a ellos, a Filipín, Mariíta y a ti mismo,

Papá.

Nueva York, 28 de diciembre de 1898.

Luisa Amelia hijitica mía: En cuanto, durante el último día de navegación, tuve que apelar a tus regalos, y me puse la camiseta hecha de tus manos, las gracias y bendiciones que desde el fondo del alma te mandaba, han ido acompañadas de reflexiones muy paternales sobre la importancia de las faenas domésticas para la mujer. Malas ideas y pésima dirección suelen achacar a las faenas de la mujer en el hogar un defecto que no tienen. Se cree y dice que esa clase de trabajo manual es opuesto al señorío de la mujer. Es al contrario: coadyuva al señorío, porque así es principalmente como la esposa, la hija, la hermana, se enseñorean de la voluntad del esposo, del padre y del hermano. La vida es una serie de

servicios, que en el hogar se aprecian y agradecen más que en parte alguna. Sigue teniéndolo presente, hija mía, para que así completes tu educación, cuyo objeto final es hacer grata la vida diaria. Además, el trabajo ocupa, y no hay vida mejor que la ocupada.

Por eso insisto en que tomes a tu cargo la enseñanza de la pobre Mariíta, que va a ser una criatura desgraciada si a tiempo no se da el entretenimiento del estudio a su inagotable actividad corporal e intelectual. *Think of it.*

Espero también que me hayas oído en el ruego que te hice de que dieras clase de francés, lectura razonada, geografía y hasta gimnasia, a niñas como Merceditas, que no sólo te pagarían con su afecto, sino con su alegría y la adhesión de sus familias a la nuestra.

Hasta otro vapor, porque va a salir éste.

Mil bendiciones de tu

Papá.

Nueva York, 29 de diciembre de 1898.

Querida Inda: Anoche, al acostarme, puse tu manta sobre mis otras coberturas. Naturalmente, me acordé más vivamente de ti; y viéndote en mi imaginación como solía verte en Santiago de Chile, cuando arropada en tu manta, pasabas horas enteras dando vueltas entre tus dedos a uno de los flecos del abrigo, reflexioné y juzgué que el mal de *entimismamiento* que tanto te hace y me hace sufrir no se puede curar con paternales amonestaciones para que no sigas dejándote dominar de ese entimismamiento; sino, al contrario, con enérgicas alarmas del cariño mío y de nuestros hijos, a fin de hacerte comprender la necesidad de que salgas de ti misma y seas siempre tan abnegada como has sido con tu esposo y con tus hijos.

Como la causa física de ése tu estado de ánimo es la excitabilidad nerviosa que tanto te ha hecho sufrir, hay que adoptar un régimen de vida física más higiénico que el que llevas, con el objeto de que pese menos la materia grasa y tengas más diligencia y deseo de actividad. A ese fin, los baños fríos, cada mañana, disminución de alimentos crasos; ejercicios regulares de músculos y órganos. Mas como la causa física no es la única, pues la moral te afecta mucho más, principalmente cuando te preocupas por tus males y con el eterno cuidado por la situación de la familia, es necesario que te distraigas con alguna ocupación: por eso, y sólo por eso, te he rogado tantas veces que ejecutes tu propósito de algunos días y que establezcas una academita de pocas alumnas, aunque sólo sea para acostumbrarte a mimar menos y educar más a Mariíta, encantadora imagen tuya en lo moral e intelectual, que, como hizo tu madre contigo, estás tu malogrando inconscientemente.

No tardaré en ir al lado de mi familia, y espero que esta vez llevemos a cabo nuestros buenos propósitos.

Hasta el beso material, va el moral,

Eugenio María.

WESTMINSTER HOTEL
NUEVA YORK

30 de diciembre de 1898.

Eugenio Carlos, hijo querido: Después de escribir a tu mamá y hermanos, salí a hacer ejercicio, porque "andando se quita el frío". Al pasar por Gramersy Park, me detuve y entretuve contemplando a cuatro muchachos y un perrito, que jugaban gritando al *football*. El mayor, como Bayoán, y el menor, como Filipino, dispu-

tándose fraternalmente la pelota, se revolcaban sobre el césped, dando unas risotadas y luciendo unos colores que cualquier padre hubiera deseado para sus hijos.

Prosiguiendo en mi toma de sol por esas calles, me encontré en Madison Square, en donde una fuente de sube y baja, muy curiosa y muy contemplada por las gentes, reunía hoy buen concurso de solitarios como yo y de niños y niñas y de ayas que, como yo, contemplaban el subir y bajar del hermosísimo surtidor. De pronto me fijé en un arco iris en miniatura que, con deleite mío, subía y bajaba, aparecía y desaparecía, surgía de pronto y de pronto se eclipsaba. ¡Qué lección objetiva de lo que es un arco iris...! Y otra vez volví a pensar en mis hijos, y a suspirar por dentro. Con eso te digo que tengo muchísimos deseos de verlos, y que, como de costumbre, los traigo en la memoria y en el corazón, hasta el punto de que estoy decidido a no volver a hacer viaje ninguno sin mi familia, porque el pensar en ella me impide no poco el pensar en el objeto de mi viaje: no, por cierto, que falte de ningún modo al deber que me ha traído, sino que vivo desasosegado; y viviendo así, se piensa así y se trabaja así. Por eso y porque la Comisión no puede ser larga, aunque lo desee uno de los comisionados; y porque, no durando la Comisión, yo no tengo el derecho de gastar un centavo más allá del día en que termine, y debo y quiero devolver lo que sobre; por eso, digo, pienso en marcharme prontísimo, al regreso del *Caracas*.

La Comisión, como yo temía, ha llegado antes de tiempo, porque el Congreso no puede ocuparse sino de la ratificación del tratado de paz con España y de la lucha política entre partidarios (los republicanos, que están en el poder), y adversarios (los demócratas, que están en la oposición) de lo que aquí llaman "expan-

sión", que es un bonito nombre para la fea senda que ha tomado la Unión Americana. Tengo mucho que escribir para otros: no más tiempo para ti.

Dios te bendiga, como lo hace tu

Papá.

Nueva York, 2 de enero de 1899.

Señor don Adolfo: El dulce clima de nuestros trópicos tiene días y noches tan brillantes, tan suaves y tan agradables, que no se puede compararlas con ningunas otras. Pero estos climas de duro invierno tienen también sus encantos. Si tu vieras como está Nueva York, desde la mañana de ayer, tendrías motivos mil de admiración; y si te desentendieras del espectáculo que ofrece el manto de nieve, que lo cubre todo, para atender al espectáculo que ofrecen los niños en calles y parques, no dejarías de celebrar con ellos los encantos del invierno.

Desde ayer por la mañana, toda Nueva York es una nevera. Calles, plazas, techos, campanarios, árboles, céspedes, todo es blanco, todo brilla, todo reluce. Y desde ayer por la mañana, niños como Filipo, y adolescentes como tú saltan de contento, patinan como locos, se ríen como felices, y juegan y retozan y hacen bolas de nieve y se las tiran unos a otros y se ríen a carcajadas, como si la nieve les hubiera aumentado la fuerza y la alegría de la vida y de la edad.

¿Querías venir? *Would you come to such a country?*

No poco daría por traerlos a ella, tu

Papá.

Nueva York, 2 de enero de 1899.

En cuanto a la señorita Maríita, estoy seguro de que, acordándose de que papá está sufriendo frío, se está portando de modo que, cuando yo vuelva, me olvide de los malos ratos que estoy pasando.

Como en invierno es imposible salir a ver tiendas, porque el frío no consiente que nadie se pare en calles ni en aceras, todavía no sé si hay o no hay cosas bonitas que llevar de premio a los niños que se portan bien: pero si no puedo llevarlas, buen premio será el ver a papá *¿pues no?* (1)

Hasta la vista

Tu papá.

Nueva York, 2 de enero de 1899.

Ahora, a ti querido primogénito: Poco a poco, la obra que me ha traído se va definiendo. Ya no se ven desde aquí como se veían desde allí la situación y las necesidades de la patria. Todavía no hay nada positivo con respecto al estado de cosas que ha de establecerse en Puerto Rico. Ni el Congreso se ocupará de nuestra Isla en esta legislatura, que probablemente se ocupará tan sólo del tratado de paz con España, ni el Presidente considera oportuno para su partido ni para él, que aspira a la reelección, el resolverse a presentar al Congreso una resolución cualquiera, que puede comprometer su posición de candidato y de hombre de partido. De aquí que todo lo relativo a la situación de Puerto Rico esté en suspenso, y que aun no se sepa si será anexado, o si, como quieren los adversarios de la dominación de los

(1) Chilenismo.

Estados Unidos en las Antillas y Filipinas, será considerada la tierra de tu padre como un territorio que fomentar ahora para libertar después.

Nosotros no tardaremos en saber si podremos irnos pronto, como yo deseo, después del ya próximo viaje a Wáshington.

Con anhelos de volver a ustedes,
Te bendice tu

Papá.

Nueva York, 9 de enero de 1899.

Sra. Inda de Hostos,
Juana Díaz.

Querida Inda: Imagina cómo estará mi ánimo, sabiendo, como te hago saber, que hoy ha llegado el *Caracas*; que muchos han tenido carta; que varios me han hablado ya de lo que dicen los periódicos de Ponce; y que todavía no he recibido yo cartas de ustedes, ni noticias, ni periódicos.

Como harto sabes y saben nuestros hijos, hasta la misma Mariíta, que yo soy un niño por el corazón y que la mayor parte de él está lleno de ustedes, no dudo que comprenderán la inquietud de que me tiene poseído ese silencio; pero de seguro no pueden formar idea exacta de la inquietud, desasosiego y desánimo y postración de fuerza moral en que estoy. Sólo te digo que, si hubiera algún medio digno de abandonar este puesto de tormento, me embarcaría en el vapor que sale el sábado próximo.

Desgraciadamente, no hay remedio: todavía no está empezada en Wáshington la tarea, por otra parte ineficaz, que aquí nos tiene. De ella diré algo a Eugenio

Carlos. Déjame ahora, que, después de darte dos besos bien del alma, hable con Luisa Amelia y los niñitos.

Dios te me bendiga

Tu

Hostos.

Westminster Hotel, Irving Place and 16th Street,

Nueva York, enero 9 de 1899.

Hijita Luisa Amelia:

Vino, hace días, un transporte americano, y me trajo una carta del general Henry, en la cual, de letra de Eugenio Carlos, venía mi actual dirección. Ese breve manuscrito del primogénito es la única noticia que de ustedes he tenido desde el día triste en que salí de mi rincón hasta la hora tristísima en que, llegado un vapor que tampoco me ha traído cartas ni noticias, suspiro más fuerte que nunca por mi familia y por mi nido.

Esta vez sí que es la última en que me separo de ustedes, hija mía. Ya mi vida ha sido harto triste y pesadosa, para que yo acepte nuevos pesares de esta especie. Junto a mi familia, vengan tristezas y alegrías; lejos de ella, ni alegrías ni dolores.

Ya no me acuerdo ni del invierno: tan embargado estoy por el recuerdo de ustedes y por el deseo de irme. No te preocupe, pues, el temor de que me haga daño. Por lo demás, llevo siempre los broqueles que contra el frío me hiciste tú, que es como si anduviera acalorado por el calor del hogar. Ayer anduve un poco por Central Park, blanco el suelo, helado el lago, rompiendo el hielo y resbalando por él; y cuando ahora me pregunto cómo pude resistir el frío se acuerda de Luisa Amelia, y la bendice

Su papá.

Westminster Hotel,
Nueva York, 9 de enero de 1899.

Eugenio Carlos querido: Ante todo: de los puertorriqueños que por aquí andan, dos salen para allá, y probablemente buscarán el modo de presentarse en casa.

Me tienen desolada el alma. Ya lo sabrás, hijo mío: a estas horas, ni una carta!

Supongo que tu encargo te habrá costado ya algunas molestias. No te impacientes: yo no tardaré en ir a relevarte.

El que ya está cansándose, soy yo. Se hace menos de lo que se pudiera, aunque no hay mucho que esperar. El movimiento contra la anexión sigue creciendo; pero es de temer que el ingente interés del Partido Republicano lo compela a seguir por el camino que lleva.

Por él se está yendo a una revolución en Filipinas, que desacreditará a la Unión Americana, pero que la sumergirá en el océano de sangre que llaman gloria, grandeza y poder las tristes naciones de la Tierra.

Pero no hay todavía que desesperar: por una parte, aun hay pueblo americano; por otra, aun está por ver quién será, si republicano o demócrata, el triunfador de las futuras elecciones presidenciales.

Besos de,

Papá.

Nueva York, enero 13 de 1899.

Querida Inda:

Por lo mismo que estoy privado de tus cartas y de las con que me confortan los niños, en mi ausencia, no quiero perder la ocasión de escribirles por el *Caracas*, que sale mañana. Seré breve, porque estoy en los preparativos para mi ida a Washington.

La falta de cartas y noticias de ustedes me tiene tan apesadumbrado, que temo influya ese estado de ánimo en mi descontento como Comisionado y en mi poca o ninguna confianza en el resultado de la Comisión. Eso no quiere decir que desatienda mis deberes, pues todo el día, a veces hasta parte de la noche, cuando escribo para *El Correo de Puerto Rico*, lo empleo en ese deber. De nueve a diez de la mañana leo *The New York Times*, periódico semioficial, para conocer el movimiento de opinión en nuestros asuntos: de tres a cinco de la tarde, recibo a los otros dos Comisionados, y trabajo con ellos. Entre esas horas, redacto informes o compongo instancias o mensajes (*addresses*) para hablar con el Presidente y hacerle oír del modo más efectivo lo que yo y el sentido común tenemos por más natural; por la noche, cuando no me quedo a informarme en *The Evening Post*, de las noticias del día, escribo para informar a *El Correo*, o salgo para hacer un poco de ejercicio o voy a alguna diversión gratuita. Anoche estuve en una exposición de retratos, que me hizo acordarme mucho de ti, pero mucho, Linda mía.

Ya está apalabrado el rodillo para tus neuralgias, que siempre me duelen en el alma.

Ella contigo, Inda mía.

Hostos.

Nueva York, 13 de enero de 1899.

Ay, Ay, Ay! mi señorita hija Luisa Amelia: Si no fuera por lo que ha sido, no me perdonaría esta nueva ausencia, aún más dolorosa que la otra, porque ni siquiera me acompaña el sol. No porque falte, pues en el rudísimo invierno que he venido a afrontar y afronto, no deja de brillar de cuando en cuando y de resplade-



cer sobre el manto de nieve rutilante que cubre calles y edificios, sino porque, en parte por mi trabajo, en parte por prudencia, no puedo o no me atrevo a salir. Ayer, sin embargo, pasé fuera del hotel casi todo el día.

Por la mañana, fuí a excusarme con una muchedumbre de discípulos dominicanos que me habían invitado a una comida, cuando ya estaba comprometido para otra. A las 2 p. m. tuve que ir a la calle 77, a cumplir, a pesar mío, mi compromiso. A las cuatro y media, fuí a casa de Molina, en donde todavía no había estado. De allí volví a las diez de la noche. ¡Qué frío! ¡qué de nieve! ¡qué resbalar cuando bajé del carro!

Si volviera a presentármeme, cuando de ésta salga, la ocasión de salir de mi nido, y en frente del mayor incentivo que hay para mí en el mundo (y bien sabes tú que es el deseo de ser bueno), me ponen la privación de cartas y noticias, de que estoy sufriendo, hasta al deseo del bien renuncio. Hoy hace, querida hijita mía, que que sé yo cuántos días que, además de estar privado de la vista, las caricias, las impacencias y el tumulto de la vida de familia, estoy privado también de sus cartas y noticias.

En cambio, estoy *disfrutando* de todos los encantos que ocasiona, en cuanto se relaciona con pueblos como los nuestros, el ejercicio de cualquiera función pública, por penosa que, como ésta, sea ella: cuanto hace de mal el personalismo, tanto se le pone a uno por delante.

Pero, perdona hija mía, que te hable de esto.
Pónme tu carita para que la bese

Papá.

Westminster Hotel,
Nueva York 13 de enero de 1899.

Querido Eugenio Carlos: No pierdas de vista los itinerarios de los vapores de la *Red D. Line*, que unas veces vienen directamente de Ponce, y otras de la Capital, para que no suceda lo que con el *Caracas*, que, por haber salido de la Capital, no me ha traído cartas. Ya supondrás cómo me tiene esta privación del único placer e interés que tengo. De buena gana, y para que peses la fuerza de la necesidad en que estoy de cartas y noticias de ustedes, de buena gana te presentaría el reverso de la medalla: esto es, las cóleras, impacencias y fastidios que me está costando esta Comisión; pero prefiero comprometerme contigo, si a mi vuelta me pides el cumplimiento del compromiso, contar paso tras paso a la familia el camino de disgustos que esto ha sido para mí.

Por ahora, ocupémonos de ti. ¿Qué tal te va en el encargo que te dejé? Si el espíritu mínimo de esa gente no ha echado por tierra la organización que ahí empecé (pues es posible que se haya seguido haciendo guerra oficial al Instituto de Juana Díaz), tu trabajo debe ser continuo. No lo siento, porque el trabajo, especialmente cuando va acompañado de luchas intelectuales y morales, es un fortificante para la juventud; mas no por eso deja de lastimarme la idea de que lucha y trabajo que pesaban sobre mí, pesen por mi ausencia sobre ti.

La esperanza de ver pronto que has sido digno del encargo que te dejó, alienta a tu amantísimo

Papá.

The Arlington, Wáshington, D. C.,
19 de enero de 1899.

Mi querido hijo Eugenio Carlos: Aunque no tengo tiempo que perder, te escribo dos palabras para aprovechar un vapor que debe salir hoy o mañana. Que la urgencia me excuse con tu mamá y tu hermana.

Desde que llegamos a Wáshington, a partir de la misma hora en que llegamos, estamos trabajando por nuestra Comisión. Ya se ha consultado a un jurisperito, se ha hablado con un senador y se ha visto al Secretario de Estado. Este ha convenido en preparar con el Presidente la entrevista que se le pidió. Aunque de un momento a otro podemos ser llamados, también es posible que no lo seamos, porque el movimiento político está aquí tomando proporciones colosales en contra de la posesión de Filipinas, y esto está haciendo retardar la ratificación del tratado de paz, estado político, éste, que preocupa a la Administración y que puede influir en que seamos o no recibidos pronto.

Si se retarda el recibimiento, yo tendré que irme en seguida, porque los gastos son enormes, los fondos insuficientes, y los recursos se agotan.

Aunque se ratifique el tratado de paz, es seguro que triunfará el voto de los que no quieren más que el *gobierno temporal* en Filipinas. Es claro que en eso es en lo que se debe pensar para Puerto Rico, y eso he pedido yo; pero nuestros paisanos a nada se atreven.

Ahí va un reportaje. Va también un recorte de *The Sun*, con una importante noticia para Puerto Rico. Avisa a la gente para que hagan entender a la nueva Comisión del Presidente que se quiere gobierno temporal.

Abrazos para todos y para ti, de

Papá.

Juana Díaz, febrero 22 de 1899.

Querida hermana Rosita: Recibí ayer tu carta y tus consejos. Sanos son y buenos en lo referente al deber, y querría seguirlos, pues por lo que hace a la gloria, cada día me es más indiferente.

Mis deberes para con la patria (tal está ella) empiezan a ser incompatibles con mis deberes de hombre de familia. Si al patriota siguen dejándolo solo y al hombre de familia no lo ayudan, fuera de este pueblo, a aprovechar en bien de los suyos y los otros sus aptitudes para ser útil.

En Ponce quieren que yo me vaya para allá; pero no hacen nada para facilitarme la ida: en Mayagüez me llaman; pero los que más me prometen, sólo me dicen que puedo contar con todo.

Veamos si tú puedes contribuir en algo a lo que creo mejor para la familia y la patria. A ambas conviene que yo me vaya a trabajar ahí, ya que no en San Juan o en Ponce. Habla con don Andrés, que ya me escribió, en tiempo pasado, de la posibilidad de lo que en mi nombre vas a pedirle, y es lo que en pliego aparte te digo.

Mil cariños de todos y de tu hermano,

Eugenio María.

Rosita:

Di a don Andrés Menéndez y a Eugenio Bonilla que hablen con los miembros del Ayuntamiento, a fin de ver si se consigue ahí, como aquí se ha conseguido, que se subvencione un instituto que se encargará de una reforma pronta y efectiva de la enseñanza primaria y secundaria.

Si la respuesta es favorable, yo mismo iré a arreglar con el Ayuntamiento las condiciones de la subvención.

Contesta en cuanto esos señores te digan lo que han, o no, conseguido, pues yo deseo ir en la semana que viene.

Tal vez, si voy, lleve a la familia; y tal vez, aunque no vaya, la mandaré, porque está descontenta, y con razón, de lo que cuesta aquí el vivir mal, que es como aquí se vive.

Esperando pronta contestación, abrazos.

Eugenio María.

Santo Domingo, enero 15 de 1900.

Querida hermana Rosita: Las dos palabras necesarias para desearte bienestar y alegría, y para decirte que estamos bien.

Don Andrés Menéndez, que ha sido testigo de nuestra vida en estos días, te dirá cuanto la brevedad del tiempo me impida decirte.

Te incluyo los dos únicos recortes de periódicos que, por mi habitual indiferencia por lo que a mí se refiere, puedo por casualidad enviarte. De los demás periódicos de aquí, que me han saludado a mi llegada, no conservo ejemplar ninguno.

A juzgar por las continuas muestras de alegría que ha producido mi llegada, la perspectiva de mi vida aquí es de trabajo útil para el país. A ser así, pasaré contento el resto de mi vida, que reclama actividad fructuosa para los demás, si ha de ser satisfactoria.

Por más, sin embargo, que se quiera hacer para utilizar mi buen propósito, todo ha de ir un poco despacio, porque el país ha quedado casi exánime.

Memorias a mi comadre, a Cominges, a mi ahijado, a toda su familia, a todos nuestros amigos, a Jacinta, a Petra; memorias de todos y un abrazo de tu hermano,

Eugenio María.

Santo Domingo, febrero 14 de 1900.

Querida hermana Rosita:

Tu cartita me habría impresionado tristemente, si una de don Andrés a Sisita no hubiera venido a tranquilizarme: como él dice que tú estás buena y contenta, la displicencia de tu carta se traduce por dejos de la ausencia.

El alejamiento de mi país, por singular que me haya parecido su modo de apreciar mis servicios, me es mucho más doloroso de lo que podría creerse de quien ha pasado casi toda su vida en destierro voluntario. Lo atribuyo a la influencia que operan sobre mí las bellezas naturales y las fealdades sociales: admirar a las unas y disminuir las otras me ha parecido siempre el mejor empleo de la vida. Y como, entre las fealdades actuales de Borinquen está una intervención de extraños en la vida de la Isla, no es extraño que me duela haber tenido que convencerme de que, por ahora, ninguna falta hace a Puerto Rico quien quiere lo que para mi país he querido y quiero.

Aparte ese motivo de tristeza, los demás son de alegría; pues el país dominicano está en buena vía, quiere lo que yo quiero, me ha acogido con afecto, me trata y me oye con afecto.

Además, Inda, Luisa Amelia y los niños están sanos contentos y agasajados. Bayoán se fué con el Vicepresidente (de la República) para el Cibao a satisfacer su

anhelo de vida activa; y según me escriben, promete ser un hombre de acción. Por su parte, Eugenio Carlos sigue prometiendo ser un hombre de reflexión, y tal vez estudia más de lo que yo le aconsejo. Adolfo, ganoso de dedicarse con fruto a la marina, estudia también bastante: hasta Filipo y Mariíta estudian en sus respectivos colegios.

Todos, empezando por Inda y Luisa Amelia, te envían mil afectos. Yo te abrazo,

Eugenio María.

P. D. A mis compadres, a tía Carmen, a don Andrés, a nuestros amigos y amigas comunes, a Jacinta, a Petra, mil memorias.

Santo Domingo, 15 de mayo de 1900.

Querida hermana Rosita: Apenas hace tres días que recibí tu última cartita: fué que la entregaste a mano, y sólo días después de llegado y salido el vapor, me la trajeron.

Parece que también una de las mías se ha retardado o extraviado, porque en ella iba carta larguita de Luisa Amelia para ti y nada dices de ella.

Ocupados toditos en mi casa, Inda en su orden doméstico, que no es poco difícil en países sin servicio doméstico; Luisa Amelia, ayudándola; ambas en su noble empeño de Escuelas Dominicales; Eugenio Carlos, ayudándome; Bayoán, ya lo ves, anticipándose a sus años; Adolfo, deseando imitarlo; Filipo y Mariíta en su aprender; apenas tenemos tiempo para otras diversiones que los saraos de Mariíta.

Por mi parte, bien de salud física, mal de salud moral, porque me preocupa y apesadumbra de continuo

el estado de nuestros países, principalmente, hoy, ése y éste.

Todos te abrazan. Como todos, tu amantísimo hermano.

Eugenio María.

La Vega, 21 de junio de 1900.

Querido primogénito, auxiliar y consultor: En la carta de ayer, que va con ésta, me lastimaba de que no me hubieras escrito al remitirme las cartas de tío Panchito Bonilla y de don Pedro Ezequiel Rojas, de Caracas. Yo no tenía razón. Parece que por cualquiera caso, el pliego de la carta se había separado de las otras, al guardarlas yo: en el momento de recibirlas íbamos a comer, y ya sabes que yo obedezco prudentemente al refrán que nos manda no leer cartas, ni sobrescritos siquiera, él dice que después de comer, yo digo que ni después de antes.

Y guardé las cartas. Ayer, al buscarlas, sólo encontré las mencionadas, y de ahí mi lamentación. Ahora poco, Filipo, que se proponía escribir a mamá y ustedes, apareció leyendo "una carta de Eugenio Carlos", y yo, creyendo que sería la primera, me encontré con que es una del quince, sin duda compañera de las a que en ella te refieres.

Como mamá, Luisa Amelia, tú y Mariíta, si ésta piensa en ello, habréis visto ya por las cartas anteriores, todos estamos bien: Filipo, lindísimo con su colorido rosado de otro tiempo y con su alegría de toda hora, mejor que nadie; Adolfo, a pesar de su rebelde disposición, está muy bien de salud, y mejor de rebeldía; Bayoán, muy fuerte, aunque aparece propenso a oftalmías, bueno, sano y siempre jovial: por nada de este mundo

querría ninguno de ellos que yo atendiera a mamá, y se los mandara: conque yo empleo eso como amenaza para contenerlos... Irse para la Capital a no tener aire libre ni apetito ni espacio ni campo ni árboles ni pájaros ni caballos ni paseos diarios ni gente que de todos modos los contemple... Vaya! vaya ¡qué ocurrencia!, como dice mamá.

Voy a escribir al señor Federico Henríquez y Carvajal. Al señor Américo Lugo y a cuantos soliciten noticias de nosotros, mil afectos. Al señor Agustín Fernández, que apresure los programas, y que tenga prontas dos copias de las tabletas sinópticas de física y dos ejemplares de los mapitas cosmográficos.

Cariños para todos

Papá.

P. D. Los niños escribirán mañana. Por ahí andan los comienzos de cartas que han tirado en cuanto han aparecido ensillados los caballos. Hay excursión al campo.

La Vega, julio 12 de 1900 ⁽¹⁾.

Querida Inda: Mil enhorabuenas...! Filipino está ya completamente bueno y sano, rosado y bonito. Pero ¡qué rejalajao y qué paternado y qué parecido a taita es el muchacho! Si ayer, cuando entre otras pruebas, me impusieron la de una revista de escuelas de niñas, y una recepción de ramilletes; y, para darme aires de tranquilo hice acercarse al macedón, y lo presenté a las muchachitas para que le dieran a él las flores, parecía un niño desarticulado, que, sin músculo, ni nervio, ni

(1) Esta y las cartas siguientes, relatan la primera visita oficial de Hostos al Cibao en su calidad de Inspector General de Enseñanza Pública.

fuerza, dejaba caer por aquí una flor para que se cayeran otras cuando recogía la primera.

Hoy estuvo convidado en casa de la buenísima familia de Robiou; y Adolfo, que campaba por ahí en uno de los caballos con que les hacen insuperable su estancia aquí, vino diciendo que había visto a Filipo tan contrariado y tan rebelde a los cariños, que más que a éstos, parecía condenado a prisión. Adolfo es tan hechura de Su Merced, la hechizadora, que va criando fama de ser tierno como una niña delicada y dulce. Bayoán, que ha crecido bastante y anda esbelto y es simpático en extremo, hace creer a las gentes que es un caballere te muy formal; pero si lo vieras cuando gobierna a su parvada (Adolfo y Filipo), te enternecería, como me enternece, con su inagotable charla, sus excitantes carcajadas, su alegría saludable y su sana influencia sobre la picaresca viveza y la macedónica falange de risotadas con que lo escolta en todo momento Filipo.

No de ahora, naturalmente, pues echarte de menos con los tres de a tu lado es mi ocupación desde el primer momento de la ausencia, pero especialmente en Sánchez y aquí estamos echándote muy de menos y suspirando por ti y los tres que se quedaron a tu lado. Sánchez nos ha dado tanto aire puro y tan dulces espectáculos en su bahía, que hubiera sido no quererte el no echarte de menos y el no desear para ti, Mellita, Eugenio Carlos y Mariíta, los placeres de ojos y de sensibilidad que allí teníamos. Ahora, en medio de la excelente población que nos mimas y de la dulce campiña que nos rodea, no acordarnos de ti y tus compañeros de ausencia, sería falta de voluntad: ¡cómo no querer para ti y mis hijos ausentes lo que a los hijos presentes y a mí nos tiene tan contentos! A veces, ganas me dan de ceder a las continuas solicitudes para que me quede y los traiga a ustedes.

Los niños, que están en la galería cantando, bailando y celebrando la cabalgata que les espera, se arrodillan conmigo delante de mamá, para pedirle la bendición.

Eugenio María.

La Vega, R. D., 12 de julio de 1900.

Señorita Luisa Amelia de Hostos,
Santo Domingo.

Ah! mi querida Señorita...! Si el "insurgente" (1) hubiera presenciado la ovación aguada de La Vega, de juro que se sale de su alvéolo. ¡Qué ovación y qué agua, señorita...! Llovía como conviene a quien no sabe ni entiende de ovaciones. De tal modo llovía, que para llevarnos del coche del ferrocarril a la Sala de Espera en la Estación los discípulos comisionados para ello, hubieron de hacerme saltar y brincar, por entre rieles, charcas y aguas corrientes. Imagínese usted, señorita, lo cariacontecido que me pondría yo, yo, inocente de mí que en lo que menos pensaba era en la posibilidad de un recibimiento a aquella hora y bajo aquella agua, al hallarme de pronto, y sin sospecha, en presencia de aquella valerosa multitud que desafiaba el agua por ver a un pobre hombre que ni siquiera tiene ya la vanidad que irgue, hincha e infla a los que saben tener complacencia en esas cosas...! Y si hubiera bastado con ver...! Pero fué necesario ser presentado, y supóngase usted la facha de *know nothing*, y mi beatífica sonrisa de *limbano* que quiere, y no sabe agradecer.

(1) Hostos bromeaba así a Luisa Amelia por un diente algo torcido que ella tenía.

Al fin, como Dios y mi sencillez proveyeron, salí del trance aquel; pero fué, como sucedía con la calle, para pasar la cual se iba de un charco en otro, cayendo en otro trance... Porque figúrese el "insurgente" que trance para mí el verme de repente frente a un arco de los que llaman "de triunfo" cuando ya ni de mi indiferencia sé triunfar. Ninguna de las inconsecuencias de la vanidad ni de las consecuencias de la curiosidad se me ocurrió: ni mirar, ni ver, ni deletrear letreros, ni decirme a mí mismo muy por dentro y en silencio: "Esta sí que es justicia caballero! Nútrase y hártese". Nada de eso: lo único que se me ocurrió fué echarme fuera del arco a pasar por el sendero ordinario, cosa que me impidió hacer mi buena suerte porque figúrese la señorita el escándalo que habría causado aquel desaire que del modo más involuntario habría hecho la modestia de un lógico a la deferencia de un pueblo. Felizmente, como ya dije, de tal yerro me salvó mi suerte, y pasé sin más mirar que el inevitable, y llevándome la mano al ala del sombrero saludando qué se yo qué, qué se yo cómo, ni que se yo por qué. Y yo delante y la comitiva detrás, llegamos hasta el balcón de la casa que me tenían preparada, y con la cual (entre paréntesis) te convidó para cuando quieras cambiar ese aire infecto por este aire puro y esa casa encajonada por esta a pleno espacio. Y cuando llegamos a la casa, otro trance, y de los que no se puede uno desatender: mira que eran tres chiquillas que personificaban las tres Antillas, si éstas bellas, ellas lindas con sus trajecitos y su frigios simbólicos, y su airecito a la vez confuso y orgulloso y su dominante posición que las hacía, encaramaditas como estaban no supe yo en dónde, visibles y presentes a cuantos allí entraban. Y como entré, tuve que verlas, y no tuve más remedio que mirarlas, y, para darme aires de tran-

quilo, me las acerqué y las acaricié una por una, y saludé las tres banderas, y para descansar de mi enorme esfuerzo...

Vamos! ¿a que no atinas con lo que hizo el ínclito papá del "insurgente", a fin de descansar del soberano esfuerzo que le costó su salutación al grupo vivo de las tres Antillas?

Pues, señor, como si entrara Pedro por su casa, tu señor padre fué y se metió de rondón en su dormitorio. Era precisamente el aposento que le estaban preparando para dormitorio, y aun estaban allí las señoras y señoritas que realizaban esa piadosa obra. El cual estar allí de aquellas buenas damas lo puso en tal conflicto como el en que se encuentra o encontrará o habrá necesariamente de encontrarse el pájaro desconcertado que, en busca de su nido, lo halle ocupado. Lo mejor, en aquel trance, me pareció pedir socorro, y lo pedí en voz ahogada, diciendo a mis acompañantes inmediatos: "¿Quién me presenta a estas damas?" Y hubo presentación, y me salí del aposento tan sin motivo ni objetivo como al entrar, y entonces caí de bruces. Pero ese caer es cosa de otra carta y por ahora, en tus brazos querida hijita, se reclina tu

Papá.

La Vega, 14 de julio de 1900.

Querida hijita Luisa Amelia: En mi carta anterior te dejé cayéndome de bruces. Fué que entré en la que hace de antesala de la casa, y que en ella me dí de manos a boca con muchísimas personas que resultaron ser comisiones del Ayuntamiento, escuelas, sociedades literarias y artesanas, que, unas tras otras, aunque con grande y delicada prudencia, me pusieron en el potro de las alocuciones oídas y contestadas. Dile al "insur-

gente", para que se alargue, como cuando tú te ríes, que en una de esas pruebas me faltaron el corazón y la palabra; la palabra por el corazón, y el corazón por las emociones que sentía. Pero, cualquiera la causa, el efecto fué que no pude hablar: material, literalmente, señorita; no pude hablar. Y ya usted sabe si eso es de reír para los dientes largos. Gracias a que yo domino la risa de los hombres (y también la risa de las mujeres), desde que sé por experiencia cuántas grandes y sólidas virtudes sirven de incentivo a la risa de las gentes: que si no, en vez de explicar sencillamente, como lo hice, la falta inexplicable de palabras, me habría puesto a callar como juguete del ridículo.

En él (cómo no!) tendré yo que caer siempre que medie mi juicio entre los actos de los hombres y los míos: tan a distancia del móvil común de las acciones humanas suelen estar las acciones inocentes. Pero esta vez no caí, bien fuera por la sinceridad de mis expresiones, bien por la disposición de las gentes a la mayor benevolencia para con tu papacito.

Benevolencia en cuanto a los deseos; que en cuanto al traqueteo, juzgue usted: no bien acabó la última comisión, se me invitó a pasar a una de las galerías, en donde me esperaba una escuela de niñas, toda entera, con directora, profesoras y alumnas; y allí fué el entregármeme tarjeta de salutación y flores de oblación, que me hicieron llamar en mi auxilio a don Filipo, el cual, entendiendo tan poco como su padre de estos actos, se dió a dejar caer y a tratar de levantar los ramilletes que caían.

Cuando padre e hijo se despacharon de aquella escena, al primero lo llamaron a la sala, en donde una comisión de señoritas los saludó en términos aterradores para su modestia, y me presentó un magnífico ramillete

monumental, que entonces ni me decidí a mirar, y que después he visto que tenía cerca de una vara de alto por dos pies de espesor, y que, además de variadísimas flores olorosas, presentaba en un lazo un tarjetón dedicatorio.

Aun no había yo acabado de escuchar la última locución, cuando: "Maestro, me dijo el director de la escuela, los alumnos desean..." Y entonces me tocó habérmelas con los muchachones, que me presentaban una fotografía de todos ellos, y a quienes me dió gana de presentar este problema: ¿Con cuántos pedazos de un maestro asendereado se hace un héroe? Porque en verdad te digo que me sentía hecho pedazos.

Después de esta última manifestación oficial, empezaron las particulares, que al fin, a eso de las dos de la tarde, terminaron.

Entonces, a solas con mi adictísimo discípulo, y oyéndolo lamentar que el agua hubiera impedido la manifestación en grande escala, me fué posible apreciar los esfuerzos hechos aquí por todo el mundo, particulares y autoridades, obreros y clase superior, mujeres y hombres, jóvenes y niños.

El deseo de tener medios de educarse es tan vivo y común en esta buena ciudad, que no sólo explica esas manifestaciones, sino el empeño casi tiránico con que, a cambio de bondades y delicadezas para conmigo, exigen que me quede entre ellos.

Tal vez sería lo mejor que podría hacer, porque, además de asegurar así el reposo de mi vida, aseguraría quizá el presente y el porvenir de mi familia; el presente, porque ésta es una sociedad unida, cariñosa y benévola; el porvenir, porque aquí no abandonarían a los míos, si yo faltara.

Lo que más me ha llamado la atención en todas las demostraciones de bienvenida es el recuerdo continuo

que se tiene de mi familia; los ruegos de que la traiga, y las insinuaciones que a cada momento oigo de lo mejor que, para la salud física y para la moral sería esto. Les digo lo difícil que sería, y me dicen lo fácil que lo creen. Quizá, si tú vieras a las que habrían de ser tus amigas de sociedad. ¡Qué buenas gentes...! Suponte que una sociedad de señoritas se ha encargado de proveerme de flores, y que ya han mandado otro ramilleteazo que da gusto. Mucho te daría el país, que es muy bonito.

Te bendice,

Papá.

La Vega, 15 de julio de 1900.

Sr. E. C. de Hostos,
Santo Domingo.

Querido hijo: Ayer tuvimos los niños y yo la alegría de recibir cartas de tu mamá y Luisa Amelia: ¿por qué no quisiste tú proporcionarnos también esa alegría? A mí me ha llamado mucho la atención ese silencio tuyo, porque, como no sea por no habésete advertido a tiempo que se me escribía, no me explico que no te hayas apresurado a escribirme. Que no vuelva a suceder eso, hijo mío, si deseas no darme motivos de pena. A estas horas supongo que habrán terminado tus exámenes de Derecho y cesado, por tanto, el compromiso que con el señor Esteban S. Mesa contrajiste cuando le invitaste a acompañarte a hacer la carrera de Leyes como estudiante libre. Ya es tiempo, ahora, de que descanses: te hace falta, porque te ibas quedando más enjuto de lo que conviene a tu edad. Aprovéchate del descanso intelectual para, sin dejar de estudiar a horas dadas y sin

continuidad, hacer ejercicio, tomar baños, respirar aire libre, cultivar tus relaciones de amistad, acompañar a tu mamá y hermanitas a baños, visitas y distracciones que tuvieren.

Cuida, sobre todo, de la salud de todos ustedes, que ahí me parece siempre expuesta.

Aquí tenemos salud. Filipo está, no sólo repuesto, sino rosado y vigoroso. Anoche, un caballero ciego, que estuvo a vernos, al recibir un apretón de manos del chicuelo, dijo: "Parece que sus niños todos son muy fuertes ¿eh?" Y tanto: ahora, día nublado, anda él echando por el suelo el señor arco triunfal que ha estado ahí hasta el día en que convenía probar tácticamente cuán pocos resistentes son las obras de la vanagloria, que la mano de un niño echa por tierra.

Por empeñarse Rafael Daniel Henríquez en llevar esta carta, ni yo la prolongo ni los niños escriben.

A todos saludan los niños. Yo te bendigo.

Papá.

La Vega, julio 16 de 1900.

Querido Eugenio Carlos: Anoche tuve la alegría de recibir tu carta del once.

Lo que de ella más me importa es tu propósito de tomar baños de mar. Ayer mismo, en la carta que te entregará Rafael D. Henríquez, te recomendaba que aprovecharas el descanso parcial en tus estudios, a que te forzarán las vacaciones, para bañarte, pasear, llenar de aire tus pulmones y reaccionar contra los debilitamientos que te ha producido el trabajo intelectual inmoderado.

Te incluyo una carta de tu tía Rosita que venía con la mía. Contéstale y dile que yo no podré hacerlo hasta que regrese de mi inspección general.

Me parece, por lo que voy viendo, que costará más de una excursión y muchísimos esfuerzos de muchísimas personas en todas las provincias, para organizar la instrucción pública del país. Parece increíble que se hagan tan pocos esfuerzos por el Estado y la sociedad para tener lo que constituye el verdadero medio de propulsión social. Mira, en prueba, y para tu reflexión, qué datos: en Macorís no hay más que una escuela de varones; en La Vega, notoria por su afán de instruirse, no hay de varones más que dos y una superior: de hembras, siete: el presupuesto escolar del Municipio es de cuatro mil pesos; el del Estado, ochenta pesos de subsidio o subvención. Hay quizá unos seiscientos niños educables y sólo cuatrocientos quince se educan. La escuela mejor organizada no tiene más que un profesor y tres ayudantes, que han de atender a ciento veinticinco alumnos. Tan reducido el pago, que el director cobra sólo treinta pesos; pero hay escuelas que dan cuatro pesos por todo sueldo.

Y eso, dominicanito querido, en La Vega, que es, te lo repito, la población más ganosa de instrucción.

Ver esas cosas dolorosas; andar por malos caminos; soportar la explotación del vapor americano y los pasajes enormes de los ferrocarriles; eso va a ser en lo sucesivo el encargo del inspector general de Instrucción Pública. Y digo "en lo sucesivo", porque si los inconvenientes materiales son hoy los mismos, los morales están compensados con las bondades de que se me hace objeto.

Oficios, cartas de cualquier procedencia y cuanto llegue para mí, incluso correspondencia de tu tía Rosita, guárdalo hasta mi vuelta; que no: más vale que, si crees que el bulto que formen juntos oficios y cartas reunidas bajo un sobre no es grande, los mandes. Esas

cartas de Puerto Rico pueden tal vez imponerme algún esfuerzo en favor de mi pobre patria, y el oficio pueda requerir contestación inmediata. Pero te repito que lo encierres todo bajo un sobre nada más. Aprovecha también el vapor americano para eso: ya debe estar ahí, y la correspondencia por vía de Sánchez llega más pronta y seguramente. Sin embargo, si alguna persona segura viene por tierra, aprovéchala, y en lo sucesivo, si crees urgente el envío de correspondencia, hazlo; si no, consévala hasta mi regreso.

La linda mariposa que te incluyo la manda Adolfo para su mamá.

Aprovecha la Escuela Normal para tus ejercicios gimnásticos.

Entérate con Rafael D. Henríquez de esas *iguales* que hacen los abogados para defender las casas importantes de comercio, porque si te conviene para cuando seas abogado, podrías establecerte con éxito por estos lados.

La salud física y la moral parece que tienen por aquí más garantía.

Los niños te abrazan, y te bendice

Papá.

La Vega, julio 17 de 1900.

Luisa Amelia y Mariíta queridas:

Voy a decirles lo que tiene el campito en donde está situada la casa que aquí me tenían preparada:

Tiene un aire puro, un vientecillo delicioso, como el que ahora mismo está meciendo las palmas de enfrente; y un fresco tan continuo, que no hemos sentido calor que haya pasado de media hora. Tiene tanta luz, y a

veces tan encantadora que, como ayer por la tarde, al ponerse el sol, encendía una neblina que había hacia el oriente, y efectivamente doraba las láminas de todas las hojas y las pencas de todas las palmas; tiene tanta yerba que parece una alfombra; tantas hojas ornamentales, de formas tantas y de colores tan variados, que costaría más describirlas que admirarlas; tantas flores, rosas, nardos, clavellinas, cacias, acacias, que cuando la vista se distrae de ellas, el olfato se deleita en su perfume; tantos árboles, industriales, florales y frutales, guayabas, ciruelas, jobos, naranjas, limones, cajuiles, cocos, que Bayoán, Adolfo y Filipo están de enhorabuena. Tiene tantos animalillos y animales de tan variados tamaños y especies que uno se cansaría de tantas diferentes mariposas, de luciérnagas y cocuyos tan luminosos, de lagartijas tan brillantes, de iguanas tan tornasoladas, de tantas ciguas, barrancolies, ruiseñores, pájaros carpinteros y chinchilines como cruzan la atmósfera y se posan en los guayabos que entoldan uno de los frentes de la casa. Y gallos, gallinas, pollos y polluelos; patos, pavos, gallinas de guinea; caballos, mulas, burros... Hay un burrito de pocos días, Filipo ha observado atentamente, que él dice que tiene más orejas que cara, y que yo creo que tiene más apariencia de animal de palo pintado que de burro vivo; figúrate si será feo, Mariíta. Y tú, Luisa Amelia, figúrate si será bonito cuanto nos rodea que los niños no quieren salir como no sea a campear a caballo.

Hasta otro día de correo. Dios las bendiga como lo hace

Papá.

La Vega, julio 21 de 1900.

Señorita Luisa Amelia de Hostos:

A la verdad, mi querida hijita, mucho estoy sintiendo no haberte traído, porque las molestias del viaje que temí para ti te habrían sido compensadas con las bondades y afectos de que te habrían hecho objeto las personas que te hubieran conocido, especialmente las de tu sexo, que de seguro te habrían gustado por su sencillez. Pero especialmente siento tu ausencia, cuando, como hoy, principalmente, nos ponemos en presencia de espectáculos como el de la salida del sol y el panorama del Santo Cerro. Con decirte, respecto a la salida del sol de hoy, que fué Filippo quien más la admiró y más a gritos me llamó la atención hacia ella, dicho te está que fué encantador aquel cernimiento de la luz por la niebla de la mañana. En cuanto al panorama del Santo Cerro, ven a verlo, hija mía, y comprenderás a la vez la admiración de Colón y la opinión de Adolfo y Filippo, que ellos mismos te comunicarán, ya hoy, si te escriben, ya cuando te vean. Lo que es yo, a todos echo de menos, principalmente a Inda y a ti, que tal vez no aman las bellezas naturales más que Eugenio Carlos, pero que expresan con más fuerza esa admiración.

Con la vida que hacemos y con el buen éxito de mi inspección oficial, no tenemos motivos de disgustos. Al contrario. Supón alboradas apacibles, auroras brillantes, cabalgatas diarias hasta la hora de almorzar, lectura y aritmética para los niños hasta las cuatro de la tarde, trabajo asiduo para mí durante esas horas, conferencias privadas o públicas, por la tarde o por la noche, benevolencia de todos para todos.

Naturalmente, no hay que descontar el egoísmo, que entra en todas las acciones humanas, y que aquí, en lo

referente a las bondades que se me dispensan, entra por mucho; pero muy noblemente, porque lo que se quiere de mí es que me quede a dirigirles su enseñanza pública y a darles un ejemplar de ciudadano asiduo a los afanes y deberes de la ciudadanía.

Hoy me he levantado pensando que yo no he tenido nunca el arte de aprovechar las oportunidades y que tal vez voy a desaprovechar, si desatiendo a esta buena gente, la última ocasión que se me ha presentado en mi vida de ligar el interés bien entendido de los otros al bien entendido de mi familia. Hablan de esto y lo otro, para el caso de que me quede, y todo dependería de que yo me dejara de contemplaciones e hiciera un buen contrato que asegurara algo a los míos y que me obligara a mí a quedarme para ser completamente útil a esta provincia.

Dámeles mil besos a mamá y Mariíta, y tú recibe la bendición de

Papá.

Moca, julio 27 de 1900.

Queridísimo hijo Eugenio Carlos: De La Vega, invitado por los mocanos, vine antier a Moca, en donde se me recibió como les dirán los niños, y de donde no saldré sin haber hecho o intentado algo que muestre mi agradecimiento a esta bondadosa población, y el vivo deseo de bien que tengo para ella.

Antier, día de llegada, y ayer, día de fiesta para el pueblo, no tuve tiempo ni ocasión para empezar mi tarea, que hasta ahora se ha reducido a informarme privadamente del estado aquí de la instrucción pública, que desgraciadamente es penoso. Hoy, dentro de poco, empezará el trabajo; y porque comenzará temprano, y ya

son las siete y aun no me he vestido para recibir a los que han de acompañarme, dejo aquí la pluma para que la tomen los niños.

Con mil caricias para mamá, Luisa Amelia y Mariíta, y con bendiciones para ellas y para ti,

Papá.

P. D. Sigue enviando las cartas a La Vega y al cuidado del señor Rosendo Grullón. Pasado mañana regresaremos allí.

He recibido las dos últimas cartas, que me remite hoy el señor Grullón.

Moca, julio 30 de 1900.

Señorita Luisa Amelia de Hostos,
Santo Domingo.

¡Cáscaras, mi hijita...! Lo de Moca sí que ha tomado proporciones colosales. ¡Imagínate un hombre como de sesenta y un años, vestido a la ligera, montado a la pesada, absorto en la observación de su camino y abismado en el miedo de que el negro nubarrón que amenazaba lluvia, le pusiera en peligro, descargándola, la salud de sus hijitos. No pensaba entonces más que en paraguas.

Bueno, pues. Iba el tal muy ensimismado en sus temores paternos, muy metido en el camino que lo acercaba a Moca y muy desatendido del camino de la gloria, cuando ¡flap...! ¿A que no sabes cómo se me apareció la gloria en las vecindades de Moca, al comenzar a bajar una cuestecita, allá abajo, en lo hondo, que no era muy hondo, de la cuesta que empezaba a bajar la cabalgata? Pues, hija, se me presentó en formas de paraguas y con el ruido ¡flap! que hacen los paraguas. Y no porque oyéramos el ruido, sino porque la sensa-

ción del ruido acompañó a la de la forma. Primero vi, allá abajo, un paraguas; otro, a poco; luego, otro; en seguida muchos, y al mismo tiempo, un movimiento de caballos, y en el mismo punto la visión de una cabalgata, y con ella la impresión de un miedo, y de pronto la realidad de un peligro que lo cercó por todas partes... Digo, que lo cercó, porque tratamos del pobre sesentón que cabalgaba absorto y ensimismado, camino de Moca, y como a dos kilómetros de la ciudad. El cual sesentón que, por andar siempre desentendido de las realidades de este mundo y entendido en las idealidades de su mundo íntimo, tiene la más extraña intuición de las cosas de por fuera, conoció enseguida que aquella cabalgata que lo rodeaba era un peligro en forma de comisión de recibimiento. Y entonces de sus esfuerzos por enderezarse en los estribos; de sus conatos por estrechar a un mismo tiempo todas las manos que se le tendían; de sus ejercicios gimnásticos de ambidiestro, para con la diestra apretar manos y con la siniestra retener al par las riendas y el sombrero; de sus agilidades de labio y corazón para contestar a todas las sonrisas de cariñosa bienvenida; de sus perplejidades de memoria para averiguar si había quedado sin apretón de manos o sonrisa alguno de los caballeros. ¡Y caballeros en qué caballos...! Al lado de ellos, frescos, gallardos, lustrosos, fogosos, rápidos, el mío parecía... Pero ¿qué ha de importarte lo que parecía el caballo? Impórtete lo que parecía en aquel "momento histórico" de su asendereada vida el señor tu padre, aguijoneando a dos talones (porque el caballero no se digna llevar nunca más de uno) el cansado bridón que manejaba a la sanchesca, nada menos que para ponerse al paio de un hombrazo mayor que Eugenio Carlos, caballero en un potro majestuoso por alzada y por andar, y a fin de mantenerse en el centro que le designaban las jinetadas de otro bien

sentado en un alazán de pecho y cascós. En vano, por supuesto: que a pesar de sus esfuerzos por correr y de los de la Comisión por no correr, allí se quedó casi a solas el glorioso. Casi se alegró de la soledad, por buena asesora que ella es, para ponerse a pedirle, como él hizo, que lo asesorara respecto a los individuos de aquella Comisión. Porque, como él, a fuer de modesto y enemigo de formalidades oficiales, no había ni consentido en detenerse para oír de la Comisión el encargo y los apellidos que llevaba, sólo sabía de las fisonomías familiares, el diputado Elías Brache hijo, el ex-comisionado Guzmán, que había sido de los enviados a La Vega para invitarme con la hospitalidad de Moca... Pero, y el de la barba cerrada toda negra ¿quién sería? ¿y el de las patillas blanquinegras, quién será? Y, sobre todo, por encima de todos ¿quién es este émulo de Eugenio Carlos, tan blanco por el traje, tan rosado por el rostro, tan afable por la sonrisa, tan empeñado en demostrarme acatamiento por su continuo mantenerse al paio mío?

Cuando te diga mi biografía que, en los años propicios de mi gloria aguada, jamás supe a punto fijo quiénes fueron los dispensadores de fama, de honores y renombre, créela, hija mía: yo nunca he sabido a tiempo quiénes han sido los a quienes he debido el saber qué cara tiene la gloria en nuestro mundo en que juntas suelen llegarnos las zalemas de la fama y las anatemas de la difamación. Yo no niego que en eso hay una grandísima grandeza de conciencia que los sepultureros al hacer la biografía, presentarán como una encantadora inconciencia del mérito, cuando probablemente no habrá sido más que una recóndita conciencia de lo poco hecho en comparación de lo mucho deseado; pero también es una grandísima torpeza el no saber apreciar los grados

de la estimación pública por los de las personas de que ella se vale para manifestarse.

Dando en las cuales reflexiones, de súbito di con el grado de estimación que Moca me demostraba, porque de pronto se me vino a la memoria el recuerdo de que yo había visto en casa del Ministro de Obras Públicas al apuesto joven que iba haciéndome los honores de la ciudad que gobierna. Ni más ni menos: era el Gobernador de Moca. Por supuesto, que aquel tardío llegar del recuerdo de aquel rostro y de la exacta apreciación del honor que se me hacía, me puso... ya usted sabe que no me pondría ni hueco, ni tieso ni orgulloso; no, señorita: me pone como el diablo me pone cuando en la necesidad de devolver honores, que ni sé lo que digo ni lo que quiero ni lo que hago, y allí fué de mi mover a mi caballo para dejar al Gobernador en el lugar de honor que él de continuo buscaba para mí, y el de hacer cabecear a mi caballo, como para pedir perdón de las ancadas que daba al removerse...

Ay! Señorita del alma...! Y así íbamos, cuando no pude contener un refunfuño. "Y eso ¿qué es?" —me pregunté de pésimo talante, al ver banderolas de viento y de papel, banderas, y un alto del terreno en que me pareció ver mucha gente.

Caballera! Cuando me convencí de que era gente, y mucha, y de que entre ella sobresalían las mujeres, por ti misma te juro que temblé.

Dios te bendiga.

Papá.

La Vega, 1º de agosto de 1900.

Mi querido hijo Eugenio Carlos: Pues como íbamos diciendo, a la entrada de Moca me esperaba un gentío, compuesto de damas y caballeros, con música a la cabeza, que, al presentarme yo, rompió en una marcha que me pareció tan fúnebre como la inquietud que yo sentía al verme llevar como alma muerta por aquellas estrecheces de la curiosidad glorificante.

Haciendo de contrariedad obtemperancia, me quité mi sombrero triunfador (y eso, que tiene dedo y tres tercios de sudor por la parte del ala más visible), y saludé con un aire y un donaire que mi señora doña Inda Linda Belinda habría tomado por una declaración de amorosidad colectiva a las mocanas, que debieron tomarme por el joven más enamorado que ojos vieran, al enderezarles, sombrero en mano, sonrisa en boca, y dardo en ojo, el fulgurante saludo de ojos y cabeza que no tuve tiempo de perfeccionar con una declaración en alta voz, porque en aquel momento, yo que iba a pasar, y el Gobernador que dulcemente me hizo detener para que oyera una alocución del Presidente del Ayuntamiento; quien, en términos que ya quisiera yo para mí en tales actos, me ofreció la bienvenida de la ciudad. A lo cual yo, siempre a caballo (estilo triunfador romano), le contesté con palabras que parecían balbuceos. Y cuando, hechas las presentaciones, todavía pensaba yo en seguir a caballo por la viacrucis, ¡con qué insinuante dulzura (el diputado Brache creo que fué) me preguntó si no sería mejor que me desmontara! "Pues es claro!", dijo con mi voz el sentido común, que estaba asombrado de que aun estuviera caballero en su rocín el pobre don Quijote de Borinquen, a quien a la par bendicen gentes y hozan chanchos (cerdos). No bien descabalgado, ved

cómo hacia él viene, gallarda en su apostura, victoriosa en su humildad, verdadera mujer en su dulzura, una maestra que le ofrece una corona Hombre...! Y por cierto que se quedó mustia y ajada en el gancho del aposento de los niños en que ellos la colgaron.

“Se quedó”, digo, porque, como has visto en el encabezamiento de la carta, ya estamos a distancia del segundo teatro de mis asendereamientos.

Quisieron que yo me fuera por delante, corona en mano; pero yo ni por lógica ni por ninguna humana o divina consideración quise ir delante de las damas ni manejando corona de flores que tantas veces se me convierten en espinas.

Como caminando por sobre de ellas recorrimos unas calles que me parecieron más largas que un suplicio, hasta que al fin llegamos a la casa que se me tenía preparada, y en donde he pasado días de trabajo bastante para conseguir que la buena gente de Moca se resuelva a tener más de lo que tiene en materia de instrucción pública.

Los niños, si quieren, dirán algo del recibimiento que se me hizo en el Club de Moca, que efectivamente fué de una solemnidad conmovedora; de los paseos al campo, que fueron muy entretenidos; de las buenas gentes de ciudad y campo que nos distinguían con sus agasajos, y de cuantas cosas más crean convenientes.

Lo que yo creo conveniente es que nos resolvamos a aceptar el cambio de aires, de salud y de vida moral con que nos brindan los veganos, que por nada quieren ni oír hablar de la posibilidad de que no nos vengamos a vivir entre ellos.

Dios te bendiga.

Papá.

La Vega, agosto 5 de 1900.

Querido hijo Eugenio Carlos: Ayer, buen día: sus cartas del 28 de julio.

Precisamente fué el día en que me presentaron en el Club Mocano a la gallarda sociedad de Moca.

Fué una verdadera solemnidad, si ese es el nombre de las cosas que efectivamente son solemnes. Ya lo había sido el recibimiento de la sociedad vegana en su Club; pero el de los mocanos fué mucho más impresivo y emotivo. Con decirte que me impresioné y emocioné aún más que en La Vega, dicho es todo.

A las ocho de aquella noche se presentó en mi alojamiento una comisión de siete señores para llevarme al Club. Al llegar arriba, la Directiva del Club me esperaba, y empezó a hacerme los honores del local. Se me condujo al salón, en donde llenaban completamente el espacio más de un centenar de las señoras y señoritas de la ciudad. El Gobernador, que había salido a mi encuentro, me condujo en persona al asiento que se me tenía preparado, que era un sillón entre otros tres, situados precisamente en el centro del testero de la sala y que la dominaba toda entera. Cuando la orquesta, que a mi entrada había prorrumplido en un himno, hubo dado tiempo a las tomas de lugar, empezó una ceremonia que positivamente me asustó. Los caballeros de la comisión se pasearon por la sala, y fueron tomando cada uno una pareja, que yo, no sin extrañeza, creí que era la señal de sarao. Pero ¡cuál fué mi anonadamiento, cuando vi venir hacia mí aquellas parejas, y oír la presentación que de aquellas damas se me hacía, y oír las bondadosas expresiones con que muchas de ellas acompañaban aquel acto de bondad, y sentir la cordialidad y sinceridad de aquellos apretones de manos delicadas! Aquello

duró un siglo; pero tardó no más de lo que tarde un sueño. Y cuando de él me recobré, estaba jadeante y sudoroso como suelen los sueños pesados, que por eso se llaman pesadillas, ponernos los pulmones y la frente.

Pero las pesadillas de la realidad son más tenaces que las del sueño, porque, apenas repuesto de la primera, una porción de personas, a cuyo frente la más ponderosa del hogar, se me puso por delante. Era muy natural que yo temblara: era la locución amenazante. Puesto en pie, escuché aquella dedicatoria bien pensada y bien dicha, que me condenaba a discurso. Tuve, hijo mío, que pronunciarlo, y allá fué, tímido, tembloroso, emocionado hasta el punto de que, al terminarlo y volver la cara para atrás, descubrí a Filipino, que se había emparedado no sé cómo entre la pared y mi sillón, y que a una caricia mía contestó con aire huraño: "No quiero que vuelva a hablar más". "¿Por qué?", le preguntó el Gobernador. "Porque se enternece demasiado".

Y gracias a que yo había convidado de mi cuenta al violinista de la comarca, el pequeñuelo del Orbe ⁽¹⁾ que me sacó de apuros distrayendo con unas diestrísimas variaciones del Carnaval de Venecia a sus admirados convecinos.

Pero no bien se apagó el eco de los últimos aplausos, se formó por delante de mí uno como remolino de jóvenes, de entre los cuales salió uno muy simpático y muy cariñoso que leyó un discurso que fué como una cruz para mis hombros, mientras en él sonó mi nombre, y que concluyó por hacerse un peso para mi corazón, cuando se invocó el nombre de mi patria. Y ¿qué había yo de decir, que no fuera un sollozo mal disimulado?

(1) Gabriel Del Orbe, notable violinista dominicano, niño por los días a que se refiere Hostos.

Cuando el generoso joven, al venir hacia mí, confirmó mi creencia de que él era de ascendencia puertorriqueña, no pude menos, enemigo y todo de escenas como soy, de darle un abrazo.

Hoy 6.

Entre el principio y la continuación de esta carta hemos tenido ayer un paseo a los pinares de la Cordillera, y hoy al terreno que he elegido para Escuela Agrícola de La Vega. Del paseo importa decirte que fué en los terrenos de un hombre realmente extraordinario que, ciego desde los 18 años ha tenido vista intelectual bastante para ilustrarse por sí mismo; vista comercial suficiente para enriquecerse en la farmacia y en el comercio de maderas, llevando su presbicia hasta el punto de ver por dentro que el porvenir de los buscadores de fortuna está en este país en la agricultura ⁽¹⁾. Y ¿a que no adivinas de cuántas tareas de terreno se ha hecho dueño y señor este ciego con más vista que la mayor parte de los dotados de ojos? Pues nada menos, comprando pedacitos por acá y por allá, tiene hoy cuarenta mil tareas de tierras sorprendentes por su fuerza vegetativa, por su riqueza en pinos, y, para mí, por su belleza. Y yo, que las deseo tanto para acabar en la pereza contemplativa de esta vida de diligencia soñabunda que he vivido, no tengo ni una sola tarea...

Pues vea, caballero: hasta eso me ofrecen por y para que me venga aquí. Ya hoy las cosas han tomado un carácter crítico: pues ya se me ha dicho: "...porque es necesario que usted nos diga en qué condiciones quiere quedarse."

(1) Alude a don Joaquín Gómez, tronco de apreciadísima familia dominicana.

Yo me escapé por la tangente, diciendo: "Lo contrario hay que hacer: no yo presentar condiciones, sino ustedes: las llevaré a casa, y si en casa las aceptan..."

A la verdad, me da como bochorno el estar burlándose su hospitalidad a esta buenísima gente que, mientras me halaga para que me quede no recibe de mí sino subterfugios. Aunque tampoco eso es exacto, porque si yo consigo para La Vega lo que daría por un hecho si de mí dependiera completamente, ella tendría antes que otra, sus normales, su graduada, su agrícola. Precisamente de tomar en ella las últimas disposiciones, veníamos esta mañana al decirseme lo que he comentado. Ya todo está dispuesto para la primera escuela de agricultura que tendrá la República. Y la tendrá en un lugar, que ni ideado; en terreno que ni escogido; en condiciones, que ni expresamente solicitadas.

Los niños, que van conmigo a todas partes, siguen contentísimos de esto. Si ustedes los oyeran por la noche, cuando no tenemos de visita a nadie, y se ponen ellos a deliberar entre sí sobre las ventajas de esto sobre eso! Por supuesto, que es puro egoísmo, porque en cuanto a Filipo, por ejemplo, desde que lo han hecho bachiller en equitación y le han puesto una espuela, que es el signo de la nueva caballería, no conoce él nada mejor, ni tan bueno como La Vega.

Ellos, expresiones para todos; yo, bendiciones.

Papá.

P. D. Acabo de leer *El Mensajero* del día 18. A Federico Henríquez que si llegó a pasar por no queda de mí más que la memoria de la asfixia.

Santiago, R. D., agosto 9 de 1900.

Señorita Luisa Amelia de Hostos,
Capital.

¿Lo ve usted, señorita? Y eso, que hasta polainas me puse; y con ellas y un sombrero blanco nuevecito, parecía, en opinión de Adolfo (que como el mimoso de mamá, me sonó como voz y opinión de ella) parecía un buen mozo. Me pareció oír, al montar, que parecía también un jefe cubano; y hasta la corneta me tocó con su voz estentórea don Filipo. Y yo, muy en mis estribos y saludando graciosamente desde lejos a mi señora Dulcinea que a esas horas estará ayudando santamente en sus faenas al Cenizo, tomé la dirección de Santiago, escoltado a un lado por el huésped benigno don Rosendo Grullón, al otro lado, por el benigno discípulo indirecto el diputado Casimiro Cordero. Y así, maltrecho y ferido de dolientes remembranzas por la ausente Dulcinea, y por el Quijotico que la acompaña y por las Sandricas que sois tú y Mariíta y por los quijohuelos que dejaba cabe el Camú rumoroso, así llegué a la ínclita Capital de este Cibao. Ni señas, señorita, ni señas de arcos, ni de coronas, ni de ramilletes, ni de recibimiento, ni de nada de cuanto es debido a mi gentil persona.

Y no dejó, "por vida de Dios y de Mahoma su profeta" de causarme heridilla de vanidad en un comienzo. Mas tan pronto como me resigné al cuarto de hotel a donde me trae mi buena suerte, por ser dueño del hotel un español que de antiguo me quiere y me respeta, me sentí satisfecho de mi independenciam, y me puse a trabajar. He trabajado como verás: primero, conferencia con el Gobernador y el Inspector Provincial de instrucción pública, en mi propio hotel; después, manejo y domesticación de un hombre rebelde; luego, por la noche, una

reunión con el Ayuntamiento; después una presentación al Club en donde vi al Capitán Báez, marido de Amantina González Nouel, con quien convine en ir al día siguiente, que fué ayer (porque esta carta fué interrumpida y no ha podido ser continuada hasta esta prima noche del once, precisamente el día en que cumpla sesenta y un años, siete meses y no sé cuantas horas y minutos). Ayer, desde las seis de la mañana, en que salí a pasear con el diputado Cabral y Báez hasta las once y media de la noche en que salí del Centro de Recreo, no cesé de estar ocupado durante todo el día, con una reunión de la Junta de Instrucción Pública; con una conferencia pedagógica con el profesorado; con la constitución de una Sociedad de Maestros y Maestras para la colaboración de ese cuerpo en la reforma de la Enseñanza; con el recibimiento que la sociedad de Santiago me hizo en su Centro de Recreo, y con la gran conferencia que allí di. Califico de grande la conferencia, porque el entusiasmo que con ella desperté ha sido tan vivo, que hasta poco ha no he cesado de recibir manifestaciones privadas y públicas para que me establezca en Santiago. Hoy, desde las seis de la mañana hasta las nueve recorrí con Cabral y Báez una parte muy atractiva de la ciudad, y desde las nueve hasta las seis de la tarde estuve de convite en un campo muy bello. Al regresar, visita sobre visita, entre ellas la de Francisco Raúl Aybar Delgado, que viene encantado del clima y las bellezas de San José de las Matas.

Mañana, doce, a las doce meridiano, salgo para Puerto Plata de donde regresaré el miércoles para, si me dejan los entusiastas de aquí, volver a La Vega. De allí, poco ha, dos telegramas, anunciándome que los niños han ido a y vuelto de, Jarabacoa. Así estarán ellos de contentos...!

Y con un beso para tu mamá, otro para ti y otro para Mariíta, la bendición de

Papá.

P. S. Acabo de recibir tu grata cartita última. De ella contesto lo referente al teatro. Vayan a él, como yo he estado deseándolo; ya con haberse privado de ese honesto pasatiempo por consideración a nuestra ausencia han hecho de más. Vayan.

Santiago de los Caballeros, agosto 11 de 1900.

Querido Eugenio Carlos: Ya estoy con el pie en el estribo del tren que ha de llevarme a Puerto Plata; va conmigo Francisco Raúl Aybar, aunque a estas horas, todavía no se ha presentado.

Allí estaré hasta el miércoles, si bondades y deberes no me obligan a mayor estancia, día en que regresaré para hacerme cargo de proposiciones precisas y concretas que esta mañana se quiso presentarme, y que yo no quise oír hasta mi regreso.

Parece que mis conferencias con el Ayuntamiento, con el Gobernador y la Junta de Estudios, con el Cuerpo de Profesores y con la sociedad culta de la ciudad ha despertado curiosidad, entusiasmo y confianza en mí; hasta el punto de que ya, en el acto mismo de la conferencia dada en el Centro de Recreo, se manifestó públicamente el interés de Santiago por lo que dicen "poseerlo". Ayer, y hoy más aún, pues ya son proposiciones formales, se han hecho tan repetidas las manifestaciones del deseo de que fije aquí mi residencia, que he creído conveniente decíroslo a ti y a Luisa Amelia para que vayan discutiendo bajo la juiciosa y elevada presidencia de mamá, de la nueva situación en que estamos entrando.

Ya tienen dos ciudades saludables en vías de progreso, fáciles para la vida, ganosas de tenernos en su seno, dispuestas diz que a todo por conseguirlo, que parecen que quieren disputarse nuestra residencia en una de ellas. Vayan pensando si al presente y al porvenir de la familia conviene vivir mal en una Capital insalubre, o vivir desahogadamente, tal vez ahorrando, tal vez pudiendo desde luego disponer de recursos bastantes para formar un hogar independiente y fuerte contra asechanzas de la suerte. Tan pronto como aquí y en La Vega me presenten las condiciones con que están dispuestos los de estos pueblos a hacernos aceptar su hospitalidad, las transmitiré. Por ahora, y en razón de la clara apariencia de interés con que proceden estos pueblos al tratar de poseer lo que creen bueno, te diré que ese interés es indudable, pero que no puede ser más laudable. Te diré también, sin embargo, que a ese deseo, promovido por un interés legítimo, acompaña un afecto tan sano y tan decoroso y honroso para tu padre, que es bueno que la familia piese reflexivamente que es uno de los honores que el padre transmitirá a la familia.

Sigue escribiendo siempre a La Vega. De allí, en cuanto concluya mis trabajos, saldremos para ahí, tal vez con el Presidente de la República, si llega a tiempo y puedo hablar con él, ya aquí, ya en La Vega.

Vayan al teatro; vayan a sus baños; vayan a cuanto convenga a su salud y su alegría.

Dejé a los niños en La Vega por así convenir. Les permití que fueran a Jarabacoa y ya tengo telegramas que me dicen que fueron y regresaron.

Besos y bendiciones para todos.

Papá.

Puerto Plata, agosto 13 de 1900.

Querido hijo mío Eugenio Carlos: A las doce y cuarto salí del hotel para la estación del ferrocarril de Santiago, a las doce y media se me presentó en ella tu Panchuelo ⁽¹⁾; a las doce y cuarenta no habíamos salido todavía, y sólo a poco menos de la una salió el tren. Cosas mil que ver y que admirar, hasta que en la cuesta de Bajabonico empezó la locomotora a hacer como los caballos mañosos, que ni para atrás ni para adelante: venció al fin la cuesta, y, mal que bien, llegó a cualquier paso, menos al de locomotora, hasta el punto, lugar y crisis de la *cremallera*. Este neologismo (de *cremaillere*) perfectamente adoptado (pues la lengua retórica, poética y académica de los españoles no tiene los vocablos de la industria contemporánea), es un peligro, en la realidad de un viaje por el ferrocarril de Santiago a Puerto Plata y viceversa. Cuando no es un peligro de muerte, es un peligro de tiempo, que el que se pierde en preparar al engranaje del tren con la fija cadena dentada de la cremallera, y el pujar de la locomotora por arrastrar al tren, y el cejar del tren por no engranar, y el jala y el desjala de los enganches de coche con coche, y el aflojar y el apretar, son operaciones que, según fama, detienen el ínclito tren en su camino, una, dos, tres y más horas: de modo que el señor no llega antes, casi nunca de las ocho de la noche, cuando su hora reglamentaria es, podría y debería ser, debería poder ser, la de las cinco de la tarde. Resultado práctico de esta inseguridad en la marcha de estos trenes, es que

(1) Francisco Raúl Aybar Delgado, condiscípulo y amigo de la infancia y compañero de tareas de Eugenio Carlos, en el Instituto Municipal y la Escuela Nocturna de Mayagüez, instituciones de la Liga de Patriotas Puertorriqueños.

son esperados para cuando no llegan. Así, a mi llegada en él a las seis y cuarto de la tarde, casi nadie lo esperaba, y no había nadie esperándome. Si digo *nadie* es porque el Gobernador Despradel, y los Jiménez y Grullón que fueron a esperarme a la estación me dijeron que mi recibimiento se había malogrado porque lo esperaban a las ocho de la noche. He aquí, mi señor don Eugenio Carlos, por qué causa, razón y motivo no fué su señor padre, maestro, amigo y ejemplo de mal genio (y usted hará muy torpemente en imitar), recibido en brazos de la ganosa muchedumbre, ganosa de su vista, de su ejemplo, de su luz... "Qué luz!, señor cura", decía yo en Santiago a uno de almas: "luz de tabonuco, en todo caso: los hombres no son más que instrumentos". El hecho, caballero, es que yo tuve que contentarme en caer en brazos de amigos tan fieles como Fidelio Despradel, y en casa tan fiel y tan buena como la que él y el doctor Zafra me tenían, en la de éste, preparada.

¡Qué casa! como la que he deseado tanto para mi señora doña Inda; la última casa del pueblo; a la vera del mar; en medio de un jardín que comienza; entre árboles que se forman; en posesión de pollos y gallinas tan propicias, que en esta misma mañana han pasado de la nidada al plato los huevos recién puestos de unas doñas que estaban atronando al pueblo vecino y a la vecina mar con la noticia.

Y aquí convendría tener luz, porque hay diz que tres o cuatro zánganos, que a estas horas del siglo que pasó o que ha llegado, pues aun no sabemos en qué siglo estamos, andan contando a tontos más crédulos que ellos las perversidades y horrores de la Normal. Pero precisamente porque aquí convendría más actividad, aun no he podido desplegarla, por ser ayer un día de fiesta. Hasta luego, una por la mañana y otra por la noche, no

tendremos reunión de Ayuntamiento y Junta. Por ser feriados los próximos dos días, 15 y 16, tendré que irme mañana, 14, pues no habrá trenes hasta el 17, y ya me devora la impaciencia por tener de nuevo a mi lado a mis inquietadores de paciencia y aquietadores de ánimo, los señores Adolfo y Filipino. Junto a ellos me consolaré de la separación de Bayoán y de la ausencia de ustedes, que me espolea muy dura, cuando también, como ahora, estoy tan lejos de ellos.

Di a mamá que en Santiago vi con verdadera complacencia a Altagracia, Ana Antonia y Amantina, mucho por ellas mismas, mucho más por las vivas expresiones de cariño que, sobre todas, Amantina, tuvieron para "doña Inda".

Y vea usted, caballero, si son ingratas las mujeres! Cuando uno consigue bautizar con un nombre tan dulce como "Inda", y confirmar con un tratamiento tan pastoso y pegajoso y cariñoso y cordial como ese, "doña Inda", todavía no ha conseguido que bautismo y confirmación le den derecho a cura. Como que quien había de "ordenarme" es la misma que quiere ordenarme contra todo orden tradicional, legal, social, humano, que hace que la gata se someta al gato, la gacela al gacelo, la Inda al Indo.

Caballero: esto último lo he escrito en el rapto de inspiración jurídica, sociológica, científica, organológica y prehistórica, que todavía me dura del despliegue de ella que acabo de hacer ante las autoridades locales que me visitaban en el momento de hablar yo de doña Inda.

A la cual, como a doñita Luisa Amelia y doñina Mariña, beso muy los pies (cosa permitida en la temporada de baño de mar), así como a usted la mano *if you have it clean*.

Papá.

Puerto Plata a trece de agosto de 1900.

Señora doña Inda Linda Belinda Ayala de Hostos,
Santo Domingo.

Mi señora doña Inda:

Como es conveniente que Su Severidad se digne ir viendo severamente las coyunturas que se van presentando, me he creído autorizado a tomarme la libertad de empezar a tratar de ponerme en comunicación concomitante. Ah! Mi Señora! La concomitancia es una imposición que no debemos negarnos a aceptar.

Puerto Plata, que es, hasta ahora, de los lugares del Cibao que hasta hoy he recorrido, el único en que no se me han hecho proposiciones para que en él fije mi residencia, es una amable residencia. La casa en que puedo gozar de ciertas ventajas de esta población está como si hubiera sido hecha para ti: a un paso de la población; a dos del mar, que tiene por delante. Es del doctor Zafra, antiguo discípulo y profesor de la Normal primitiva: tiene cuatro aposentos, una sala y una buharda bien ventilada que domina horizonte más extenso que el de abajo. Domina una extensión considerable de terreno, y podría servir para mansión de una familia que supiera aprovechar sus pertenencias.

A pesar de su mar y su belleza no es Puerto Plata la ciudad del Cibao que más me gusta ni el lugar que yo elegiría para residencia de ustedes. La Vega, Moca o Santiago me parecieron mejor, por la higiene, por la prosperidad y por el porvenir de nuestros hijos.

Con muy poco que ustedes se esforzaran, tú y Luisa Amelia podrían, en cualquiera de estas ciudades, ejercer una benéfica influencia en lo social, en lo intelectual y en lo moral, con lo que bastaría para que se modifi-

cara cierto retraimiento que se nota en ellas. Por todo lo demás son muy superiores a la Capital, pues tienen un aire más puro, vida más barata, costumbres más sencillas. En las proposiciones para que me quede, ni La Vega, ni Santiago, desean que yo deje la Inspección General de Instrucción Pública, que sería dejar el sueldo de que vivo, sino que, conservando cargo y sueldo, viva entre ellos lo mejor que pueda. A este fin me ofrecen casa y tierras. Ni grandísima aquélla, ni muchas éstas; pero tales como son, además de un ahorro, pueden dar lo que les pida nuestra industria.

Probablemente saldré de aquí para Santiago, de donde a La Vega, de donde a los brazos de Adolfo y Filippo, mañana. Está a los pies de usted quien siempre ha estado a ellos.

Hostos.

P. S. Hazme diligencias para una maestra normalista en Moca y La Vega.

Puerto Plata, agosto 13 de 1900.

Señorita Luisa A. de Hostos,
Santo Domingo.

Esto es insoportable, señorita: cuando no se me aguan los honores se me *enferrocarrilan*... cuando tan fácilmente se hubiera podido formar una poblada de hasta cien o más miles de almas animadas de afecto, de admiración y gratitud, amuchedumbradas por la misma necesidad, bloquearan el tren, y abalanzándose sobre mí, me hubieran gritado: "Luz! Señor Hostos, luz!" "Luz, Maestro, luz!" "Apóstol! (aquí habría fruncido el ceño doña Inda), apóstol, luz!"; cuando tan fácilmente, uni-

dos ella y yo (advierto, por si acaso, que esa *ella* es la muchedumbre), hubiéramos podido, ella con su hambre de luz, yo con la que me piden, haber alumbrado eléctrica o magnética o psíquicamente las calles de la ciudad que se envolvía en las sombras de la tarde; cuando tan fácilmente las almas ansiosas de mi presencia; los corazones prendados de mi belleza (moral); las voluntades adscritas a la mía por la afinidad de ideales y de ensueño, juntas conmigo habrían podido entonar el himno de triunfos a mis propósitos, que son los propósitos del alma dominicana, y hasta decirse podría que del alma humana, porque la humanidad está pendiente de Quisqueya, como siempre las madres lo están de las hijas desgraciadas; cuando todo eso hubiera podido impedirlo mi antigua hada, el agua, hete que lo impide, lo prohíbe, lo veda, lo imposibilita, el ferrocarril. Que Eugenio Carlos te diga cómo. Yo te diré que, a pesar de eso, he tenido muchísimo gusto en volver a ver ésta la primera ciudad dominicana que conocí, y en la que tantos esfuerzos gente buena hizo conmigo por la independencia de Cuba y Puerto Rico. Está bonitísima. Porque ni nativos ni residentes han atinado todavía con la clase de calles y de casas que convienen a una ciudad tropical, las calles son ya verdaderas calles y están bordeadas por almacenes y casas de mampostería, y por casitas terreras muy bien hechas y muy de agradable aspecto casi todas. Hay una iglesia, de bastante mala construcción pero que tiene una gradería de aspecto muy ornamental en el precioso parque a cuyo atractivo concurren tres edificios públicos, muy agradables, Gobernación, Ayuntamiento, Teatro y tres edificios privados muy importantes en la actividad social de la ciudad: el Club para los serios y los viejos; Luz del Porvenir, para los que efectivamente podrían serlo, la juventud; Recreo, para

las señoritas. Porque has de saber que aquí las señoritas han asumido la representación de la cultura de su ciudad, y que proceden como quienes saben la responsabilidad que pesa sobre ellas.

Voy a mis inspecciones.
Que Dios te bendiga, como te bendice

Papá.

Puerto Plata, R. D., agosto 14 de 1900.

Sr. Adolfo de Hostos,
La Vega.

“Adolfito, Adolfito del alma:
De la vida hoy te lanzas al mar...”

Para escribirte dejo de tararear la cantinela de tu arrullo. La tarareaba a la vista del mar, que tengo por delante y que mañana, tarde y noche, contemplo embelесado; y, a veces, entristecido. Ya sabes que yo los llevo siempre a todos ustedes en mi corazón, y que casi continuamente, unas veces a uno, otras a otro, los recuerdo. Ahora te tocan mis recuerdos, porque el mar está lindísimo, y pienso en lo contento que estarías, si estuvieras a mi lado contemplándolo.

Pensaba volverme hoy a Santiago, pues anoche terminé aquí mis tareas; pero me han comprometido a aceptar la recepción que esta noche me dedica El Club de Damas que hay en esta ciudad.

Anoche me dieron una serenata que te hubiera gustado por la adhesión a mí que la había determinado; pero que ni a Filipino, ni a Bayoán, ni a ti les habría agradado, porque el comisionado para hacer la dedicatoria

del obsequio me habló de la patria, cuya bandera me presentó, y yo me emocioné mucho para hablar.

En los tres días y una noche que llevo aquí (pues llegué al anochecer del sábado) he hecho cuanto tenía que hacer, y aun he tenido tiempo para recorrer toda la ciudad y visitar lugares muy pintorescos de los alrededores. Ayer, por ejemplo, después de la sesión de la Junta de Instrucción Pública que se convocó para presentarme a ella, fuí a ver unos terrenos muy bien situados a la falda del Isabel de Torres, la lindísima colina que domina a Puerto Plata, los cuales yo deseo que se dediquen a solares para Escuelas Públicas. Hoy estuve por la mañana en la finca de Villalón y volví a la quinta de mi antiguo amigo el general Imbert.

Tengo muchas ganas de volver al lado de ustedes, y así lo haré en la próxima semana de lunes a miércoles. Si mañana hay tren, saldré para Santiago; si no, el sábado.

Bendiciones de

Papá.

Puerto Plata, agosto 14 de 1900.

Srta. Rosa de Hostos,
Mayagüez.

Querida Rosita: Por Francisco Raúl Aybar, que me acompaña desde Santiago, en donde lo encontré en mi viaje de inspección escolar por el Cibao, he sabido que Hostitos Capestany piensa aprovechar el vapor francés que pasa mañana por aquí para darte su salutación de cumpleaños, porque sin duda no pasará de aquí al 31 otro vapor.

Aprovechando yo la noticia, te digo en dos palabras que te deseo cuanto tú desees en tu cumpleaños,

y que yo aquí, y la familia en Santo Domingo, echaremos de menos tu compañía, que tan grata nos era en los días de fiesta, y que especialmente lo fué en el día de tu santo.

Yo salí de casa, en cumplimiento de mis deberes oficiales como Inspector General de Enseñanza Pública, desde el día seis del pasado. Me traje conmigo al Cibao (nombre genérico de toda esta región) a Adolfo y Filipo; pero temiendo para ellos el sol que hay que afrontar desde La Vega a Santiago, y de Santiago a Puerto Plata, los dejé en La Vega. Les ha probado mucho el viaje a esta comarca, que indudablemente es más saludable que la del sur de la República.

Con repetidos votos por tu bien y contento, te abraza tu hermano,

Eugenio María.

Puerto Plata, agosto 15 de 1900.

Esta ya es otra cosa, señorita Luisa Amelia: ahora empiezan ya a tratarme como antiguo conocido: anoche hubo recepción en honor mío; y antenoche me trajeron una serenata. Por cierto que, al ofrecérmela, se me habló principalmente de Puerto Rico, y al contestar yo, me interné tan adentro en las honduras de mi patriotismo dolorido, que si está aquí Filipo, me prohíbe que hable: tanta fué la emoción sentida y trasmitida. Anoche no tuve por qué emocionarme dolorosamente, pues no se trató de los tristes recuerdos de la patria doliente, sino de las alegres esperanzas que deben fundarse en el efectivo progreso social de que estuve siendo juez.

Figúrate que el lugar en que se me recibía era el Club de Damas, una institución por el estilo de aquel Club de Familia, de Chillán, de que tú no puedes acor-

darte, pero que podrías apreciar, sabiendo que el de aquí, como aquél, es una institución que tiende a favorecer el espíritu de reunión, asociación, concordia y cooperación en la mujer. Institución que tiene tan digno propósito, no podía menos de interesarme por tu mamá, por ti y por mí. Interesábame por ustedes, porque viéndola yo con los ojos de las dos almas femeninas que más hondo en el alma de la mujer me han consentido penetrar, debía buscar principalmente en esa asociación de damas el resultado de moral practicada y vivida que ella fuera capaz de dar a la sociedad; interesábame por mí, porque esa asociación de fuerzas femeninas había de darme la noción del medio por emplear para llegar a hacer de la mujer dominicana un auxiliar activo y efectivo de mejoramiento social.

Si esa asociación de damas se me presentaba, según yo lo esperaba y me anunciaban, como obra de un pensamiento moralizador, dignificador y reformador de costumbres femeninas, indudablemente resultaría de mi examen que se debería proponer a la sociedad femenil de toda la República que tomara como ejemplo a la de Puerto Plata, e imitándola, estableciera en todas las ciudades un club de damas, como medio bienhechor de reforma en las costumbres sociales, en los hábitos urbanos de la mujer y en la moral pública y privada.

Pues bien, hija amante de tu patria y de tus padres: te doy la buena nueva: el Club de Damas de Puerto Plata realiza el alto fin, y proporciona el medio, que tu mamá, tú y yo hemos tenido siempre como necesarios para hacer de la mujer un colaborador activo de cultura. En ese club he pasado yo una de las noches útiles de mi vida en tu Quisqueya, y en él voy esta noche a pasar uno de los ratos de expansión que está dándome esta buena familia cibaëña, que en La Vega, en Moca, en

Santiago, en Puerto Plata, que son hasta ahora los centros urbanos en donde la he observado, se me está apareciendo como una de las más halagüeñas esperanzas de la familia dominicana.

Cada vez siento más que ustedes se me hayan quedado por detrás: si estuvieran conmigo, es muy probable que no cambiaríamos estos aires de salud por esos de enfermedad.

Mañana es mi último día en la ciudad, y lo consagraré a los puertorriqueños, a quienes voy a unir en una asociación de servicios mutuos. Pasado mañana saldré para Santiago, en donde, a pesar de los esfuerzos que se me anunciaba que harían por detenerme allí muchos días, trataré de sólo estar algunas horas, aunque sólo sea por acudir al llamamiento urgente de Filipo en la a un tiempo disparatada, graciosa y conmovedora cartita que de él recibí ayer y que te incluyo para que mamá, Mariíta, Eugenio Carlos y tú se rían y se conmuevan.

Dios te bendiga, hija querida de

Eugenio María.

Santiago de los Caballeros, 20 de agosto de 1900.

Mi querido hijo Eugenio Carlos: Llegué aquí a la una p. m. del 18, en que salí de Puerto Plata.

Allí me despidieron con otra recepción en el Club de Damas, que extremaron sus manifestaciones de consideración y afecto para conmigo, reuniendo un conjunto selectísimo de damas y caballeros y distrayendo a todos con lecturas, recitaciones, discursos, representación de un diálogo patriótico y cuadro plástico muy bello y música muy bien ejecutada.

Por mi parte, yo me despedí de Puerto Plata, dejándole una Escuela de Comercio, que está llamada a

preparar y ennoblecer con el estudio la profesión de comerciante y a favorecer mi propósito de fundar una clase directiva de la sociedad en la juventud culta.

El Gobernador vino conmigo hasta Bajabonico, en donde se quedó a celebrar la erección de aquel poblado en puesto cantonal.

A mi llegada aquí me fuí enseguida a ver al Presidente de la República, que me recibió con alegría, que me oyó con gusto las indicaciones que le hice, y que me obligó a comer con él, a su derecha. Si no hubiera tenido que acabar de preparar desde aquí la apertura de la escuela de Puerto Plata, de recoger los datos de éstas y de ir a Tamboril, habría aceptado la unánime invitación que el Presidente, Ministro Henríquez ⁽¹⁾ y séquito presidencial me hizo para la excursión a Las Matas, que yo tengo muchos deseos de conocer, porque me dicen que es el mejor clima de estas comarcas.

Ayer pasé el día en Tamboril, lugarejo encantador por sus bellezas naturales, y por su gente, en donde quedó resuelto fundar escuelas de primero y segundo grado.

De Tamboril salí a las cuatro y media de la tarde para Rincón Largo... Y ¿a que no sabe usted, señor don Eugenio Carlos, a quién iba yo a ver en Rincón Largo?

Pues, señor, ayer, al prepararme para cabalgar camino de Tamboril, se me presenta en casa, a las seis de la mañana, tan risueño como sería capaz de serlo un gato astuto, se me presentó, te digo, aquel por su cautela el más dominicano de los dominicanos, don Eugenio González, *Gonzalitos*, de nombre familiar entre las gentes de Santiago. Mucho de agradable sorpresa por mi parte, y de excusas por la suya, y en cuanto supo de uno de los excursionistas que nos proponíamos ir a su

(1) El doctor Francisco Henríquez y Carvajal.

campo, se despidió como quien va a hacer preparativos.

.....

A las seis y media de esta mañana, me separé del cauteloso amigo tuyo, que me dijo se proponía escribirte, cuando viniera a Santiago. Aquí estoy terminando esta carta, después de haber acabado los trabajos de que al principio hablé.

Pero no quiero acabarla, sin manifestarte la alegría que recibí con tu última carta, porque en ella me das una prueba de que es tu propósito el disciplinar tu voluntad y ordenar los actos de tu vida. Así aparece del hecho de haber aplazado el escribirme hasta haber hecho la tarea intelectual que te habías propuesto. Así es, hijo mío, como se dominan los hombres, las mujeres y la vida: encerrándose en un círculo invariable de resoluciones premeditadas, que no abandonemos ni aún para los afectos más sagrados. Continúa así, y ya verás qué fuerza!

Que la conserves por el resto de tu vida, desea para ti

Tu padre cariñoso,

Eugenio María.

P. D. Mañana celebraré aquí conferencias con Presidente y Vice, y pasado temprano, para La Vega, de donde iré a la Capital a reunir a mi familia, que ha estado casi dos meses separada. Probablemente iremos en el crucero *Presidente*.

La Vega, 24 de agosto de 1900.

Señorita Luisa Amelia de Hostos,
Capital.

Querida hija mía: Ya estaba inquieto con el silencio de ustedes, o con la falta de cartas, que puede haber sido ocasionada por extravío de correspondencia, cuando llegaron las últimas de Eugenio Carlos y tuya que hemos recibido. Bayoán, a quien permití volver; y Adolfo, a quien me alegraría tener siempre lejos de su hermano, recibieron las dirigidas a ellos.

Llegábamos de Jarabacoa en aquel instante. Fui por cumplir compromiso anterior con uno de los Robiou, y por llevar a Filipo, en indemnización de la mala partida de sus hermanos que, en mi ausencia, se habían ido sin llevarlo.

A reserva de repetirles lo que tantas veces les decía de Jarabacoa en Chile, me concreto a expresarte la satisfacción que me ha hecho experimentar ese vallejo encantador diciéndote que, aunque fui contrariado y de mal humor, panoramas, aire, temperatura, me han dejado recuerdos halagüenos. Han sido diez y seis horas que no han tenido más contrariedad que la de haber sido huésped. Y aun esa contrariedad se ha atenuado por la bondad de la familia hospedadora, de quien tengo para tu madre y para ti un pequeño recuerdo delicado.

De Santiago, que, por parcialidad para con tu padre, se le aparece como efectiva ciudad "de los Caballeros", salí antier. Y muy impresionado que salí, porque se despidió de mí como no dirán émulos. A poco más de las ocho de la noche, empezaron a entrar en la sala de Federico Velázquez y Hernández (1), con quien, por

(1) Federico Velázquez y Hernández, discípulo de Hostos y después destacado político dominicano. Fué Vicepresidente de la República de 1924 a 1928.

ausencia de su familia, vivía yo muy a mi contento, una porción de jóvenes, *entreverados* (dominicanismo muy expresivo) de hombres ya maduros, que el pobre Velázquez y yo creíamos que no iba a cesar nunca, porque no se acababan de contar las sillas propias y las extrañas que para el momentoso caso había él estado haciendo traer del vecindario. Cuando se hubieron sentado los muchísimos, muchos de a dos en silla, uno de los más simpáticos me dijo en nombre de todos que iban a recabar de mí el compromiso de que fijaría mi residencia en Santiago. Todo ello, exonerado "con el aparato que el argumento requería". Yo dije a medias mi gratitud y mi deseo. Por mí, residiría en el Cibao. En dónde, La Vega o Santiago, no sabía. Y como tampoco sabía ni sé el deseo de ustedes, me concreté en términos medios. "Como Santiago es un pueblo al cual hay que contentar", mi evasiva dejó descontento a todo el mundo, y la despedida, aunque benévola y cordial, no fué tan expansiva como la llegada de la procesión.

Luego, en el Club, hombres distintos quisieron otra vez comprometerme, y hasta del Vicepresidente de la República se valieron. Pero yo me mantuve firme en mi reserva.

Si ustedes me preguntaran que en dónde, caso de venir, preferiría yo estar, les diría que, para ustedes, por quienes me ocupa esto, pues de otro modo no me ocuparía, preferiría las ventajas urbanas de Santiago, que es una ciudad con ambiente señorial, y las ventajas sociales y domésticas de La Vega, población de una familia, según de hermanas viven todas, y de mil conveniencias para el ahorro, la buena alimentación, las distracciones campestres y la vida higiénica. Además, por ti, principalmente, La Vega me parecería preferible por

más fresca, más sana, más sencilla y quizá más en disposición de secundar tus esfuerzos dominicales.

Ahora voy a contestar tu carta.

Cuando Adolfo se llamaba "único habitante de esta casa", no se daba ninguna importancia; pero tampoco daba exacta cuenta: Filipo había quedado a cargo de la familia Robiou, y él al cuidado de los señores Grullón y Castro: como más cerca de esta quinta, parece que pasaba parte del día en ella.

Bayoán está aún con nosotros. Para indemnizarlo de la privación de ustedes, y en vista de que "en la tienda" dice que no hay por ahora quehaceres, le he consentido estarse aquí hasta mañana, y, si me ablando, hasta después de un baile que él dice habrá el domingo, y en el cual desea bailar. Deja tu braveza: Bayoán no podía ir: por una parte, no lo tengo lejos de mí por mi gusto, sino por su deseo y enseñanza; por otra parte, el viaje, por tierra, es peligroso; por mar, caro y penoso: su enseñanza exige que aprenda a cumplir con los deberes de su profesión; su viaje habría de llevarle todos sus ahorros. Además, ausencias interrumpidas por mimo son peligrosas. Mucho siento que mi licencia para que fueran al teatro llegara tarde: tanto lo siento, que más de una vez me lamenté conmigo mismo, desde la primera en que me hablaste de la actriz cubana, de que se abstuvieran de tan lícita distracción por nuestra ausencia.

Mariíta habrá dicho lo que habrá oído; pero nosotros no saldremos para la Capital hasta, quizá, el tres de septiembre, en que nos embarcaremos con el Presidente de la República en Sánchez, pues a eso me comprometió cuando nos vimos en Santiago. Vendrá de domingo a lunes: tal vez vayamos juntos a Macorís.

A tío Pancho Bonilla le escribí a Mayagüez, y tú leíste su contestación. Por él y por ti, volveré a escribirle.

Muchos besos a Mariíta, a quien, como a ti, bendice

Papá.

P. D. Apadrinaré con satisfacción a Flor de María Henríquez y Arístides Fiallo Cabral en su boda.

La Vega, agosto 24 de 1900.

Querido Eugenio Carlos: Hoy hemos recibido Bayoán, Adolfo y yo las respectivas cartas del 18, compañeras de las de Luisa Amelia, fecha 20. En la para mí te ocupas del cambio de residencia tan solicitado por veganos y santiagueses, que, lejos de decidirme a nada, me disuado de todo, pues bien sé de los hombres lo injustos que son en sus egoísmos. Por de pronto, las proposiciones se reducen hasta ahora a ofrecerlo todo: "Haremos todo lo que usted quiera", me dicen de La Vega y en Santiago. Me parece demasiado futuro para tan escaso pasado como el que yo debo a los hombres. No obstante mi pesimismo o mi experiencia, deber es mío asegurarte que no pueden ser más benévolas ni sinceras las demostraciones de veganos y santiaguinos; y que, si de mí dependiera, me quedaría con unos y con otros, viviendo en cualquier parte del Cibao. Ahora, por crearme obligado a llevar las proposiciones prometidas voy a pedir las aquí y en Santiago. De esto no hablé con el Presidente: el Vicepresidente sí me habló, en nombre de la sociedad de Santiago.

De lo que dicen ahí y aquí los de la Capital no hay que hacer caso, pues que habiendo yo hecho tantos esfuerzos por serles útil, tan poco me utilizaron.

No entiendo lo que dices de esa Escuela Militar, ni me gusta que te erijas en crítico de ella: mejor papel sería el de auxiliar, que bien podrías desempeñar. Auxilios de todos en todo y para todo es lo que necesita una nacioncita que posee tantos críticos y tan pocos patriotas. Tú, si no me engaño, vales demasiado para el papel de crítico. Haz el de patriota, para que la patria te bendiga como

Papá.

La Vega, agosto 29 de 1900.

Mi querida Luisa Amelia: Te tenía preparada en mi mollera una carta de las mías, que son de las que a ti te gustan, arregladita, compuestita y aderezadita, y llena no ya de satirilla, en que no tengo iguales, sino de elegía, en que me igualan pocos elegiacos de los presentes y pasados siglos. Y en ella te me iba a aparecer en toda la lúgubre grandeza del contraste y con todo el sugestivo claroscuro que conviene en la historia a los grandes taumaturgos (hacedores de grandes cosas), como Braham, como Buda, como Confucio, como Moisés; el nimbo de la gloria en la cabeza ya un poco calva; el limbo de la nonada de las glorias humanas en los pies dolientes. Veríaste allí aparecer en primer término, aclamándome, victoriándome, endiosándome, arrebatándome las muchedumbres de los pueblos entusiastas; y en segundo término, seguir cabizbajos, sombríos, amenazantes, los sacerdocios indignados de la parte de la gloria que los hombres sustraen a los dioses salmodeando como en servicios funerarios *Sic transit gloria mundi*: "Así para la gloria de este mundo".

Todo lo cual, y más, pensaba yo decirte para que vieras cómo me ha puesto un *nacido*, dolencia de estos cli-

mas y de estas andanzas a caballo por monte y valle, sierra y llano. Descabalgado por el tal *nacido*, que el doctor Henríquez dice que es forúnculo y que el doctor Castro no ha logrado todavía reducir, el infortunio se burla de la gloria, y hasta me reduce a la impotencia de moverme. Ello no obstante, pienso hacerlo en el tren de pasado mañana con dirección a Sánchez, en donde me embarcaré con los niños y con el Presidente y comitiva.

De modo que, de aquí a cuatro días, te daré en persona la bendición que hoy te da por escrito,

Papá.

P. D. Di a Eugenio Carlos que ayer estuvo aquí Pelegrín Castillo Agramonte, que me habló de él. Castillo, Pichardo y otros diputados del Cibao, le dirán en lo que se puede apreciar el trabajo que he hecho. El que me tiene más contento es la escuela agrícola.

La Vega, septiembre 3 de 1900.

Querido hijo Eugenio Carlos: Empiezo a escribirte a poco de haber hecho el papel de Pepota; no porque les haya contado a Filipo y Adolfo el cuento en que descuello con toda la majestad que el Tina enseña a sus émulos circunvecinos, sino porque he echado por mi boca una partida de sapos y culebras no menor que las que, con gracia tan envidiada de tu madre, finjo yo que me salen, cuando cuento el "Cuento de Pepota". Y sabiendo que estoy enfermo de forúnculo, que es como estar enfermo de todos los nervios juntos, ya sabrá tu madre que la rabieta que acabo de pasar provenía de la curación del forúnculo. Si duele el maldito tanto y tanto, que, cuando ella me curaba del primero que me regaló el Cibao, motivos le di para tenerme por el más pobre haz de nervios que se ve puesto a prueba en este mundo.

Ahora, desde que se fué el bendito doctor Castro, son mis propios chiquitines los enfermeros. Adolfo limpia, y Filipo exprime. Naturalmente, a éste le tocó ha poco la mayor parte de mi colección de culebras y de sapos pepotescos; pero, aunque el marino ⁽¹⁾, cauto en malos tiempos, derivó y hasta orzó para escurrir el bulto (no que yo los tocara, por supuesto, sino que siempre hay sospechas de actos cuando hay exceso de palabras) también a él lo alcanzó el chubasco. Fué como una vez en los buenos tiempos (si alguna vez lo fueron ellos para mí) en que, navegando descuidados la goleta, sus tripulantes, Inda y yo, de pronto pasó como una furia una ráfaga que estuvo a punto de hacernos zozobrar. Y entonces, con voz de trueno, que suele ser la voz del miedo, gritó el Capitán de la goleta: “¡A virar...! ¡Allá va con Dios...!” Y el buquecillo dió una vuelta por redondo. Así hizo Adolfo. Y así también hice yo, moralmente: traté de virar por redondo, de bravo a bueno, porque no hay cosa que me avergüence más a cada paso que mis cóleras, indicación patente de irritabilidad neurocerebral, que dice mucho del mal con que los hombres han pagado mi afanosa hambre de bien para ellos; pero que dice más aún cuán débil freno es el con que manejo mi lastimada voluntad. Y sea ésa una de las lecciones que le aprovechen, caballero: Cuando yo le digo de continuo que domine su voluntad, que se haga dueño de ella y la gobierne, lo que quiero es que los otros no abusen de su bondad, y que usted mismo no abuse de su debilidad. Naturaleza da las fuerzas psíquicas, como da las físicas, y como produce las cósmicas; para producir efectos correlacionados; es decir, relacionados entre sí con las causas capaces de producirlos, de modo que sea uno, invariable y siempre el mismo, el orden sen-

(1) Alude a Adolfo, cuya vocación era la Marina.

cillo de las cosas. Cuando a propósitos constantes corresponden constantes voluntades, ninguna razón hay para que, si la voluntad va bien dirigida se malogre el propósito, y el efecto de un bien deseado sea un mal adquirido: a menos que dobleguemos nuestra voluntad a efectos, ideas, preocupaciones, temores, y, a veces, a altísimas nociones de deber que se salen fuera de las realidades efectivas de la vida social, a menos que eso suceda, no haya nada que se oponga a que, en el alma como en los mundos, los efectos correspondan a sus causas.

Este tono grave, y hasta solemne, que estoy dando a mi carta, debido es en parte a la gravedad y solemnidad que hoy es el segundo día que ha tomado la amable y alegre atmósfera de nuestros climas. Desde ayer no se ve el sol, y desde las siete de la noche pasada y hasta las once del día presente, no ha cesado de llover ni un solo instante. Ayer, cuando vi así oscuro el cielo; así falta de luz y de electricidad el medio ambiente; gachas las pencas de las palmas; flácidas las ramas de los otros árboles; intermitentes las ráfagas y las menudísimas lloviznas; todo quieto en el aire, y todo inquietante en la quietud ambiente, me pronostiqué huracán.

Poco después confirmaron el pronóstico unos veinte o más jóvenes de la Sociedad "Amigos del Estudio", que aquí vinieron a saludarme, y que me dieron la grata noticia de que el Presidente y comitiva habían suspendido su viaje, en vista de telegrama de ahí que les anunciaba el paso de un ciclón. Yo había estado temiendo por ellos.

A la noche me tocó temer por nosotros, porque, a la verdad, razón tenían los niños para sentirse tan temerosos como estaban. Mas cuando ya a las siete de la noche cerrada que hacía desde las seis, se declaró franco

el torrencial aguacero que yo creí que debía haber servido para desahogar a la atmósfera, pero que parece no la ha desahogado mucho, porque aun hay indicios de huracán, entonces me serené.

Cuando se tiene familia ausente, por sobre cuya cabeza haya podido bramar el ciclón, y familia presente en cuyo tierno corazón sembrar temores, ya no se puede ser Heredia:

“¡Huracán, huracán...! Venir te siento
“Y en tu soplo abrasado,
“Respiro entusiasmado
“Del Señor de los Aires el aliento”.

Lo que uno respira, en siendo padre de familia es una circunspección que se parece al miedo. A él estoy en parte entregado, cuando pienso en el efecto que habrá tenido ahí el paso del huracán, y todavía no me siento tranquilo al ver aún indicios de esa terrífica fuerza.

Afectos de todos para todos, y bendiciones de

Papa.

La Vega, septiembre 11 de 1900.

Querido Eugenio Carlos: A juzgar por el movimiento que desde casa se nota en la estación de ferrocarril, parece que la gente venida ayer de Sánchez y de la Capital, allí se vuelve, y quiero aprovechar el *Presidente*, en que vinieron. Por eso, corto y oscuro.

Bayoán está bastante bien: mucho mejor, decía anoche el doctor, que, por lo mismo de venir de noche, indica que no le apura el caso. Con decir que tiene apetito, y que ya a las seis que son de la mañana, se ha to-

mado su primer vaso de leche recién ordeñada y hervida, y que está como unas pascuas porque le permitirán hoy arroz con leche, y que cuando le hablan de eso, lanza una risotada corta, dicho está todo; pero, por más que yo insisto, el médico no quiere ni consentir en la idea de un viaje muy pronto. Me anuncian visita.

Tarde del mismo día.

Eran el Vicepresidente, su hermano, su secretario y el diputado Cordero, que excusándose por la tempranía, venían a poco más de las seis de la mañana por no salir para Moca sin verme.

Sin duda por los circunstancias, no me habló de lo que probablemente lo traería, el Vicepresidente; pero después me hizo saber por medio del señor Grullón lo que pasa en la Capital, y su deseo de que yo vaya pronto a ella. Ya de esto me había dicho algo, al insinuarme que el Vicepresidente debía salir el sábado, pero que él daría orden para que se me esperara hasta el domingo si yo quería aprovecharlo.

Si Bayoán sigue como va y no le dan más calenturas y no hay riesgo que le repitan, algunas ventajas tendría para mí aprovechar la ocasión y volverme pronto a casa. Y a propósito: así para los niños, que regresan de aire libre y sano, como para ustedes, que están en el aire infecto de esa casa, como también para tener las oficinas de la Inspección General en los bajos de la casa, mira si está desocupada la del señor Alvarez, de Santiago, que yo quería tomar, y no tomé por diferencia de diez pesos, que yo me comprometí a pagar desde este mes. No creo que el Gobierno me niegue una pequeña asignación para oficina, y ahora menos, sabiendo lo que quieren en Santiago y aquí que yo fije mi residencia en el Cibao. Valiéndote de Henríquez, consigue que cuando yo llegue, sea el lunes, sea cuando

Bayoán pueda viajar sin riesgo de continuar enfermo, nos mudemos.

Los niños te abrazan, y te bendicen.

Papá.

Monte Cristi, R. D., marzo 18 de 1901.

Señora, señoritas y señores de Hostos,
Santo Domingo.

Queridos todos:

Ni tiempo tendré para chancearme, que es como la vejez me ha enseñado a desvelar y presentar el alma, porque son ya las siete, y a las ocho tengo que estar en mi visita de hoy; fáltame una escuela, la Superior de Niñas, y seis escuelitas de parvulillos a quienes visitar, alentar y estimular. Ya, antier, hice esa obra con las dos escuelas, Superior y Municipal, de varones, y mañana emprenderé la visita por los campos.

Llegamos al atardecer del viernes: hoy es lunes, y he hecho cuanto que hacer, o más; porque ayer pasé el día entero, por la mañana, en asamblea con los notables y poderes de la ciudad, persuadiéndolos a formar y haciéndoles firmar una asociación para llevar a cabo las empresas vitales de este pobre distrito moribundo; y, por la tarde, discurriendo en voz alta ante una asamblea de jóvenes de ambos sexos, componentes de dos asociaciones, una de beneficencia, y otra de recreo. No me ha faltado tiempo para tres conferencias de pedagogía y para pago de visitas a familias varias, entre las cuales una a la amiga familia cubana que vive en la casa en que residía el general Máximo Gómez cuando

con Martí redactó (1895) el manifiesto de Monte Cristi, y otra visita, que hice en nombre de Luisa Amelia, a Cristina Morales, la famosa recitadora dominicana, de quien ella vivía satisfecha en el ostracismo de Chile.

De todo lo cual hablaremos.
Dios me los bendiga.

Eugenio María.

La Vega, 2 de abril de 1901.

Querido hijo Eugenio Carlos: Llegamos ayer. Estamos bien. Tendré que esperar aquí la solución del problema semipolítico y semipersonal que tiene inquieta a la República. Probablemente se resolverá de un modo racional. Así sea! porque es muy necesario.

Di a don Federico Henríquez y Carvajal, en cuanto llegue, y antes a don Emilio Prud'Homme y demás diputados amigos, que me despachen pronto el último Proyecto de ley que les dejé al salir, pues de él depende la medio organización con que puedo anticipar los beneficios de la Enseñanza.

Busca al señor Weber y dile que, si vuelve pronto, me encontrará aquí.

Adolfo y Bayoán buenos.

Afectos de todos para todos.

Eugenio María.

Puerto Plata, 28 de mayo de 1901.

Señora, señoritas y señores de Hostos,
Santo Domingo.

Queridos todos: Llegué ayer y salgo mañana. Vine de Monte Cristi, y voy para Santiago de los Caballeros.

Debí, o quería, ir por tierra a concluir mi visita de inspección general de las escuelas; pero como importa apresurar la ida a Santiago, me decidí a venir por mar.

Adolfo, grueso y contento, no está cerca de mí en este instante; por eso no escribe; pero lo hará pasado mañana, día en que ambos escribiremos desde Santiago.

Esta carta, que me apresuro a concluir por falta de tiempo, la llevará Enrique Zafra que va a llevar a su hermana Aurora, hermanos los dos del doctor Zafra, que es uno de los dominicanos que siempre me han tratado con cariño. Ahora mismo me tiene hospedado en su quinta.

Por eso deseo que vayan a visitar a Aurora, quien va a vivir con su hermana, la señora de René Rodríguez, que vive frente a las señoritas de ese apellido.

Mil cariños, y escriban. A estas horas no sé de ustedes ni por telégrafo ni por correo.

Adiós.

Papá.

Santo Domingo, octubre 17 de 1901.

Querida hermana Rosita: Tu última carta y últimos deseos de bien para nosotros no han sido contestados por los dos pasados vapores, porque estoy realmente muy ocupado.

Haces mal en dar a las cosas más valor de las que ellas tienen: todo ese ruido que has oído de mentiras, calumnias y asechanzas contra mí no son otra cosa que estallidos de viejas envidias de individuos irresponsables, y expresiones del estado de enfermedad en que ha dejado a esta pobre sociedad el horroroso oprobio de los gobiernos anteriores, principalmente el último.

En vez de fijarse ustedes en los insultos y vociferaciones de estos desventurados, deberían abonar con orgullo a mi favor todos esos esfuerzos de los malvados por aniquilarme; pues claro es que si aquí, ahí, en todas partes me persiguen, porque pienso y quiero el bien que ni piensan ni quieren los explotadores de la ignorancia, ellos son los de compadecer, no yo.

No hay razón, por lo tanto, para airarse: contra torpezas, injusticias, injurias y asechanzas no hay más que oponer piedad por los pobres pueblos que tanto necesitan de quien se mortifique un poco por ellos.

Es lo que está haciendo tranquilamente,
Tu hermano,

Eugenio María.

Santo Domingo, mayo 13 de 1902.

Srta. Rosa de Hostos,
Mayagüez.
Querida hermana Rosita:

.....

P. D. Si tú supieras que yo me prendé del cementerio de Mayagüez, y que hay en él una palma-pararrayo, a cuyo pie querría reunir los huesos de Papá y los nuestros...! Aunque mi deseo sería que, de no reducirme a cenizas, me dieran por tumba el hondo mar, me

pareció tan bien aquella palma del cementerio de Mayagüez, que hasta le hablé al Administrador para que me reservara el pedazo de tierra alrededor del árbol recto, busca-aire y busca-luz que mira al Mar de las Antillas, el mar mismo que desde casa de Mabina abismaba en contemplaciones mi infancia soñadora.

Mira, pues, ya que vas a comprar suelo en nuestro cementerio, que te diga el Administrador cuál me gustó a mí bajo la palma dominante del lugar, y cómpralo. Sí, dichoso Papá que va a descansar bajo la palma!

Eugenio María.

Santo Domingo, junio 13 de 1902.

Señorita Rosa de Hostos,
Mayagüez.

Mucho me alegró el júbilo que tuve la suerte de causarte con el envío a tiempo de la suma que me fué dado reunir para atender al sagrado deber que con ella se ha cumplido.

Parece que has tomado como expresión de recóndita pesadumbre mía la dulce expresión de afecto filial y patrio que me hace de cuando en cuando volver la vista hacia la palma tranquila, enhiesta y solitaria que desde el apacible cementerio de Mayagüez domina el mar de mi infancia. Pues no, hermana querida: eran y son palabras iguales a los sentimientos de honda e indecible satisfacción con que, a pesar de hombres y tiempo, vivía yo, aunque desterrado de alma en ella, en la dulce, benévola, risueña y bienhechora tierra de mi cuna y de

mi infancia. Ya que ni usurpadores ni hermanos me han dejado vivir en ella, si no me posee el mar que me posea el cementerio ése.

Con fraternal cariño,

Tu hermano,

Eugenio María.

Santo Domingo, agosto 6 de 1902.

Querida hermana Rosita: Para que no se me pase el vapor sin yo saberlo, me anticipo a contestar tu carta última que recibí a fines de julio, a fin de que sepas que yo no espero ni quiero el dinero que sobre después de hecha la traslación de los restos de Papá al panteón que le estamos haciendo. Eso es tuyo: tómallo, pues, y empléalo en lo que te convenga.

Ya veré cómo puedo conseguir la suma que se necesita para mi proyecto grande. Bueno es que empieces por decirme cuánto costará el terreno, teniendo en cuenta que quiero todo el del rededor de la palma.

Por este vapor francés, que llegó el cinco, no he recibido carta tuya.

Las noticias de aquí son tristes: todo es estrechez, pobreza e indigencia. Las que me comunican de ahí no son noticias mejores: si la situación económica es un poco mejor, la política es un poco peor, y seguirá empeorando hasta que nueva educación produzca nuevas ideas.

Ahí, aquí, en Cuba, en toda América española, el porvenir será de la nueva organización de la enseñanza, si es que llega día en que vean que todo depende de la razón bien educada.

Así espero yo tanto de Lilo Capestany de sus compañeros. Dile a Enriqueta, con saludos, que escriba a Lilo de mi parte, diciéndole que necesito carta suya en que me dé noticias exactas, en inglés, de su escuela, de sus estudios, de las ventajas de que gozan los que están estudiando por cuenta del Gobierno. Que me dé el informe cuanto antes, pues estoy viendo cómo mandar a Bayoán y Adolfo, que ya son Maestros recibidos aquí, a seguir estudios y vocación en Estados Unidos.

Todos te saludamos cordialmente.

Un abrazo de,

Eugenio María.

P. D. Las noticias de casa que puedo darte son buenas: todos estamos bien, incluso yo, que aun no me he restablecido por completo de la gripe, que parece sirvió para revelar un grave daño en el hígado, pues me han salido ya las manchas o decoloraciones que dicen características de la hipertrofia del hígado. Con tal de que la enfermedad sea de las que no molesten mucho, bien va.

Santo Domingo, 14 de octubre de 1902.

Querida hermana Rosita: Llegada y leída tu carta.

Te quejas sin razón. Luisa Amelia, Eugenio Carlos y hasta yo, que falto ahora en mi correspondencia con todo el mundo, te escribimos con regularidad: ellos dos, siempre; yo, siempre que me acuerdo del paso del vapor.

Por lo demás, no siempre tengo ganas de escribir; y menos, cuando, al contestar a carta recibida, tengo que referirme a noticia o idea que desagrada a mi corresponsal. Eso sucedía en el correo pasado, en que, de contestarte, hubiera tenido que volver a hablarte de una ingrata imaginación tuya. Porque imaginaste que

al hablar de la compra de terreno para la sepultura de Papá y nosotros indicaba que yo me ocupara de la muerte, te mostrate apenada. Y para no tener que hablarte de eso, me pareció bien que pasara el vapor sin yo saberlo.

Desimpresiónate: yo no me ocupo de mi muerte, sino como nos ocupamos de un viaje, cuando no estamos acostumbrados a viajar. Perdida la patria que yo deseaba; perdida la esperanza en la casta de donde procedemos los hablaespañol del Nuevo Mundo, y completamente convencido de que mi gente insular y continental y yo no entendemos del mismo modo la vida y la civilización, es natural que me sienta displicente. Y nada más: si me dejan pensar en un rincón de los bonitos que hay en nuestro Archipiélago, especialmente ahí, me iré o me quedaré tranquilo, pensando, y mejor que pensando, contemplando. Pero como nada de esto es subsistente ni siquiera tengo ya entusiasmo; no tengo más que deber.

Ya estos benditos han empezado otra revolución...!

Si me das alguno que cumplir ahí, y cumpliéndolo puedo sostener a mi familia, claro es que viviré más contento ahí, en el seno de la naturaleza en que nací.

Dile a la buena y cariñosamente recordaba Enriqueta, que, gracias a ella, Lilo me escribió y que las legítimas esperanzas que ella puede fundar en ese niño excelente, y las que ya realiza mi ahijado querido, son motivos de alegría para mí.

Abrazos para ti,

Eugenio María.

Santo Domingo, R. D., 16 de abril de 1903.

Srta. doña Rosa de Hostos,
Mayagüez, P. R.

Querida Rosita: Los niños te dirán de nuestras peripecias ⁽¹⁾: acerca de ellas, sólo te diré yo que las considero como una de las pruebas más útiles de mi vida, pues me ha dado a conocer la fuerza moral de la familia que he formado en el constante espectáculo de mis luchas y de mi resistencia psíquica.

La situación de este pobre queridísimo país es de las que aconsejan la emigración, y hasta yo mismo he pensado en ella; pero cuando me pongo a pensar en lo mucho que lo quiero y que lo quieren mis dominicanitos, así como en la posibilidad de que aun me sea dado prestarle algún gran servicio, desisto de toda idea de emigrar. Por lo demás, ¿a dónde? Ahí, a juzgar por tus cartas y por las detalladas descripciones que el doctor Manuel Guzmán Rodríguez me da de la situación de Puerto Rico, sería inútil ir. A Cuba, en donde tal vez convendría establecerse, aunque sólo fuera por reanimar con los aires de su patria a la pobre Inda, no se puede ir sin antes saber qué se va a hacer allí. Por otra parte, ni ahí, ni allí, ni aquí mismo, tenemos nosotros cómo estar: de lo que ahorramos, estamos viviendo ahora; de lo que me deben el Gobierno y el Ayuntamiento por nuestros trabajos y servicios a la instrucción

(1) Se refiere a las pasadas en la revolución que acababa de estallar en Santo Domingo en esos días, que terminaron por el embarque de la familia a bordo del crucero *Atlanta* —por los arrecifes de la Estación “Las Marías”—, su entrada en Santo Domingo, refugio en la Estación Meteorológica americana y subsecuente traslado a la Escuela Normal, en donde permaneció hasta que se levantó el sitio en Santo Domingo. Ver Obras Completas de Hostos, Vol. II, *Diario*, Tomo II, págs. 379 y siguientes.

pública, nada se nos paga, y es mucho de temerse que se tarde en pagarnos.

A todo esto se resiste con la mezcla de estoicismo y de fatalismo que concluye por ser la expresión característica de estos estados sociales; pero se resiste con repugnancia y con fastidio.

Ea! que Dios te bendiga, como lo hace tu viejo hermano,

Eugenio María.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Inda	7
Libro de mis hijos.....	35
<i>Cuentos a mi hijo:</i>	
La primera oración.....	47
Ma-illa	57
El primer acceso.....	67
La recaída	80
La Beata	84
<i>Comedias:</i>	
Loa a Mamá.....	91
Quién preside.....	93
El cumpleaños	109
La llegada de la "guagua".....	123
Cartas familiares.....	131

ESTE LIBRO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA SEIS DE JUNIO DEL
AÑO MCMXXXIX EN LOS
TALLERES DE LA CULTURAL,
S. A., EN LA HABANA,
REP. DE CUBA.

